

# LAWRENCE BLOCK

## Caminando entre tumbas

«Vertiginosa, penetrante y tan llena de suspense que vibra como un cable de alta tensión». Stephen King

Lectulandia

Nueva York. Las Torres Gemelas todavía dominan el cielo de Manhattan. A los policías y a los camellos se los localiza a través de buscas. El *crack* se empieza a ver por las calles, pero la heroína y el polvo de ángel son todavía las drogas estrella. Matt Scudder, expolicía y exalcohólico, se enfrenta a uno de los casos más sangrientos de su carrera. Unos maníacos sexuales se dedican a raptar, violar y asesinar brutalmente a mujeres. Entre reunión y reunión de Alcohólicos Anónimos, Scudder deberá utilizar su instinto, su inteligencia y sus contactos para acabar con este horror. Con métodos dentro o fuera de la ley.

**Lectulandia**

Lawrence Block

# **Caminando entre tumbas**

**Matt Scudder - 10**

ePub r1.0

Ariblack 06.09.14

Título original: *A Walk Among the Tombstones*

Lawrence Sanders, 1992

Traducción: Montserrat Triviño González

Editor digital: Ariblack

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Baby, baby, naughty baby  
Hush, you squalling thing. I say  
Peace this moment, peace or maybe  
Bonaparte will pass this way.

Baby, baby, he's a giant  
Tall and black as Monmouth steeple  
And he breakfasts, dines and suppers  
Every day on naughty people.

Baby, baby if he hears you  
As he gallops past the house  
Limb from limb at once he'll tear you  
Just as pussy tears a mouse.  
And he'll beat you, beat you, beat you  
And he'll beat you all to pap  
And he'll eat you, eat you, eat you  
Every morsel snap, snap, snap!<sup>[1]</sup>

*(Canción de cuna inglesa)*

# 1

El último jueves de marzo, en algún momento entre las diez y media y las once de la mañana, Francine Khoury le dijo a su esposo que iba a salir un rato, que tenía que ir a comprar.

—Llévate mi coche —le propuso él—. Yo no tengo que ir a ningún sitio.

—Es demasiado grande —dijo—. La última vez que lo cogí, me parecía estar conduciendo un barco.

—Como quieras —respondió él.

Los coches, el Buick Park Avenue de él y el Toyota Camry de ella, compartían el garaje situado en la parte trasera de la casa, una construcción de falso estilo Tudor cuya fachada era de entramado de madera y estuco. La casa se encontraba en Colonial Road, entre las calles Setenta y ocho y Setenta y nueve, en el barrio de Bay Ridge, en Brooklyn. Francine arrancó el Camry, dio marcha atrás para salir del garaje, pulsó el mando a distancia para cerrar la puerta del garaje y luego siguió retrocediendo hasta llegar a la calle. En el primer semáforo rojo, introdujo una cinta de música clásica en el radiocasete. Beethoven, uno de los últimos cuartetos. En casa escuchaba jazz, pues era la música preferida de Kenan, pero cuando conducía le gustaba escuchar música de cámara.

Era una mujer atractiva: metro sesenta y siete, cincuenta y dos kilos, de busto generoso, cintura estrecha y caderas estilizadas. Pelo oscuro, brillante y rizado, peinado hacia atrás. Ojos oscuros, nariz aguilina y boca de labios carnosos.

La boca siempre aparece cerrada en las fotografías. Deduzco que tenía los incisivos superiores algo prominentes y una considerable sobremordida, cosa que la avergonzaba y la hacía sonreír poco. En las fotos de la boda se la ve radiante y feliz, pero no enseña los dientes.

Era de piel aceitunada y sin duda conseguía enseguida un bronceado duradero. De hecho, ya estaba un poco morena: Kenan y ella se habían pasado la última semana de febrero en las playas de Negril, en Jamaica. Seguramente se habría puesto aún más morena, pero Kenan la había obligado a utilizar protección solar y le había controlado las horas de exposición.

—No es bueno —le había dicho—. La piel demasiado oscura no es atractiva. Pasar mucho tiempo al sol es lo que hace que una ciruela se quede como una pasa.

«¿Y qué tienen de bueno las ciruelas?», había querido saber ella. «Que son carnosas y jugosas», le había respondido él.

Cuando Francine ya se había alejado media manzana de la puerta de su casa, más o menos cuando estaba llegando a la esquina de la calle Setenta y ocho con Colonial, el conductor de una furgoneta azul puso en marcha su vehículo. Esperó a que Francine se hubiera alejado otra media manzana; luego se apartó del bordillo y

empezó a seguirla.

Francine giró a la derecha en Bay Ridge Avenue y luego a la izquierda en la Cuarta Avenida, dirección norte. Aminoró la marcha al llegar al D'Agostino's que está en la esquina de la Cuarta Avenida con la calle Sesenta y tres y dejó el Camry en un aparcamiento situado a media manzana del establecimiento.

La furgoneta azul pasó de largo, dio la vuelta a la manzana y aparcó junto a una boca de incendios, justo delante del supermercado.

Cuando Francine Khoury salió de su casa, yo aún estaba desayunando.

La noche anterior me había quedado levantado hasta tarde. Elaine y yo habíamos ido a cenar a uno de los restaurantes indios de la calle Seis Este, y luego a ver una reposición de *Madre Coraje* en el Public Theater de Lafayette Street. Las localidades no eran demasiado buenas, por lo que costaba oír a algunos de los actores. Nos habría gustado marcharnos durante el entreacto, pero uno de los actores era el novio de una vecina de Elaine, así que queríamos ir a los camerinos cuando bajara el telón y decirle que había estado genial. Terminamos tomando una copa con él en un bar de la esquina, que estaba abarrotado por algún motivo que no llegué a entender.

—Esta sí que es buena —le dije a Elaine cuando salimos del bar—. Me he pasado tres horas sin oír lo que decía en el escenario y media hora sin oír lo que decía desde el otro lado de la mesa. Me pregunto si este chico tendrá voz.

—La obra no ha durado tres horas —respondió Elaine—. Más bien dos y media.

—Pues a mí me han parecido tres.

—Y a mí cinco —replicó—. Vámonos a casa.

Fuimos a su casa. Preparó un café para mí y un té para ella, y nos pasamos una media hora viendo la CNN y charlando durante los anuncios. Luego nos fuimos a la cama, pero yo me levanté al cabo de una hora, más o menos, y me vestí a oscuras. Estaba a punto de salir de la habitación cuando Elaine me preguntó adónde iba.

—Lo siento —dije—. No quería despertarte.

—No pasa nada. ¿No puedes dormir?

—Es obvio que no. Estoy inquieto, pero no sé por qué.

—Ponte a leer en el salón. O a ver la tele. No me molesta.

—No —le respondí—, estoy demasiado nervioso. Un paseo por la ciudad me sentará bien.

El apartamento de Elaine se encuentra en la calle Cincuenta y uno, entre la Primera Avenida y la Segunda. Mi hotel, el Northwestern, está en la calle Cincuenta y siete, entre la Octava y la Novena. En la calle hacía bastante frío y al principio pensé en coger un taxi, pero después de haber recorrido una manzana ya prácticamente no lo notaba.

Mientras esperaba a que un semáforo se pusiera verde, vislumbré la luna entre

dos edificios altos. Era una luna casi llena, lo cual no me sorprendió. En la atmósfera se respiraba el aire de las noches de luna llena, que hace que suba la marea en las venas. Me apetecía hacer algo, pero no sabía qué.

Si Mick Ballou hubiera estado en la ciudad, tal vez habría ido a su bar a buscarlo. Pero estaba en el extranjero, y un bar, en general, no era el lugar idóneo para mí, sobre todo sintiéndome tan inquieto como me sentía. Me fui a casa, cogí un libro y a eso de las cuatro apagué finalmente la luz y me fui a dormir.

A las diez en punto ya estaba en la esquina, en el Flame. Tomé un desayuno ligero y leí el periódico, concentrándome sobre todo en las páginas de sucesos locales y deportes. El mundo se hallaba entre dos crisis, así que no me interesaba mucho la perspectiva global. Las cosas tienen que ponerse feas de verdad para que yo me interese por las cuestiones nacionales o internacionales. Si no es el caso, esos temas me parecen demasiado lejanos y mi mente se niega a abordarlos.

Sin embargo, tenía tiempo de sobra para leerme todas las noticias, y hasta los anuncios clasificados y los de bufetes de abogados. La semana anterior había trabajado tres días en Reliable, una importante agencia de detectives cuyas oficinas se hallaban en el edificio Flatiron, pero desde entonces no me habían encargado nada más. Ya habían pasado siglos desde el último trabajito que yo había hecho por mi cuenta. Disponía de dinero suficiente como para no tener que trabajar y, por otro lado, siempre he sabido encontrar la manera de mantenerme ocupado, pero no me habría importado tener algo que hacer. La inquietud de la noche anterior no había desaparecido al ocultarse la luna. Seguía ahí, como una fiebre latente en la sangre, un picor justo debajo de la piel, donde uno no puede rascarse.

Francine Khoury estuvo media hora en D'Agostino's y, durante ese tiempo, llenó un carrito. Pagó la compra en metálico. Un empleado le metió las tres bolsas llenas de nuevo en el carrito y la acompañó a la calle, hasta donde había aparcado el coche.

La furgoneta azul seguía estacionada junto a la boca de incendios, con las puertas traseras abiertas. Dos hombres habían descendido del vehículo y se encontraban en ese momento en la acera, al parecer comprobando algo en la tablilla con sujetapapeles que uno de ellos tenía en la mano. Cuando Francine pasó junto a ellos, seguida del empleado, los dos hombres la miraron de reojo. En el momento en que ella abrió el maletero de su Camry, los dos hombres ya estaban de nuevo en la furgoneta, con las puertas cerradas.

El chico dejó las bolsas en el maletero. Francine le dio dos dólares, que era el doble de lo que la gente solía darle, por no hablar del porcentaje asombrosamente elevado de clientes que ni siquiera le daban propina. Kenan la había enseñado a dejar siempre buenas propinas; no ostentosas, pero sí generosas.

—Nos podemos permitir el lujo de ser generosos —le había dicho.

El muchacho regresó con el carrito al supermercado. Francine se sentó al volante, puso en marcha el motor y se dirigió hacia el norte por la Cuarta Avenida.

La furgoneta azul se mantuvo a media manzana de distancia.

No sé a ciencia cierta qué ruta siguió Francine para ir desde D'Agostino's hasta la tienda de productos de importación situada en Atlantic Avenue. Podría haberse quedado en la Cuarta Avenida hasta llegar a Atlantic, o podría haber cogido una vía rápida como la Gowanus para dirigirse al sur de Brooklyn. Es imposible saberlo y, en el fondo, tampoco tiene mayor importancia. Por una u otra ruta, llegó con su Camry hasta el cruce de Atlantic Avenue con Clinton Street. En la esquina sudoeste de la intersección se encuentra un restaurante sirio, el Aleppo, y justo al lado, en Atlantic, un supermercado —una gran tienda de comidas preparadas, en realidad— llamado The Arabian Gourmet. (Francine, sin embargo, no lo llamaba así. Como la mayoría de los clientes que hacían allí sus compras, se refería al establecimiento con el nombre del anterior propietario, Ayoub, un hombre que había vendido el negocio diez años atrás y se había ido a vivir a San Diego).

Francine estacionó junto a un parquímetro en la acera norte de Atlantic, casi enfrente de The Arabian Gourmet. Se dirigió a la esquina, esperó a que el semáforo se pusiera verde y luego cruzó la calle. Cuando entró en la tienda, la furgoneta azul estaba aparcada en una zona de carga y descarga delante del restaurante Aleppo, justo al lado de The Arabian Gourmet.

Francine no permaneció mucho tiempo en el establecimiento. Solo compró unas pocas cosas y no necesitó ayuda para llevarlas al coche. Salió de allí a las doce y veinte, más o menos. Llevaba un abrigo tres cuartos, de pelo de camello, unos pantalones de color gris marengo y dos jerséis: un cárdigan beis de punto trenzado y, debajo, un jersey de cuello alto de color chocolate. Se había colgado el bolso al hombro; en una mano llevaba la bolsa de la compra y, en la otra, las llaves del coche.

Las puertas traseras de la furgoneta estaban abiertas, y los dos hombres que antes habían bajado del vehículo estaban de nuevo en la acera. Cuando Francine salió de la tienda, se situaron uno a cada lado de ella. En el mismo instante, un tercer hombre —el conductor de la furgoneta— puso en marcha el vehículo.

—¿La señora Khoury? —preguntó uno de los hombres.

Francine se volvió y el hombre le mostró una cartera, que abrió y cerró muy deprisa, permitiéndole vislumbrar una placa o tal vez nada.

—Tiene usted que acompañarnos —dijo el segundo hombre.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Francine—. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Qué quieren de mí?

La cogieron cada uno por un brazo y, antes de que pudiera entender lo que estaba pasando, la arrastraron por la acera y la metieron en la parte trasera de la furgoneta. En cuestión de segundos, las puertas del vehículo estaban cerradas y los dos hombres

estaban dentro con ella. La furgoneta se alejó del bordillo y se perdió entre el tráfico.

Aunque era pleno día y el secuestro se había producido en una concurrida calle comercial, prácticamente nadie presenció el suceso. Los pocos testigos ni siquiera sabían muy bien qué habían visto. Todo debió de suceder de manera muy rápida.

Si Francine hubiera retrocedido y se hubiera puesto a gritar en cuanto se le acercaron...

Pero no lo hizo. Y antes de que tuviera tiempo de reaccionar, ya estaba dentro de la furgoneta con las puertas cerradas. Tal vez en aquel momento gritara o se resistiera, o lo intentara al menos, pero para entonces ya era demasiado tarde.

Sé exactamente dónde estaba yo cuando la secuestraron. Asistí a la reunión de mediodía del grupo de Fireside, que se celebra de doce y media a una y media entre semana, en la confluencia de la calle Y con la Sesenta y tres Oeste. Llegué temprano, así que seguramente estaba allí sentado tomando un café cuando los dos hombres arrastraron a Francine por la acera y la metieron en la parte trasera de la furgoneta.

No recuerdo ningún detalle de la reunión. Ya hace unos cuantos años que asisto con regularidad a las reuniones de Alcohólicos Anónimos. No voy a tantas como cuando dejé la bebida por primera vez, pero aún acudo a unas cinco reuniones semanales. Supongo que la reunión de ese día seguía el formato habitual; es decir, un orador dedicaba unos quince o veinte minutos a contarnos su historia y el resto de la hora consistía en un debate abierto. Creo que no hablé durante el período de debate, porque es probable que, de haberlo hecho, me acordara. Estoy convencido de que los demás dijeron cosas interesantes y puede que hasta divertidas. Siempre es así, pero no puedo recordar nada concreto.

Tras la reunión, fui a comer a alguna parte y, después de comer, llamé a Elaine. Me respondió el contestador automático, lo cual quería decir que o bien había salido o bien tenía compañía. Así es como se gana la vida Elaine, trabajando como chica de compañía.

La conocí en otra vida, cuando yo era un poli que bebía demasiado, llevaba una flamante placa dorada en el bolsillo y tenía esposa y dos hijos en Long Island. Durante un par de años mantuvimos una relación que nos resultaba muy conveniente a los dos. Yo la protegía en su trabajo y la ayudaba si tenía problemas. Una vez tuve que ir para encargarme de un cliente que se había muerto. Lo saqué de su cama y lo abandoné en un callejón del distrito financiero. Y ella era la amante perfecta: hermosa, alegre, divertida, con mucha experiencia profesional y, en definitiva, todo lo agradable y poco exigente que es una puta. ¿Qué más podría haber deseado?

Después de que yo dejara casa, familia y trabajo, Elaine y yo prácticamente perdimos el contacto. Pero resulta que un monstruo de nuestro pasado en común regresó para amenazarnos a ambos y las circunstancias volvieron a unirnos. Y,

curiosamente, nos quedamos juntos.

Ella tenía su apartamento y yo mi habitación de hotel. Nos veíamos dos, tres o incluso cuatro noches por semana. Por lo general, esas noches terminábamos en su apartamento y la mayoría de las veces acababa quedándome a dormir. De vez en cuando, salíamos de la ciudad para pasar unos días fuera, o un fin de semana. En los días en que no nos veíamos, casi siempre hablábamos por teléfono, normalmente más de una vez.

Aunque no habíamos hablado en ningún momento de renunciar a otras personas, en la práctica lo habíamos hecho. Yo no salía con nadie más, ni ella tampoco..., sin contar a los clientes, claro. De vez en cuando se iba a alguna habitación de hotel o llevaba a alguien a su apartamento. No me había importado en absoluto al principio de nuestra relación —de hecho, era parte del atractivo—, así que no veía por qué habría de molestarme ahora.

Y si me molestaba, siempre podía pedirle que lo dejara. Elaine había ganado mucho dinero a lo largo de los años y lo había ahorrado casi todo. La mayor parte de ese dinero lo tenía invertido en rentables fondos inmobiliarios. Podía dejar lo que hacía sin tener que renunciar a su estilo de vida.

Pero algo me impedía proponérselo. Supongo que era reacio a admitir, ya fuera ante ella o ante mí mismo, que me molestaba lo que hacía, pero no más reacio que a hacer algo que pudiera perjudicar los términos de nuestra relación. Si funcionaba bien, ¿qué necesidad había de modificarla?

Sin embargo, las cosas cambian. Es inevitable. Como mínimo, se ven alteradas por el simple hecho de no cambiar.

Eludíamos usar esa palabra que empieza por A, pero sin duda lo que yo sentía por ella —y ella por mí— era amor. Evitábamos hablar de la posibilidad de casarnos, o de irnos a vivir juntos, aunque yo sí pensaba en eso, y me consta que ella también. Pero no lo hablábamos. Sobre este tema nunca hablábamos, como tampoco hablábamos de amor o de lo que hacía ella para ganarse la vida.

Como es lógico, tarde o temprano tendríamos que empezar a pensar en esas cosas e incluso afrontarlas. Mientras tanto, vivíamos al día, que era justo la manera en que me habían enseñado a tomarme las cosas desde que había dejado de beber *whisky* más rápido de lo que lo destilan. Como alguien había afirmado, lo mejor era vivir la vida entera al día, porque así es, al fin y al cabo, como nos la entrega el mundo.

Ese mismo jueves, a las cuatro menos cuarto de la tarde, sonó el teléfono en la casa que los Khoury tenían en Colonial Road. Cuando Kenan Khoury descolgó, oyó una voz masculina.

—Eh, Khoury, aún no ha vuelto a casa, ¿verdad?

—¿Quién es?

—¿Y a ti qué coño te importa quién es? Tenemos a tu mujer, árabe de mierda. ¿Quieres recuperarla o no?

—¿Dónde está? Déjeme hablar con ella.

—Vete a la puta mierda, Khoury —dijo el hombre, tras lo cual interrumpió la llamada.

Khoury se quedó allí unos instantes, gritándole «¿Oiga?» al silencioso teléfono y tratando de pensar en lo que debía hacer a continuación. Salió corriendo de la casa, fue al garaje y comprobó que su Buick estaba allí, pero no el Camry de su esposa. Recorrió el camino de entrada hasta la calle, miró en ambas direcciones, volvió a entrar en casa y cogió el teléfono. Escuchó el tono de línea y trató de pensar en alguien a quien llamar.

—Dios mío —dijo en voz alta. Después dejó el teléfono y empezó a gritar—. ¡Francey!

Subió corriendo la escalera y entró de manera precipitada en el dormitorio principal, llamándola. Como era lógico, no estaba allí, pero no pudo evitarlo. Tenía que comprobar todas las habitaciones, una tras otra. La casa era grande y fue entrando y saliendo de ellas, gritando el nombre de su esposa, convertido a la vez en espectador y protagonista de su propio pánico. Por último regresó al salón y se dio cuenta de que no había colocado el teléfono en su horquilla. Muy listo. Si estaban intentando localizarlo en ese momento, no lo conseguirían. Colgó de inmediato y deseó que sonara el teléfono, cosa que hizo casi al instante.

En esta ocasión era una voz masculina distinta, más calmada y educada.

—Hola, señor Khoury —dijo la voz—. Le estaba llamando pero comunicaba. ¿Con quién estaba hablando?

—Con nadie. Había dejado el teléfono descolgado.

—Espero que no haya llamado a la policía.

—No he llamado a nadie —se defendió Khoury—. He cometido un error. Creía haber colgado el teléfono, pero en realidad lo he dejado junto a la horquilla. ¿Dónde está mi esposa? Déjeme hablar con mi esposa.

—No debe usted dejar el teléfono descolgado. Ni tampoco debe usted llamar a nadie.

—No lo he hecho.

—Y menos a la policía.

—¿Qué quiere?

—Quiero ayudarle a recuperar a su esposa. Si es que quiere recuperarla, claro. ¿Quiere usted recuperarla?

—Dios, ¿de qué está usted...?

—Responda a la pregunta, señor Khoury.

—Sí, quiero recuperarla. Por supuesto que quiero recuperarla.

—Y yo quiero ayudarle. No ocupe la línea, señor Khoury. Me pondré en contacto con usted.

—¿Oiga? —dijo—. ¿Oiga?

Pero la conexión se había interrumpido.

Durante diez minutos, recorrió el salón de un lado a otro, esperando que sonara el teléfono. Después se apoderó de él una calma glacial y consiguió relajarse. Dejó de caminar de un lado a otro y se sentó en un sillón, al lado del teléfono. Cuando sonó por fin, descolgó pero no dijo nada.

—¿Khoury?

Era de nuevo el primer hombre, el grosero.

—¿Qué quiere?

—¿Que qué quiero? ¿Qué coño crees que quiero?

Khoury no respondió.

—Dinero —aclaró el hombre, al cabo de un momento—. Queremos dinero.

—¿Cuánto?

—¿A qué viene tanta pregunta, puto negro del desierto? ¿Me lo vas a decir o qué? Khoury esperó.

—Un millón de dólares. ¿Qué te parece eso, gilipollas?

—Es absurdo —protestó—. Mire, no quiero hablar con usted. Que me llame su amigo. A lo mejor con él sí que hablo.

—Eh, árabe de mierda, ¿qué estás intentando...?

En esa ocasión, fue Khoury quien colgó.

Llegó a la conclusión de que el asunto consistía en mantener el control. Intentar controlar una situación como aquella, eso era lo que ponía de los nervios. Porque era imposible. Ellos tenían todas las cartas a su favor.

Si uno renunciaba a la necesidad de controlar la situación, al menos podía dejar de bailar al son que ellos tocaban, de arrastrar los pies como un oso domesticado en un circo búlgaro.

Se dirigió a la cocina y se sirvió una taza de café azucarado espeso, que calentó en un cazo de latón de mango largo. Mientras se enfriaba, fue en busca de la botella de vodka que guardaba en el congelador y se sirvió dos dedos, se lo bebió de un solo trago y notó la sensación de gélida calma que se apoderaba de él. Se dirigió con el café a la otra habitación y ya casi se lo había terminado cuando sonó de nuevo el teléfono.

Era el segundo hombre, el más amable.

—Ha hecho enfadar a mi amigo, señor Khoury —dijo—. Y no es fácil tratar con él cuando está enfadado.

—Creo que a partir de ahora sería mejor que hiciera usted las llamadas.

—No veo por qué...

—Porque de ese modo podremos manejar esta situación, en lugar de montar un drama —respondió Khoury—. Su amigo ha dicho algo de un millón de dólares. De eso ni hablar.

—¿Por qué? ¿Acaso cree que su mujer no lo vale?

—Mi mujer no tiene precio —dijo—, pero...

—¿Cuánto pesa su esposa, señor Khoury? ¿Cincuenta o cincuenta y cinco kilos, más o menos?

—No sé cuánto...

—Pongamos que unos cincuenta kilos.

Simpático.

—Cincuenta kilos, a veinte mil el kilo... A mí me salen las cuentas. ¿A usted no, señor Khoury? Sale un millón, ¿no?

—¿A qué viene todo esto?

—Viene a que usted pagaría un millón por ella si fuera mercancía, señor Khoury. Lo pagaría si fuera polvo. ¿Acaso no vale lo mismo en carne y hueso?

—No puedo pagar lo que no tengo.

—Tiene usted mucho dinero.

—No tengo un millón.

—¿Cuánto tiene?

Había tenido tiempo de sobra para pensar en la respuesta.

—Cuatrocientos.

—Cuatrocientos mil.

—Sí.

—Eso es menos de la mitad.

—Son cuatrocientos mil dólares —repitió—. Es menos que algunas cifras y más que otras. Es lo que tengo.

—Pero podría conseguir el resto.

—No veo cómo. Podría hacer unas cuantas promesas y pedir algunos favores que me deben para conseguir algo más, pero no un millón. Y me llevaría unos cuantos días, tal vez una semana.

—¿Deduce usted que tenemos prisa?

—Yo tengo prisa —contestó Khoury—. Quiero recuperar a mi esposa y quiero que ustedes desaparezcan de mi vida. En esas dos cosas, sí, tengo mucha prisa.

—Quinientos mil.

Estaba claro, ¿no? Al fin y cabo, había algunas cuestiones que sí podía controlar.

—No —dijo—, no pienso regatear y menos en lo que respecta a la vida de mi esposa. Ya le ha dado la cifra más alta que puedo ofrecer. Cuatrocientos.

Una pausa y luego un suspiro.

—Está bien. Qué tonto he sido al pensar que podría derrotar a uno de los suyos en cuestiones de negocios. Ustedes llevan muchos años jugando a este juego. Son tan malvados como los judíos.

Khoury no supo qué responder, así que dejó pasar el comentario.

—Cuatrocientos, entonces —zanjó el hombre—. ¿Cuánto tardará en reunir el dinero?

«Quince minutos», pensó Khoury.

—Un par de horas —dijo.

—Podemos hacerlo esta noche.

—De acuerdo.

—Esté preparado. Y no llame a nadie.

—¿Y a quién voy a llamar?

Media hora más tarde, Khoury estaba sentado a la mesa de la cocina, ante cuatrocientos mil dólares. Tenía una caja fuerte en el sótano, una Mosler que pesaba por lo menos una tonelada: se hallaba empotrada en la pared, oculta tras un panel de madera de pino y protegida por una alarma antirrobo y por su propio sistema de apertura. Todos los billetes eran de cien: cincuenta en cada fajo sujeto con una goma, ochenta fajos de cinco mil dólares cada uno. Los había contado y los había ido arrojando de tres en tres o de cuatro en cuatro al cesto que Francine utilizaba para hacer la colada.

Por el amor de Dios, no tenía ninguna necesidad de hacer la colada. Khoury le había repetido una y otra vez que podían pagar toda la ayuda que ella quisiera. Pero Francine era así, un poco chapada a la antigua: le gustaba cocinar, limpiar y encargarse de las tareas domésticas.

Khoury cogió el teléfono, sostuvo el auricular a cierta distancia del cuerpo y luego lo dejó de nuevo en la horquilla. «No llame a nadie», le había dicho el hombre. «¿Y a quién voy a llamar?», había respondido él.

¿Quién podía haberle hecho algo así? ¿Quién podía haberle tendido esa trampa y haberle arrebatado a su esposa? ¿Quién haría algo así?

Bueno, tal vez mucha gente. Tal vez cualquiera podía haberlo hecho, si creía que iba a salirse con la suya.

Cogió el teléfono de nuevo. Estaba limpio, no lo habían pinchado. De hecho, no había ni un solo micrófono en la casa. Tenía dos dispositivos, que se suponía eran lo último en tecnología. Tenían que serlo, a juzgar por lo que le habían costado. Uno de ellos era una alerta de teléfonos intervenidos, que se instalaba en la línea telefónica. Detectaba cualquier cambio de voltaje, resistencia o capacidad eléctrica en la línea. El otro era un Track-Lock, que escaneaba de forma automática el espectro de radiofrecuencia en busca de micrófonos ocultos. Había pagado cinco o seis mil

dólares por ambos dispositivos, pero había valido la pena, pues le garantizaban que sus conversaciones privadas siguieran siendo privadas.

Sin embargo, le pareció una lástima que la poli no hubiera estado escuchando durante las dos últimas horas. Los polis podrían haber localizado las llamadas, pillar a los secuestradores y devolverle a Francine...

No, eso era lo último que necesitaba. La poli lo jodería todo, sin el menor género de duda. Tenía el dinero. Pagaría y o bien recuperaría a su mujer o bien no la recuperaría. Algunas cosas se podían controlar y otras no. Podía controlar el pago del dinero y hasta cierto punto controlar cómo se efectuaba la entrega, pero no podía controlar lo que iba a pasar después.

«No llame a nadie».

«¿Y a quién voy a llamar?».

Cogió de nuevo el teléfono y marcó un número que no le hacía falta buscar. Su hermano contestó tras el tercer tono.

—Petey —le dijo—, tienes que venir enseguida. Pilla un taxi, ya lo pagaré yo, pero ven de inmediato, ¿me oyes?

Una pausa. Y, a continuación:

—Niño, ya sabes que estoy dispuesto a hacer lo que sea por ti...

—¡Pues pillá un taxi, tío!

—... pero no quiero tener nada que ver con tu negocio. No puedo, niño.

—No se trata de mi negocio.

—¿De qué se trata, entonces?

—De Francine.

—Dios, ¿qué ha pasado? Da igual, ya me lo contarás cuando llegue. Estás en casa, ¿no?

—Sí, estoy en casa.

—Cojo un taxi. Enseguida estoy ahí.

Mientras Peter Khoury andaba en busca de un taxista que quisiera llevarlo a casa de su hermano, en Brooklyn, yo estaba viendo en la ESPN a un grupo de periodistas que debatían sobre la posibilidad de establecer un tope para los sueldos de los jugadores. No me entristeció especialmente que sonara el teléfono. Era Mick Ballou, que llamaba desde la localidad de Castlebar, en el condado de Mayo. La línea se oía perfectamente, como si me estuviera llamando desde la trastienda del Grogan's.

—Esto es fantástico —dijo—. Si crees que los irlandeses de Nueva York están zumbados, tendrías que ver cómo son en su propio territorio. De cada dos casas, una es un *pub* y nadie se marcha antes de la hora de cierre.

—Pero cierran pronto, ¿verdad?

—Pronto no, prontísimo. Pero en el hotel están obligados a servir copas a todos

los huéspedes que así lo deseen, sea la hora que sea. Bueno, eso es propio de un país civilizado, ¿no crees?

—Desde luego.

—Eso sí, aquí fuma todo el mundo. No hacen más que encender cigarrillos y ofrecer a los demás. Aunque los franceses son peores en ese sentido. Cuando estuve allí visitando a la familia de mi padre, me miraban mal porque no fumaba. Creo que los estadounidenses somos los únicos que hemos tenido el sentido común de dejarlo.

—Bueno, aún quedan unos cuantos fumadores en este país, Mick.

—Pues les deseo mucha suerte, con lo que tienen que sufrir en los aviones y en los cines, y con tanta norma que prohíbe fumar en lugares públicos.

Mick me contó una larga historia sobre un hombre y una mujer a quienes había conocido unas cuantas noches atrás. Era una historia graciosa y los dos nos reímos. Luego me preguntó cómo estaba y le dije que bien.

—¿De verdad? —preguntó.

—Un poco inquieto, tal vez. De un tiempo a esta parte tengo mucho tiempo libre. Y hay luna llena.

—Es verdad —asintió—. Aquí también.

—Qué casualidad.

—Creo que en Irlanda siempre hay luna llena. Por suerte, llueve casi cada día, así que no tengo que estar mirándola todo el rato. Matt, se me ha ocurrido una idea: coge un avión y vente.

—¿Qué?

—Me juego lo que quieras a que nunca has estado en Irlanda.

—Nunca he salido del país —dijo—. Espera, no es verdad. He ido un par de veces a Canadá y otra a México, pero...

—¿Nunca has estado en Europa?

—No.

—Bueno, pues ya estás cogiendo un avión para venir. Tráetela si quieres —dijo, refiriéndose a Elaine— o ven tú solo, da igual. He hablado con Rosenstein y me ha dicho que lo mejor es que permanezca fuera del país durante una temporada. Dice que podrá arreglarlo todo, pero que ronda por ahí no sé que grupo operativo de los federales y que es mejor que no pise territorio estadounidense hasta que la cosa esté despejada. Igual tengo que quedarme en este agujero inmundo durante otro mes o más. ¿Qué es lo que te parece tan divertido?

—Creía que te encantaba el sitio, pero ahora es un agujero inmundo.

—Cualquier sitio es un agujero inmundo si no tienes cerca a tus amigos. Ven a verme, tío. ¿Qué dices?

Peter Khoury llegó a casa de su hermano justo después de que Kenan mantuviera otra

conversación con el más cordial de los secuestradores. El hombre, sin embargo, se había mostrado ahora bastante menos amable, sobre todo hacia el final de la conversación, cuando Khoury había intentado exigirle una prueba de que Francine seguía con vida. La conversación había ido más o menos así:

KHOURY: Quiero hablar con mi mujer.

SECUESTRADOR: Imposible. Está en un lugar seguro. Yo estoy en una cabina.

KHOURY: ¿Y cómo sé que está bien?

SECUESTRADOR: Porque teníamos buenos motivos para cuidarla. Fíjese en todo el dinero que vale.

KHOURY: Joder, ¿y cómo sé que la tienen de verdad?

SECUESTRADOR: ¿Conoce usted bien sus pechos?

KHOURY: ¿Qué?

SECUESTRADOR: ¿Podría reconocer uno de sus pechos? Porque eso sería lo más fácil. Le corto una teta y se la dejo en la puerta de casa. Así se queda usted tranquilo, ¿no?

KHOURY: Por Dios, no diga eso. No diga eso.

SECUESTRADOR: Pues entonces no hablemos más de pruebas, ¿de acuerdo? Debemos confiar el uno en el otro, señor Khoury. Créame, la confianza lo es todo en este mundillo.

«Y esa es la cuestión», le dijo Kenan a Peter. Que tenía que confiar en ellos, pero ¿cómo hacerlo? Si ni siquiera sabía quiénes eran.

—He intentado pensar a quién podía llamar —dijo Kenan—. Ya sabes, la gente del negocio. Alguien que pueda apoyarme y ponerse de mi parte. Sin embargo, por lo que yo sé, cualquiera de ellos podría estar implicado. ¿Cómo sé a quién puedo descartar y a quién no? Alguien habrá tenido que preparar todo esto.

—Pero ¿cómo lo han...?

—No lo sé. No sé nada, solo que Francine ha salido a comprar y ya no ha vuelto. Ha salido, se ha llevado el coche y cinco horas más tarde ha sonado el teléfono.

—¿Cinco horas?

—No lo sé, más o menos. Petey, no sé qué hacer, no tengo experiencia en esta mierda.

—Te pasas el día haciendo tratos, niño.

—En el mundo de las drogas es completamente diferente. Lo organizas de manera

que todo el mundo esté a salvo, que todo el mundo quede cubierto. Pero en este caso...

—En el tráfico de drogas siempre acaba muriendo alguien.

—Sí, pero por lo general hay un motivo. Primer motivo, trabajar con gente a la que no conoces. Eso es lo peor. La cosa tiene buena pinta y luego acaba en estafa. Segundo motivo, o quizá debería decir motivo uno y medio: trabajar con gente a la que crees conocer cuando en realidad no es así. Y otra cosa, ponle el número que quieras, es que a veces la gente se mete en líos porque intenta robar. Pretenden cerrar el trato sin llevar el dinero y piensan que pueden pagar más adelante. Se lo acaban creyendo y se salen con la suya, hasta el día en que no se salen con la suya. En nueve de cada diez casos, te puedes imaginar por qué pasa eso: porque es gente que consume su propia mercancía y acaba perdiendo el mundo de vista.

—O lo hacen todo bien pero luego llegan seis jamaicanos que echan la puerta abajo y se cargan a todo el mundo.

—Bueno, eso también pasa —dijo Kenan—. Y no tienen por qué ser jamaicanos de mierda. El otro día leí algo de unos tíos de Laos en San Francisco. Todos los días aparece un nuevo grupo étnico dispuesto a cargarse a quien sea —añadió, meneando la cabeza—. Y la cuestión es que, en una operación honrada, siempre puedes largarte si ves algo que te parece raro. No tienes por qué concluir la operación. Si tienes el dinero, puedes ir a gastarlo a cualquier otro lado. Y si lo que tienes es la mercancía, siempre puedes vendérsela a otro. Solo participas en la operación mientras la cosa funcione, mientras tengas la posibilidad de dar marcha atrás, de protegerte con garantías y mientras tengas la ventaja de conocer a la gente y saber si puedes fiarte de ellos.

—En cambio, aquí...

—En cambio, aquí no tenemos nada. No tenemos una mierda. Les he dicho: «Os llevamos el dinero y vosotros me entregáis a mi mujer», y me han dicho que no. Que así no se hacen las cosas. ¿Qué tengo que decirles, entonces? ¿Que se queden a mi mujer? ¿Que se la vendan a otro, si no les gusta mi forma de negociar? No puedo hacer eso.

—No.

—Aunque de hecho, podría. El tipo ha dicho un millón. Yo le he dicho que cuatrocientos mil. Que te jodan, le he dicho, es todo lo que tengo. Y se lo ha tragado. Imagínate que le hubiera dicho...

En ese momento, sonó el teléfono. Kenan habló durante unos cuantos minutos, mientras tomaba notas en un bloc.

—No iré solo —dijo, en un momento determinado—. Mi hermano está aquí y me acompañará. Nada de discusiones.

Siguió escuchando un poco más. Se disponía a decir algo cuando oyó el clic de la

línea al interrumpirse.

—En marcha. Quieren el dinero en dos bolsas de basura. Bueno, eso no es complicado, pero me pregunto por qué en dos... A lo mejor es que no saben cuánto abultan cuatrocientos mil, cuánto espacio ocupan.

—O a lo mejor el médico les ha dicho que no carguen mucho peso.

—A lo mejor. Se supone que tenemos que ir a la esquina de Ocean Avenue con Farragut Road.

—Eso está en Flatbush, ¿no?

—Diría que sí.

—Sí, estoy seguro. Farragut Road está a un par de manzanas del Brooklyn College. ¿Qué hay por ahí?

—Una cabina telefónica.

Una vez que hubieron dividido el dinero y lo hubieron metido en las dos bolsas de basura, Kenan le entregó una pistola a Peter, una automática de 9 mm.

—Cógela —insistió—. No es buena idea ir desarmados.

—Ir en sí no es buena idea. ¿De qué me va a servir una pistola?

—No lo sé, pero cógela por si acaso.

Cuando salían por la puerta, Peter agarró a su hermano del brazo.

—Se te ha olvidado conectar la alarma —le advirtió.

—¿Y qué? Ellos tienen a Francey y nosotros llevamos el dinero. ¿Qué más pueden robarme?

—Pero ya que tienes alarma, conéctala. No será más inútil que llevar las putas pistolas.

—Vale, tienes razón —convino Kenan, y volvió a entrar en la casa. Cuando salió de nuevo, añadió—: Lo último en sistemas de seguridad. Nadie puede entrar en mi casa, ni pinchar los teléfonos ni colocar micrófonos. Pero sí pueden quitarme a mi mujer y obligarme a recorrer media ciudad con cuatrocientos mil dólares metidos en dos bolsas de basura.

—¿Cuál es la mejor ruta, niño? Estaba pensando que lo mejor será ir por Bay Ridge Parkway y luego coger Kings Highway hasta Ocean.

—Sí, supongo. Se puede ir de muchas maneras, lo mismo da una que otra. ¿Quieres conducir, Petey?

—¿Quieres que conduzca?

—Sí, ¿por qué no? Tal y como estoy ahora, igual le doy por detrás a un coche de la poli, o atropello a una monja.

Se suponía que tenían que estar en la cabina telefónica de Farragut Road a las ocho y media. Llegaron tres minutos antes de esa hora, según el reloj de Peter. Este se quedó en el coche mientras Kenan se acercaba al teléfono y se quedaba allí, esperando a que

sonara. Poco antes, Peter se había metido la pistola bajo el cinturón, en la espalda. Mientras conducía, había notado la presión del arma contra el cuerpo. La cogió y se la colocó sobre el regazo.

Sonó el teléfono y Kenan descolgó. Las ocho y media, según el reloj de Peter. ¿Se guiaban por la hora que marcaba el reloj o en realidad estaban presenciando la operación, es decir, tenían a alguien que seguía toda la escena apostado en la ventana de alguno de los edificios situados al otro lado de la calle?

Kenan regresó corriendo al coche y se apoyó en él.

—Veterans Avenue —dijo.

—Ni idea de dónde está.

—En alguna parte entre Flatlands y Mill Basin, por esa zona. Me ha dado indicaciones. Tenemos que ir por Farragut hasta Flatbush y luego seguir por Flatbush hasta la avenida N, que nos lleva directos hasta Veterans Avenue.

—Y luego, ¿qué?

—Otra cabina telefónica en la esquina de Veterans Avenue con la calle Sesenta y seis Este.

—¿A qué viene tanto hacernos correr de un lado para otro? ¿Tienes idea?

—Querrán volvernos locos. O asegurarse de que no hemos traído refuerzos. No lo sé, Petey, a lo mejor es que solo quieren tocarnos los cojones.

—Pues les está funcionando.

Kenan rodeó el coche para dirigirse al asiento del copiloto y se sentó.

—Por Farragut hasta Flatbush y luego por Flatbush hasta la avenida N. O sea, que tenemos que girar a la derecha en Flatbush y luego supongo que a la izquierda en la avenida N, ¿no?

—Eso es. A la derecha en Flatbush y a la izquierda en la avenida N.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—No me lo han dicho. Creo que no me han hablado de ninguna hora en concreto. Solo han dicho que nos demos prisa.

—O sea, que no podemos parar a tomar un café.

—Pues no —respondió Kenan—. Me temo que no.

La historia se repitió en la esquina de Veterans Avenue con la calle Sesenta y seis. Peter esperó en el coche y Kenan se acercó al teléfono, que sonó casi al momento.

—Muy bien —dijo el secuestrador—. No ha tardado mucho.

—Y ahora, ¿qué?

—¿Dónde está el dinero?

—En el asiento trasero. En dos bolsas de basura, como me ha dicho.

—Bien. Ahora quiero que usted y su hermano vayan a pie por la calle Sesenta y seis hasta la avenida M.

—¿Que vayamos a pie, dice?

—Sí.

—¿Con el dinero?

—No, dejen el dinero exactamente donde está.

—En el asiento trasero del coche.

—Sí. Y no cierren el coche.

—Dejamos el dinero en un coche abierto y caminamos una manzana...

—En realidad, son dos manzanas.

—Y luego, ¿qué?

—Esperen durante cinco minutos en la esquina de la avenida M. Luego regresan al coche y se van a casa.

—¿Y qué pasa con mi esposa?

—Su esposa está bien.

—¿Y cómo sé que...?

—Les estará esperando en el coche.

—Más le vale.

—¿Qué ha dicho?

—Nada. Mire, hay algo que me preocupa, lo de dejar el dinero en un coche abierto. Lo que me preocupa es que alguien llegue antes que ustedes y lo coja.

—No se preocupe —lo tranquilizó el hombre—. Este es un buen barrio.

Dejaron el coche abierto, con el dinero dentro, y recorrieron una manzana corta y luego otra larga hasta llegar a la avenida M. Esperaron cinco minutos, según el reloj de Peter, y luego se dirigieron de vuelta al Buick.

Creo que aún no los he descrito, ¿verdad? Kenan y Peter parecían hermanos. Kenan medía poco más de metro setenta y cinco, lo cual lo hacía apenas un par de centímetros más alto que su hermano. Ambos tenían la constitución de un peso medio tirando a larguirucho, aunque Peter había empezado a echar un poco de barriguita. Los dos tenían la piel aceitunada y el pelo negro y liso, con raya a la izquierda y pulcramente peinado hacia atrás. A sus treinta y tres años, Kenan ya tenía entradas y, en consecuencia, la frente algo más amplia. Su hermano, dos años mayor, aún conservaba todo el pelo.

Los dos eran atractivos, de nariz larga y recta y ojos oscuros bajo una frente pronunciada. Peter llevaba un bigote perfectamente recortado. Kenan iba muy bien afeitado.

Si alguien que se dejara llevar por las apariencias tuviera que enfrentarse a ambos, eliminaría primero a Kenan. O lo intentaría, al menos. Algo en él hacía pensar que era el más peligroso de los dos, que sus reacciones eran más imprevisibles y certeras.

Ese era el aspecto que tenían mientras regresaban con prisa pero sin pausa a la esquina en la que seguía aparcado el coche de Kenan. El vehículo aún estaba allí, abierto. Las bolsas llenas de dinero ya no estaban en el asiento trasero. Francine Khoury tampoco estaba allí.

—¡Me cago en la puta, tío! —maldijo Kenan.

—¿En el maletero?

Kenan abrió la guantera y tiró de la palanca del maletero. Luego rodeó el coche y abrió la puerta del maletero. No había nada, aparte de la rueda de recambio y el gato. Acababa de cerrar la puerta cuando el teléfono de la cabina, que estaba a unos diez metros, empezó a sonar.

Kenan corrió y lo cogió.

—Váyanse a casa —dijo el hombre—. Lo más seguro es que ella llegue antes que ustedes.

Fui, como de costumbre, a la reunión de la tarde en la iglesia de San Pablo apóstol, a pocos metros de mi hotel, pero me marché durante el descanso. Regresé a mi habitación, llamé a Elaine y le conté mi conversación con Mick.

—Creo que deberías ir —me animó—. Me parece una idea estupenda.

—¿Y si fuéramos los dos?

—Ay, no sé, Matt. Tendría que perderme unas cuantas clases.

Se había apuntado a un curso los jueves por la tarde en el Hunter College. De hecho, acababa de regresar de clase cuando yo la llamé. «Arte y arquitectura indios durante el Imperio mongol».

—La idea sería que nos marchásemos una semana o diez días —le dije—. Solo te perderías una clase.

—Por una clase no pasa nada.

—Exacto, así que...

—Así que supongo que no me queda más remedio que admitir que en realidad no quiero ir. No sería más que un estorbo, ¿no crees? Es que os imagino a Mick y a ti correteando por el campo, enseñando a los irlandeses a liarla.

—Bonita imagen.

—Lo que quiero decir es que sería más bien una juerga de tíos, ¿no? ¿Por qué cargar con una chica? No, en serio, no me apetece especialmente ir, pero sé que de un tiempo a esta parte estás nervioso y que te sentaría de maravilla. ¿Tú nunca has estado en Europa?

—Nunca.

—¿Cuánto hace que se marchó Mick? ¿Un mes?

—Más o menos.

—Creo que deberías ir.

—Puede —asentí—. Me lo pensaré.

No estaba allí.

En ningún rincón de la casa. Kenan registró de manera compulsiva una habitación tras otra a sabiendas de que era inútil: si hubiera entrado, se habría disparado la alarma, a menos que la hubiera desconectado antes. Cuando se quedó sin habitaciones que registrar, regresó a la cocina, donde Peter estaba haciendo café.

—Petey, esto es una puta mierda.

—Lo sé, niño.

—¿Estás haciendo café? Creo que no me apetece. ¿Te molesta que me tome una copa?

—Me molestaría si me la tomara yo, pero no que te la tomes tú.

—Es que pensaba que... Da igual. De hecho, tampoco me apetece.

—Eso es lo que nos hace distintos, niño.

—Sí, supongo. —Kenan giró sobre sus talones—. ¿Por qué coño me están tomando el pelo de esta manera, Petey? Me dicen que estará en el coche y luego no está. Me dicen que estará en casa y luego no está. ¿Qué coño está pasando aquí?

—A lo mejor han pillado tráfico.

—Bueno, tío, ¿y ahora qué hacemos, joder? ¿Nos quedamos aquí sentados, esperando? Es que ni siquiera sé qué estamos esperando. Ellos tienen el dinero y nosotros... ¿qué tenemos? Una mierda, eso es lo que tenemos. No sé ni quiénes son ni dónde están, no sé nada de nada y... Petey, ¿qué hacemos?

—No lo sé.

—Creo que está muerta —dijo Kenan.

Peter guardó silencio.

—¿Por qué no iban a matarla, esos hijos de puta? Podría identificarlos, ¿no? Es más seguro matarla que devolvérmela. La matan, la entierran y adiós muy buenas. Caso cerrado. Eso es lo que haría yo si estuviera en su lugar.

—No, tú no harías tal cosa.

—He dicho si estuviera en su lugar. Pero no lo estoy. Para empezar, yo no secuestraría a una mujer, a una pobre chica inocente que jamás le ha hecho el menor daño a nadie, que jamás ha pensado mal de...

—Tranquilo, niño.

Guardaban silencio un rato y luego retomaban la conversación, porque... ¿qué otra cosa podían hacer? Tras una media hora o así, sonó el teléfono y Kenan se abalanzó sobre él.

—¿Señor Khoury?

—¿Dónde está mi esposa?

—Le pido disculpas. Ha habido un ligero cambio de planes.

—¿Dónde está?

—Justo en la esquina de su casa, en..., a ver..., la calle Setenta y siete, creo que en la acera sur de la calle, a unas tres o cuatro casas de la esquina...

—¿Qué?

—Verá un coche mal aparcado junto a una boca de incendios. Un Ford Tempo de color gris. Su esposa está dentro.

—¿Dentro del coche?

—En el maletero.

—¿La ha metido en el maletero?

—Tiene aire de sobra. Pero esta noche hace mucho frío, así que le conviene sacarla de ahí lo antes posible.

—Pero ¿hay alguna llave? ¿Cómo voy a...?

—La cerradura está rota. No le hace falta llave.

Mientras corría calle abajo y doblaba la esquina, Kenan le dijo a Peter:

—¿Qué ha querido decir con eso de que la cerradura está rota? Si el maletero no está cerrado, ¿por qué no sale y ya está? ¿De qué estaba hablando ese tío?

—No lo sé, niño.

—A lo mejor está atada. Cinta aislante, o esposas, o algo para que no pueda moverse.

—A lo mejor.

—Oh, Dios, Petey...

El coche estaba donde se suponía que tenía que estar: era un destartelado Tempo bastante viejo, con el parabrisas rajado y la puerta del pasajero abollada. Ni siquiera tenía cerradura en el maletero. Kenan abrió la puerta al instante.

Allí no había nadie. Solo unos cuantos paquetes, bultos o algo así. Bultos de distintos tamaños envueltos en plástico negro y sujetos con cinta aislante.

—No —dijo Kenan.

Se quedó allí, repitiendo «No, no, no». Al cabo de un momento, Peter cogió uno de los paquetes del maletero, sacó la navaja que llevaba en el bolsillo y cortó la cinta aislante. Desenrolló el plástico negro —que no era muy distinto del de las bolsas de basura en las que habían entregado el dinero— y extrajo un pie humano, cercenado unos cuantos centímetros por encima del tobillo. En tres de las uñas se advertían círculos de esmalte rojo. Los otros dos dedos habían desaparecido.

Kenan dejó caer la cabeza hacia atrás y aulló como un perro.

## 2

Eso fue el jueves. El lunes, cuando volví de comer, me encontré un mensaje en recepción. «Llamar a Peter Curry», decía, junto a un número de teléfono y el prefijo 718, lo cual indicaba que el número pertenecía a Brooklyn o a Queens. No conocía a ningún Peter Curry ni en Brooklyn ni en Queens —ni en ninguna otra parte, de hecho—, pero para mí no es nada nuevo recibir llamadas de personas a las que no conozco. Subí a mi habitación y llamé al número que aparecía anotado en el papel. Me respondió un hombre.

—¿El señor Curry? —pregunté.

—¿Sí?

—Me llamo Matthew Scudder. Me han dejado recado de que le llame.

—¿Le han dejado recado de que me llame?

—Así es. Aquí dice que ha llamado usted a las doce y cuarto.

—¿Qué nombre me ha dicho?

Se lo repetí y el hombre dijo:

—Ah, un momento, usted es el detective, ¿verdad? Le ha llamado mi hermano, mi hermano Peter.

—Aquí dice Peter Curry.

—Espere.

Esperé y, un momento más tarde, oí otra voz, parecida a la primera pero algo más profunda y también algo más suave.

—Matt —dijo la voz—, soy Pete.

—Pete —repetí—. ¿Nos conocemos, Pete?

—Sí, nos conocemos, aunque no tienes por qué saber mi nombre. Voy con frecuencia a San Pablo. Hablé en una reunión hará..., a ver..., unas cinco o seis semanas.

—Peter Curry —dije.

—Es Khoury —replicó él—. Soy de origen libanés. A ver cómo me describo: llevo sobrio casi un año y medio y vivo en una pensión en la calle Cincuenta y cinco. He trabajado como mensajero y repartidor, pero en realidad soy montador de cine, solo que no sé si algún día podré volver a...

—Muchas drogas en tu historial.

—Exacto, pero al final lo que me hundió fue el alcohol. ¿Me situas ahora?

—Sí. Estaba allí la noche en que hablaste, pero no me quedé con tu apellido.

—Bueno, es lo que tiene el programa.

—¿En qué puedo ayudarte, Pete?

—Te estaría muy agradecido si pudieras venir a charlar conmigo y con mi hermano. Eres detective y creo que eso es justo lo que necesitamos.

—¿Puedes darme una idea aproximada de qué se trata?

—Pues...

—¿Por teléfono no?

—Mejor que no, Matt. Es un trabajo para un detective: se trata de un asunto importante y te pagaremos lo que nos pidas.

—Bueno —repuse—, la verdad es que no sé si estoy disponible ahora mismo, Pete. De hecho, tengo un viaje planeado: me voy al extranjero a finales de esta semana.

—¿Adónde?

—Irlanda.

—Suenas muy bien —dijo Peter—. Mira, Matt, ¿no podrías venir y dejar que te lo expliquemos? Lo único que tienes que hacer es escuchar y si luego decides que no puedes ayudarnos, no pasa nada, te pagamos el tiempo invertido y el taxi de ida y vuelta.

De fondo, oí al hermano de Pete decir algo, pero no lo entendí.

—Ahora se lo digo —prosiguió Pete—. Matt, Kenan dice que si quieres vamos en coche a buscarte, pero luego tenemos que volver aquí, de modo que, en mi opinión, es más rápido que cojas un taxi y ya está.

Me sorprendió que alguien que trabajaba como mensajero y repartidor hablara tanto de taxis y, de repente, me empezó a sonar el nombre de su hermano.

—¿Tienes más de un hermano, Pete?

—No, solo uno.

—Creo que lo mencionaste en tu presentación, que dijiste algo de su trabajo.

Una pausa. Y luego:

—Matt, lo único que te pido es que vengas y nos escuches.

—¿Dónde estáis?

—¿Conoces Brooklyn?

—Tendría que estar muerto.

—¿Cómo?

—Nada, estaba pensando en voz alta. Es de un cuento bastante famoso, «Solo los muertos conocen Brooklyn». En otros tiempos, conocía bastante bien algunas zonas del distrito. ¿En qué parte de Brooklyn?

—En Bay Ridge, Colonial Road.

—Eso es fácil.

Me dio la dirección exacta y la anoté.

La Línea R de la BMT, también conocida como línea local de Broadway, va desde la calle Ciento setenta y nueve en Jamaica hasta casi el puente de Verrazano, en el extremo sudoeste de Brooklyn. La cogí en la calle Cincuenta y siete con la Séptima

Avenida y bajé dos paradas antes del final.

Hay quien dice que cuando se sale de Manhattan, se sale de la ciudad. Sin embargo, se equivocan, lo único que ocurre es que se llega a otra parte de la ciudad. Aun así, no cabe duda de que las diferencias son palpables, tanto que se pueden detectar hasta con los ojos cerrados. El nivel energético es diferente, la atmósfera no rezuma esa intensidad tan apremiante.

Recorrí una manzana por la Cuarta Avenida, pasé frente a un restaurante chino, una tienda coreana, un local de apuestas y un par de bares irlandeses; luego fui atajando hacia Colonial Road y encontré la casa de Kenan Khoury. Formaba parte de un grupo de casas unifamiliares, todas ellas de sólida estructura, que parecían datar del período de entreguerras. Un pequeño jardín y medio tramo de escalones de madera que llevaban a la puerta de entrada. Subí los escalones y llamé al timbre.

Pete me abrió y me condujo a la cocina. Me presentó a su hermano, quien se puso en pie para estrecharme la mano y luego me indicó por señas que me sentara. Él permaneció de pie, se acercó a los fogones y, por último, se volvió para mirarme.

—Le agradezco que haya venido —dijo—. ¿Le importa que le haga un par de preguntas, señor Scudder? Antes de empezar, quiero decir.

—En absoluto.

—¿Quiere beber algo? No me refiero a beber de verdad, ya sé que usted y Petey se conocen de Alcohólicos Anónimos, pero hay café recién hecho. También puedo ofrecerle un refresco. El café es al estilo libanés, que viene a ser lo mismo que el café turco o armenio; es decir, muy intenso y concentrado. Si lo prefiere, también tengo café instantáneo Yuban.

—El café libanés me parece bien.

Y, de hecho, no estaba nada mal. Bebí un sorbo, mientras Kenan Khoury decía:

—Es usted detective, ¿cierto?

—Sin licencia.

—¿Y eso qué significa?

—Que no tengo reconocimiento oficial. De vez en cuando, trabajo por días para alguna de las grandes agencias y, en ese caso, opero bajo su licencia; pero, por lo demás, lo que hago es particular y extraoficial.

—Y antes era usted poli.

—Exacto. Hace ya unos cuantos años.

—Ya. ¿De uniforme, de paisano o qué?

—Era detective.

—Tenía una placa dorada, pues.

—Exacto. Estuve adscrito a la comisaría seis del Village durante varios años y, antes de eso, estuve destinado una temporada en Brooklyn. En la comisaría Setenta y ocho, es decir, Park Slope y un poco más al norte, la zona que se conoce como

Boerum Hill.

—Sí, ya sé dónde está. Yo me crié cerca de la comisaría Setenta y ocho. ¿Conoce Bergen Street, entre Bond y Nevins?

—Desde luego.

—Pues allí nos criamos Petey y yo. En ese barrio vive mucha gente del Oriente Próximo, a unas cuantas manzanas de Court y Atlantic: libaneses, sirios, yemeníes, palestinos... Mi mujer era palestina. Sus padres vivían en President Street, muy cerca de Henry Street. Está en el sur de Brooklyn, pero creo que ahora se llama Carroll Gardens. ¿Le gusta el café?

—Mucho.

—Si quiere más, dígalo, por favor.

Kenan empezó a decir algo, pero se volvió hacia su hermano.

—No sé, tío. Creo que esto no va a salir bien.

—Cuéntale cuál es la situación, niño.

—Es que no lo sé —pretextó.

Se volvió hacia mí, giró una silla y se sentó a horcajadas.

—Bueno, lo que ocurre es lo siguiente, Matt. ¿Le parece bien que le llame así?

Le dije que sí.

—Lo que ocurre es lo siguiente —prosiguió—. Necesito saber si puedo contarle algo sin tener que preocuparme de a quién se lo va a contar usted. Supongo que lo que quiero saber es hasta qué punto sigue siendo poli.

Era una buena pregunta, que yo mismo me había formulado a menudo.

—He sido poli durante un montón de años —le respondí—. Y, desde que dejé el trabajo, cada año lo soy un poco menos. Lo que me pregunta es si todo lo que me cuente será confidencial, ¿no? Legalmente, no tengo el estatus de un abogado. Lo que me cuente no puede considerarse información privilegiada. Al mismo tiempo, tampoco soy un funcionario de tribunales, así que tengo tanta obligación como cualquier otro ciudadano de informar acerca de lo que se me revele.

—¿Cuál es el límite?

—No sé dónde está el límite, parece que se mueve mucho. No puedo tranquilizarle demasiado porque no sé qué es lo que le propone contarme. He venido hasta aquí porque Pete no quería decir nada por teléfono y ahora parece que usted tampoco quiere decir nada. Quizá lo mejor sea que me marche.

—Sí, quizá sea lo mejor.

—Niño...

—No —dijo Kenan, y se puso en pie—. La idea era buena, tío, pero no está funcionando. Los encontraremos por nuestra cuenta.

Sacó un fajo de billetes del bolsillo y cogió uno de cien, que empujó por encima de la mesa hacia mí.

—Por su tiempo y para los taxis de ida y vuelta, señor Scudder. Lamento que lo hayamos hecho venir hasta aquí para nada —dijo. Al ver que yo no cogía el billete, añadió—: A lo mejor es que su tiempo vale más de lo que yo pensaba. Tenga, y así todos contentos, ¿vale?

Añadió un segundo billete al primero. Aun así, no los cogí. Eché mi silla hacia atrás y me puse en pie.

—No me debe usted nada —le respondí—. No sé cuánto vale mi tiempo, pero digamos que con el café estamos en paz.

—Coja el dinero. Por el amor de Dios, cada trayecto de taxi le habrá costado al menos veinticinco dólares.

—He venido en metro.

Se me quedó mirando.

—¿Ha venido en metro hasta aquí? ¿No le ha dicho mi hermano que cogiera un taxi? ¿Por qué quiere ahorrarse unos cuantos centavos, sobre todo si se tiene en cuenta que pagamos nosotros?

—Guárdese el dinero. He venido en metro porque es más fácil y más rápido. Cómo me desplazo de un sitio a otro es asunto mío, señor Khoury, y dirijo mi negocio como a mí me da la gana. Usted no es quién para decirme cómo debo desplazarme por la ciudad, igual que yo no soy quién para decirle cómo vender *crack* a los niños, ¿estamos?

—Joder —dijo.

—Siento que los dos hayamos perdido el tiempo —proseguí, dirigiéndome a Pete—. Gracias por haber pensado en mí.

Me preguntó si quería que me llevara a la ciudad, o al menos hasta la parada de metro.

—No —respondí—. Creo que me apetece pasear un rato por Bay Ridge. Hace años que no vengo por aquí. Llevé un caso que me trajo a unas cuantas manzanas de aquí, en la misma Colonial Road pero un poco más al norte. Justo enfrente del parque. Owl's Head Park se llama, creo.

—Eso está a ocho o diez manzanas de aquí —dijo Kenan Khoury.

—Sí, puede ser. Al tipo que me contrató lo habían acusado de matar a su esposa, pero gracias a mi trabajo retiraron los cargos.

—¿Era inocente?

—No, la había matado —contesté, mientras recordaba el caso—. Pero yo no lo sabía. Lo descubrí después.

—¿Cuando ya no se podía hacer nada?

—Desde luego que se podía —dije—. Tommy Tillary, así se llamaba. No me acuerdo del nombre de su mujer, pero su novia se llamaba Carolyn Cheatham. Cuando ella murió, él acabó en la cárcel.

—¿También la mató?

—No, ella se suicidó. Pero yo lo arreglé de forma que pareciera un asesinato. Lo arreglé de forma que él acabara en la cárcel. Lo había sacado de un marrón del que no merecía salir, así que lo justo era meterlo en otro marrón.

—¿Cuánto tiempo estuvo en la cárcel?

—Todo el que pudo. Murió allí. Alguien le clavó un cuchillo —suspiré—. Estaba pensando en pasar por su casa, a ver si me trae algún recuerdo, pero por lo que veo los recuerdos han vuelto solitos.

—¿Le preocupa?

—¿Se refiere a recordar? No especialmente. Recuerdo otras cosas mucho más preocupantes que he hecho.

Eché un vistazo a mi alrededor, en busca del abrigo, y luego recordé que no lo había cogido. El tiempo era primaveral y bastaba con una chaqueta ligera, aunque por la noche la temperatura bajaba hasta los cuatro o cinco grados.

Empecé a dirigirme a la puerta y Kenan dijo:

—¿Puede esperar un minuto, señor Scudder?

Me volví para mirarlo.

—Me he pasado —reconoció—. Le pido disculpas.

—No hace falta que se disculpe.

—Sí que hace falta. He perdido los estribos. Y esto no es nada. Esta mañana he destrozado un teléfono: me daba señal de ocupado y me he enfadado tanto que he empezado a golpear la pared con el auricular hasta que me he cargado la carcasa. —Sacudió la cabeza de un lado a otro—. Yo nunca me pongo así, pero estoy sometido a mucha presión.

—Eso le pasa a mucha gente.

—Sí, supongo. El otro día unos tíos secuestraron a mi mujer, la cortaron a trocitos, que luego envolvieron en plástico, y me la enviaron dentro del maletero de un coche. Supongo que todo el mundo está sometido a esa clase de presión, la verdad es que no lo sé.

—Tranquilo, niño —lo aplacó Pete.

—No, estoy bien —dijo Kenan—. Matt, siéntese un minuto. Déjeme que se lo cuente todo, de principio a fin, y luego decide si quiere largarse o no. Olvide lo que he dicho antes. No me preocupa a quién se lo cuente o se lo deje de contar. Lo que pasa es que no quería decirlo en voz alta porque eso lo convierte en algo real, pero el caso es que ya es real, ¿verdad?

Y me lo contó todo. Relató la historia básicamente como la he narrado antes. Hay unos cuantos detalles que descubrí más tarde, durante mi investigación, pero los hermanos Khoury ya habían hecho unas cuantas averiguaciones por su cuenta. El

viernes habían encontrado el Toyota Camry en Arabian Avenue, donde ella lo había aparcado, y eso los había llevado hasta The Arabian Gourmet. Gracias a las bolsas que aún estaban en el maletero, sabían también que Francine se había parado a comprar en D'Agostino's.

Una vez que Kenan hubo terminado de contar su historia, decliné la invitación de tomarme otro café. En cambio, acepté un vaso de gaseosa.

—Tengo unas cuantas preguntas —comencé.

—Adelante.

—¿Qué hicisteis con el cuerpo?

Los dos hermanos intercambiaron una mirada y Pete le hizo un gesto a su hermano para que lo contara. Kenan cogió aire.

—Tengo un primo que es veterinario, tiene una clínica para animales en... Bueno, da igual donde esté: es en nuestro antiguo barrio. Lo llamé y le dije que necesitaba acceder en privado a las instalaciones.

—¿Cuándo fue eso?

—Lo llamé el viernes por la tarde, me dio la llave el viernes por la noche y nos fuimos para allí. Tiene una especie de unidad, supongo que podríamos llamarla horno, en la que incinera los cadáveres de las mascotas que tiene que sacrificar. Cogimos el..., bueno..., cogimos el...

—Tranquilo, niño.

Kenan sacudió la cabeza con gesto impaciente.

—Estoy bien, lo que pasa es que no sé cómo decirlo. ¿Cómo puedo llamarlo? Cogimos los trozos de... de Francine y la incineramos.

—¿Desenvolvisteis todos los...? Bueno, los...

—No, ¿para qué? El plástico y la cinta se quemaron con todo lo demás.

—Pero estáis seguros de que era ella.

—Sí. Sí, desenvolvimos lo bastante como para..., eh..., estar seguros.

—Tengo que hacer todas estas preguntas.

—Lo entiendo.

—La cuestión es que no hay cadáver, ¿correcto?

Kenan asintió.

—Solo cenizas. Cenizas y astillas de hueso, eso es todo lo que queda. Cuando uno piensa en la incineración, cree que lo único que va a quedar son cenizas finas como el polvo, como lo que sale de un horno, pero no es así como funciona. Mi primo tiene una unidad auxiliar en la que pulveriza los fragmentos de hueso, para que no se note tanto lo que es. —Kenan alzó la vista y me miró—. Cuando iba al instituto, trabajaba por las tardes en la clínica de Lou. No quería decir cómo se llamaba. Joder, ¿y qué más da? Mi padre quería que fuera médico y pensó que trabajar allí me serviría de entrenamiento. No sé si me sirvió o no, pero al menos

estaba familiarizado con el sitio y el material.

—¿Tu primo sabe para qué necesitabas utilizar su clínica?

—La gente sabe lo que quiere saber. Supongo que no pensaba que mi idea fuera entrar en su clínica en plena noche para vacunarme contra la rabia. Estuvimos allí toda la noche. La unidad está pensada para mascotas, así que tuvimos que hacerlo en varias tandas y dejar enfriar la unidad entre una y otra. Joder, me está matando hablar de todo esto.

—Lo siento.

—No tienes la culpa. ¿Que si sabe Lou que usé su horno? Me imagino que lo habrá descubierto. A estas alturas, tiene una idea bastante clara de lo que hago para ganarme la vida, así que seguramente creyó que me había cargado a algún rival y que quería deshacerme de las pruebas. La gente está acostumbrada a ver toda esa mierda en la tele, y cree que así es como funciona el mundo.

—¿Y no se opuso?

—Es de la familia. Él sabía que se trataba de un asunto urgente y que era algo de lo que no podíamos hablar. Y, además, le di dinero. No quería aceptarlo, pero tiene dos hijos en la universidad, así que... ¿cómo iba a rechazarlo? Tampoco era tanto.

—¿Cuánto?

—Dos de los grandes. Es un presupuesto bastante escaso para un funeral, ¿no? Quiero decir, que solo el ataúd cuesta más. —Sacudió la cabeza de un lado a otro—. Tengo las cenizas en una lata metálica, en la caja fuerte del sótano. No sé qué hacer con ellas. No tengo ni idea de lo que ella habría querido. Nunca lo hablamos. Por Dios, solo tenía veinticuatro años. Era nueve años más joven que yo, nueve años menos un mes. Solo llevábamos dos años casados.

—No teníais hijos.

—No. Queríamos esperar otro año, y luego... Joder, esto es horrible. ¿Te importa si me tomo una copa?

—No.

—Petey dice lo mismo. Joder, pues no me la voy a tomar. Me tomé un par de dedos de vodka el jueves por la tarde, después de hablar por teléfono con ellos, y desde entonces no he tomado nada. De repente me entran ganas, pero me las aguanto. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque quiero sentirme así. ¿Crees que cometí una equivocación? Quiero decir, al llevarla a la clínica de Lou e incinerarla. ¿Crees que me equivoqué?

—Creo que fue ilegal.

—Sí, bueno, la verdad es que ese aspecto no me preocupaba mucho.

—Ya lo sé. Solo pretendías hacer lo más adecuado, pero el problema es que destruiste las pruebas. Los cadáveres proporcionan mucha información a quien sabe

lo que tiene que buscar. Pero cuando reduces un cadáver a cenizas y astillas de hueso, toda esa información se pierde.

—¿Y eso importa mucho?

—Podría ser útil para saber cómo murió.

—No me importa cómo. Lo único que quiero saber es quién.

—Una cosa podría llevar a la otra.

—O sea, que crees que me equivoqué. Joder, tampoco podía llamar a la poli, entregarles una bolsa llena de trozos de carne y decir: «Aquí está mi mujer, cuídenla bien». Yo jamás llamo a la poli, tengo un trabajo en el cual no se llama nunca a la poli, pero si al abrir el maletero del Tempo me la hubiera encontrado entera, muerta pero intacta, tal vez, y digo tal vez, lo habría denunciado. Pero así...

—Lo entiendo.

—Pero, de todas formas, crees que me equivoqué.

—Hiciste lo que tenías que hacer —intervino Pete.

¿Y no es eso lo que hace siempre todo el mundo?

—Yo no soy nadie para decir lo que está bien y lo que está mal. Probablemente habría hecho lo mismo de haber tenido un primo con un crematorio en la trastienda. Pero lo que yo habría hecho no viene al caso. Tú hiciste lo que hiciste. La pregunta es qué hacemos a partir de ahora.

—¿Qué hacemos?

—Esa es exactamente la pregunta.

No era la única pregunta. Formulé otras muchas preguntas, y algunas de ellas las formulé más de una vez. Los hice volver a los dos, una y otra vez, sobre la historia, y tomé un montón de notas en mi cuaderno. Empezaba a tener la sensación de que los restos descuartizados de Francine Khoury constituían las únicas pruebas tangibles de todo el asunto... pero se habían convertido en humo.

Cuando finalmente cerré mi cuaderno, los hermanos Khoury se quedaron allí sentados, esperando a que yo dijera algo.

—Aparentemente, quienes lo hayan hecho están a salvo. Prepararon un plan y lo llevaron a cabo sin darte ni una sola pista acerca de su identidad. Si han dejado algún rastro por ahí, todavía no ha aparecido. Es posible que alguien, ya sea en el supermercado o en el otro sitio de Atlantic Avenue, reconociera a alguno de ellos o anotara alguna matrícula. Encontrar a ese posible testigo supone un intenso trabajo de investigación y, de momento, no es más que una hipótesis. Lo más seguro es que no haya ningún testigo, o que lo que ese testigo haya visto no nos conduzca a ninguna parte.

—Estás diciendo que no podemos hacer nada.

—No —respondí—, no es eso lo que estoy diciendo. Lo que estoy diciendo es

que en una investigación hay que hacer algo más que trabajar con las pistas que hayan podido dejar. Tenemos un punto de partida en el hecho de que esos tipos se hayan llevado casi medio millón de dólares. Pueden hacer dos cosas con ese dinero, y ambas pueden delatarlos.

Kenan reflexionó.

—Una de ellas es gastárselo —dijo—. ¿Cuál es la otra?

—Hablar del dinero. Los chorizos hablan mucho, sobre todo cuando tienen algo de lo que alardear y, a veces, hablan con personas que no tiene reparos en venderlos. El truco está en hacer correr la voz para que esas personas sepan quién es el comprador.

—¿Y tú tienes idea de cómo hacerlo?

—Tengo muchas ideas —admití—. Antes querías saber hasta qué punto sigo siendo un poli. Pues no lo sé, pero aún afronto esta clase de problemas igual que hacía cuando llevaba placa, dándole vueltas y más vueltas a un asunto hasta que veo claro por dónde cogerlo. En un caso como este, veo de inmediato que se podrían seguir varias líneas de investigación. Todo apunta a que ninguna de ellas nos llevará a ninguna parte. Aun así, son enfoques que debemos probar.

—O sea, que estás dispuesto a intentarlo.

Bajé la vista hacia el cuaderno.

—Bueno —comencé—, tengo dos problemas. El primero de ellos creo que ya se lo he comentado a Pete por teléfono: se supone que a finales de esta semana me marchó a Irlanda.

—¿Un viaje de trabajo?

—De placer. Precisamente esta mañana he hecho las gestiones.

—Podrías cancelarlo.

—Podría.

—Si cancelarlo te supone perder dinero, lo compensarás de sobra con lo que yo te pague. ¿Cuál es el otro problema?

—El otro problema es el uso que tú le darás a la información que yo pueda descubrir.

—Bueno, ya conoces la respuesta.

Asentí.

—Ese es el problema.

—Porque no se pueden presentar cargos en su contra, ni procesarlos por secuestro y asesinato. No hay pruebas de que se haya cometido ningún crimen, solo una mujer que ha desaparecido.

—Exacto.

—Así que supongo que ya te imaginas lo que me propongo, y qué sentido tiene todo esto. ¿Quieres que lo diga?

—Puedes decirlo.

—Quiero ver muertos a esos hijos de puta. Quiero estar allí, quiero hacerlo, quiero verlos morir. —Pronunció esas frases con calma, de manera desapasionada, sin el menor rastro de emoción—. Eso es lo que quiero. Ahora mismo, lo deseo tanto que no me interesa nada más, ni me imagino siquiera la posibilidad de que pueda interesarme nada más. ¿Es más o menos lo que suponías?

—Más o menos.

—Alguien que hace algo así, que secuestra a una mujer inocente y la corta en pedacitos... ¿De verdad te importa lo que les pase?

Lo pensé, pero no durante mucho rato.

—No —reconocí.

—Mi hermano y yo haremos lo que tengamos que hacer. Tú no tendrás que participar para nada.

—En otras palabras, me limitaré a condenarlos a muerte.

Kenan negó con la cabeza.

—Se han condenado ellos solos —me rebatió—. Con lo que han hecho. Tú solo tienes que ayudarnos a jugar nuestra baza. ¿Qué dices?

Vacilé.

—Tienes otro problema, ¿verdad? —continuó Kenan—. Mi profesión.

—Es un factor.

—Lo que has dicho antes sobre venderles *crack* a los niños. Yo no..., bueno, no pongo la paradita a la puerta de los colegios.

—Ya suponía que no.

—Hablando con propiedad, no soy un camello. Soy lo que se llama un traficante. ¿Entiendes la diferencia?

—Claro —respondió—. Tú eres el pez gordo que nunca queda atrapado en la red. Se echó a reír.

—Yo no me considero especialmente gordo. En ciertos aspectos, los distribuidores de nivel medio son los peces más gordos, son los que tienen el mayor volumen de negocio. Yo trabajo en peso, es decir, que o bien entro la mercancía en grandes cantidades o bien se la compro a la persona que la entra en el país y luego se la vendo a alguien que la distribuye en cantidades más pequeñas. Lo más probable es que mi cliente gane más que yo, porque siempre está comprando y vendiendo, mientras que yo solo hago dos o tres operaciones al año.

—Pero te va muy bien.

—Me va muy bien. Es arriesgado, porque estoy infringiendo la ley y porque siempre hay quien quiere estafarme. Y cuando el riesgo es alto, la recompensa también suele serlo. Y, además, el negocio está ahí: la gente quiere la mercancía.

—Cuando dices mercancía, te refieres a la cocaína.

—La verdad es que no toco mucho la coca, mi negocio se centra más bien en la heroína. También algo de hachís, pero durante los dos últimos años me he dedicado básicamente a la heroína. Mira, te lo voy a decir a las claras: no voy a disculparme por lo que hago. La gente compra la heroína, se engancha, le coge dinero a su madre del monedero, entra a robar en las casas, se mete sobredosis y se muere con la aguja clavada en el brazo, o comparte agujas y pillan el sida... Me sé la historia de memoria. Pero también hay quien fabrica armas, destila licor y cultiva tabaco. ¿Cuánta gente muere al año por culpa de la bebida y del tabaco, si lo comparamos con la gente que muere por culpa de las drogas?

—El alcohol y el tabaco son legales.

—¿Y eso qué cambia?

—Cambia algo, pero no sé muy bien el qué.

—Puede. Yo tampoco lo sé. En cualquier caso, es una mercancía sucia. Mata a la gente, o es la sustancia que la gente usa para matarse o para matar a otros. Un punto a mi favor es que no anuncio lo que vendo, ni tengo un grupo de presión en el Congreso, ni contrato a relaciones públicas para que le digan a la gente que la mierda que vendo les va a sentar muy bien. El día en que la gente deje de querer drogas, me buscaré otro producto que comprar y vender, pero no me lamentaré por ello, ni tampoco le exigiré al gobierno que me conceda un subsidio federal.

—Aun así, lo que tú vendes no son piruletas, niño.

—No, tienes razón. Es una mercancía sucia, jamás he dicho que no lo sea. Pero lo que yo hago, lo hago de forma limpia. No extorsiono a nadie, ni mato a nadie, juego limpio en los negocios y elijo muy bien con quién los hago. Por eso sigo vivo y por eso no estoy en la cárcel.

—¿Has estado alguna vez?

—No. Jamás me han detenido. Así que si ese es un factor, si te preocupa trabajar para un conocido traficante de droga...

—No es un factor.

—Bien, porque desde el punto de vista oficial, no soy un traficante conocido. No digo que no sepan quién soy en la Brigada de Narcóticos o en la DEA, pero no tengo ningún tipo de antecedente ni he sido oficialmente, al menos que yo sepa, objeto de ninguna investigación. No hay micrófonos en mi casa ni tengo el teléfono pinchado. Si lo estuviera, lo sabría, ya te lo he dicho antes.

—Sí.

—Quédate ahí sentado un minuto, quiero enseñarte algo.

Se dirigió a otra habitación y regresó con una fotografía de trece por dieciocho en un marco plateado.

—Es de nuestra boda —dijo—. Hace dos años. De hecho, aún no, los hará en mayo.

Él llevaba esmoquin y ella un vestido blanco. Él sonreía alegremente, pero ella no, como creo que ya he mencionado antes. Aun así, tenía una mirada luminosa y se veía que estaba radiante de felicidad.

No supe qué decir.

—No sé lo que le hicieron —prosiguió Kenan—. Es algo en lo que no me voy a permitir pensar. Pero la mataron y la descuartizaron, la convirtieron en una especie de broma macabra y yo tengo que hacer algo, porque si no lo hago me moriré. Lo haría todo yo solo si pudiera. De hecho, Petey y yo lo intentamos, pero no sabemos qué hacer, nos faltan conocimientos, y no sabemos qué pasos hay que seguir. Las preguntas que has formulado antes y el enfoque que le has dado... Todo eso me ha servido para darme cuenta de que este es un terreno en el que no sé lo que tengo que hacer. Por eso quiero tu ayuda, y a cambio de ella te pagaré lo que tenga que pagarte. El dinero no es un problema. Tengo mucho dinero y me gastaré todo el que haga falta. Y si tú dices que no, o bien me buscaré a otro que haga el trabajo o bien intentaré hacerlo yo mismo, porque de otro modo... ¿Qué otra cosa podría hacer, joder?

Se inclinó sobre la mesa, me cogió la fotografía y la contempló.

—Dios, fue un día absolutamente perfecto, como todos los días desde entonces... y luego todo se fue a la mierda. —Me miró y luego añadió—: Sí, soy traficante, o camello o como quieras llamarlo, y sí, mi intención es matar a esos hijos de puta. Así que las cartas ya están sobre la mesa. ¿Qué dices? ¿Aceptas o no aceptas?

Mi mejor amigo, el hombre con el que tenía pensado reunirme en Irlanda, era asesino profesional. Según se contaba, una noche se había paseado por las calles de Hell's Kitchen con una bolsa de bolera en la cual llevaba la cabeza que le había cortado a un enemigo. No pongo la mano en el fuego porque sea cierto, pero no hace mucho yo estaba con él en un sótano de Maspeth cuando le amputó la mano a un hombre, de un solo golpe, con una cuchilla de carnicero. Esa noche yo tenía una pistola en la mano, y la había utilizado.

De manera que si en ciertos aspectos yo seguía siendo un poli, en otros muchos había cambiado de manera considerable. Si me había tragado el camello..., ¿iba a colar el mosquito?

—Acepto —dije.

### 3

Regresé a mi hotel algo después de las nueve, tras una larga sesión con Kenan Khoury durante la cual yo había llenado las páginas de mi cuaderno con nombres de amigos, colegas y familiares. Había ido al garaje a inspeccionar el Toyota, y había encontrado la cinta de Beethoven aún en el radiocasete. Si había otras pistas en el coche de Francine, no las había descubierto.

El otro coche, el Tempo gris que habían utilizado para entregar los restos descuartizados, ya no se podía inspeccionar. Los secuestradores lo habían dejado mal aparcado y, en algún momento de la semana, una grúa de Tráfico se lo había llevado. Podría haber intentado dar con él, pero ¿de qué me iba a servir? Sin duda lo habían robado para la ocasión. Lo más probable, si se tenía en cuenta el estado en que se encontraba, era que se tratase de un vehículo abandonado antes de que los secuestradores lo robaran. La policía científica podría haber encontrado, en el maletero o en el interior del vehículo, manchas o fibras o marcas de algún tipo, que tal vez apuntaran hacia una línea de investigación más provechosa, pero yo no disponía de medios con los que hacer esa clase de análisis. Así que ¿de qué me servía patearme todo Brooklyn en busca de un coche en el que no iba a encontrar nada?

Subimos los tres al Buick para hacer un largo y tortuoso recorrido: pasamos por delante de D'Agostino's y de la tienda árabe de Atlantic Avenue; luego nos dirigimos hacia el sur hasta la primera cabina telefónica en Ocean con Farragut, luego de nuevo al sur por Flatbush y al este por la avenida N hasta la segunda cabina, la de Veterans Avenue. En realidad, no me hacía ninguna falta ver esos escenarios, porque no es que se pueda recabar una tremenda cantidad de información contemplando un teléfono público, pero siempre he pensado que vale la pena pasar tiempo en la escena del crimen, pasear por la acera, subir los escalones y verlo todo de primera mano. Hace que parezca más real.

Y también fue una manera de conseguir que los hermanos Khoury revivieran lo ocurrido. En una investigación policial, los testigos casi siempre se lamentan de tener que relatar una y otra vez la misma historia ante una legión de personas distintas. A ellos les parece inútil, pero en realidad tiene sentido. Si uno cuenta la misma historia varias veces ante personas distintas, es probable que se le ocurra algo que antes no había mencionado, o tal vez que una de esas personas escuche algo que a todos los demás se les ha escapado.

En algún momento del recorrido, hicimos un alto en el Apollo, una cafetería de Flatbush. Los tres pedimos *souvlaki*. Estaba delicioso, pero Kenan apenas tocó su plato. Más tarde, en el coche, dijo:

—Tendría que haber pedido huevos o cualquier otra cosa. Desde la otra noche, no me apetece en absoluto comer carne. No me la puedo comer, me revuelve el

estómago. Sé que lo superaré, pero de momento lo mejor es que me acuerde de pedir otra cosa. No tiene sentido pedir algo y luego no ser capaz de comérselo.

Peter me llevó al hotel en el Camry. Él se había instalado en la casa de Colonial Road. De hecho llevaba allí desde el secuestro, durmiendo en el sofá del salón, y necesitaba pasar por su casa a recoger algo de ropa.

De no haberme llevado él, habría llamado a alguna compañía de limusinas para que me enviaran un coche. El metro me gusta, no suelo tener sensación de inseguridad, pero me parecía un falso ahorro escatimar en taxis cuando llevaba diez mil dólares en el bolsillo. Me habría sentido bastante estúpido si me hubieran atracado.

Esa era mi iguala: dos montones de cincuenta papeles cada uno, dos fajos de billetes que no se distinguían en nada de los ochenta fajos que se habían pagado por el rescate de Francine Khoury. Siempre me ha costado mucho ponerles precio a mis servicios, pero en este caso me había ahorrado esa decisión. Kenan había dejado caer los dos fajos sobre la mesa y me había preguntado si con eso tenía bastante para empezar. Y yo le había contestado que tenía bastante tirando a demasiado.

—Me lo puedo permitir —dijo él—, tengo mucho dinero. No me han dejado sin blanca, ni de lejos.

—¿Podrías haber pagado el millón?

—No sin salir del país. Tengo una cuenta en las islas Caimán con medio millón de dólares. Y aquí, en la caja fuerte, tenía casi setecientos mil. De hecho, probablemente podría haber reunido los otros trescientos mil aquí en la ciudad, con unas cuantas llamadas de teléfono. Me pregunto...

—¿Qué?

—Nada, solo es una idea estúpida. Supongamos que les hubiera pagado el millón. ¿Me la habrían devuelto viva? Supongamos que no les hubiera presionado por teléfono, que hubiera sido más educado, que les hubiera lamido el culo y todo eso.

—La habrían matado igualmente.

—Eso es lo que me digo, pero ¿cómo saberlo? No dejo de preguntarme si hubiera podido hacer algo más. Supongamos que me hubiera mostrado implacable y no les hubiera dado ni un centavo hasta tener una prueba de que estaba viva.

—Lo más probable es que ya estuviera muerta cuando te llamaron.

—Ojalá tengas razón —dijo—, pero la verdad es que no lo sé. Sigo pensando que podría haberla salvado de alguna manera. Sigo diciéndome que es culpa mía.

Cogimos vías rápidas para volver a Manhattan; en concreto, la Shore Parkway y luego la Gowanus Expressway hasta el túnel. El tráfico era bastante fluido a esa hora,

pero Pete conducía despacio y no puso el Camry a más de sesenta y cinco kilómetros por hora. Al principio no hablamos mucho, por lo que los silencios tendían a alargarse.

—Hemos pasado unos días durillos —dijo al fin.

Le pregunté si lo llevaba bien.

—Ah, sí, estoy bien.

—¿Has ido a alguna reunión?

—Voy con bastante regularidad —dijo. Al cabo de un momento, añadió—: Desde que empezó toda esta mierda, no he tenido tiempo de acudir a ninguna reunión. He estado, ya sabes, muy ocupado.

—No le serás de ayuda a tu hermano a menos que estés sobrio.

—Eso ya lo sé.

—En Bay Ridge también hay reuniones, no hace falta que vengas a la ciudad.

—Ya lo sé. Anoche quería ir a una, pero no lo conseguí —se excusó, tamborileando con los dedos sobre el volante—. Pensaba que a lo mejor hoy volvíamos a tiempo de ir a la reunión en San Pablo, pero ya vamos tarde. Cuando lleguemos, serán más de las nueve.

—Hay una reunión a las diez en Houston Street.

—Pues no sé. Es que entre que voy a mi habitación y recojo lo que necesito...

—Si no llegas a la reunión de las diez, hay otra a medianoche. En el mismo sitio, en la calle Houston, entre la Sexta y Varick.

—Ya sé dónde es.

Algo en su tono me hizo comprender que no aceptaría más sugerencias. Al cabo de un instante, añadió:

—Ya sé que no tengo que dejar de lado las reuniones. Intentaré llegar a la de las diez. A la de medianoche, no sé qué decirte. Es que no quiero dejar a Kenan solo tanto tiempo.

—Bueno, a lo mejor puedes ir mañana, a lo largo del día, a alguna reunión en Brooklyn.

—Sí, a lo mejor.

—¿Y qué pasa con el trabajo? ¿Tampoco estás yendo?

—De momento, no. El viernes llamé y dije que estaba enfermo y hoy también, pero bueno, si me echan tampoco me voy a morir. Encontrar otro empleo así no es difícil.

—¿De qué trabajas, de mensajero?

—Reparto a domicilio de comida, en realidad. Para la *delicatessen* de la Cincuenta y siete con la Novena Avenida.

—Tiene que ser duro, ¿no? Me refiero a trabajar en un empleo de reinserción como ese mientras tu hermano está forrado.

Peter guardó silencio durante un instante.

—Tengo que mantener las cosas separadas, ¿sabes? —añadió al cabo de un rato—. Kenan quería que trabajara para él, o con él o como quieras decirlo. Pero no puedo trabajar en ese negocio y seguir sobrio. No es que te pases el día rodeado de drogas, porque en realidad no es así, no es que tengas mucho contacto con la mercancía. Es la actitud, el modo de pensar... ¿Sabes a qué me refiero?

—Claro.

—Llevas razón en lo que has dicho sobre las reuniones. Tengo muchas ganas de beber desde que me enteré de lo de Francine. Quiero decir, desde que supe que la habían secuestrado, antes de que le hicieran lo que le hicieron. No me he acercado siquiera a la bebida, pero me cuesta apartar esa idea de la mente. Yo la alejo, pero vuelve enseguida.

—¿Te has puesto en contacto con tu padrino?

—La verdad es que no tengo padrino. Me asignaron uno temporal al principio, cuando dejé la bebida, y en aquella época lo llamaba bastante, pero luego nos fuimos distanciando. De todas formas, es difícil localizarlo por teléfono. Tendría que buscarme un padrino normal, pero no termino de decidirme, no sé por qué.

—Un día de estos...

—Ya lo sé. ¿Tú tienes padrino?

Asentí.

—Precisamente nos vimos ayer. Por lo general, cenamos juntos el domingo y charlamos acerca de cómo ha ido la semana.

—¿Te da consejos?

—A veces. Pero luego yo sigo a mi rollo y hago lo que quiero.

Cuando regresé a mi habitación de hotel, la primera persona a la que llamé fue a Jim Faber.

—Hace un momento que estaba hablando de ti —le dije—. Un amigo me ha preguntado si mi padrino me da consejos y le he dicho que siempre hago exactamente lo que tú sugieres.

—Tienes suerte de que Dios no te haya fulminado allí mismo.

—Ya lo sé. Pero he decidido no ir a Irlanda.

—¿Cómo? Pero si ayer parecías tan convencido... ¿Has cambiado de idea después de consultarlo con la almohada?

—No —admití—, seguía igual de convencido esta mañana, así que me he ido a una agencia de viajes y he encontrado un vuelo barato para el viernes por la tarde.

—¿Pero...?

—Pero esta tarde me han ofrecido un trabajo y lo he aceptado. ¿Quieres irte a Irlanda tres semanas? No creo que me devuelvan el dinero del billete.

—¿Estás seguro? Es una lástima perderlo.

—Ya, pero me han dicho que no es reembolsable y ya lo he pagado. No pasa nada, me han pagado lo bastante como para poder renunciar a doscientos dólares. Solo quería decirte que no estoy de camino al país de Sodoma y Begorrah<sup>[2]</sup>.

—Ayer daba la sensación de que te la estabas jugando —dijo—. Y por eso me preocupé. Has conseguido ir al bar de tu amigo y no beber...

—Él ya bebe por los dos.

—Bueno. Sea como sea, funciona. Pero al otro lado del océano, separado por miles de kilómetros de tu sistema de apoyo habitual, y teniendo en cuenta que estás inquieto...

—Lo sé. Pero ahora ya puedes dormir tranquilo.

—Aunque no pueda atribuirme los méritos.

—Ah, pues no sé. A lo mejor sí es obra tuya. Los designios de Dios son inescrutables.

—Sí —dijo—, alabado sea.

Elaine dijo que era una lástima que finalmente no me fuera a Irlanda.

—Supongo que no era posible aplazar el trabajo —dijo.

—No.

—Ni terminarlo antes del viernes.

—El viernes apenas lo habré empezado.

—Es una lástima, pero no pareces muy decepcionado.

—No lo estoy. Por lo menos, aún no había llamado a Mick, así que me ahorro tener que volver a llamarlo para decirle que he cambiado de idea. Si quieres que te diga la verdad, me alegra tener trabajo.

—Ya tienes algo a lo que hincarle el diente.

—Exacto. Y eso es justamente lo que necesito, más que unas vacaciones.

—¿Es un buen caso?

No le había contado nada al respecto. Reflexioné durante un instante y luego dije:

—Es un caso terrible.

—¿Por?

—Joder, la gente es capaz de hacerles cosas verdaderamente horribles a los demás. Se supone que tendría que haberme acostumbrado ya, pero no es así.

—¿Quieres hablar de ello?

—Cuando nos veamos. ¿Sigues en pie lo de mañana por la noche?

—A menos que se interponga tu trabajo...

—No veo por qué tendría que ser así. Pasaré a buscarte a eso de las siete. Si veo que llego tarde, te llamaré.

Me di un baño caliente y luego dormí a pierna suelta. Por la mañana, fui al banco y añadí siete mil dólares al dinero que tenía guardado en mi caja de seguridad. Ingresé otros dos mil dólares en mi cuenta y me guardé los otros mil dólares en el bolsillo trasero del pantalón.

En otra época, me habría faltado tiempo para regalarlo. Solía pasar muchas horas ociosas en iglesias vacías y pagaba religiosamente mi diezmo, por así decirlo, pues depositaba justo el diez por ciento de lo que ganaba en la primera alcancía que encontraba. Esa extraña costumbre se había ido perdiendo con la sobriedad. No sé por qué dejé de hacerlo, pero lo cierto es que tampoco puedo explicar por qué empecé a hacerlo.

Podría haber depositado mi billete de Aer Lingus en la alcancía más próxima, teniendo en cuenta que tampoco me iban a devolver nada. Fui a la agencia de viajes y confirmé lo que ya sospechaba, es decir, que el importe del billete no era reembolsable.

—En circunstancias normales, le diría que se fuera usted a un médico y le pidiera un certificado para justificar que cancela el viaje por motivos de salud —me recomendó el agente—. Pero en este caso no le serviría de nada, porque usted no trata directamente con la aerolínea, sino con una empresa que compra espacio al por mayor a las aerolíneas y luego lo vende con descuento.

El hombre se ofreció a revenderme el billete, así que se lo dejé y me dirigí al metro.

Me pasé todo el día en Brooklyn. Me había llevado una foto de Francine Khoury al marcharme de la casa de Colonial Road y la estuve enseñando en los alrededores del D'Agostino's de la Cuarta Avenida y de The Arabian Gourmet de Atlantic Avenue. El rastro se había enfriado más de lo que a mí me habría gustado —estábamos a martes y el secuestro se había producido el viernes—, pero eso ya no tenía remedio. Habría estado bien que Pete me hubiera llamado el viernes en lugar de haberse esperado todo el fin de semana, pero entiendo que los Khoury tenían otras cosas que hacer.

Además de la foto, enseñaba también una tarjeta de Reliable, en la que figuraba mi nombre. Estaba investigando un parte, decía. Un vehículo había chocado contra el coche de mi clienta y luego se había dado la fuga. Según les explicaba, identificar a la otra parte me serviría para agilizar la tramitación del parte.

En D'Agostino's hablé con una cajera que recordaba a Francine como una clienta habitual que siempre pagaba en efectivo, cosa admirable en nuestra sociedad pero absolutamente normal en el círculo de los narcotraficantes.

—Y puedo decirle algo más sobre ella —afirmó la mujer—. Me juego lo que quiera a que es buena cocinera.

Supongo que debió de advertir mi perplejidad.

—Nada de comidas preparadas, ni congelados de esto o de lo otro. Siempre ingredientes frescos. No hay muchas mujeres tan jóvenes como ella que se dediquen a cocinar... Nunca llevaba en el carro ningún plato preparado.

El empleado que le había llevado las bolsas también la recordaba y me informó de que siempre daba dos dólares de propina. Le pregunté si había visto algún camión y recordó haber visto una furgoneta azul que estaba aparcada justo delante y que se marchó justo detrás de ella. No se había fijado en la marca ni en la matrícula, pero estaba bastante seguro del color y le parecía recordar que en el lateral ponía algo sobre reparación de televisores.

En Atlantic Avenue recordaban más cosas porque también habían ocurrido más cosas. La mujer que estaba tras el mostrador reconoció de inmediato la foto y supo decirme qué había comprado Francine: aceite de oliva, *tahini*, *ful medames* y otros productos que yo ni siquiera conocía. No había presenciado el secuestro porque en ese momento estaba atendiendo a otras personas. Sin embargo, sabía que había ocurrido algo grave, porque un cliente había entrado enseguida en el establecimiento y había dicho algo de que dos hombres y una mujer habían salido corriendo de la tienda y habían subido a toda prisa a la parte trasera de una furgoneta. El cliente creía que habían atracado la tienda y que estaban huyendo.

Conseguí entrevistar a unas cuantas personas más antes de mediodía, momento en el cual pensé que sería buena idea ir a comer algo allí al lado. Sin embargo, recordé los consejos que tanto me había preocupado de darle a Peter Khoury: yo tampoco había ido a ninguna reunión desde el sábado. Estábamos a martes y, además, tenía previsto salir esa noche con Elaine, así que llamé a la Oficina Intergrupala y me dijeron que había una reunión programada a las doce y media en Brooklyn Heights, a unos diez minutos de donde me hallaba. La oradora era una anciana menuda, con un aspecto de lo más pulcro y recatado, pero a través de su historia quedó claro que no siempre había sido así. Había sido una vagabunda que dormía en los portales y no se bañaba nunca, ni se cambiaba de ropa. Insistió una y otra vez en lo sucia que iba siempre y en lo mal que olía. Resultaba difícil cuadrar aquella historia con la persona que se sentaba a la cabecera de la mesa.

Tras la reunión, me dirigí de nuevo a Atlantic Avenue y retomé la investigación donde la había dejado. Me compré un sándwich y una lata de refresco en una tienda de comida para llevar. Aproveché que estaba allí para entrevistar al propietario. Comí de pie, delante de la tienda, y luego hablé con el encargado de un quiosco y con un par de clientes. Después entré en el Aleppo y hablé con la cajera y con dos de los camareros. Cuando terminé, regresé a Ayoub. Me había acostumbrado a llamar así al establecimiento The Arabian Gourmet, pues todas las personas con las que hablaba

utilizaban ese nombre para referirse a él. Cuando volví a entrar, la mujer ya había conseguido recordar el nombre del cliente que había creído que los hombres de la furgoneta azul habían atracado la tienda. Localicé el número del hombre en cuestión a través del listín telefónico, pero nadie me respondió cuando llamé.

Había dejado de lado la historia de la compañía de seguros al llegar a Atlantic Avenue, porque no parecía cuadrar mucho con lo que la gente había visto. Por otro lado, no quería dar a entender ni por asomo que se habían producido un secuestro y un asesinato, pues siempre podría haber alguien que creyera que informar a la policía era su deber como ciudadano. La historia que me inventé, y que podía variar ligeramente en función de quién me estuviera escuchando, era más o menos la siguiente:

Mi clienta tenía una hermana, la cual estaba planteándose un posible matrimonio de conveniencia con un inmigrante ilegal que quería quedarse en el país. Sin embargo, el futuro novio tenía una novia cuya familia se oponía con uñas y dientes a dicho matrimonio de conveniencia. Dos hombres, parientes de la novia, llevaban varios días acosando a mi clienta, con la intención de conseguir que los ayudara a impedir el matrimonio. Mi clienta entendía su postura, pero en realidad no quería verse implicada en el asunto.

El jueves, los dos hombres la habían vigilando y la habían seguido hasta Ayoub. En cuanto ella salió, se inventaron una excusa para hacerla subir a la parte trasera de su furgoneta y se la llevaron a dar una vuelta para intentar convencerla. Cuando por fin la dejaron marchar, mi clienta estaba bastante nerviosa y, en su deseo de alejarse de ellos, no solo se había olvidado la compra (el aceite de oliva, el *tahini* y todo lo demás), sino también su monedero, en cuyo interior llevaba ese día un valioso brazalete. No sabía cómo se llamaban esos hombres, ni cómo localizarlos, así que...

Supongo que la historia no tenía mucho sentido, pero tampoco pretendía presentársela a ninguna cadena de televisión para hacer el episodio piloto de una serie, tan solo la utilizaba para tranquilizar a los ciudadanos honrados y hacerles ver que era tan seguro como noble ayudar en lo que pudieran. Es cierto que me ofrecieron un montón de consejos gratuitos —«Esos matrimonios no son buenos, su clienta tendría que decirle a su hermana que no vale pena», por ejemplo—, pero también una considerable cantidad de información.

Paré a eso de las cuatro y poco y cogí el metro en dirección a Columbus Circle. Me libré de la hora punta por los pelos. Al llegar al hotel, me encontré el correo. Era publicidad en su mayor parte. Un día se me ocurrió comprar algo por correo y ahora recibo docenas de catálogos todos los meses. Vivo en una habitación pequeña y no tengo sitio para los catálogos, y menos aún para los productos que quieren venderme.

Una vez arriba, lo tiré todo a la basura menos la factura del teléfono y dos notas

en las que se me informaba de que «Ken Curry» había llamado dos veces, una a las 14.30 y la otra a las 15.45. No lo llamé de inmediato, pues me sentía agotado.

La jornada me había dejado para el arrastre. No es que físicamente hubiera hecho gran cosa, pues no me había pasado ocho horas cargando sacos de cemento, pero tanta conversación con tanta gente me había pasado factura. Hay que mantener muy bien la concentración y la cosa resulta especialmente estresante cuando uno se ha inventado una historia. Excepto en el caso de los mentirosos patológicos, es más difícil inventarse un cuento que decir la verdad: los detectores de mentiras se basan en ese principio, y mi propia experiencia lo confirma. Pasarse un día entero mintiendo e interpretando un papel lo deja a uno para el arrastre, sobre todo si encima se está casi todo el rato de pie.

Me duché y me retoqué el afeitado. Luego puse las noticias en la tele y me tumbé quince minutos a escucharlas, con los ojos cerrados y los pies en alto. Hacia las cinco y media llamé a Kenan Khoury y le conté que había hecho algunos avances, aunque en realidad no podía decirle nada concreto. Quiso saber si podía ayudarme en algo.

—Ahora mismo no —le contesté—. Mañana por la mañana volveré a Atlantic City, para ver si consigo completar un poco más la escena. Cuando termine, me pasaré por tu casa. ¿Estarás allí?

—Claro —respondió—. No tengo adónde ir.

Puse el despertador y volví a cerrar los ojos. El reloj me sacó de un sueño a las seis y media. Me vestí con traje y corbata y me fui a casa de Elaine. Me sirvió un café, mientras ella se bebía un agua Perrier, y luego cogimos un taxi para ir a la Sociedad de Asia, donde acababan de inaugurar una exposición cuyo protagonista era el Taj Mahal, por lo que guardaba una estrecha relación con el curso que Elaine estaba haciendo en el Hunter College. Tras recorrer las tres salas de exposición y emitir los apropiados murmullos, seguimos a la multitud hasta otra sala, donde nos sentamos en sillas plegables y escuchamos la interpretación de un solista que tocaba el sitar. No tengo ni idea de si fue o no una buena interpretación. No habría sabido decirlo, ni tampoco entiendo cómo sabe el intérprete cuándo su instrumento está desafinado.

Tras la actuación, se ofreció un picoteo de vino y queso.

—No hace falta que nos quedemos mucho rato —murmuró Elaine.

Tras unas cuantas sonrisas y murmullos de aprobación, salimos a la calle.

—Te lo has pasado en grande —observó Elaine.

—Ha estado bien.

—Ay, señor. Las cosas que es capaz de soportar un hombre con la esperanza de echar un polvo.

—Venga ya —la corté—. Tampoco ha estado tan mal. Es la misma música que ponen en los restaurantes indios.

—Pero allí no tienes que escucharla.

—¿Y quién dice que estaba escuchando?

Fuimos a un restaurante italiano y, cuando nos sirvieron el café, le hablé de Kenan Khoury y de lo que le había ocurrido a su esposa. Cuando terminé el relato, Elaine se quedó inmóvil durante unos segundos, contemplando el mantel como si en él hubiera algo escrito. Luego levantó muy despacio la cabeza y me miró a los ojos. Elaine es una mujer de recursos, y fuerte además, pero en ese momento me pareció conmovedoramente vulnerable.

—Santo Dios —acertó a decir.

—De lo que es capaz la gente.

—No tiene límites, ¿verdad? Es infinita. —Bebió un sorbo de agua—. La crueldad, quiero decir, el sadismo más absoluto. ¿Por qué iba alguien a...? En fin, ¿para qué preguntarse por qué?

—Supongo que les causaba placer —aventuré—. Que disfrutaban con ello, y no me refiero solo al acto de matarla, sino al hecho de restregárselo a él por las narices, de hacerlo ir de un lado para otro, de decirle que estaba en el coche y luego que estaría en casa cuando él llegara, para después dejar que la encontrara cortada a trocitos en el maletero del Ford. No tenían que ser necesariamente unos sádicos para matarla. Lo más probable es que les pareciera más seguro que dejar una testigo que pudiera identificarlos. Pero lo que no tiene mucho sentido es hurgar aún más en la herida como hicieron ellos. Se tomaron muchas molestias para descuartizar el cuerpo. Lo siento, no es una conversación de sobremesa muy apropiada, ¿verdad?

—Pues imagínate lo agradable que resulta como cuento para irse a la cama...

—Le pone a uno a tono, ¿verdad?

—No hay nada tan excitante. No, en serio, no me importa. O sea, sí que me importa, claro que me importa, pero no soy muy aprensiva. Es muy bestia descuartizar a alguien, pero en realidad eso es lo de menos, ¿no? Lo que sorprende de verdad es que exista tanta maldad en el mundo y que pueda aparecer así de repente y acabar con alguien sin motivo alguno. Eso es lo terrible, y sienta igual de mal con el estómago vacío que con el estómago lleno.

Regresamos a su apartamento y Elaine puso un disco de solos de piano, de Cedar Walton, que nos gustaba mucho a los dos. Nos sentamos en el sofá, sin hablar demasiado. Cuando terminó el disco, le dio la vuelta y, a mitad de la segunda cara, nos fuimos al dormitorio e hicimos el amor de una forma extrañamente intensa. Al terminar, los dos guardamos silencio durante un buen rato, hasta que Elaine lo interrumpió.

—Te voy a decir una cosa, chico. Como sigamos así, el día menos pensado se nos acabará dando bien.

—Conque eso crees, ¿eh?

—No me extrañaría. ¿Matt? Quédate a dormir.

La besé.

—Eso tenía planeado.

—Ajá. Buen plan. No quiero estar sola.

Yo tampoco quería.

Me quedé a desayunar y, cuando llegué a Atlantic Avenue, ya eran casi las once. Estuve allí cinco horas, casi todo el tiempo en la calle o dentro de las tiendas, pero también pasé un rato en una biblioteca o hablando por teléfono. A las cuatro y unos pocos minutos, recorrí un par de manzanas y cogí un autobús hasta Bay Ridge.

La última vez que lo había visto, Kenan Khoury tenía un aspecto desaliñado e iba sin afeitarse, pero ese día me lo encontré tranquilo y sereno, vestido con unos pantalones grises y una camisa de cuadros en tonos apagados. Lo seguí a la cocina y me contó que su hermano se había ido a trabajar por la mañana, a Manhattan.

—Petey decía que quería quedarse aquí, que pasaba del trabajo, pero ¿cuántas veces vamos a mantener la misma conversación? Lo he obligado a coger el Toyota, así al menos tiene con qué ir y volver. ¿Qué me cuentas, Matt? ¿Has averiguado algo?

—Dos hombres más o menos de mi estatura —comencé— cogieron a tu mujer en la calle, delante de The Arabian Gourmet, y la obligaron a subir a un camión o furgoneta de color azul oscuro. Un camión muy parecido, tal vez el mismo, la siguió cuando salió de D'Agostino's. El camión llevaba algo escrito en las puertas, en letras blancas según uno de los testigos. «Venta y reparación de TV», seguido del nombre de una compañía formado por unas iniciales indeterminadas: «B & L» o «H & M». Diferentes letras según diferentes testigos. Dos personas recuerdan una dirección de Queens, y una de ellas habla concretamente de Long Island City.

—¿Existe esa empresa?

—La descripción es lo bastante vaga como para que encajen al menos una docena de empresas. Un par de iniciales, reparación de televisores, una dirección en Queens... He llamado a seis o siete empresas, pero en ninguna de ellas conducen camiones de color azul oscuro ni han echado en falta un vehículo de un tiempo a esta parte. De hecho, ya me lo esperaba.

—¿Por qué?

—Porque no creo que fuera un camión robado. Intuyo que ya estaban vigilando tu casa el jueves por la mañana con la esperanza de que tu mujer saliera sola. Cuando salió, la siguieron. Lo más probable es que no fuera la primera vez que lo hacían. Tan solo estaban esperando la oportunidad de actuar. Como es lógico, no iban a robar un camión cada vez y dedicarse a circular durante todo el día en un vehículo que en cualquier momento puede aparecer en la lista de vehículos robados.

—Entonces ¿crees que el camión era suyo?

—Es muy probable. Creo que pintaron el nombre y la dirección de una compañía falsa en las puertas y, una vez realizado el secuestro, borraron ese nombre y pintaron uno nuevo. No me sorprendería que incluso hubieran pintado toda la furgoneta de otro color que no fuera el azul.

—¿Y la matrícula?

—Seguramente la habían cambiado para la ocasión; pero da igual, porque nadie anotó el número de matrícula. Uno de los testigos estaba convencido de que los tres acababan de atracar la tienda y eran ladrones, pero lo único que se le ocurrió fue entrar en el establecimiento y asegurarse de que todo el mundo estaba bien. Otro hombre pensó que estaba pasando algo raro y le echó un vistazo a la matrícula, pero solo recuerda que tenía un nueve.

—Eso sí que es útil.

—Mucho. Los dos hombres vestían igual, con pantalones oscuros y camisas de trabajo a juego, además de cazadoras a juego. Parecía que llevaban uniforme y, entre eso y el vehículo comercial que conducían, no levantaban sospechas. Hace muchos años, aprendí que puedes entrar prácticamente en cualquier sitio si llevas una tablilla sujetapapeles, porque da la sensación de que estás trabajando. Y ellos contaban con esa ventaja. Dos personas distintas creyeron estar viendo a dos agentes secretos de Inmigración que se llevaban a una inmigrante ilegal. Y ese es uno de los motivos de que nadie interviniera. Bueno, eso y el hecho de que todo sucedió tan rápido que no hubo tiempo de reaccionar.

—Muy astutos.

—El uniforme les daba otra ventaja, además. Los hacía invisibles, porque lo único que veía la gente era la ropa que llevaban, y lo único que recuerdan es que los dos se parecían mucho. ¿He dicho ya que también llevaban gorra? Los testigos hablan de gorras y chaquetas, prendas que seguramente se pusieron para realizar el trabajo y de las que luego se deshicieron.

—O sea, que en realidad no tenemos nada.

—Eso no es del todo cierto. No tenemos nada que nos lleve directamente a ellos, pero sí tenemos algo. Sabemos qué hicieron y cómo lo hicieron. Sabemos que tienen recursos y que planearon el secuestro. ¿Cómo crees que te eligieron?

Kenan se encogió de hombros.

—Sabían que era traficante, porque lo mencionaron. Y eso lo convierte a uno en un blanco perfecto, porque saben que tienes dinero y que no vas a llamar a la policía.

—¿Qué más sabían de ti?

—Mis orígenes étnicos. Uno de ellos, el primero, me insultó varias veces.

—Sí, recuerdo que lo mencionaste.

—«Árabe de mierda» y «puto negro del desierto». Ese es bonito, ¿no? «Puto negro del desierto». Les faltó llamarme camellero, que es lo que me decían los niños italianos en San Ignacio. «¡Eh, Khoury, camellero de mierda!». Los únicos camellos que he visto en mi vida son los que salen en los paquetes de cigarrillos.

—¿Crees que el hecho de ser árabe te convirtió en su objetivo?

—Ni se me había pasado por la cabeza. Es cierto que existen muchos prejuicios,

no lo dudo, pero por lo general no soy muy consciente de ello. La familia de Francine es de Palestina, ¿te lo había dicho?

—Sí.

—Ellos lo tienen más difícil. Conozco a palestinos que dicen que son libaneses o sirios solo para ahorrarse problemas. Comentarios propios de ignorantes, en plan: «¡Ah, de Palestina! Pues seguro que eres terrorista». Hay mucha gente que tiene muchos prejuicios contra los árabes en general —dijo, al tiempo que hacía un gesto de impaciencia—. Mi padre, por ejemplo.

—¿Tu padre?

—No voy a decir que estuviera en contra de los árabes, pero él tenía la teoría de que, en realidad, nosotros no éramos árabes. Mi familia es cristiana, ¿sabes?

—Ahora entiendo por qué no me cuadraba lo de San Ignacio.

—Hubo una época en que a mí tampoco me cuadraba. No, éramos cristianos maronitas y, según mi viejo, descendíamos de los fenicios. ¿Has oído hablar de los fenicios?

—Me suena a los tiempos bíblicos, ¿no? ¿No eran exploradores, o comerciantes, o algo así?

—Tú lo has dicho. Grandes navegantes: viajaron alrededor de toda África, colonizaron España, y es muy probable que llegaran hasta Gran Bretaña. Fundaron Cartago, en el norte de África y, según dicen, en Inglaterra se han encontrado muchas monedas cartaginesas enterradas. Fueron los descubridores de Polaris, más conocida como la Estrella Polar. Bueno, quiero decir que fueron los primeros en descubrir que estaba siempre en el mismo sitio y que podía usarse como guía para la navegación. Desarrollaron un alfabeto que sirvió como base del alfabeto griego. —Se interrumpió, algo incómodo—. Mi padre se pasaba la vida hablando de ellos, así que supongo que algo se me debió de quedar.

—Eso parece.

—Tampoco es que estuviera obsesionado con el asunto, pero sabía mucho. Y de ellos viene mi nombre. Los fenicios se llamaban a sí mismos Kena'ani, o cananeos. Mi nombre se pronuncia *Keh-nahn*, pero siempre me han llamado *Ki-nan*.

—«Ken Curry», según el mensaje que me dejaron ayer.

—Sí, es lo típico. Cuando he pedido algo por teléfono lo suelen enviar a nombre de Keane & Curry, que suena a bufete de abogados irlandeses. Total, que según mi padre, los fenicios y los árabes eran dos pueblos completamente distintos. Los fenicios eran los cananeos, un pueblo que ya existía en tiempos de Abraham, mientras que los árabes descienden de Abraham.

—Creía que eran los judíos los que descendían de Abraham.

—Exacto, a través de Isaac, que era el hijo legítimo de Abraham y Sara. Los árabes, en cambio, son hijos de Ismael, que es el hijo que Abraham tuvo con Agar.

Joder, ahora me acuerdo de algo en lo que no había pensado desde hace mucho tiempo. Cuando yo era niño, mi padre estaba peleado con un tendero que vivía muy cerca, en Dean Street, y se refería a él como «el bastardo ismaelita». Sí, mi padre era todo un personaje.

—¿Sigue vivo?

—No, murió hace tres años. Era diabético y, con los años, la enfermedad le fue debilitando el corazón. Cuando tengo un mal día, me digo que se murió de pena por los disgustos que le habíamos dado sus hijos. Él quería un arquitecto y un médico, y se encontró con un alcohólico y un narcotraficante. Pero no fue eso lo que acabó con él. Fue la comida. Era diabético y le sobraban al menos veinte kilos. Por mucho que Petey y yo hubiéramos sido Jonas Salk y Frank Lloyd Wright, a él no le habría servido de nada.

A eso de las seis, Kenan hizo la primera de una serie de llamadas telefónicas después de que entre los dos hubiéramos planeado una maniobra de aproximación. Marcó un número, esperó un tono, luego tecleó su propio número y colgó.

—Ahora, a esperar —dijo.

Sin embargo, no tuvimos que esperar mucho, puesto que el teléfono sonó cuando aún no habían transcurrido cinco minutos.

—Hola, Phil —dijo—. ¿Qué tal? Genial. Escúchame bien. No sé si conoces a mi mujer, pero resulta que hemos recibido una amenaza de secuestro y la he enviado fuera del país. No sé de qué va la historia, pero creo que tiene algo que ver con el negocio, ¿me sigues? Lo que he hecho es contratar a un tío para que investigue, en plan profesional. Y quería, ya sabes, correr la voz, porque tengo la sensación de que esta gente va en serio, de que son asesinos de verdad. Exacto. Eso es, tío, somos objetivos fáciles, tenemos mucha pasta y no podemos llamar a la poli, lo cual nos convierte en el blanco perfecto de asaltos y quién sabe qué más... De acuerdo. Lo único que te digo es que tengas cuidado, ya sabes, y que mantengas los ojos y los oídos bien abiertos. Y haz correr la voz, ya me entiendes, díselo a quien consideres que debe saberlo. Y si pasa algo, tío, llámame, ¿vale? De acuerdo.

Colgó y se volvió a mirarme.

—No sé. Creo que lo único que he conseguido es convencerlo de que me estoy volviendo paranoico. «¿Por qué la has mandado fuera del país, tío? ¿Por qué no te limitas a comprar un perro, o a contratar a un guardaespaldas?». Porque está muerta, gilipollas... Pero no podía decírselo, claro. Si se corre la voz, tendremos problemas. Mierda.

—¿Qué pasa?

—¿Qué le cuento a la familia de Francine? Cada vez que suena el teléfono, me temo que sea alguno de sus primos. Sus padres están separados y su madre volvió a

Jordania ya hace tiempo, pero su padre sigue viviendo en el barrio de siempre y Francine tenía familia desperdigada por todo Brooklyn. ¿Qué les voy a decir?

—No lo sé.

—Tarde o temprano, les tendré que poner al corriente. De momento, les diré que se ha ido a hacer un crucero o algo así. ¿Sabes lo que pensarán?

—Que tenéis problemas conyugales.

—Exactamente. Acabábamos de volver de Negril, así que... ¿por qué iba a irse de crucero? Seguro que los Khoury tienen problemas. Bueno, pues que piensen lo que quieran. La verdad es que jamás nos enfadamos, jamás tuvimos un mal día. Joder.

Volvió a coger el teléfono, marcó un número y, tras esperar el tono, tecleó su propio número. Colgó y tamborileó sobre la mesa con impaciencia. Cuando el teléfono sonó, descolgó enseguida y dijo:

—Hola, tío, ¿cómo te va? ¿Ah, sí? No jodas. Bueno, escúchame bien...

Fui a la reunión de las ocho y media en San Pablo. Mientras me dirigía hacia allí, se me ocurrió que a lo mejor me encontraba a Peter Khoury, pero no apareció. Después de la reunión, ayudé a recoger las sillas plegables y luego me fui a tomar un café al Flame con unas cuantas personas. No me quedé mucho rato, sin embargo, porque a las once ya estaba en el Poogan's *Pub* de la calle Setenta y dos Este, uno de los dos lugares en los que era probable encontrar a Danny Boy Bell entre las nueve de la noche y las cuatro de la madrugada. Durante el resto del día, no era demasiado probable encontrarlo en ninguna parte.

Su otro lugar favorito es un club de jazz llamado Mother Goose, en Amsterdam Street. El Poogan's estaba más cerca, así que decidí intentarlo allí primero. Danny Boy estaba sentado en la mesa de siempre, al fondo del local, absorto en una conversación con un hombre negro de piel muy oscura, barbilla puntiaguda y nariz respingona. Llevaba unas gafas de sol con cristal de espejo que le tapaban media cara y vestía un traje de color azul pastel cuyos voluminosos hombros no eran obra ni de Dios ni de ningún gimnasio. Lucía también un pequeño sombrero de paja, de color chocolate, adornado con una cinta de color rosa flamenco.

Pedí una Coca-Cola en la barra y esperé a que aquel hombre terminara de hablar con Danny Boy. Al cabo de unos cinco minutos, se levantó de la silla, le dio una palmadita en el hombro a Danny Boy, soltó una alegre carcajada y se alejó hacia la puerta. Me di la vuelta un momento para recoger el cambio y, cuando volví a girarme, el lugar del primer hombre lo ocupaba ahora un tipo blanco, medio calvo, de generoso bigote y con una barriga que parecía a punto de reventarle la camisa. Al primer tipo no lo conocía, al menos en persona, pero a este sí: se llamaba Selig Wolf y era dueño de un par de aparcamientos, además de corredor de apuestas en acontecimientos deportivos. Lo había detenido en una ocasión, ya hacía muchos años, por agresión, pero al final la víctima retiró la denuncia.

Cuando Wolf se marchó, cogí mi segunda Coca-Cola y me senté.

—Una noche ajetreada —comenté.

—Lo sé —respondió Danny Boy—. Coge número y ponte a la cola, esto se empieza a parecer a Zabar's. Me alegro de verte, Matthew. Te he visto antes, pero me ha tocado soportar la hora del lobo<sup>[3]</sup>. Supongo que conoces a Selig.

—Sí, pero no al otro tipo. Tiene pinta de ser el director de captación de fondos de la Fundación de Becas Universitarias para Negros, ¿no?

—Desperdiciar una mente es algo terrible<sup>[4]</sup> —dijo, en tono solemne—. A juzgar por las apariencias, podría decirse que has desperdiciado la tuya. Ese hombre llevaba todo un clásico de los trajes, Matthew, el llamado traje de pachuco. Eso era un traje de pachuco, ¿sabes? Con sus pliegues y su drapeado. Mi padre tenía uno en el

armario, que conservaba como recuerdo de su extravagante juventud. De vez en cuando lo sacaba y amenazaba con ponérselo. A mi madre casi le daba algo.

—Es comprensible.

—Se llama Nicholson James —prosiguió Danny Boy—. En realidad tendría que llamarse James Nicholson, pero hace mucho tiempo le escribieron el nombre al revés en no sé qué documento oficial y él decidió que así tenía más clase. Podría decirse que pega más con su estilo retro. El señor James es un proxeneta.

—Imagínate. Jamás lo hubiera dicho.

Danny Boy se sirvió un poco de vodka. Su estilo, en lo que se refiere a la moda, era más bien de sobria elegancia: llevaba un traje oscuro hecho a medida, corbata y chaleco rojo y negro de llamativo estampado. Es un albino afroamericano, muy bajito y de constitución más bien endeble. Describirlo como negro sería inapropiado, puesto que es cualquier cosa menos negro. Se pasa las noches en los bares y adora las luces atenuadas y los ruidos bajos. Es tan estricto como Drácula con lo de no salir de día y, durante esas horas, no suele responder al teléfono ni abrir la puerta. Sin embargo, se pasa las noches en el Poogan's o en el Mother Goose, escuchando a los demás y contándoles historias.

—Elaine no te acompaña —observó.

—Esta noche no.

—Dale recuerdos.

—De tu parte —dije—. Te he traído algo, Danny Boy.

—¿Sí?

Le puse un par de billetes de cien en la palma de la mano. Contempló el dinero sin exhibirlo y luego me observó con las cejas arqueadas.

—Tengo un cliente próspero —dije—. Quiere que vaya en taxi a todas partes.

—¿Y quieres que yo te llame uno?

—No, pero he pensado que podía hacer correr por ahí su dinero. Lo único que tienes que hacer tú es correr la voz.

—¿Qué voz?

Le conté la historia oficial sin mencionar el nombre de Kenan Khoury. Danny Boy me escuchó con atención. De vez en cuando fruncía el ceño. Cuando terminé de hablar, sacó un cigarrillo, lo contempló durante un instante, y luego lo volvió a guardar en el paquete.

—Se me plantea una pregunta.

—Adelante.

—La esposa de tu cliente está fuera del país, y se supone que a salvo de quienes querían hacerle daño. Y tu cliente da por sentado que esos tipos dirigirán su atención hacia otra persona.

—Exacto.

—Bueno, ¿y a él qué más le da? Me encanta la idea de que un narcotraficante sea tan solidario, como esos cultivadores de marihuana de Oregón que hacen generosos donativos anónimos a Primero la Tierra y a los ecosaboteadores. Bueno, a mí también me gustaba Robin Hood cuando era pequeño, pero ¿qué le importa a tu hombre que los malos secuestren al amorcito de otro tipo? Los malos se llevan el rescate y uno de sus competidores queda en una difícil situación económica. Y si no, que se jodan y listos. Mientras su mujer esté a salvo...

—Joder, era una historia perfecta hasta que te la he contado a ti, Danny Boy.

—Lo siento.

—Su mujer no ha salido del país. La secuestraron y la mataron.

—¿Él se hizo el duro? ¿No quería pagar el rescate?

—Pagó cuatrocientos mil. Y la mataron igualmente.

Danny Boy abrió mucho los ojos.

—Que no salga de aquí —añadí—. No se ha denunciado la muerte, así que esa parte de la historia no puede llegar a la calle.

—Lo entiendo. Bueno, ahora comprendo mejor los motivos de tu cliente. Quiere vengarse. ¿Se sabe quiénes son?

—No.

—Pero tú crees que volverán a hacerlo.

—¿Por qué retirarse en plena racha de buena suerte?

—Nadie lo hace —reconoció, al tiempo que se servía un poco más de vodka.

En los dos locales que visita con regularidad, le llevan una botella de vodka en una cubitera y se bebe una gran cantidad sin pestañear siquiera, como si no fuera más que agua. No sé dónde mete tanto vodka, ni cómo lo digiere su cuerpo.

—¿Cuántos malos? —preguntó.

—Tres, por lo menos.

—Y se van a dividir cuatro décimas parte de un millón. Seguro que estarán cogiendo un montón de taxis, ¿no?

—Eso mismo pensaba yo.

—O sea, que puede resultar útil saber que alguien va por ahí derrochando dinero.

—Puede.

—Y los traficantes, sobre todo los importantes, tienen que saber que se arriesgan a sufrir un secuestro. Porque también podrían secuestrar a uno de ellos, ¿no crees? No tiene por qué ser una mujer.

—De eso ya no estoy tan seguro.

—¿Por qué?

—Porque creo que les divirtió matarla. Creo que lo disfrutaron. Creo que abusaron sexualmente de ella y que la torturaron, y que cuando se cansaron de la novedad, la mataron.

—¿El cuerpo presentaba señales de violencia?

—El cuerpo volvió dividido en veinte o treinta pedazos, envueltos uno por uno. Y esto tampoco tiene que llegar a la calle. En realidad, no tenía pensado contártelo.

—Pues ojalá no lo hubieras hecho, si quieres que te diga la verdad. Matthew, ¿son imaginaciones mías, o el mundo se está volviendo cada vez más repugnante?

—No parece que la cosa mejore.

—Pues no, no lo parece. ¿Te acuerdas de la Convergencia Armónica, aquello de que los planetas se alineaban como si fueran soldados? ¿No se suponía que iba a marcar los albores de una Nueva Era o algo así?

—Ya, claro.

—Bueno, dicen que antes del amanecer llegan las tinieblas. De todas maneras, ya veo por dónde vas: si matar es parte de la diversión, si lo que les va es torturar y violar, no elegirán a un pobre camello, barrigón y sin afeitado. No creo que sean maricas.

—No.

Reflexionó durante un momento.

—Es lógico que vuelvan a hacerlo —añadió—. ¿Por qué iban a dejarlo después de un golpe así? Pero me pregunto...

—¿Si lo han hecho antes? Es lo mismo que me he preguntado yo.

—¿Y?

—Han actuado con mucha astucia —le respondí—. Me da la sensación de que tienen práctica.

Al día siguiente, después de desayunar, lo primero que hice fue dirigirme a la comisaría de Midtown North, en la calle Cincuenta y cuatro Este. Encontré a Joe Durkin sentado a su mesa y él me pilló desprevenido al alabar mi aspecto.

—Últimamente vistes mejor —observó—. Será cosa de esa mujer. Elaine, ¿no?

—Exacto.

—Bueno, pues creo que es una buena influencia.

—Sin duda —convine—, pero ¿de qué coño estás hablando?

—Pues de esa chaqueta tan bonita que llevas.

—¿Esta americana? Tendrá por lo menos diez años.

—Pues no te la pones nunca.

—Me la pongo siempre.

—Entonces será la corbata.

—¿Qué tiene de especial la corbata?

—Joder —dijo—. ¿No te han dicho nunca que eres un hijo de puta complicadísimo? Te estoy diciendo que tienes buen aspecto y tú me haces sentir como si estuviera en el puto estrado. ¿Y si volvemos a empezar? «Hola, Matt, me

alegro de verte. Estás hecho un asco. Siéntate». ¿Te gusta más así?

—Mucho más.

—Me alegro. Siéntate. ¿Qué te trae por aquí?

—He sentido la imperiosa necesidad de cometer un delito grave.

—Conozco esa sensación. No hay día en que no sienta esa misma necesidad imperiosa. ¿Estabas pensando en algún delito grave en particular?

—Un delito de clase D.

—Bueno, de esos hay muchos. La posesión ilegal de material de falsificación es un delito de clase D y seguro que ahora mismo se te podría acusar de ello. ¿Llevas algún bolígrafo en el bolsillo?

—Dos bolígrafos y un lápiz.

—Caray, pues en ese caso será mejor que te lea tus derechos, formule cargos y te tome las huellas dactilares. Aunque imagino que esa no es la clase de delito D que tenías en mente.

Negué con la cabeza.

—Pensaba más bien en violar el artículo Doscientos Punto Cero Cero del Código Penal.

—Doscientos Punto Cero Cero. Me vas a obligar a consultarlo, ¿verdad?

—¿Por qué no?

Me fulminó con la mirada y luego fue en busca de un archivador de anillas y empezó a pasar las hojas.

—Me suena el número —dijo—. Ah, mira, aquí está. «Doscientos Punto Cero Cero. Soborno en tercer grado. Una persona es culpable de soborno en tercer grado cuando concede, o bien acepta u ofrece conceder, cualesquiera prestación a un funcionario público sobre la base del acuerdo o entendimiento de que el voto, opinión, juicio, acto, decisión o criterio del citado funcionario público se verá de ese modo influenciado. El soborno en tercer grado constituye delito de clase D». — Continuó leyendo en silencio durante unos momentos y luego añadió—: ¿Seguro que no preferirías violar el Artículo Doscientos Punto Cero Tres?

—¿Qué dice?

—Soborno en segundo grado. Es lo mismo que te acabo de leer, pero constituye delito de clase C. Para que se clasifique como soborno en segundo grado, la prestación que concedes, o bien aceptas u ofreces conceder... Joder, es fascinante la forma que tienen de expresar estas cosas, ¿no? La prestación, decía, tiene que superar los diez mil dólares.

—Ah —dije—. No, creo que mi límite es la clase D.

—Me lo temía. ¿Puedo hacerte una pregunta, antes de que cometas tu delito de clase D? ¿Cuántos años hace que dejaste este trabajo?

—Unos cuantos.

—¿Y cómo es que te acuerdas de la clase de ese delito, por no hablar del número del artículo?

—Tengo buena memoria para estas cosas.

—Y un huevo. Con los años, han vuelto a numerar todos los artículos. Han cambiado medio Código Penal. Quiero saber cómo lo has hecho.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Lo he buscado en el libro de Andreotti mientras venía hacia aquí.

—Solo para tocarme los cojones, ¿no?

—Solo para que te mantengas alerta.

—En el fondo, lo has hecho por mi propio bien.

—Desde luego que sí.

Previamente, me había guardado un billete en el bolsillo de la chaqueta. En ese momento, lo cogí y se lo metí en el bolsillo donde Durkin suele llevar siempre los cigarrillos, excepto durante las épocas en que jura dejar el tabaco y se fuma los pitillos de los demás.

—Cómprate un traje —le dije.

Estábamos solos en el despacho, así que sacó el billete y lo observó.

—Vamos a tener que adaptar la terminología: un sombrero son veinticinco dólares, y un traje, cien. No sé lo que cuesta hoy en día un sombrero decente, ya ni me acuerdo de la última vez que me compré uno. Pero no tengo ni idea de dónde comprar un traje por cien dólares, a menos que vaya a una tienda de ropa usada. «Toma cien dólares, vete a cenar por ahí con tu mujer». En fin, ¿para qué es esto?

—Necesito un favor.

—¿Sí?

—He leído algo sobre un caso. Tuvo que ser hará unos seis meses, un año como mucho. Un par de tipos secuestraron a una mujer en la calle y se la llevaron en una furgoneta. Apareció unos cuantos días más tarde en un parque.

—Muerta, deduzco.

—Muerta.

—«La policía sospecha que se trata de un crimen». Pues la verdad es que no me suena. ¿Era uno de nuestros casos?

—Ni siquiera fue en Manhattan. Me parece recordar que la mujer apareció en un campo de golf en Queens, pero a lo mejor era en alguna parte de Brooklyn. No le presté mucha atención en su momento, la verdad, solo era una noticia breve que leí mientras me bebía una segunda taza de café.

—¿Y qué es lo que quieres ahora?

—Quiero que me refresques la memoria.

Se me quedó mirando.

—Parece que te sobra el dinero, ¿no? ¿Por qué hacer un donativo para renovar mi fondo de armario cuando podrías ir a la biblioteca y buscarlo tú mismo en el *Times Index*?

—¿Y cómo lo busco? No sé ni dónde ni cuándo sucedió, ni tampoco los nombres de los implicados. Tendría que revisar los números de todo un año, y ni siquiera recuerdo en qué periódico lo leí. Puede que no lo publicara el *Times*.

—Es más fácil que yo haga un par de llamadas, ¿no?

—Eso es justo lo que pensaba.

—¿Por qué no te vas a dar una vuelta? Tómate un café. Pilla una mesa en el griego de la Octava Avenida. Yo me dejaré caer por allí dentro de una hora o así, para tomar un café y comer un bollo.

Unos cuarenta minutos más tarde, se reunió conmigo en la cafetería de la Octava Avenida con la Cincuenta y tres.

—Hace poco más de un año. Una mujer llamada Marie Gotteskind. ¿Qué significa ese apellido? ¿«Dios es bueno»?<sup>[5]</sup>

—Creo que significa «hijo de Dios».

—Mejor, porque Dios no fue precisamente bueno con Marie. Según el informe, la secuestraron a plena luz del día mientras compraba en Jamaica Avenue, en Woodhaven. Dos hombres se la llevaron en una furgoneta y, tres días más tarde, un par de chavales que paseaban por el campo de golf de Forest Park encontraron el cadáver. Agresión sexual y múltiples heridas de arma blanca. Se hizo cargo del caso la comisaría Uno cero cuatro, pero después de identificar a la víctima lo pasó a la comisaría Uno doce, porque allí era donde se había producido el secuestro.

—¿Averiguaron algo?

Durkin negó con la cabeza.

—El tipo con el que he hablado recordaba el caso bastante bien. Tuvo a medio barrio en vilo durante un par de semanas. Una mujer respetable va paseando por la calle y un par de payasos la raptan. Es como si te hubiera caído un rayo, ¿sabes lo que te quiero decir? Si le pasó a ella, le puede pasar a cualquiera y nadie está seguro ni en su propia casa. Todo el mundo temía que se repitiera, que el grupo motorizado cometiera más violaciones. En fin, rollo asesino en serie. ¿Cómo era aquel caso de Los Ángeles? Sí, que luego hicieron una miniserie.

—No lo sé.

—Dos italianos, me parece que eran primos. Se cargaban a prostitutas y luego las dejaban tiradas en las colinas. El Estrangulador de la Colina, me parece que lo llamaron. En realidad, tendría que haber sido «los estranguladores», pero creo que la prensa bautizó el caso antes de saber que los asesinos eran dos.

—La mujer de Woodhaven —dije.

—Vale. Se temía que fuera la primera de una serie, pero luego no hubo más

crímenes y todo el mundo se relajó. Siguieron trabajando a conciencia en el caso, pero no consiguieron averiguar nada. El caso sigue abierto, pero la sensación es que solo se podrá resolver si los autores vuelven a actuar y los pillan *in fraganti*. Me ha preguntado si teníamos algo que pudiera estar relacionado. ¿Lo tenemos?

—No. ¿Por casualidad sabes a qué se dedicaba el esposo de la mujer?

—Creo que no estaba casada. Me parece que era maestra de escuela. ¿Por qué?

—¿Vivía sola?

—¿Y eso qué más da?

—Me gustaría ver el informe, Joe.

—Así que te gustaría, ¿eh? ¿Y por qué no te vas a la comisaría Uno doce y les pides que te lo enseñen?

—Me temo que eso no funcionaría.

—No, ¿eh? ¿Quieres decir que en esta ciudad hay polis que no están dispuestos a cualquier cosa para hacerle un favor a un detective privado? Joder, no me lo puedo creer.

—Te estaría muy agradecido.

—Una cosa es hacer un par de llamadas —dijo—. No he tenido que quebrantar descaradamente la normativa del departamento, ni tampoco ha tenido que hacerlo el tipo de Queens. Pero me estás pidiendo que revele información confidencial. Ese expediente no puede salir de la comisaría.

—Es que no tiene por qué salir. Lo único que tiene que hacer el tipo de Queens es dedicar cinco minutos a enviarlo por fax.

—¿Quieres todo el expediente? Investigación de homicidio completa. Ese expediente tendrá por lo menos veinte o treinta páginas.

—El departamento se puede permitir el gasto de enviarlo por fax.

—Pues no lo sé. El alcalde no hace más que decirnos que la ciudad no tiene dinero. Además, ¿por qué te interesa tanto?

—No puedo decírtelo.

—Joder, Matt, lo quieres todo sin ofrecer nada a cambio, ¿no?

—Es un asunto confidencial.

—No me jodas, hombre. Lo tuyo es confidencial, pero los expedientes del departamento son un libro abierto, ¿no? —Encendió un cigarrillo y tosió—. Supongo que todo esto no tendrá nada que ver con ese amiguito tuyo, ¿verdad?

—No te sigo.

—Tu colega Ballou. ¿Todo esto tiene algo que ver con él?

—Pues claro que no.

—¿Estás seguro?

—Está fuera del país —dijo—. Ya hace más de un mes que se ha marchado y no sé cuándo vuelve. Y no se caracteriza precisamente por violar a mujeres y dejarlas

tiradas en mitad de un campo de golf.

—Eso ya lo sé, es un caballero que siempre arregla las zonas de césped dañadas del campo de golf. Están tratando de interponer una demanda por pertenencia a organización criminal, pero supongo que ya lo sabes.

—Algo he oído.

—Pues espero que sigan adelante y que se pudra en una prisión federal durante los próximos veinte años, aunque imagino que tú no piensas lo mismo.

—Es mi amigo.

—Sí, eso me han dicho.

—De todas maneras, no tiene nada que ver con este asunto. —Durkin se limitó a mirarme, hasta que añadí—: Tengo un cliente cuya esposa desapareció. El *modus operandi* es similar al del crimen de Woodhaven.

—¿La secuestraron?

—Eso parece.

—¿Lo denunció?

—No.

—¿Por qué no?

—Supongo que tiene sus motivos.

—Esa respuesta no sirve, Matt.

—Supongamos que se encuentra ilegalmente en el país.

—La mitad de los habitantes de esta ciudad se encuentran ilegalmente en el país. ¿Crees que si nos enfrentamos a un caso de secuestro lo primero que hacemos es entregar a la víctima a los Servicios de Inmigración? ¿Y quién es ese tío que no puede conseguir un permiso de residencia y trabajo, pero sí puede pagarle a un detective privado? Me da la sensación de que no es un asunto del todo limpio.

—Piensa lo que quieras.

—Que piense lo que quiera, dices. —Apagó el cigarrillo y me observó con el ceño fruncido—. ¿La mujer está muerta?

—Cada vez parece más claro que así es. Si se trata de los mismos tipos...

—Ya, pero ¿por qué tiene que tratarse de los mismos tipos? ¿Qué relación existe entre uno y otro caso? ¿El *modus operandi* del secuestro?

En vista de que yo no decía nada, Durkin cogió la cuenta, le echó un vistazo y la empujó hacia mí.

—Toma. Invitas tú. ¿Sigues teniendo el mismo número? Te llamo esta tarde.

—Gracias, Joe.

—No, no me des las gracias. Primero tengo que pensar bien si hay alguna posibilidad de que esto me cause problemas algún día. Si no es el caso, haré la llamada. Pero si no, ya puedes irte olvidando.

Acudí a la reunión de mediodía en Fireside y luego regresé a mi habitación. No tenía ningún mensaje de Durkin, pero sí una nota en la que se me comunicaba que había recibido una llamada de TJ. Solo eso, sin número ni información adicional. Arrugué la nota y la tiré.

TJ es un adolescente negro a quien conocí hará un año y medio en Times Square. TJ es el nombre que utiliza en las calles; si tiene otro, no me lo ha dado. Me pareció un tipo alegre, descarado e irreverente, un soplo de aire fresco en esa ciénaga fétida que es la calle Cuarenta y dos, y la verdad es que conectamos enseguida. Al cabo de cierto tiempo, le encargué un trabajo en un caso situado en el entorno de Times Square y, desde entonces, se ha mantenido más o menos en contacto. Aproximadamente cada dos semanas, recibía una llamada suya o una serie de llamadas. Jamás dejaba ningún número, así que yo no tenía manera de contactar con él. Sus mensajes, pues, no eran más que una forma de hacerme saber que se acordaba de mí. Cuando tenía verdadero interés en contactar conmigo, seguía llamando hasta que me encontraba en casa.

Y cuando me encontraba, hablábamos hasta que se le acababan las monedas. Otras veces quedábamos por su barrio o por el mío y yo lo invitaba a comer. En dos ocasiones le he encargado trabajos relacionados con casos que yo estaba investigando y, en ambas ocasiones, ha demostrado un gran entusiasmo, no justificado por la mísera suma que tanto una como la otra vez le he pagado.

Subí a mi habitación y llamé a Elaine.

—Danny Boy te manda recuerdos —le dije—. Y Joe Durkin dice que eres una buena influencia para mí.

—Pues claro que lo soy —respondió—, pero ¿él cómo lo sabe?

—Dice que visto mejor desde que tú y yo nos frecuentamos.

—Ya te dije que el traje nuevo es muy elegante.

—Pues no es lo que llevaba hoy.

—Ah.

—Llevaba la americana, esa que tengo desde hace siglos.

—Bueno, te sigue quedando bien. ¿Con los pantalones grises? ¿Qué camisa y qué corbata te has puesto?

Se lo dije.

—Bueno, es un conjunto que está bien.

—Pero tampoco es nada del otro mundo, ¿no? Anoche vi un traje de pachuco.

—¿En serio?

—Con sus pliegues y su drapeado, según Danny Boy.

—No creo que Danny Boy llevara un traje de pachuco.

—No, era un colega suyo que se llama... Bueno, da igual cómo se llame. También llevaba un sombrero de paja con una cinta de color rosa chillón. Si yo me

hubiera vestido así para ir al despacho de Durkin...

—Lo habrías impresionado. A lo mejor es algo en tu postura, cariño, o a lo mejor es que Durkin ha captado algo distinto en tu actitud. Vistes con un aire más autoritario.

—Porque mi corazón es puro.

—Será eso.

Charlamos durante un rato más. Esa noche Elaine tenía clase y hablamos sobre vernos después, pero al final decidimos que no.

—Mejor mañana —dijo Elaine—. ¿Te parece que vayamos a ver una peli? Aunque no me gusta ir al cine en fin de semana, está siempre a tope. Ya sé, ¿qué te parece si vamos al cine por la tarde y luego a cenar? Siempre que no tengas que trabajar, claro.

Le respondí que me parecía bien. Colgué y el recepcionista llamó para decir que había recibido una llamada mientras estaba al teléfono con Elaine. Han cambiado ya unas cuantas veces la centralita desde que estoy en el Northwestern. Al principio, todas las llamadas pasaban por la centralita. Luego cambiaron el sistema para que se pudiera llamar al exterior directamente desde las habitaciones, pero las llamadas entrantes seguían pasando por la centralita. Ahora dispongo de línea directa para hacer y recibir llamadas, pero si no contesto después del cuarto tono, la llamada salta directamente a recepción. Yo le pago la factura a NYNEX, el hotel no me cobra ningún recargo y, además, es como si tuviera un servicio gratuito de contestador automático.

La llamada era de Durkin, de modo que marqué su número.

—Te has dejado algo aquí —dijo—. ¿Pasas a buscarlo o lo tiro?

Le dije que iría enseguida. Estaba al teléfono cuando llegué a la sala de policías. Tenía la silla inclinada hacia atrás y estaba fumando un cigarrillo, mientras que otro se iba consumiendo en el cenicero. En la mesa contigua, un detective llamado Bellamy contemplaba la pantalla de su ordenador por encima de las gafas.

Joe tapó el auricular del teléfono y dijo:

—Creo que este sobre es tuyo. Tiene tu nombre. Te lo habrás dejado antes, cuando has venido.

Reanudó su conversación sin esperar respuesta. Pasé una mano por encima de su hombro y cogí un sobre de papel manila, de veintidós por treinta, en el que figuraba mi nombre. Detrás de mí, Bellamy le dijo a su ordenador:

—Joder, no tiene ningún sentido.

No se lo discutí.

## 6

De vuelta en mi habitación, extendí sobre la cama la gavilla de arrugadas hojas enviadas por fax. Era obvio que habían pasado por fax el expediente entero, treinta y seis páginas en total. Algunas de ellas solo contenían unas pocas líneas, pero otras estaban repletas de información.

Mientras les iba echando un vistazo, se me ocurrió pensar en qué distintas habrían sido las cosas en mi época de poli. Por aquel entonces, no disponíamos de fotocopiadoras, así que mucho menos de fax. La única forma de consultar el expediente de Marie Gotteskind habría sido ir hasta Queens y leerlo directamente allí, con un poli nervioso pegado al hombro y metiendo prisa todo el rato.

En la actualidad, sin embargo, solo había que introducirlo todo en un fax y el expediente aparecía como por arte de magia a quince o veinte kilómetros de allí o, si hacía falta, en la otra punta del mundo. La carpeta original no salía jamás de la oficina en la que se guardaba, ninguna persona no autorizada se colaba a escondidas para echarle un vistazo y, por tanto, nadie tenía que preocuparse de que se pusiera en peligro la seguridad.

Y yo disponía de todo el tiempo del mundo para revisar el caso de Marie Gotteskind.

Lo cual me iba de perlas, porque en realidad no sabía muy bien lo que estaba buscando. Una cosa que no ha cambiado en absoluto desde que yo salí de la Academia de Policía es la cantidad de papeleo que requiere este trabajo. Independientemente de la clase de poli que uno sea, siempre dedica menos tiempo a hacer cosas que a escribir informes sobre las cosas que ha hecho. Una parte de esos informes corresponde a las consabidas gilipolleces burocráticas, y la otra se engloba bajo el epígrafe genérico de salvar el culo, pero supongo que en conjunto es una tarea ineludible. La labor policial es un esfuerzo colectivo: son muchas las personas que participan en una investigación, aunque sea de las más sencillas, y si no está todo escrito en alguna parte, nadie puede hacerse una idea general del caso ni entender qué representa.

Lo leí todo y, al terminar, volví al principio y aparté algunas de las hojas para releerlas. Lo que me resultó evidente ya de entrada fue la extraordinaria semejanza entre el secuestro de Gotteskind y la forma en que habían secuestrado a Francine en Brooklyn. Anoté los siguientes puntos en los que había coincidencias:

1. A ambas mujeres las habían secuestrado en calles comerciales.
2. Las dos mujeres habían aparcado el coche cerca y estaban realizando sus compras a pie.
3. Ambas fueron secuestradas por dos hombres.

4. En los dos casos, y según las descripciones de los testigos, los hombres eran de estatura y peso similares, y llevaban la misma ropa. Los secuestradores de Gotteskind vestían pantalones de color caqui y cazadoras azul marino.
5. A las dos mujeres se las llevaron en una furgoneta. La furgoneta utilizada en Woodhaven, según la descripción de varios testigos, era de color azul claro. Un testigo afirmó que el vehículo era de la marca Ford, e incluso proporcionó parte del número de la matrícula, pero la pista no había conducido a ninguna parte.
6. Varios testigos coincidieron en que en la caja de la furgoneta se anunciaba una empresa de electrodomésticos. En algunos casos, recordaban el nombre Electrodomésticos P J; en otros, Menaje del Hogar B & J y, en otros, variantes de los dos nombres citados. El rótulo incluía una segunda línea: «VENTA Y REPARACIÓN». No figuraba ninguna dirección, pero algunos testigos afirmaron que sí había un número de teléfono, que sin embargo ninguno de ellos había memorizado. Tras una ardua investigación, no se había conseguido relacionar la furgoneta con ninguna de las incontables empresas del vecindario que se dedicaban a vender y reparar electrodomésticos, de modo que parecía más que obvio pensar que tanto el nombre de la compañía como el número de matrícula eran falsos.
7. Marie Gotteskind tenía veintiocho años y trabajaba como maestra sustituta en varias escuelas de primaria de Nueva York. Durante los últimos tres días, incluido el de su secuestro, estaba sustituyendo a una profesora de cuarto curso en Ridgewood. Era de la misma estatura que Francine y del mismo peso, kilo arriba kilo abajo, pero rubia y de piel clara mientras que Francine era morena y de piel aceitunada. El expediente no contenía ninguna foto excepto las que se habían tomado en el escenario del crimen, Forest Park, pero según el testimonio de algunos amigos, se la consideraba una mujer atractiva.

También había algunas diferencias entre uno y otro caso. Marie Gotteskind no estaba casada. Había salido unas cuantas veces con un maestro a quien había conocido durante una sustitución anterior, pero al parecer la relación no terminó de cuajar y, por otro lado, la coartada del maestro era irrefutable.

Marie vivía en casa de sus padres. Su padre, que había trabajado como instalador de calderas y aire acondicionado, cobraba una pensión de invalidez tras haber sufrido un accidente laboral y dirigía desde casa un pequeño negocio de venta por correo. La madre de Marie ayudaba a su esposo en el negocio y también trabajaba media jornada como contable para varias empresas del barrio. Ni Marie ni sus padres tenían vínculo alguno, demostrable al menos, con la subcultura de la droga. Tampoco eran árabes, ni fenicios.

Como es lógico, el examen médico había sido muy detallado, pues había mucho

que decir. La muerte se había producido como resultado de múltiples heridas de arma blanca en el pecho y el abdomen, varias de las cuales eran mortales de necesidad. El cadáver presentaba pruebas de repetidas agresiones sexuales, y restos de semen en el ano, la vagina, la boca e incluso en una de las heridas de arma blanca. Las mediciones forenses indicaban que se habían utilizado al menos dos cuchillos diferentes: podría haberse tratado de dos cuchillos de cocina, uno de ellos de hoja más larga y ancha que el otro. Tras el análisis de las muestras de semen, se concluyó que los agresores eran al menos dos hombres.

Además de las heridas de arma blanca, el cuerpo desnudo presentaba distintas magulladuras, lo cual hacía pensar que la víctima había sido golpeada.

Por último, y ese detalle se me pasó durante la primera lectura, en el informe médico se afirmaba que a la víctima le habían cortado los dedos pulgar e índice de la mano izquierda. Ambos dedos se habían recuperado: el índice había aparecido en la vagina de la víctima y el pulgar, en el recto.

Qué simpáticos.

Leer el expediente me dejó aturdido, como turbado. Ese es, probablemente, el motivo de que la primera vez se me pasara por alto el detalle acerca del índice y el pulgar. El informe de las heridas de la mujer, y la imagen que dichas heridas evocaban de sus últimos momentos de vida, era más de lo que podía asimilar. El resto de las secciones del expediente, como las declaraciones de sus padres y sus compañeros de trabajo, me habían proporcionado una imagen de la Marie Gotteskind viva, pero el informe médico había cogido a aquella persona viva y la había convertido en un montón de carne muerta y horriblemente maltratada.

Seguía allí sentado, exhausto y agotado tras lo que acababa de leer, cuando sonó el teléfono. Contesté y oí una voz conocida que decía:

—Por fin te pillo, membrillo.

—Hola, TJ.

—¿Cómo te va? No es fácil dar contigo, tío. Siempre estás por ahí, haciendo esto o lo otro.

—Recibí tu mensaje, pero no me dejaste ningún número.

—Es que no tengo número. Si fuera camello, podría tener un busca. ¿Te gustaría más así?

—Si fueras camello, tendrías un teléfono móvil.

—Ahí le has dado. Tendría un pedazo de coche con teléfono y todo, y me pasaría el día pensando y haciendo cosas. Tío, te lo voy a repetir, no es fácil dar contigo.

—¿Me has llamado más de una vez, TJ? Solo he recibido un mensaje.

—Bueno, a ver, es que no siempre me apetece gastarme una moneda.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ya sabes, es que le he pillado el truco a tu teléfono. Es como los contestadores automáticos, ¿no?, que saltan después de tres o cuatro tonos, no sé. El tío de recepción siempre deja que tu teléfono suene tres o cuatro tonos antes de contestar. Y vives en una habitación, tío, no puedes tardar más de tres tonos en contestar, a no ser que estés en el lavabo y eso.

—Así que cuelgas después de tres tonos.

—Y recupero la moneda. A menos que quiera dejar un mensaje, pero ¿para qué te voy a dejar otro mensaje si ya te he dejado uno? Si llegas a casa y te encuentras un montón de mensajes míos, ¿qué piensas? «Este TJ... seguro que ha atracado un parquímetro y ahora no sabe qué hacer con tanta moneda».

Me eché a reír.

—Bueno, ¿tienes curro o qué?

—Más o menos.

—¿Importante?

—Bastante importante.

—¿Y no tienes nada para el bueno de TJ?

—De momento, no veo nada.

—¡Tío, pues será que no estás mirando bien! Seguro que tienes algo para mí, ¿no? Para compensar todas las monedas que me gasto en llamarte. ¿Qué clase de curro es, por cierto? No estarás metido en algo contra la mafia, ¿eh, tío?

—Me temo que no.

—Pues me alegro, porque son mala gente, serpiente. ¿Has visto *Uno de los nuestros*? Son muy malos, tío. Joder, se me está acabando la moneda.

Se oyó una voz grabada, que pedía cinco centavos más a cambio de otro minuto de tiempo.

—Dame el número y te llamo yo —le dije.

—No puedo.

—El número de la cabina desde la que me estás llamando.

—No puedo —volvió a decir—. No tiene número. Los están quitando de todas las cabinas para que los jugadores no puedan recibir llamadas. No pasa nada, tengo alguna monedilla. —El teléfono emitió un tono cuando introdujo la moneda—. Los camellos sí que tienen controlados unos cuantos teléfonos y saben el número, aunque no aparezca. Así que la cosa funciona igual, solo que si alguien como tú quiere llamar a alguien como yo, pues no hay manera, tío.

—Es un buen sistema.

—Mola. Seguimos hablando, ¿no? Nadie nos impide hacer lo que nos dé la gana, solo nos obligan a ser imaginativos.

—¿Metiendo otra moneda?

—Tú lo has dicho, Matt. Echar mano de los recursos. A eso le llamo yo ser

imaginativo.

—¿Dónde vas a estar mañana, TJ?

—¿Que dónde voy a estar? Pues no sé. Igual cojo el Concorde y me voy a París. Aún no lo he decidido.

En ese momento, se me ocurrió que podía regalarle mi billete de avión para que se fuera a Irlanda, pero lo más probable era que no tuviera pasaporte. Tampoco me parecía que Irlanda estuviera preparada para él, ni que él estuviera preparado para Irlanda.

—Que dónde voy a estar —dijo, resoplando—. Pues en el puto Deuce, tío, ¿dónde quieres que esté?

—He pensado que podíamos quedar para comer algo.

—¿A qué hora?

—No lo sé. ¿Te va bien a las doce, o a las doce y media?

—¿En qué quedamos?

—Doce y media.

—¿Doce y media del mediodía o de la noche?

—Del mediodía. Te hablaba de quedar para comer.

—Bueno, se puede comer a cualquier hora del día, ¿no? —dijo—. ¿Quieres que me pase por tu hotel?

—No —le contesté—, porque existe la posibilidad de que tenga que cancelarlo y entonces no tendría forma de hacértelo saber. Y no quiero dejarte colgado. Elige algún sitio del Deuce y si no estoy allí a las doce y media, pues nos vemos otro día.

—Vale —dijo—. ¿Conoces el salón recreativo? En el lado norte de la calle, a dos o tres edificios de la Octava Avenida. Donde está la tienda que tiene navajas automáticas en el escaparate, tío, no sé cómo se lo hacen para vender eso...

—Son modelos para montar.

—Ya, vale, y sirve como test para saber el cociente intelectual, ¿no? Si no eres capaz de montarla, tienes que volver al cole y repetir primer curso. ¿Sabes qué tienda te digo?

—Sí.

—Pues al lado está la boca del metro. Justo antes de bajar los escalones, verás que está la entrada del salón recreativo. ¿Sabes dónde te digo?

—Tengo el presentimiento de que lo encontraré.

—¿A las doce y media?

—Tenemos una cita, bonita.

—Eh, ¿sabes una cosa, tío? Estás aprendiendo.

Me sentí mejor después de haber hablado con TJ. Por lo general, charlar con él me producía ese efecto. Anoté que habíamos quedado para comer y luego me concentré

de nuevo en el caso de Marie Gotteskind.

Habían sido los mismos asesinos. Tenían que serlo, pues la similitud del *modus operandi* era demasiado grande como para tratarse de una casualidad. La amputación y posterior introducción de los dedos índice y pulgar parecía una especie de ensayo de la carnicería a gran escala que habían practicado con Francine Khoury.

Pero ¿qué habían hecho entretanto? ¿Hibernar? ¿Pasar inadvertidos durante un año?

Parecía poco probable. La violencia relacionada con el sexo —las violaciones en serie o asesinatos sexuales— es, al parecer, adictiva, como una especie de droga dura que lo libera a uno momentáneamente de la prisión que es su propio yo. Los asesinos de Marie Gotteskind habían planeado un secuestro hasta el último detalle, solo para repetirlo un año más tarde, con muy pocas variaciones y, claro está, un móvil claramente lucrativo. ¿Por qué esperar tanto? ¿Qué habían estado haciendo durante todo ese tiempo?

¿Acaso se habían producido otros secuestros que nadie había relacionado con el caso de Marie Gotteskind? Era posible. El índice de asesinatos en Nueva York es de más de siete al día y de la mayoría de ellos ni siquiera se habla mucho en los medios. Aun así, raptar a una mujer en plena calle delante de un montón de testigos sí es algo de lo que se hable en la prensa. Si uno está trabajando en un caso similar que sigue abierto, es probable que lea la noticia. Y, si la lee, es inevitable que relacione ambos casos.

Por otro lado, a Francine Khoury se la habían llevado en plena calle delante de unos cuantos testigos. Aun así, la prensa no sabía absolutamente nada, ni tampoco la comisaría Uno doce.

A lo mejor sí habían permanecido escondidos durante un año. A lo mejor uno de ellos, o más de uno, había estado en la cárcel durante todo el año o una parte del año. A lo mejor esa tendencia a violar y asesinar los había llevado a cometer crímenes aún peores, como extender cheques sin fondos.

O a lo mejor habían seguido actuando, pero sin llamar la atención de nadie.

Fuera como fuese, en ese momento sabía con certeza algo que hasta entonces solo había sospechado. Ya lo habían hecho antes, por placer y tal vez también por dinero. Eso reducía las posibilidades de dar con ellos pero, al mismo tiempo, hacía subir las apuestas.

Porque volverían a hacerlo.

El viernes me pasé la mañana en la biblioteca y luego fui a pie hasta la calle Cuarenta y dos para reunirme con TJ en el salón recreativo. Estuvimos observando a un chaval, que llevaba el pelo recogido en una cola de caballo y lucía un ralo bigote rubio, hasta que batió el récord de un juego llamado *Freeze!!!* La idea era la misma que en la mayoría de los juegos, a saber: existían fuerzas hostiles en el universo, capaces de abalanzarse sobre uno, sin previo aviso, para aniquilarlo. Si uno era lo bastante rápido, podía sobrevivir durante cierto tiempo, pero tarde o temprano acabarían con él. Era algo irremediable.

Nos marchamos cuando el chaval perdió la partida. Ya en la calle, TJ me contó que a aquel chaval lo llamaban «Calcetines» porque siempre los llevaba desporejados. No me había fijado en ese detalle. Según TJ, «Calcetines» era el mejor jugador de todo el Deuce y podía pasarse horas enteras jugando con una sola moneda. Había habido otros jugadores igual de buenos que él o incluso mejores, pero ya no se dejaban caer mucho por allí. Durante un segundo, se me llenó la mente de imágenes sobre un hasta entonces desconocido móvil de los asesinatos en serie: ases de los videojuegos liquidados por el propietario de un salón recreativo porque aquellos chavales lo estaban dejando sin beneficios; pero no, no era eso. Uno llega a cierto nivel, me contó TJ, y entonces ya no puede mejorar más, así que acaba perdiendo el interés.

Comimos en un restaurante mexicano en la Novena Avenida, y TJ intentó que le hablara del caso en el que estaba trabajando. Omití los detalles, pero supongo que acabé contándole más de lo que tenía pensado en un principio.

—Lo que necesitas —dijo—, lo que necesitas es que trabaje para ti.

—¿Haciendo el qué?

—¡Pues lo que tú digas! No querrás patearte toda la ciudad para ver esto o comprobar lo otro. Lo que tienes que hacer en enviarme a mí. ¿O es que no me crees capaz de descubrir nada? Tío, me paso el día aquí en el Deuce descubriendo cosas. Eso es lo que hago.

—Así que le he dado algo que hacer —le conté a Elaine.

Habíamos quedado en el cine Baronet de la Tercera Avenida para ver una peli a las cuatro y luego habíamos ido a un local nuevo del que había oído hablar y en el cual servían té inglés con bollos y crema espesa.

—Antes me había dicho algo que yo había anotado mentalmente en mi lista de cosas pendientes de averiguar, así que me pareció justo dejar que lo hiciera en mi lugar.

—¿De qué se trataba?

—De los teléfonos públicos. Cuando Kenan y su hermano iban a entregar el rescate, los enviaron a una cabina telefónica. Allí recibieron una llamada y la persona que llamaba los envió a otra cabina, donde recibieron una segunda llamada para comunicarles que dejaran el dinero y se fueran a dar un paseo.

—Me acuerdo.

—Bueno, pues ayer, cuando me llamó TJ, estuvimos hablando hasta que se le acabó la moneda y, cuando le dije que ya lo llamaba yo, no pude hacerlo, porque en la cabina desde la que estaba llamando no figuraba el número. Esta mañana, mientras iba a la biblioteca, me he fijado en las cabinas del barrio, y casi todas son así.

—¿Quieres decir que les falta la etiqueta con el número? Ya sé que la gente es capaz de robar cualquier cosa, pero nunca había escuchado nada tan absurdo.

—Los retira la propia compañía telefónica para desanimar a los camellos. Se llamaban al busca desde teléfonos públicos, ya sabes cómo va la cosa, pero parece que ya no pueden hacerlo.

—Claro, y por eso todos los camellos se están quedando sin trabajo —dijo Elaine.

—Bueno, supongo que en teoría les pareció un buen sistema. Total, que me he puesto a pensar en las cabinas de Brooklyn y me preguntaba si tienen puesto el número de teléfono o no.

—¿Y eso qué cambia?

—No lo sé —respondí—. Lo más probable es que casi nada o nada, que es el motivo de que no haya decidido patearme Brooklyn. Pero tampoco me va a hacer ningún daño disponer de esa información, así que le he dado un par de dólares a TJ y lo he mandado a Brooklyn.

—¿Conoce Brooklyn?

—Para cuando haya vuelto, lo conocerá. La primera cabina está a unas pocas manzanas de la última parada de la IRT, en Flatbush, así que es bastante fácil de encontrar, pero no tengo ni puta idea de cómo va a llegar hasta Veterans Avenue. En algún autobús que salga desde Flatbush, supongo, pero después le queda una larga caminata.

—¿Qué clase de barrio es?

—No me pareció muy malo cuando lo crucé en coche con los Khoury, pero tampoco es que me fijara mucho. Un barrio normal de clase trabajadora, blanca en su mayor parte, según me pareció. ¿Por qué?

—¿Quieres decir un barrio como Bensonhurst o Howard Beach? Lo que quiero decir es... ¿TJ va a destacar allí como una huella negra en un cristal?

—Pues ni se me había ocurrido pensarlo.

—Porque hay zonas de Brooklyn en las que se ponen nerviosos cuando se pasea por allí un chaval negro, aunque vaya discretamente vestido con zapatillas altas y

chaqueta de los Raiders. Y me imagino que TJ luce uno de esos cortes de pelo tan...

—Sí, con una especie de diseño geométrico en la nuca.

—Lo suponía. Espero que regrese vivo.

—No le pasará nada.

Más tarde, esa misma noche, Elaine me dijo:

—Matt, solo te has inventado un trabajito para él, ¿verdad? Me refiero a TJ.

—No, me va a ahorrar un viaje. Tarde o temprano, me habría tocado ir a mí, o pedirle a uno de los hermanos Khoury que me llevara.

—¿Y por qué? ¿No podrías haber usado uno de tus trucos de poli para sonsacarle el número a alguna operadora? ¿O buscarlo en un listín telefónico inverso?

—Tienes que saber el número para buscarlo en un listín inverso. En el listín inverso los teléfonos están ordenados numéricamente: buscas el número y te sale la dirección.

—Ah.

—Pero también existe un listín que ordena por dirección las cabinas telefónicas, sí. Y sí, podría haber llamado a una operadora y haberme hecho pasar por agente de policía para obtener el número.

—Es decir, que solo querías ser amable con TJ.

—¿Amable? Tal como has dicho tú misma, lo he enviado a una muerte segura. No, no solo quería ser amable. Si lo hubiera buscado en el listín o me hubiera camelado a una operadora, solo habría obtenido el número de teléfono de la cabina, pero no habría descubierto si el número está indicado o no en la cabina. Y eso es lo que quiero descubrir.

—Ah —dijo. Y, unos cuantos minutos más tarde, añadió—: ¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—Por qué te interesa saber si el número figura en la cabina. ¿Acaso hay alguna diferencia?

—No sé si hay alguna diferencia. Pero los secuestradores sabían cómo llamar a esas cabinas. Si aparece el número, bueno, entonces no tiene nada de especial que lo supieran. Pero si no aparece, de una u otra forma habrán tenido que averiguarlo.

—Camelándose a la operadora o buscándolo en el listín.

—Lo cual significa que saben cómo camelarse a la operadora o dónde encontrar una lista de los números de las cabinas telefónicas. No sé exactamente qué significa todo eso, seguramente nada. A lo mejor es solo que quiero obtener esa información porque es lo único que puedo descubrir sobre las cabinas.

—¿Qué quieres decir?

—Que no dejo de darle vueltas. No me refiero a la información por la que he enviado a TJ, eso es fácil de descubrir con o sin su ayuda. Pero anoche me quedé despierto hasta tarde y me sorprendió pensar que el único contacto con los

secuestradores fue telefónico. Es el único rastro que han dejado. El secuestro en sí fue rápido y limpio. Los vieron unas cuantas personas, e incluso fueron más las personas que los vieron llevarse a la maestra de escuela en Jamaica Avenue, pero no dejaron tras ellos nada que pudiera servir para rastrearlos. Pero sí hicieron unas cuantas llamadas telefónicas. Llamaron cinco o seis veces a casa de Khoury, en Bay Ridge.

—No hay forma de localizarlos, ¿verdad? Una vez interrumpido ese contacto.

—Tendría que haberla —respondí—. Ayer estuve más de una hora al teléfono hablando con el personal de distintas compañías telefónicas. Descubrí muchas cosas acerca de cómo funcionan los teléfonos. Por ejemplo, que todas las llamadas se registran.

—¿Incluso las llamadas locales?

—Eso es. Así es como saben cuántos pasos consumes durante cada período de facturación. No es como el contador del gas, que solo mide el consumo total. Registran cada llamada y te la cargan en tu cuenta.

—¿Y durante cuánto tiempo conservan esa información?

—Sesenta días.

—O sea, que podrías obtener una lista...

—De todas las llamadas realizadas desde un número concreto. Así es como se gestiona la información. Pongamos que soy Kenan Khoury. Llamo a la compañía y digo que necesito saber todas las llamadas que se han hecho desde mi teléfono en un día concreto. La compañía me puede facilitar un listado de la fecha, la hora y la duración de cada una de las llamadas realizadas.

—Pero eso no es lo que tú quieres.

—No, no lo es. Lo que yo quiero saber son las llamadas realizadas al número de Khoury, pero las compañías no llevan esa clase de registro, porque no tiene sentido. Disponen de la tecnología necesaria para decirte desde qué número te están llamando antes incluso de que contestes. Hasta pueden incorporar un pequeño dispositivo LED en tu teléfono, que muestra en una pantallita el número desde el cual te están llamando, para que decidas si quieres contestar o no.

—Eso aún no está disponible, ¿verdad?

—No, en Nueva York no. Y, además, es polémico. Se supone que reducirá las llamadas anónimas y que disuadirá a un montón de perversos, pero la policía cree que los ciudadanos que informan de manera anónima por teléfono dejarán de hacerlo porque, de repente, ya no serán tan anónimos.

—Si ese servicio hubiera estado disponible y Khoury lo hubiera tenido contratado...

—Entonces sabríamos desde qué teléfonos habían llamado los secuestradores. Lo más probable es que lo hicieran desde cabinas, ya que en otros aspectos se han mostrado tan profesionales, pero por lo menos sabríamos desde qué cabinas.

—¿Y eso es importante?

—No lo sé —admití—. No sé lo que es importante, pero da igual, porque no puedo conseguir la información. A mí me parece que si se pueden registrar las llamadas en un ordenador, tendría que existir la manera de clasificarlas según el número desde el cual se llama, pero todas las personas con las que he hablado me han dicho que eso era imposible. No se almacenan según ese criterio y, por tanto, no se puede acceder a la información según ese criterio.

—Yo no entiendo de ordenadores.

—Ni yo, y es una putada. Intento hablar con la gente, pero no entiendo ni la mitad de las palabras que utilizan.

—Te comprendo a la perfección —afirmó Elaine—. Así es como me siento yo cuando vemos un partido de fútbol.

Esa noche me quedé a dormir y, por la mañana, consumí unos cuantos pasos telefónicos de Elaine mientras ella estaba en el gimnasio. Llamé a un montón de agentes de policía y conté un montón de mentiras.

En la mayoría de los casos, afirmé ser un periodista que estaba escribiendo un artículo sobre secuestros para una revista que publicaba casos verídicos. Me topé con muchos polis que no tenían nada que decir o que estaban demasiado ocupados para atenderme, pero también con unos cuantos que se mostraron contentos de poder cooperar, pero que en su mayoría querían hablar de casos ya muy antiguos o de otros en los que los delincuentes se habían conducido con una torpeza extraordinaria, o a los que se había atrapado tras una labor policial especialmente astuta. Lo que yo quería... En realidad, ese era el problema, que no sabía lo que quería. Solo estaba lanzando la caña.

Lo ideal habría sido pescar a alguien que siguiera viva; es decir, a alguna mujer que hubiera sobrevivido al secuestro. No era improbable que hubieran llegado al asesinato solo con el tiempo, que antes se hubieran limitado a perpetrar secuestros, de forma conjunta o individual, y luego hubieran liberado a la víctima. También era posible que alguna de sus víctimas hubiera conseguido huir. Sin embargo, entre presuponer la existencia de esa mujer y encontrarla mediaba todo un abismo.

Mi tapadera de periodista *free-lance* especializado en asesinatos no me iba a servir de gran ayuda a la hora de encontrar testigos vivos. El sistema es bastante efectivo a la hora de proteger a las víctimas de violaciones...; por lo menos, hasta que llegan al tribunal, donde el abogado de la defensa consigue violarlas de nuevo ante Dios y ante el público en general. Nadie me daría por teléfono los nombres de las víctimas de una violación.

Así que cambié de táctica y me centré en las unidades de delitos sexuales. Me convertí de nuevo en el investigador privado Matt Scudder, contratado por un

productor de cine que estaba preparando un interesante telefilme sobre secuestros y violaciones. La actriz protagonista —cuyo nombre no estaba autorizado a revelar— quería una oportunidad para preparar a fondo su papel y deseaba conocer en persona a mujeres que hubieran pasado por ese calvario. En definitiva, quería aprenderlo todo sobre esa experiencia. Todo, menos vivirla en sus propias carnes. A las mujeres que decidieran colaborar se las consideraría asesoras técnicas y, como tales, recibirían una compensación económica, además de aparecer en los créditos de la película si así lo deseaban.

Como es lógico, no quería nombres ni números de teléfono, ni tampoco pretendía contactar directamente con ellas. Pensaba más bien en la posibilidad de que alguien de la unidad, tal vez alguna mujer encargada de asesorar a las víctimas, contactara con las mujeres que le parecieran más apropiadas como candidatas. A la mujer de *nuestro* guion, les explicaba, la secuestraban un par de violadores sádicos que la obligaban a subir a una furgoneta, la atacaban brutalmente y la amenazaban con causarle graves heridas. Para ser más exactos, la amenazaban con mutilarla. Como es lógico, lo que estábamos buscando era una mujer cuya experiencia se asemejase lo más posible a nuestra historia ficticia. Si dicha mujer se mostraba interesada en ayudarnos, tal vez así ayudaría también a otras mujeres que pudieran estar expuestas a esa experiencia en el futuro, o que ya hubieran pasado por ella, y tal vez aconsejar a una actriz de Hollywood en un papel que podía resultar estelar podría convertirse para ella en una especie de catarsis, o de experiencia terapéutica...

Para mi sorpresa, todo salió a pedir de boca. Incluso en Nueva York, una ciudad en la que los equipos de filmación grabando exteriores en las calles son el pan nuestro de cada día, la simple mención del mundo del cine hace que la gente muestre interés.

—Si encuentra a alguna mujer interesada, llámeme —decía, antes de dejar mi nombre y número de teléfono—. No es necesario que revelen su nombre. Pueden conservar el anonimato durante todo el proceso, si así lo desean.

Elaine llegó justo cuando estaba terminando de soltarle el rollo a una mujer de la Unidad de Delitos Sexuales de Manhattan. Cuando colgué, me dijo:

—¿Cómo vas a recibir todas esas llamadas en tu hotel? Si nunca estás allí...

—Me cogerán los mensajes en recepción.

—¿Mensajes de personas que no quieren dejar ni su nombre ni su número? Mira, dales mi número. Yo suelo estar aquí y, si no estoy, al menos se encontrarán con una voz femenina en el contestador automático. Seré tu ayudante: creo que puedo recibir llamadas y tomar nota del nombre y dirección de las mujeres que estén dispuestas a facilitar esos datos. ¿Qué tiene de malo?

—Nada. ¿Seguro que quieres hacerlo?

—Seguro.

—Bueno, pues encantado. Ahora mismo estaba hablando con la unidad de

Manhattan y antes he llamado a la del Bronx. Me he reservado las de Brooklyn y Queens para el final, ya que sabemos que han actuado en esa zona. Quería quitarme unas cuantas cosas de en medio antes de llamarlos.

—¿Y ya te las has quitado? Y no es que quiera entrometerme, pero ¿no crees que será mejor que yo haga las llamadas? Hablabas en un tono discreto y solidario, pero yo tengo la sensación de que siempre que un hombre habla de violación existe un trasfondo de sospecha, como si en realidad lo estuviera disfrutando.

—Ya lo sé.

—Vamos, que basta con que digas «exitoso telefilme», para que el subtexto que recibe la mujer es que la hermandad femenina en general va a ser violada una vez más en el enésimo telefilme chabacano. Si lo digo yo, en cambio, el mensaje subliminal es que la Organización Nacional para las Mujeres es quien patrocina todo el asunto.

—Tienes razón. Creo que la cosa ha funcionado razonablemente bien, sobre todo en la llamada a la unidad de Manhattan, pero me he encontrado con bastante resistencia.

—Lo has hecho muy bien, cariño, pero ¿quieres que pruebe yo?

Primero repasamos la premisa para asegurarnos de que lo tenía todo claro. Luego llamé a la fiscalía del distrito del condado de Queens, pedí que me pasaran con la Unidad de Delitos Sexuales y dejé el teléfono en manos de Elaine. Estuvo hablando durante por lo menos diez minutos, en un tono tan sincero como profesional, y cuando colgó al fin, me entraron ganas de aplaudir.

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó—. ¿Demasiado sincera?

—Has estado increíble.

—¿En serio?

—Sí. Casi me da miedo que seas una mentirosa tan astuta.

—Lo sé. Antes, cuando te estaba escuchando, pensaba: «Con lo honrado que es, ¿dónde habrá aprendido a mentir así?».

—No existe un buen poli que no sea también un buen mentiroso —dije—. Siempre estás interpretando un papel, buscando la actitud que mejor se adapte a la persona con la que estás tratando. Y esa misma capacidad es aún más importante cuando trabajas por tu cuenta, porque lo que haces es pedir información que no puedes exigir de manera legal. Así que si se me da bien, considéralo como uno de los requisitos de la profesión.

—A mí me pasa lo mismo —dijo ella—. Ahora que lo pienso, siempre estoy actuando. Es lo único que hago.

—Pues, ya que lo dices, lo de anoche fue una estupenda actuación.

Me lanzó una mirada maliciosa.

—Es agotador, ¿no? Me refiero a mentir.

—¿Quieres dejarlo?

—Y una mierda, si no he hecho más que calentar. ¿Adónde llamo ahora, Brooklyn y Staten Island?

—Olvídate de Staten Island.

—¿Por qué? ¿No hay delitos sexuales en Staten Island?

—El sexo en sí es un delito sexual en Staten Island.

—Ja, ja.

—No, puede que tengan una unidad de delitos sexuales, por lo que yo sé, aunque la incidencia de esa clase de crímenes en Staten Island no se puede ni comparar con la de los otros barrios. Pero es que no me imagino a nuestros tres hombres cruzando el puente de Verrazano en su furgoneta para dedicarse a violar y mutilar.

—O sea, que solo me queda una llamada por hacer.

—Bueno —dije—, también existen unidades de delitos sexuales en la central de policía de cada uno de los barrios, y por lo general cada distrito tiene agentes especializados en violaciones. Tú solo tienes que pedirle al agente de recepción que pase la llamada a la persona adecuada. Podría hacerte una lista, pero no sé cuánto tiempo puedes dedicarle a esto.

Me lanzó una mirada insinuante.

—Si a ti te sobra el dinero, tesoro —dijo, en tono pícaro—, a mí me sobra el tiempo.

—En realidad, no veo motivo para que no puedas cobrar por el trabajo. No veo motivo para que Khoury no te tenga en nómina.

—Anda ya. Cada vez que encuentro algo que me gusta, la gente se empeña en que cobre por ello. No, de verdad, no quiero que me paguen. Cuando todo esto no sea más que un recuerdo, ya me llevarás a cenar a algún restaurante de auténtico lujo, ¿vale?

—Lo que tú digas.

—Y luego —añadió— me metes cien dólares en el escote para el taxi.

Me quedé por allí mientras ella encandilaba a algún empleado de la fiscalía del distrito de Brooklyn, pero luego le pasé una lista de personas a las que llamar y me fui a la biblioteca. No era necesario que la supervisara. Lo suyo era innato.

En la biblioteca, me dediqué a hacer lo que había empezado a hacer la mañana del día anterior, revisar en microfilm los últimos seis meses del periódico *The New York Times*. No buscaba secuestros porque en realidad no esperaba encontrar nada publicado en ese sentido. Suponía que los tipos en cuestión habrían raptado a alguien en la calle sin que lo presenciara ningún testigo, o sin que los posibles testigos denunciaran los hechos. Buscaba más bien noticias sobre víctimas que hubieran aparecido muertas en parques o callejones; sobre todo, víctimas que presentaran mutilaciones y señales de agresión sexual. Para ser más exactos, que hubieran sido desmembradas.

El problema radicaba en que esa clase de detalles no suelen llegar a los periódicos. La política habitual de la policía es no revelar los detalles sobre mutilaciones, para ahorrarse de ese modo una gran variedad de follones: falsas confesiones, imitadores, falsos testigos... Por su parte, los periódicos tienden a ahorrarles a sus lectores los detalles más gráficos. Cuando la noticia llega finalmente al público, no resulta fácil saber qué ha ocurrido.

Hace unos cuantos años se conoció el caso de un asesino sexual que se dedicaba a matar niños en el Lower East Side. Se los llevaba con engaños a la azotea de algún edificio, y allí los estrangulaba o apuñalaba, les cortaba el pene y se lo llevaba. Estuvo actuando el tiempo suficiente como para que los polis encargados del caso le pusieran un nombre: Charlie el Trinchador, lo llamaron.

Como es lógico, los periodistas de sucesos lo llamaban igual... pero no en sus artículos. Ningún periódico de Nueva York estaba dispuesto a facilitarles ese pequeño detalle a sus lectores y, por otro lado, era imposible utilizar el apodo sin que el lector se hiciera una idea bastante clara de qué era lo que se trinchaba. Así que no lo llamaban de ningún modo y se limitaban a decir que el asesino había mutilado o desfigurado a sus víctimas, lo cual podía significar cualquier cosa, desde el desmembramiento ritual hasta un horrendo corte de pelo.

Hoy en día, no se mostrarían tan comedidos.

En cuanto le pillé el truco, fui pasando las semanas a una velocidad considerable. No tenía que leer todo el periódico, solo la sección local, en la que se concentraba la información de todos los crímenes cometidos en la ciudad. Lo que más me hacía perder el tiempo era lo mismo que me ocurre siempre en una biblioteca; es decir, la

tendencia a distraerme con algo interesante pero que no tiene nada que ver con el asunto que me ha llevado allí. Por suerte, el *Times* no publica cómics, porque de ser así tendría que luchar con la tentación de tragarme seis meses enteros de *Doonesbury*.

Cuando finalmente salí de allí, había anotado media docena de posibles casos en el cuaderno. Uno de ellos tenía muchas papeletas: la víctima era una estudiante de contabilidad del Brooklyn College, que había desaparecido tres días antes de que un observador de aves la encontrara muerta en el cementerio de Green-Wood. Según la noticia, la habían violado de manera repetida y le habían mutilado los genitales, lo cual me hizo pensar que alguien se había cebado en ella con un cuchillo de trinchar. Las pruebas encontradas en el escenario del crimen indicaban que la habían asesinado en otro sitio y que luego habían abandonado el cuerpo en el cementerio. La policía había llegado a una conclusión similar en el caso de Marie Gotteskind; a saber, que ya estaba muerta cuando los asesinos abandonaron el cuerpo en el campo de golf de Forest Park.

Regresé a mi hotel hacia la seis. Encontré mensajes de Elaine y de los dos Khoury, además de tres notas en las que tan solo se me anunciaba que había llamado TJ.

Lo primero que hice fue llamar a Elaine, quien me dijo que había realizado todas las llamadas.

—Hacia el final, hasta yo me empezaba a creer la tapadera. Pensaba: «Esto es divertido, pero más divertido aún será cuando rodemos la película». Pero claro, no vamos a rodar ninguna película.

—Creo que eso ya se ha hecho.

—Me pregunto si llamará alguien.

Hablé con Kenan Khoury, que quería saber qué tal iban las cosas. Le conté que había conseguido abrir unas cuantas líneas de investigación, pero que no esperaba obtener resultados de inmediato.

—Pero crees que tenemos algo —dijo.

—Sin duda —afirmé.

—Bien —contestó—. Mira, te llamaba porque voy a estar fuera del país durante un par de días, por trabajo. Tengo que ir a Europa. Mañana cojo un avión en el JFK y volveré el jueves o el viernes. Si hay algo, llama a mi hermano. Tienes su número, ¿verdad?

Lo tenía anotado en un papel, justo delante de mí, y lo llamé en cuanto terminé de hablar con Kenan. Peter parecía algo aturdido cuando contestó y le pedí disculpas por haberlo despertado.

—No, tranquilo, mejor que me hayas despertado. Estaba viendo un partido de baloncesto y me he quedado frito delante de la tele. Me da mucha rabia cuando me pasa, porque luego me despierto con el cuello dolorido. Te he llamado antes porque

quería preguntarte si esta noche habías pensado ir a alguna reunión.

—La verdad es que sí.

—Bueno, pues ¿qué te parece si te recojo y vamos juntos? Los sábados por la noche hay una reunión en Chelsea, y yo suelo ir. Es un grupo agradable, se reúnen a las ocho en la iglesia española de la calle Diecinueve.

—Creo que no la conozco.

—Pilla un poco lejos, pero cuando dejé la bebida entré en un programa de pacientes ambulatorios en ese barrio y me acostumbré a ir a esa reunión los sábados por la noche. De un tiempo a esta parte no voy mucho por allí, pero en vista de que tengo el coche y eso... Bueno, ya sabes que tengo el Toyota de Francine...

—Sí.

—¿Qué te parece entonces si te recojo delante del hotel a eso de las siete y media? ¿Te va bien?

Le dije que me iba bien y, cuando salí del hotel, a las siete y media, tenía el coche aparcado justo delante. Me alegró no tener que ir andando a ninguna parte, pues había estado llovisnando a ratos toda la tarde y, en ese momento, la lluvia caía con fuerza.

Hablamos de deportes durante el trayecto hasta la reunión. Los equipos de béisbol ya llevaban un mes inmersos en los entrenamientos de primavera. Esa temporada, sin embargo, aún no había conseguido interesarme demasiado por el asunto, aunque sabía que acabaría poniéndome al día en cuanto empezara la liga. No obstante, de momento solo se hablaba de negociaciones y contratos. Un jugador se había enfurruñado porque estaba convencido de que valía más de ochenta y tres millones de dólares por temporada. No sé, a lo mejor sí vale más de eso, a lo mejor todos valen más de eso, pero después de leer algo así me importa un huevo que ganen o que pierdan.

—Creo que Darryl por fin está listo para entrenar a tope y jugar —dijo Peter—. Ha estado corriendo rapidísimo durante las últimas semanas.

—Sí, ahora que ya no lo tenemos.

—Eso es lo que pasa siempre, ¿no? Nos hemos pasado años esperando a que sacara todo su potencial y, cuando por fin lo hace, resulta que es del equipo de los Dodgers.

Aparcamos en la calle Veinte y recorrimos una manzana hasta llegar al templo. Era una iglesia pentecostal, que ofrecía servicios religiosos en inglés y español. La reunión se celebraba en el sótano y había, aproximadamente, una cuarentena de asistentes. Vi algunas caras conocidas, que me sonaban de otras reuniones en otros lugares de la ciudad, y Pete saludó a unas cuantas personas. Una mujer le dijo que hacía mucho que no lo veía. Él respondió que había estado yendo a otras reuniones.

El formato de la reunión no era el habitual en Nueva York. Después de que el orador contara su historia, el público asistente se dividió en pequeños grupos, de entre

ocho y diez personas cada uno, repartidos en cinco mesas. Una mesa para principiantes, otra que era una especie de foro de debate, otra para hablar de alguno de los Doce Pasos, y ya no recuerdo qué más. Peter y yo terminamos en la mesa dedicada al foro de debate, donde los participantes hablaban de los problemas que tenían en ese momento y de cómo conseguían mantenerse sobrios. Por lo general, me resulta más útil esa clase de debate que las charlas centradas en un único asunto o en alguno de los pilares filosóficos del programa.

Una mujer contó que acababa de empezar a trabajar como consejera de alcohólicos y relató lo difícil que le resultaba demostrar entusiasmo en las reuniones después de pasarse ocho horas tratando los mismos temas en el trabajo.

—No es fácil separar las cosas —afirmó.

Un hombre dijo que acababa de saber que era seropositivo y que estaba intentando asimilarlo. Yo hablé sobre la naturaleza cíclica de mi trabajo: acerca de lo nervioso que me ponía cuando pasaba mucho tiempo entre un encargo y otro, y de la presión a la que yo mismo me sometía cuando tenía trabajo.

—Cuando bebía, me resultaba fácil encontrar el equilibrio —dije—, pero ahora ya no puedo. Las reuniones me ayudan.

Pete habló cuando le llegó el turno, pero se limitó básicamente a comentar cuestiones de las que ya habían hablado los demás. No dijo gran cosa sobre sí mismo.

A las diez en punto nos colocamos en círculo, nos cogimos de la mano y rezamos. En la calle, ya no llovía tan fuerte. Fuimos andando hasta el Camry, y Peter me preguntó si tenía hambre. En ese momento me di cuenta de que sí, pues no había cenado, tan solo había comido un trozo de pizza cuando volvía de la biblioteca.

—¿Te gusta la comida de Oriente Próximo, Matt? No me refiero a los chiringuitos de falafel, sino a la comida de verdad. Lo digo porque conozco un restaurante buenísimo en el Village.

Le dije que me parecía bien.

—O si no..., ¿sabes qué podríamos hacer? Una escapadita a mi antiguo barrio. A menos que hayas pasado demasiado tiempo en Atlantic Avenue y estés harto de la zona.

—Nos pillará un poco lejos, ¿no?

—Ya, pero tenemos un coche, ¿no? Y ya que lo tenemos, podemos aprovecharlo.

Cruzó el puente de Brooklyn. Estaba yo pensando en lo bonito que resultaba bajo la lluvia cuando Pete dijo:

—Me encanta este puente. El otro día leí no sé dónde que todos los puentes se están deteriorando. No se puede abandonar un puente, hay que mantenerlo. Y el ayuntamiento lo hace, pero no lo bastante.

—No hay dinero.

—¿Y cómo hemos llegado a esto? Durante años, el ayuntamiento de esta ciudad

podía pagar todo lo que hiciera falta, pero ahora de repente no hay dinero para nada. ¿Por qué? ¿Lo sabes?

Negué con la cabeza.

—No creo que sea solo Nueva York. Pasa lo mismo en todas partes.

—¿En serio? Porque lo único que yo veo es Nueva York y tengo la sensación de que la ciudad se está desmoronando. Las..., cómo se llaman..., las infraestructuras, ¿no? ¿Es así como se llaman?

—Supongo.

—Las infraestructuras se están cayendo a pedazos. El mes pasado hubo otro reventón en una tubería. ¿Qué es lo que pasa? Pues que el sistema es viejo y se está consumiendo. ¿Quién oía hablar de reventones en tuberías hace diez o veinte años? ¿Tú recuerdas que pasaran todas esas cosas?

—No, pero eso no quiere decir que no pasaran. Pasaban muchas cosas de las que yo ni siquiera me enteraba.

—Ya, supongo que en eso tienes razón. Yo podría decir lo mismo de mí. Y siguen pasando cosas de las que no me entero.

El restaurante que Pete había elegido estaba en Court, a media manzana de Atlantic Avenue. Me recomendó que pidiera el pastel de espinacas como entrante y me dijo que no tenía absolutamente nada que ver con el *spanakopita* que solían servir en las cafeterías griegas. Tenía razón. El segundo plato, un guiso a base de trigo burgol y carne picada salteada con cebolla, era también exquisito, pero no conseguí terminármelo.

—Pues te lo puedes llevar a casa —dijo—. ¿Te gusta el sitio? No es que sea especialmente bonito, pero la comida es excelente.

—Me sorprende que esté abierto tan tarde.

—¿Un sábado? La cocina está abierta hasta medianoche, puede que incluso hasta más tarde. —Se reclinó en su silla—. Bueno, si quisiéramos rematar esta cena como Dios manda... ¿Sabes lo que es el *arak*?

—¿No es parecido al *ouzo*?

—Sí, se parece al *ouzo*. Es distinto, pero sí, se parece. ¿Te gusta el *ouzo*?

—Gustar, lo que se dice gustar... Yo no diría eso. Había un bar en la esquina de la calle Cincuenta y siete con la Novena que se llamaba Antares and Spiro's, un local griego...

—No me digas. Con ese nombre...

—... y a veces me dejaba caer por allí, tras una larga noche bebiendo *bourbon* en el Jimmy Armstrong's, para tomarme un par de chupitos de *ouzo* antes de acostarme.

—¿*Ouzo* después del *bourbon*?

—Como digestivo —dije—. Para apaciguar el estómago.

—Para apaciguarlo definitivamente, diría yo. —Buscó con la mirada al camarero

y le pidió más café—. El otro día me entraron muchas ganas de beber —añadió.

—Pero no lo hiciste.

—No.

—Pues eso es lo importante, Pete. Querer beber es normal. Supongo que no es la primera vez que te apetece beber desde que lo dejaste, ¿verdad?

—No —reconoció.

El camarero llegó en ese momento y nos llenó las tazas. Una vez que se hubo alejado, Pete prosiguió:

—Pero sí es la primera vez que he pensado en la posibilidad.

—¿Te refieres a pensar en ella en serio?

—Sí, diría que en serio. Sí, diría que sí.

—Pero no lo hiciste.

—No —respondió, al tiempo que contemplaba su taza de café—. Lo que estuve a punto, a punto de hacer fue comprar.

—¿Drogas?

Asintió.

—Caballo —dijo—. ¿Has tenido alguna experiencia con la heroína?

—Ninguna.

—¿Ni siquiera la has probado?

—Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza esa posibilidad. Nunca he conocido a nadie que la consumiera, ni siquiera en la época en que aún bebía. Sin contar, claro, a las personas a las que detenía de vez en cuando.

—El caballo era únicamente para la gente de los bajos fondos, en aquella época.

—Así es como yo lo veía.

Sonrió con dulzura.

—Seguro que conocías a alguien que la consumía, solo que no te lo decían.

—Es posible.

—A mí siempre me ha gustado. Nunca me he pinchado, solo la esnifaba. Me dan miedo las agujas, lo cual es una suerte, porque de lo contrario ya me habría muerto de sida. Sabes que no hace falta que uno se pinche para volverse adicto, ¿no?

—Eso tengo entendido.

—Tuve el mono un par de veces y me asusté. Dejé el caballo con la ayuda del alcohol y, bueno, ya conoces el resto de la historia. Vamos, que dejé la droga por mi cuenta, pero tuve que ir a rehabilitación para dejar de beber. Así que lo que me jodió de verdad fue el alcohol, pero en el fondo soy tan yonqui como alcohólico.

Bebió un sorbo de café.

—Y la cuestión —añadió— es que cuando ves la ciudad con los ojos de un yonqui, te parece un lugar completamente distinto. Quiero decir, que tú eras poli y todo eso, te conocías muy bien la calle, pero... Si tú y yo salimos a pasear juntos por

ahí, yo veré a más traficantes que tú. Yo los veré a ellos, ellos me verán a mí y nos reconoceremos mutuamente. Puedo ir a cualquier rincón de esta ciudad y te aseguro que no tardaría ni cinco minutos en encontrar a alguien dispuesto a venderme una papelina.

—¿Y qué? Yo paso por delante de un montón de bares todos los días, como tú. Viene a ser lo mismo, ¿no?

—Supongo. Pero la heroína me llama mucho de un tiempo a esta parte.

—Nadie ha dicho que tenga que ser fácil, Pete.

—Lo fue durante un tiempo. Ahora me cuesta más.

Ya en el coche, sacó de nuevo el tema.

—Pienso, ¿para qué esforzarse? O voy a una reunión y me digo: «¿Quién es esta gente? ¿De dónde han salido?». Todo el rollo ese de encomendarse a un poder superior, y que luego la vida será pan comido. ¿Tú te lo crees?

—¿Que la vida es pan comido? No del todo.

—Es más bien un sándwich podrido, ¿no? ¿Tú crees en Dios?

—Depende de cuándo me lo preguntes.

—Bueno, pues hoy. Te lo estoy preguntando hoy. ¿Crees en Dios?

No respondí enseguida, por lo que Pete dijo:

—Da igual, no tengo derecho a entrometerme. Lo siento.

—No, estaba intentando dar con una respuesta. Supongo que tengo problemas para responder porque no creo que la pregunta sea importante.

—¿No es importante saber si existe Dios o no?

—Bueno, ¿eso qué cambia? Exista o no exista, yo tengo que superar un día tras otro. Con Dios o sin Dios, sigo siendo un alcohólico que no puede tomar ni una copa. ¿Dónde estriba la diferencia?

—Todo el programa gira en torno a ese poder superior.

—Sí, pero funciona con independencia de si Dios existe o no, y de si yo creo en Él o no.

—¿Y cómo puedes entregarle tu voluntad a algo en lo que no crees?

—Pues dejándome llevar. No empeñándome en controlar las cosas. Tomando las medidas adecuadas y dejando que las cosas salgan tal y como Dios quiere que salgan.

—Exista o no.

—Eso es.

Se lo estuvo pensando durante un momento.

—No lo sé —dijo al fin—. Me crie creyendo en Dios. Iba a un colegio privado religioso, aprendí lo que allí enseñaban y jamás lo puse en duda. Dejé la bebida, me dijeron que creyera en un poder superior y yo dije: «Vale, ningún problema». Pero cuando esos hijos de puta nos devolvieron a Francey cortada en trocitos... Tío, ¿qué clase de dios permite que ocurra algo así?

—Es una mierda, pero así es la vida.

—Tú no llegaste a conocerla, tío. Era una mujer buena de verdad. Dulce, honrada, inocente... Un ser humano excepcional. Cuando uno estaba a su lado, sentía el deseo de convertirse en mejor persona. No, es más que eso: te hacía sentir que podías lograrlo. —Frenó al llegar a un semáforo en rojo, miró a ambos lados y luego siguió—. Una vez me pusieron una multa por hacer esto. Iba conduciendo en plena noche, me paré en el semáforo pero no se veía a nadie en kilómetros a la redonda... ¿Qué idiota se queda ahí parado esperando a que cambie el semáforo? Pero resulta que había un puto poli escondido en la otra esquina, con las luces apagadas, y me multó.

—Creo que esta vez nos hemos librado.

—Eso parece. Kenan consume caballo de vez en cuando, no sé si lo sabías.

—¿Por qué iba a saberlo?

—Ya suponía que no. Esnifa alguna que otra papelina, puede que una vez al mes, puede que menos. Hace un uso recreativo: no sé, si va a un club de jazz, a lo mejor esnifa una papelina en el lavabo para compenetrarse mejor con la música. Total, que no quería que Francey lo supiera. Estaba convencido de que no lo aprobaría y no quería hacer nada que lo rebajara a ojos de ella.

—¿Francine sabía que él traficaba?

—Eso era distinto. Era trabajo, era lo que él hacía para ganarse la vida. Y, además, no quería quedarse mucho tiempo en el negocio. Pensaba estar unos cuantos años y dejarlo después.

—Es lo que piensan todos.

—Ya sé lo que quieres decir. En fin, que a ella le parecía bien. Era lo que él hacía para ganarse la vida, era su trabajo, era algo que había quedado relegado a un mundo aparte. Pero no quería que ella supiera que también consumía de vez en cuando. —Guardó silencio durante un instante y luego añadió—: El otro día estaba colocado. Se lo dije, pero lo negó. Joder, tío, ¿es que se cree que puede engañar a un yonqui en cuestiones de droga? El tío está colocadísimo y va me dice que no es verdad. Vale, supongo que es porque estoy limpio y porque ya no bebo, porque no quiere ponerme la tentación delante de las narices, pero por lo menos podría concederme el beneficio de la inteligencia, ¿no?

—¿Te molesta que él se pueda colocar y tú no?

—¿Que si me molesta? Joder, pues claro que me molesta. Mañana se marcha a Europa.

—Ya me lo ha dicho.

—¿Qué necesidad tenía de cerrar un trato tan pronto, de aumentar su capital? Ponerse a hacer tratos corriendo es la mejor forma de que te detengan, o algo peor.

—¿Estás preocupado por él?

—Joder, estoy preocupado por todos nosotros.

En el puente de vuelta a Manhattan, dijo:

—De niño, me encantaban los puentes. Coleccionaba fotos de puentes. Y a mi viejo se le metió en la cabeza que yo iba a ser arquitecto.

—Aún podrías serlo, ¿sabes?

Se echó a reír.

—¿Qué quieres, que me ponga a estudiar otra vez? No, tío, yo nunca he querido ser arquitecto. Nunca he sentido el deseo de construir puentes. Solo me gustaba mirarlos. Si algún día siento la tentación de abandonarlo todo, me tiraré desde ese puente. Tiene que ser la leche cambiar de idea a mitad del salto, ¿no?

—Un tío me contó en cierta ocasión que le había pasado algo así. Salió de una especie de trance en un puente, creo que era este, cuando ya estaba al otro lado de la barandilla, con un pie en el vacío.

—¿En serio?

—A mí me pareció que hablaba muy en serio. No recordaba haber ido allí; pero, de repente, ¡zas!, se encuentra agarrado a la barandilla con una mano, con un pie en el aire. Volvió a saltar la barandilla y se fue a casa.

—Y se tomó una copa, seguro.

—Supongo que sí. Pero imagínate que hubiera salido del trance cinco segundos más tarde.

—¿Quieres decir después de haber dado otro paso? Qué sensación más horrible, ¿no? Lo único bueno es que la caída no duraría mucho. Mierda, tendría que haberme metido en el otro carril. Bueno, no pasa nada, tendremos que recorrer unas cuantas manzanas más. Me gusta esta zona. ¿Vienes mucho por aquí, Matt?

Íbamos por South Street Seaport, una zona restaurada en las inmediaciones de la lonja del pescado de Fulton Street.

—El verano pasado —comenté—, mi novia y yo pasamos una tarde aquí, de compras, y luego cenamos en uno de los restaurantes.

—Se ha vuelto un barrio un poco pijo, pero me gusta. En verano no, de todas formas. ¿Sabes cuando es más bonito? En las noches como esta, cuando hace frío, no hay nadie y cae una fina llovizna. En noches así es bonito de verdad. —Se echó a reír—. ¿Me oyes? —dijo—. Hablo como un yonqui colocado. Muéstrame el Jardín del Edén y te diré que lo prefiero oscuro, frío y triste. Y que quiero estar allí completamente solo.

Ya delante de mi hotel, dijo:

—Gracias, Matt.

—¿Por qué? Tenía pensado ir a una reunión, así que soy yo quien debe darte las gracias por llevarme.

—Sí, vale, pero gracias por la compañía. Antes de que te vayas, hay una cosa que hace rato que quiero preguntarte. El trabajo que haces para Kenan... ¿Crees que existen posibilidades de que conduzca a alguna parte?

—No lo estoy haciendo por quedar bien.

—Ya, ya, sé que te lo estás currando. Solo quiero saber qué posibilidades hay de que valga la pena.

—Hay una posibilidad —respondí—. No sé si es muy buena o no, pero la verdad es que no tenía mucho con lo que empezar a trabajar.

—Eso lo puedo entender perfectamente. Empezaste casi desde cero, tal y como yo lo veo. Como es lógico, contemplas todas y cada una de las cosas desde un punto de vista profesional, las ves de forma distinta.

—El resultado depende en gran parte de si los pasos que estoy dando conducen o no a alguna parte. Y los pasos que ellos den en el futuro también son un factor a tener en cuenta y, como es lógico, son imprevisibles. ¿Que si soy optimista? Depende de cuándo me lo preguntes.

—Lo mismo que con el poder superior, ¿eh? El caso es que si llegas a la conclusión de que es inútil, no hace falta que corras a contárselo a mi hermano, ¿vale? Sigue trabajando una o dos semanas más. Para que Kenan piense que ha hecho todo lo que estaba en su mano.

Guardé silencio.

—Lo que quiero decir es que...

—Sé lo que quieres decir —le respondí—. Pero es algo que no hace falta que me digan, porque a cabezota no me gana nadie. Cuando empiezo algo, me cuesta un huevo soltarlo. Y creo que eso es lo que me ayuda a resolver las cosas, si quieres que te diga la verdad. Si llego hasta el final de un asunto no es porque sea brillante, sino porque a veces me aferro como un bulldog hasta que se suelta algo.

—Y siempre se suelta, tarde o temprano, ¿no? Según se decía, nadie puede salir impune de un asesinato.

—¿Eso se solía decir? Pues me temo que ya no se dice. Todos los días alguien comete un asesinato y sale impune de ello.

Bajé del coche y luego me incliné para concluir mi razonamiento.

—En un sentido, al menos, pero no en otro. Para serte sincero, no creo que nadie salga impune de nada.

Esa noche me quedé despierto hasta tarde. Intenté dormir pero no pude, intenté leer y tampoco, de modo que terminé sentado en la oscuridad junto a la ventana, contemplando la lluvia que caía bajo la luz de las farolas. Me quedé allí sentado, reflexionando profundamente. «Las reflexiones de juventud son muy muy profundas». Era un verso de un poema que había leído en alguna ocasión, pero se pueden hacer reflexiones muy profundas a cualquier edad, sobre todo si uno no puede dormir y además cae una fina lluvia.

Aún estaba en la cama cuando sonó el teléfono, a eso de las diez.

—¿Tienes un boli, poli? —preguntó TJ—. Cógelo y apunta. Escribe lo que te voy a decir.

Recitó un par de números de siete dígitos.

—Apunta también siete uno ocho —añadió—, porque es lo que tendrás que marcar primero.

—¿Y quién me contestará?

—Pues te habría contestado yo, si hubieras estado en casa la primera vez que te llamé. ¡Tío, es más fácil que a uno le toque la lotería que encontrarte a ti! Te llamé el viernes por la tarde, te llamé el viernes por la noche, te llamé ayer durante todo el día y te estuve llamando hasta medianoche. Es difícil dar contigo.

—Había salido.

—Ya, bueno, eso más o menos me lo había imaginado. Tío, menudo paseíto me has hecho dar por Brooklyn. He tardado días.

—Es que es muy grande —convine.

—Más de lo necesario. Para llegar al primer sitio al que me mandaste, tuve que ir hasta el final de la línea de metro. El tren salía a la superficie y vi unas cuantas casas muy guapas. Parecía una ciudad antigua de esas que salen en la pelis, no tenía nada que ver con Nueva York. Llegué al primer teléfono y te llamé. No había nadie en casa. Luego me fui a buscar el segundo teléfono y tío, menudo paseíto. Pasé por ciertas calles en las que, bueno, la gente me miraba como si quisiera decir: «Eh, negro, ¿qué haces tú por aquí?». Bueno, nadie me dijo nada, pero tampoco hacía falta ser muy listo para saber lo que estaban pensando, ¿sabes, tío?

—Pero no tuviste ningún problema.

—Yo nunca tengo problemas, tío. Mi lema es ver los problemas antes de que los problemas me vean a mí. Total, que encuentro la segunda cabina y te vuelvo a llamar. No te encontré porque no estabas en casa para que yo te encontrara. Bueno, se me ocurrió que igual estaba más cerca de otra estación de metro, teniendo en cuenta que la parada en la que me había bajado quedaba a un montón de kilómetros. Así que entré en una tienda de chuches y le pregunté al tío: «¿Puede usted decirme dónde

queda la parada de metro más cercana?». Lo dije así tal cual, tío, como si fuera un puto locutor de la tele. Y el tío me mira y dice: «¿Metro?». No como si fuera una palabra desconocida; más bien como si no pillara el concepto en sí. Total, que me tocó volver por el mismo camino, tío, hasta el final de la línea de Flatbush, porque al menos sabía dónde estaba esa parada.

—De todas formas, creo que seguía siendo la parada más cercana.

—Pues va a ser que sí, porque luego miré el mapa del metro y no vi ninguna otra parada que quedara más cerca. Razón de más para quedarse en Manhattan, tío. Aquí siempre tienes el metro cerca.

—Procuraré recordarlo.

—Estaba convencido de que estarías en casa cuando te llamé. Lo tenía todo pensado: te daba el número y te decía: «Llama ahora mismo». Y entonces descolgaba y te decía: «Aquí me tienes». Contártelo ahora no mola tanto, pero es que ya no podía esperar más.

—Deduzco, entonces, que en las cabinas estaba puesto el número.

—¡Ah, vale! Es que eso no te lo he contado. En la segunda, la que está en el quinto pino, en Veterans Avenue, donde todo el mundo te mira raro... En esa cabina sí estaba el número. En la otra, la de Flatbush con Farragut, no.

—Entonces, ¿cómo lo has averiguado?

—Ya te he dicho que soy un tío imaginativo. Te lo he dicho, ¿no?

—Más de una vez.

—Pues lo que hice fue llamar a la operadora. Le dije: «Hola, chata, mira, es que alguien ha destrozado la cabina, aquí no hay ningún número. ¿Cómo puedo saber desde qué número estoy llamando?». Y va y me dice que ella no tiene manera de saber qué número es el de la cabina desde la que llamo, que no me puede ayudar.

—Parece poco probable.

—Eso mismamente pensé yo. Con todos esos aparatos que tienen... Si llamas a Información y preguntas un número, te lo dicen casi tan rápido como tú lo pides, así que... ¿cómo no te van a poder dar el número del teléfono desde el que llamas? Y me dije: «TJ, no seas gilipollas, han quitado todos los números para joder a los camellos y tú hablas como si fueras un camello». Así que vuelvo a marcar el cero, porque te puedes pasar el día llamando a la operadora y no pagas ni un centavo, la llamada es gratuita. Y bueno, ya sabes, cada vez que llamas te sale alguien diferente, ¿no? Total, que se pone otra tía y esta vez me dejo de acentos callejeros y le digo: «¿Sería usted tan amable de ayudarme, señorita? Estoy ahora mismo en una cabina telefónica y necesito dejarle este número al personal de mi oficina para que me llamen, pero alguien ha tachado el número con pintura de grafitis y resulta imposible leerlo. Me pregunto si sería usted tan amable de comprobar el número y facilitármelo». Y aún no había acabado de hablar y la tía ya me estaba dictando el número. ¿Matt? Joder, tío.

Había saltado la voz grabada que pedía más monedas.

—Se había acabado la moneda —me explicó—. He tenido que meter otra.

—Dame el número y ya te llamo yo.

—No puedo. Ahora no estoy en Brooklyn y no he conseguido engañar a nadie para que me dé el número de esta cabina. —El teléfono emitió un pitido cuando cayó la moneda—. Bueno, ya está. Fui muy astuto, ¿no? En la manera de conseguir el otro número. ¿Estás ahí, tío? ¿Cómo es que no dices nada?

—Me has dejado de piedra —dije—. No sabía que pudieras hablar así.

—¿Te refieres a hablar bien? Pues claro que puedo. Que sea un tío de la calle no significa que sea un ignorante. Son dos idiomas diferentes, tío, y aquí tu colega es bilingüe.

—Estoy impresionado, la verdad.

—¿Sí? Ya me imaginaba que te impresionaría saber que había ido hasta Brooklyn y había vuelto yo solito. ¿Qué quieres que haga ahora?

—De momento, nada.

—¿Nada? Tío, algo podré hacer. Lo he hecho bien hasta ahora, ¿no?

—Lo has hecho genial.

—Tío, que tampoco hace falta ser una lumbrera para ir hasta Brooklyn y volver, ¿no? Pero mola la forma en que le saqué el número a la operadora, ¿verdad?

—Sin la menor duda.

—He demostrado que soy imaginativo.

—Muy imaginativo.

—Aun así no tienes nada para mí.

—Me temo que no —reconocí—. Dame un toque de aquí a un par de días.

—Que te dé un toque —dijo—. Tío, te daría un toque a cualquier hora si estuvieras ahí para darte un toque. ¿A que no sabes quién tendría que comprarse un busca? Tú tendrías que comprarte un busca, tío. Así te podría llamar y tú dirías: «Ah, este es TJ, que intenta localizarme. Debe de ser importante». ¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada.

—Y entonces, ¿por qué te estás riendo? Te daría un toque todos los días, tío, porque necesitas a alguien como yo que trabaje para ti. Y no es broma, paloma.

—Oye, esa me ha gustado.

—Ya lo sabía —dijo—. La reservaba especialmente para ti.

El domingo llovió durante casi todo el día, así que me quedé en la habitación. Tenía la tele puesta e iba cambiando de canal, del tenis de la ESPN al golf de una de las cadenas públicas. Hay días en los que me engancho a ver un partido de tenis, pero el domingo no era uno de esos días. El golf no me engancha, pero los paisajes son muy

bonitos y los anuncios no son tan pesados como en las retransmisiones de otros deportes, así que tampoco está tan mal tener puesto el golf mientras me dedico a pensar en otras cosas.

Jim Faber llamó a media tarde para cancelar nuestra habitual cena de los domingos por la noche. Se había muerto un primo de su mujer y tenían que ir a presentar sus respetos.

—Podríamos quedar ahora para tomar un café si quieres, pero la verdad es que hace un tiempo horrible.

En lugar de quedar, nos pasamos diez minutos al teléfono. Le conté que estaba un poco preocupado por Peter Khoury, que parecía a punto de volver a beber o de drogarse.

—Tal y como hablaba de la heroína, hasta a mí me entraron ganas de probarla.

—Eso es propio de los yonquis, ya me he dado cuenta —comentó—. Suelen tener ese aire nostálgico, como si fueran ancianos que hablan de su juventud perdida. Sabes que no está en tu mano conseguir que se mantenga sobrio.

—Lo sé.

—No eres su padrino, ¿verdad?

—No, pero es que tampoco tiene padrino. Y anoche me utilizó como si lo fuera.

—Es mejor que no te lo pida formalmente. Ya mantienes una relación profesional con su hermano y, hasta cierto punto, con él.

—Ya lo he pensado.

—Pero aunque lo hiciera, eso no le convierte en responsabilidad tuya. ¿Sabes cuál es el buen padrino? El que se mantiene sobrio.

—Me suena haberlo oído antes.

—Me lo habrás oído decir a mí. Pero nadie puede conseguir que otra persona se mantenga sobria. Yo soy tu padrino. ¿Te mantienes sobrio gracias a mí?

—No —respondí—, me mantengo sobrio a pesar de ti.

—¿A pesar de mí o a mi pesar?

—Supongo que ambas cosas.

—De todas formas, ¿cuál es el problema de Peter? ¿Que siente lástima de sí mismo porque no puede beber ni pincharse?

—Esnifar.

—¿Qué?

—Que no se inyectaba. Pero sí, viene a ser eso. Y está cabreado con Dios.

—Joder, ¿y quién no lo está?

—Porque... ¿qué Dios permitiría que a una persona tan maravillosa como su cuñada le pasara lo que le pasó?

—Dios nos lanza mierda de esa clase todos los días.

—Lo sé.

—Y a lo mejor Dios tenía sus motivos. A lo mejor Jesús quería que fuera un rayo de sol. ¿Te acuerdas de esa canción?

—No me suena haberla oído.

—Bueno, pues le ruego a Dios que nunca me la oigas cantar a mí, porque para cantarla tendría que estar borracho. ¿Crees que se la tiraba?

—¿Que si creo que quién se tiraba quién?

—A quién. ¿Crees que Peter se tiraba a su cuñada?

—Joder —le recriminé—, ¿y por qué iba a pensar una cosa así? Estás enfermo, ¿sabes?

—Es la gente con la que me relaciono.

—Eso será. No, no creo que se la tirara. Creo que lo que le pasa es que está triste, que quiere beber y drogarse, pero espero que no lo haga. Eso es todo.

Llamé a Elaine y le dije que estaba libre esa noche, pero ella ya había quedado con su amiga Monica, que iba a verla a casa. Dijo que tenían pensado pedir comida china y que podía pasarme por allí si me apetecía, que así podrían pedir más platos. Le dije que mejor sería que no.

—Lo dices porque crees que solo vamos a hablar de cosas de chicas —me dijo—. Y supongo que tienes razón.

Mick Ballou me llamó mientras estaba viendo *60 Minutos* y hablamos durante diez o doce de esos minutos. Le conté sin apenas pararme a coger aliento que había reservado billete para Irlanda pero que luego había tenido que cancelarlo. Lamentó que no fuera a hacerle una visita, pero se alegró de que tuviera algo en que ocupar mi tiempo.

Le conté por encima lo que estaba haciendo, pero no le especificué para qué clase de persona estaba trabajando. No le gustaban los traficantes de droga y, de vez en cuando, completaba sus ingresos asaltando la casa de algún que otro narco para llevarse toda la pasta.

Me preguntó qué tiempo hacía y le dije que llevaba todo el día lloviendo. Me respondió que allí llovía siempre, que ya casi ni se acordaba de cómo era el sol. Y, ah, por cierto, ¿aún no me había enterado? Habían encontrado pruebas de que el Señor era irlandés.

—¿En serio?

—En serio —aseguró—. Piensa en lo siguiente: vivió con sus padres hasta los veintinueve años. Se fue de borrachera con sus amigos la última noche de su vida. Creía que su madre era virgen y ella, la pobre, creía que Él era Dios.

La semana empezó muy lenta. Avancé a trancas y barrancas, por así decir, en el caso Khoury. Conseguí el nombre de uno de los agentes encargados del homicidio de Leila Álvarez, la estudiante del Brooklyn College cuyo cadáver había aparecido en el

cementerio de Green-Wood. El caso no pertenecía a la comisaría Setenta y dos, sino a la Brigada de Homicidios de Brooklyn. Un tal John Kelly, detective, había llevado la investigación, pero no pude dar con él, ni tampoco quise dejar mi nombre y mi número.

Vi a Elaine el lunes y se mostró decepcionada porque su teléfono no había recibido un aluvión de llamadas de mujeres que habían sido violadas. Le dije que tal vez no obtuviera ninguna respuesta, que a veces era así, que lo normal era tener que lanzar un montón de anzuelos al agua y que, a veces, pasaba mucho tiempo antes de que picara algún pez. Además, era pronto. Era poco probable que las personas con las que había hablado empezaran a hacer llamadas antes de que pasara el fin de semana.

—Pues ya ha pasado —me recordó.

Le dije entonces que, aunque empezaran a hacer llamadas, a lo mejor les costaba un poco localizar a la gente y que tal vez las víctimas tardaran uno o dos días en decidirse a llamar.

—O a no llamar —dijo ella.

Se desanimó aún más cuando pasó el martes y no había recibido ninguna llamada. Cuando hablé con ella el miércoles por la tarde, sin embargo, estaba entusiasmada. La buena noticia era que la habían llamado tres mujeres. La mala, que ninguna de las llamadas parecía guardar relación con los hombres que habían matado a Francine Khoury.

Una era de una mujer a la que había asaltado un único hombre en el vestíbulo de su edificio de apartamentos. La había violado y le había robado el bolso. Otra de las llamadas era de una mujer que había aceptado que la acompañara a casa un hombre, a quien había tomado por un estudiante de su universidad. El hombre en cuestión la había amenazado con un cuchillo y la había obligado a pasar al asiento trasero, pero la joven había conseguido huir.

—Ha dicho que era un chaval flacucho y que estaba solo —dijo Elaine—, así que me ha parecido un poco forzado considerarlo una posibilidad. La tercera llamada era de una mujer a la que violaron durante una cita. O la violó un ligue, no sé cómo lo definirías tú. Según la chica, ella y una amiga ligaron con un par de tipos en un bar de Sunnyside. Fueron a dar una vuelta en el coche de los tíos y la amiga se mareó, así que pararon para que pudiera bajar y vomitar. Y entonces se largaron y la dejaron allí. ¿Te lo imaginas?

—Bueno, es bastante desconsiderado, pero creo que yo no lo definiría como violación.

—Qué gracioso. Total, que siguieron dando vueltas durante un rato y luego fueron a casa de la chica. Querían acostarse con ella, pero la chica les dijo que nanay, que por qué clase de chica la habían tomado, y blablablá. Al final accedió a follar con uno de los tipos, con el que más o menos había estado tonteando toda la noche,

mientras que el otro esperaba en el salón. Pero el segundo tío no hizo caso, claro: entró en la habitación mientras los otros dos se lo montaban y se quedó allí mirando, cosa que, como puedes imaginar, no contribuyó precisamente a aplacar su ardor.

—¿Y?

—Y después le pidió a la chica que se acostara con él, por favor, por favor y ella que no y que no, pero al final le hizo una mamada porque era la única manera de quitárselo de encima.

—¿Eso te contó?

—Bueno, con términos más propios de una dama, pero sí, eso fue lo que pasó. Luego se lavó los dientes y llamó a la poli.

—¿Y lo denunció como una violación?

—Bueno, yo lo llamaría así. La cosa fue subiendo del tono, del «Por favor, por favor» al «Chúpamela hasta que me corra o te parto los dientes y te obligo a tragártelos». Así que sí, puede considerarse una violación.

—Desde luego, si los tipos fueron tan agresivos.

—Pero no parece que se trate de nuestros hombres.

—No, en absoluto.

—Tengo los números de las mujeres, por si quieres investigar más, y les he dicho que ya las llamaremos si el productor decide seguir adelante, que ahora mismo el proyecto estaba un poco parado. ¿He hecho bien?

—Desde luego que sí.

—Total, que no he obtenido nada que nos sirva de ayuda, pero al menos resulta alentador haber recibido tres llamadas, ¿no crees? Y supongo que mañana llamará alguien más.

El jueves hubo otra llamada, que al principio había parecido prometedora. Se trataba de una mujer de treinta y pocos años que estudiaba un curso de posgrado en la Universidad de Saint John's: tres hombres la habían secuestrado a punta de navaja cuando ella estaba abriendo su coche, situado en uno de los aparcamientos del campus. Se habían subido los tres al coche con ella y la habían llevado hasta Cunningahm Park, donde la habían obligado a mantener sexo vaginal y oral, la habían intimidado con uno o más cuchillos y la habían amenazado con distintas formas de mutilación. De hecho, la mujer había sufrido un corte en un brazo, aunque cabía la posibilidad de que le hubieran infligido la herida de manera accidental. Tras terminar con ella, la habían abandonado en el parque y habían huido en su coche, que aún no había aparecido a pesar de que ya habían transcurrido casi siete meses desde el ataque.

—Pero no puede tratarse de ellos —dijo Elaine—, porque los tipos eran negros. Los de Atlantic Avenue eran blancos, ¿verdad?

—Sí, todos los testigos están de acuerdo en eso.

—Bueno, pues estos tipos eran negros. He insistido una y otra vez en ese punto, ¿sabes? La mujer debe de haber pensado que yo era racista o algo así, o que la consideraba racista a ella, o vete tú a saber. Porque... ¿qué sentido tenía que yo la machacara tanto con el color de piel de los violadores? Pero desde mi punto de vista era fundamental, claro, porque eso la descarta a efectos de nuestra investigación. A menos que esos tipos hayan encontrado, desde el pasado agosto, la manera de cambiar de color.

—Si la han descubierto, seguro que para ellos vale mucho más de cuatrocientos mil dólares.

—Qué majo. En fin, que me he sentido como una idiota, pero he anotado su nombre y su número y le he dicho que ya la llamaremos si al final nos dan luz verde en el proyecto. ¿Quieres oír algo gracioso? Me ha dicho que, aunque la cosa no llegue a ninguna parte, se alegraba de haber llamado, porque le ha ido bien contarle. Habló mucho del tema justo después del ataque e incluso hizo terapia, pero ya hacía tiempo que no lo contaba y le ha sido de gran ayuda.

—Supongo que te habrá alegrado oírlo.

—Pues sí, porque hasta entonces me había sentido culpable por hacerle pasar un mal rato con engaños. Ha dicho que le resultaba fácil hablar conmigo.

—Vaya, eso no le sorprende en absoluto a este reportero.

—La chica creía que yo era terapeuta. Creo que incluso estaba a punto de preguntarme si podía acudir a terapia una vez por semana. Le he dicho que era ayudante de producción y que, en el fondo, se necesitan más o menos las mismas aptitudes.

Ese mismo día conseguí, por fin, localizar al detective John Kelly de la Brigada de Homicidios de Brooklyn. Recordaba el caso de Leila Álvarez y dijo que era una historia terrible. Era muy guapa y, en opinión de todo los que la conocían, una muchacha muy agradable y muy aplicada en los estudios.

Le conté que estaba preparando un reportaje sobre cadáveres que habían aparecido en escenarios poco frecuentes, y le pregunté si el cadáver presentaba alguna señal extraña cuando lo habían encontrado. Dijo que presentaba algunas mutilaciones y, cuando le pregunté si podía darme más detalles, me respondió que mejor no. En parte porque ciertos detalles del caso seguían siendo confidenciales, pero también para ahorrarle más dolor a la familia de la joven.

—Estoy seguro de que lo entiende —dijo.

Intenté sonsacarle más información con distintas tácticas, pero me estrellaba una y otra vez contra el mismo muro. Al final, le di las gracias y ya me disponía a colgar cuando se me ocurrió preguntarle si había trabajado alguna vez en la Siete ocho. Me preguntó por qué quería saberlo.

—Porque conozco a un John Kelly que trabajaba allí, pero no creo que sea usted porque el hombre al que me refiero ya debe de estar jubilado.

—Es mi padre —me respondió—. ¿Cómo ha dicho usted que se llamaba? ¿Scudder? ¿De qué trabajaba usted, de reportero?

—No, yo también era poli. Estuve en la Siete ocho durante un tiempo y luego me trasladaron a la Seis, en Manhattan, donde estuve como detective.

—Como detective, ¿eh? ¿Y ahora es usted escritor? Mi padre siempre hablaba de escribir un libro, pero eso fue todo lo que hizo, hablar. Se jubiló hará unos..., a ver..., unos ocho años. Ahora vive en Florida y se dedica a cultivar pomelos en el jardín trasero de su casa. Conozco a un montón de polis que están trabajando en un libro; o eso dicen, al menos. O dicen que están pensando en ello. Pero usted está escribiendo un libro de verdad, ¿no?

Había llegado el momento de cambiar de táctica.

—No —le respondí.

—¿Disculpe?

—Era una bola —admití—. Trabajo como detective privado. Me dedico a eso desde que dejé el departamento.

—¿Y qué es lo que quiere saber del caso Álvarez?

—Quiero saber en qué consistió exactamente la mutilación.

—¿Por qué?

—Quiero saber si hubo alguna clase de amputación.

Se produjo una pausa, lo bastante larga como para que lamentara haber adoptado esa línea de interrogación.

—¿Sabes lo que quiero saber yo, amigo? —dijo al fin, tuteándome—. Quiero saber de dónde coño has salido tú.

—Hubo un caso en Queens, hará poco más de un año —le respondí—. Tres hombres secuestraron a una mujer en Jamaica Avenue, en Woodhaven, y la dejaron en un campo de golf de Forest Park. Además de otras salvajadas, le cortaron dos dedos y se los metieron en..., bueno, determinados orificios corporales.

—¿Y tienes motivos para pensar que fueron los mismos tipos los que atacaron a ambas mujeres?

—No, pero tengo motivos para pensar que los que atacaron a Gotteskind no se detendrán ahí.

—¿Era ese el nombre de la mujer de Queens? ¿Gotteskind?

—Marie Gotteskind, sí. Estoy intentando relacionar a sus asesinos con otros casos y Álvarez parecía encajar, pero lo único que sé es lo que se publicó en la prensa.

—Álvarez tenía un dedo metido en el culo.

—Lo mismo que Gotteskind. Y también le habían metido otro por delante.

—En la...

—Sí.

—Tú eres como yo, no te gusta utilizar esas palabras cuando se trata de una persona muerta. Cuando uno habla con los médicos forenses, en cambio... Son unos auténticos cabronazos irreverentes. Imagino que lo hacen para no implicarse emocionalmente.

—Es probable.

—Pero a mí me parece una falta de respeto. Las pobres víctimas... ¿Es que no se les puede mostrar ni un poco de respeto una vez muertas? La persona que les quitó la vida no les ofreció ni una pizca.

—No.

—Le faltaba un pecho.

—¿Disculpa?

—A Álvarez. Le cortaron un pecho. Y, a juzgar por la hemorragia, parece que estaba viva cuando se lo hicieron.

—Por Dios bendito.

—Quiero coger a esos hijos de puta, ¿sabes? Cuando uno trabaja en Homicidios, los quiere pillar a todos porque no existe el asesinato menor, pero a veces hay casos que te afectan de verdad, y este era uno de ellos. Investigamos a fondo, comprobamos todos los movimientos de la chica, hablamos con todas las personas que la conocían, pero ya sabes cómo funciona esto. Cuando no existe relación alguna entre la víctima y su asesino, y tampoco hay demasiadas pruebas físicas, no se llega muy lejos. En el escenario del crimen apenas había pruebas porque se la cargaron en otro sitio y luego la abandonaron allí.

—Eso salió en la prensa, sí.

—¿Hicieron lo mismo con Gotteskind?

—Sí.

—Si hubiera sabido algo del caso Gotteskind... ¿Dices que fue hace poco más de un año? —Le di la fecha—. O sea, que ese caso está muerto de asco en un expediente de Queens... ¿Cómo iba yo a saberlo? Dos cadáveres con dedos amputados y reintroducidos y yo aquí, rascándome el culo. Joder, no quería decir eso.

—Espero que la información te ayude.

—Ya, esperas que me ayude. ¿Qué más tienes?

—Nada.

—Si me estás ocultando...

—Todo lo que sé de Gotteskind está en su expediente. Y todo lo que sé de Álvarez es lo que tú me acabas de contar.

—¿Y cuál es la relación? La tuya con todo esto, me refiero.

—Ya te lo he dicho, me...

—No, no, no. ¿Por qué tienes tanto interés?

—Eso es confidencial.

—Y una mierda. No tienes derecho a ocultarme información.

—No te la estoy ocultando.

—Entonces, ¿cómo lo llamarías tú?

Respiré hondo.

—Creo que te he dicho todo lo que estoy obligado a decirte. No conozco a fondo ninguno de los dos homicidios, ni el de Gotteskind ni el de Álvarez. He leído el expediente de uno de los casos y tú me has hablado del otro. Hasta ahí llegan mis conocimientos.

—Para empezar, ¿por qué has leído el expediente?

—Por una noticia de prensa de hace un año. Y te he llamado a ti a raíz de otra noticia periodística. Eso es todo.

—Tienes un cliente al que estás encubriendo.

—Si tengo un cliente, desde luego no es el autor de los hechos, y no veo que eso sea asunto de nadie excepto mío. ¿No preferirías comparar los dos casos para ver si encuentras alguna pista?

—Desde luego que lo voy a hacer, pero me gustaría conocer tu punto de vista.

—Eso no es importante.

—Podría pedirte que vinieras a comisaría. O hacer que fueran a detenerte, si prefieres ir por ese camino.

—Podrías —le respondí—, pero no conseguirías más de lo que ya te he dicho. Me harías perder el tiempo, de acuerdo, pero tú también lo perderías.

—Tienes mucho morro, ¿sabes? Eso lo reconozco.

—Venga ya —le dije—. Ahora tienes algo que no tenías antes de que yo llamara. Si quieres guardarme rencor, pues estás en tu derecho, supongo, pero ¿de qué te va a servir?

—¿Y qué quieres que haga entonces?, ¿que te dé las gracias? —Pues no se iba a morir por ello, pensé, pero no lo dije—. A la mierda —dijo—. Pero será mejor que me des tu teléfono y tu dirección, por si acaso necesito ponermelo en contacto contigo.

Darle mi nombre había sido un error. Podía limitarme a comprobar si era un buen detective y me buscaba en el listín de Manhattan, pero ¿para qué? Le di mi dirección y mi número de teléfono y le pedí disculpas por no haber respondido a todas sus preguntas, pero tenía ciertas responsabilidades para con mi cliente.

—Cuando estaba en el cuerpo —le dije—, me habría cabreado si alguien me hubiera dicho algo así, de modo que entiendo que tú sientas exactamente lo mismo. Pero debo hacer lo que debo hacer.

—Sí, ya, eso lo he oído en alguna parte. Bueno, a lo mejor se trata de los mismos tipos en los dos casos y a lo mejor encontramos algo si los contrastamos. Eso estaría bien.

Era lo más parecido a un «gracias» que se podía esperar, así que me conformé sin más. Le dije que sí, que estaría bien, y le deseé suerte. Le pedí también que saludara a su padre de mi parte.

Esa noche yo fui a una reunión y Elaine a su clase. Luego cada cual cogió un taxi y nos encontramos en el Mother Goose para escuchar un poco de música. Danny Boy apareció a eso de las once y media y se sentó con nosotros. Iba con una chica, muy alta, muy delgada, muy negra y muy rara. Nos la presentó como Kali. La joven respondió a las presentaciones con un gesto de asentimiento, pero no dijo una palabra ni pareció escuchar nada a lo largo de la siguiente media hora, transcurrida la cual se inclinó hacia delante y se quedó mirando fijamente a Elaine.

—Tu aura —le dijo— es de color verde azulado, muy pura y muy hermosa.

—Gracias —le respondió Elaine.

—Tienes un alma muy vieja —dijo Kali.

Y esas fueron sus últimas palabras, así como la última muestra que dio de haber advertido nuestra presencia.

Danny Boy no tenía gran cosa que contar y, básicamente, nos dedicamos a disfrutar de la música y a charlar de temas triviales durante los descansos. Era bastante tarde cuando nos retiramos. En el taxi, de camino a casa de Elaine, le dije:

—Tienes un alma muy vieja, un aura de color verde azulado y un culito precioso.

—Es muy perceptiva —dijo Elaine—. La mayoría de la gente no se fija en mi aura de color verde azulado hasta la segunda o tercera cita.

—Por no hablar de tu alma vieja.

—En realidad, prefiero que no hablemos de mi alma vieja, pero te dejo decir lo que quieras sobre mi precioso culito. ¿De dónde las saca?

—No lo sé —respondí.

—Si todas fueran como muñequitas sacadas de una agencia de modelos, tendría su lógica, pero la verdad es que las amigas de Danny no encajan en ese estereotipo. Esta Kali..., ¿qué crees que se había tomado?

—Ni idea.

—Porque lo cierto es que parecía estar viajando a otro mundo. ¿La gente sigue tomando drogas psicodélicas? Supongo que habría tomado algún hongo alucinógeno, de esos que solo crecen en el cuero podrido. Pero te voy a decir una cosa, se podría ganar muy bien la vida como ama.

—Siempre que no vistiera cuero podrido... Y siempre que consiguiera centrarse en el trabajo.

—Ya me has entendido. Tiene el físico y la presencia que se necesitan. ¿No te imaginas a ti mismo postrado a sus pies, disfrutando como un loco?

—No.

—Ya lo suponía... El marqués de Sade en persona. ¿Te acuerdas de aquella vez en que te até?

El taxista estaba haciendo verdaderos esfuerzos por contener la risa.

—¿Quieres hacer el favor de callarte? —le dije a Elaine.

—¿No te acuerdas? Te quedaste dormido.

—Eso te da una idea de lo seguro que me sentía en tu presencia —comenté—.

¿Quieres callarte de una vez, por favor?

—Me voy a envolver en mi aura de color verde azulado, y me voy a quedar muy calladita.

A la mañana siguiente, Elaine me dijo antes de que marchara que tenía un presentimiento acerca de las llamadas de víctimas de violaciones.

—Hoy es el gran día.

Pero resultó que estaba equivocada, por mucho que tuviera el aura de color verde azulado. No recibió ninguna llamada. Esa noche, cuando hablé con ella, estaba un poco de bajón.

—Me imagino que se acabó —se lamentó—. Tres el miércoles, una ayer, y hoy nada. Estaba convencida de que me iba a convertir en una heroína, de que descubriría algo relevante.

—En una investigación, el noventa y ocho por ciento de la información es irrelevante —la tranquilicé—. Haces todo lo que se te ocurre porque no sabes qué es lo que te va a resultar útil o lo que no. Seguro que estuviste fabulosa al teléfono, porque has obtenido una gran respuesta. No sirve de nada que te sientas como una fracasada al no haber dado con una víctima que haya escapado con vida de los tres chiflados. Estabas buscando una aguja en un pajar y, probablemente, ese pajar ni siquiera tenía aguja.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tal vez no hayan dejado ningún testigo con vida. Lo más seguro es que hayan matado a todas las mujeres a las que han atacado, así que lo más seguro es que estuvieras buscando a una mujer que ni siquiera existe.

—Bueno, pues si no existe —dijo Elaine—, entonces que le den.

TJ me llamaba a diario, a veces más de una vez al día. Le había dado cincuenta dólares para que comprobara las dos cabinas de Brooklyn y dudo que hubiera salido muy beneficiado del trato, porque lo que no se había gastado en metro y autobús se lo estaban puliendo en llamadas de teléfono. Le resultaba más rentable dedicar el tiempo a vigilar para los trileros, a ayudar a los vendedores ambulantes o a hacer cualquier otro de los trabajillos callejeros gracias a los cuales solía ganarse la vida. Aun así, no hacía más que darme la lata para que le encargara algún trabajo.

El sábado extendí un cheque para pagar el alquiler y pagué también las otras

facturas que me habían llegado, la del teléfono y la de la tarjeta de crédito. Mientras examinaba la factura del teléfono, pensé de nuevo en las llamadas que había recibido Kenan Khoury. Días antes había realizado un nuevo intento de localizar a algún empleado de la compañía telefónica que conociera la manera de proporcionarme esa información, pero volvieron a decirme que era imposible obtenerla.

Y en eso estaba pensando cuando TJ me llamó, sobre las diez y media.

—Dame alguna cabina más para comprobar —me suplicó—. En el Bronx o en Staten Island, donde sea.

—Te voy a decir lo que puedes hacer por mí. Yo te doy un número de teléfono y tú averiguas quién ha llamado a ese número.

—¿Cómo dices?

—Nada, déjalo.

—No, has dicho algo, tío. ¿Qué era?

Me lo pensé mejor.

—Bueno, a lo mejor sí que podrías hacerlo. ¿Te acuerdas de lo bien que le hablaste a la operadora para que te diera el número de la cabina de Farragut Road?

—¿Con mi voz de los Brooks Brothers, quieres decir?

—Exacto. A lo mejor podrías usar esa misma voz para localizar al vicepresidente de alguna compañía telefónica y preguntarle si sabe cómo obtener una lista de las llamadas recibidas en un determinado número de Bay Ridge.

Me hizo unas cuantas preguntas más, así que le expliqué lo que estaba buscando exactamente y le dije que no había conseguido averiguarlo.

—Espera un momento. ¿Dices que no te quieren dar esa información?

—Es que no está disponible. Tienen todas las llamadas registradas, pero no existe la forma de clasificarlas.

—Y una mierda —objetó—. La primera operadora a la que llamé me dijo que era imposible decirme desde qué número estaba llamando yo. No me creo ni una palabra de lo que te han dicho, tío.

—No, yo...

—Tú nada —replicó—. Te he llamado todos los putos días para preguntarte si tenías algo para TJ y tú todo el rato me decías que no. ¿Por qué no me habías dicho nada de esto? Mira que eres bobo, algarrobo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que si no me dices lo que quieres, ¿cómo te lo voy a dar? Ya te lo dije cuando nos conocimos, cuando te paseabas por el Deuce sin hablar con nadie. Te lo dije entonces, tío, te dije: «Dime lo que buscas y te ayudo a encontrarlo».

—Me acuerdo.

—Entonces, ¿por qué pierdes el tiempo con la compañía telefónica cuando podrías recurrir a TJ?

—¿Me estás diciendo que se pueden conseguir los números a través de la compañía telefónica?

—No, pero sé pueden conseguir a través de los Kong.

—Los Kong —me explicó—. Jimmy y David.

—¿Son hermanos?

—No tienen ningún parentesco, por lo que yo he visto. Jimmy Hong es chino, y David King es judío. Bueno, al menos su padre lo es. Y creo que su madre es portorriqueña.

—¿Y por qué los llaman los Kong?

—Jimmy Hong y David King. Hong Kong y King Kong.

—Ah.

—Además, el juego que más les gustaba era Donkey Kong.

—¿Y eso qué es, un videojuego?

TJ asintió.

—Y bastante bueno.

Estábamos en una cafetería de la estación de autobuses, donde TJ había insistido en que quedáramos. Yo me estaba tomando un café malísimo, mientras él se comía un perrito caliente y se bebía una Pepsi.

—¿Te acuerdas de aquel tío a quien estuvimos viendo en el salón recreativo, «Calcetines»? Es el mejor, pero no se puede ni comparar con los Kong. Tú sabes que un jugador siempre intenta competir con la máquina, ¿no? Bueno, pues los Kong no tienen que competir con la máquina porque siempre van por delante.

—¿Me has hecho venir hasta aquí para conocer a un par de genios de la máquina del millón?

—Hay una gran diferencia entre la máquina del millón y los videojuegos, tío.

—Vale, ya me lo imagino, pero aun así...

—Y eso no es nada comparado con la diferencia que hay entre los videojuegos y el mundo en el que están metidos ahora los Kong. Ya te dije lo que les pasaba siempre a los tíos del salón recreativo, ¿no? Que llega un momento en que son tan buenos que ya no pueden mejorar más. Y entonces pierden el interés.

—Eso dijiste.

—Y algunos colegas se interesan entonces por los ordenadores. Según he oído, los Kong ya estaban metidos en el mundo de los ordenadores. Parece que los usaban para engañar a las máquinas de videojuegos, para saber lo que iba a hacer la máquina antes de que lo hiciera. ¿Juegas al ajedrez?

—Conozco los movimientos.

—Ya jugaremos algún día tú y yo, a ver si eres bueno o qué. ¿Sabes esas mesas de piedra de Washington Square? La gente se lleva cronómetros y estudia libros de

ajedrez mientras espera el turno para jugar. A veces voy allí a jugar.

—Seguro que eres muy bueno.

TJ movió la cabeza de un lado a otro.

—Cuando juegas contra algunos de esos tíos es como si intentaras correr con el agua hasta la cintura. Nunca llegas a ninguna parte, porque ellos siempre anticipan tus próximos cinco o seis movimientos.

—Yo a veces también me siento así en mi trabajo.

—¿Ah, sí? Pues eso es lo que les pasó a los Kong con los videojuegos, que siempre iban cinco o seis movimientos por delante. Y ahora se dedican a los ordenadores. Son lo que se llama piratas informáticos. ¿Sabes qué es eso?

—He oído la expresión.

—Tío, si quieres algo de la compañía telefónica, no tienes que llamar a la operadora, ni perder el tiempo con ningún vicepresidente. Lo que tienes que hacer es llamar a los Kong. Ellos se meten en los teléfonos y se arrastran por ahí, como si la compañía telefónica fuera un monstruo y ellos estuvieran nadando en su torrente sanguíneo. ¿Conoces esa peli, cómo se llama? *Viaje alucinante*. Pues ellos viajan por los teléfonos.

—No sé —dije—. Si ni siquiera un ejecutivo de la compañía sabe cómo obtener la información...

—Tío, ¿me estás escuchando o qué?

Suspiró, sorbió con fuerza su cañita y se acabó lo que quedaba de la Pepsi.

—Si quieres saber lo que está pasando en las calles, lo que se cuece en el Deuce, el Barrio o Harlem, ¿a quién se lo preguntas? ¿Al puto alcalde?

—Ya —admití.

—¿Entiendes lo que te quiero decir? Es como si ellos se patearan las calles de la compañía telefónica. Imagínate la red telefónica nacional, ¿vale? Bueno, pues los Kong están debajo, mirándole las bragas.

—¿Y dónde los vamos a encontrar, en el salón recreativo?

—Ya te lo he dicho: perdieron el interés hace tiempo. Vienen de vez en cuando, solo para ver lo que se cuece, pero ya no se les ve mucho por aquí. De todas formas, no vamos a ir buscarlos. Vendrán ellos. Les he dicho que estaríamos aquí.

—¿Cómo has dado con ellos?

—¿Y tú qué crees? Les he mandado un mensaje al busca. Los Kong nunca andan muy lejos de un teléfono. Oye, ¿sabes que este perrito estaba buenísimo? No me esperaba encontrar nada decente en un sitio como este, pero la verdad es que el perrito estaba bueno.

—¿Eso significa que quieres otro?

—Pues no diré que no. Tardarán un poco en llegar y, además, antes de conocerte quieren observarte un poco. Quieren convencerse de que has venido solo y de que

pueden desaparecer en menos de un segundo si les entra el miedo.

—¿Y por qué les iba a dar miedo yo?

—Porque podrías ser un poli que trabaja para la compañía telefónica o algo así. Tío, los Kong viven al margen de la ley. Si la compañía telefónica les echa el guante, ¡que no les pase nada!

—La cuestión —dijo Jimmy Hong— es que tenemos que andarnos con mucho ojo. Los ejecutivos están convencidos de que los piratas informáticos constituyen la mayor amenaza para las industrias estadounidenses desde el Peligro Amarillo. Los medios de comunicación no hacen más que publicar historias sobre lo que los piratas informáticos podrían hacerle al sistema si quisieran.

—Destruir datos —intervino David King—, modificar archivos, borrar sistemas de circuitos...

—Son noticias que venden, pero no se dan cuenta de que nunca hacemos esas gilipolleces. Se creen que vamos a dinamitar las vías del tren, cuando lo único que hacemos es subir gratis a los trenes.

—Bueno, y de vez en cuando algún imbécil introduce un virus.

—Pero en la mayoría de los casos no son piratas, sino gilipollas que quieren fastidiar a alguna compañía o alguien que introduce algún fallo en el sistema al utilizar programas piratas.

—La cuestión es —añadió David— que Jimmy ya es demasiado viejo para correr riesgos.

—Cumplí dieciocho años el mes pasado —reconoció Jimmy.

—Así que si nos pillan, a él lo juzgarán como a un adulto. Eso, claro, si se basan en la edad cronológica, porque si se basaran en la madurez emocional...

—Entonces a David no le impondrían ninguna pena —dijo Jimmy—, porque aún no ha alcanzado la Edad de la Razón.

—Que tuvo lugar entre la Edad de Piedra y la Edad de Hierro.

Cuando los Kong decidían que podía confiar en alguien, no había manera de hacerlos callar. Jimmy Hong medía algo más de metro ochenta y cinco, era delgado, de pelo oscuro y largo, y rostro taciturno. Lucía gafas de aviador con cristales de color ámbar. Cuando ya llevábamos unos diez o quince minutos allí sentados, las cambió por un par de gafas de montura de carey y cristales redondos, transparentes, que le daban un aire menos moderno y más intelectual.

David King no medía más de metro setenta, era pelirrojo y tenía el rostro redondo y cubierto de pecas. Los dos vestían chaquetas de los Mets, chinos y zapatillas Reebok, pero el hecho de llevar ropa parecida no los hacía parecer gemelos.

Si uno cerraba los ojos, en cambio, la sensación era engañosa, pues tenían un tono de voz muy similar, un modo de hablar parecido y cierta tendencia a terminar las

frases del otro.

Les atraía la idea de representar un papel en un caso de asesinato —aunque no les había proporcionado muchos detalles al respecto— y les parecía muy graciosa la respuesta que me habían dado los distintos empleados de la compañía telefónica.

—Esa sí que es buena —dijo Jimmy Hong—. Que no puede hacerse, dicen. Más bien querían decir que no saben hacerlo.

—Es su sistema —intervino David King—. Como mínimo, tendrían que ser capaces de entenderlo.

—Pero no es así.

—Y no nos soportan porque nosotros lo entendemos mucho mejor que ellos.

—Y están convencidos de que podemos dañar su sistema...

—... cuando en realidad nos encanta su sistema. Porque a la hora de piratear a lo grande, NYNEX es lo mejor.

—Es un sistema maravilloso.

—Increíblemente complejo.

—Ruedas dentro de más ruedas.

—Laberintos dentro de más laberintos.

—Lo mejor en videojuegos, lo mejor de Dragones y Mazmorras, todo en uno.

—Cósmico.

—Pero ¿se puede hacer? —pregunté.

—¿Que si se puede hacer el qué? Ah, ¿los números? ¿Las llamadas telefónicas realizadas a un número concreto durante un día concreto?

—Exacto.

—Va a ser un problema —reconoció David King.

—Un problema interesante, quiere decir.

—Exacto, muy interesante. Un problema que sin duda tiene solución, un problema solucionable.

—Pero peliagudo.

—Por la cantidad de datos.

—Toneladas de datos —dijo Jimmy Hong—. Millones y millones de datos.

—Cuando dice datos, se refiere a llamadas telefónicas.

—Miles de millones de llamadas telefónicas. Incontables miles de millones de llamadas telefónicas.

—Que hay que procesar.

—Pero antes de poder hacer tal cosa...

—Hay que introducirse en el sistema.

—Lo cual antes era fácil.

—Estaba tirado, vamos.

—Porque dejaban la puerta abierta.

—Pero ahora la cierran.

—A cal y canto, podríamos decir.

—Si tenéis que comprar algún equipo especial... —dije.

—Oh, no. La verdad es que no.

—Ya tenemos todo lo que necesitamos.

—Tampoco hace falta mucho. Un portátil más o menos decente, un módem, un acoplador acústico...

—En total, el equipo no cuesta más de mil doscientos dólares.

—A menos que a uno se le vaya la olla y se compre un portátil carísimo, pero tampoco hace falta.

—El que nosotros usamos nos costó setecientos cincuenta, y tiene todo lo necesario.

—O sea, que podríais hacerlo.

Intercambiaron una mirada y luego me observaron.

—Sí, claro, podríamos hacerlo —dijo Jimmy Hong.

—La verdad es que sería interesante.

—Pero necesitaríamos toda una noche.

—Y no puede ser esta noche.

—No, esta noche está descartada. ¿Corre mucha prisa?

—Bueno... —comencé.

—Mañana es domingo. ¿Te parece bien el domingo por la noche, Matt?

—A mí me parece perfecto.

—¿Y a usted, señor King?

—Por mí no hay problema, señor Kong.

—¿TJ? ¿Tú también estarás allí?

—¿Mañana por la noche?

Eran las primeras palabras que pronunciaba desde que me había presentado a los Kong.

—Vamos a ver, mañana por la noche... ¿Qué tenía yo previsto para mañana por la noche? ¿Era la rueda de prensa en Gracie Mansion o había quedado para comer con Henry Kissinger en el restaurante Windows on the World? —Pasó las hojas de una agenda imaginaria y luego abrió mucho los ojos—. ¿Sabéis qué? Estoy libre.

—Habrán algunos gastos, Matt —dijo Jimmy Hong—. Necesitamos una habitación de hotel.

—Yo tengo una habitación.

—¿Quieres decir la habitación en la que vives?

Los Kong intercambiaron una sonrisa, pues al parecer mi ingenuidad les había hecho gracia.

—No, lo que necesitamos es un lugar anónimo. Verás, nos vamos a introducir en

las profundidades de NYNEX...

—Nos vamos a arrastrar por las entrañas de la bestia, si quieres llamarlo así...

—... y podríamos dejar pisadas.

—O huellas dactilares, si lo prefieres.

—E incluso huellas vocales. Hablando en sentido metafórico, claro.

—Así que no creo que quieras hacerlo desde un teléfono que cualquiera podría localizar. Lo que hay que hacer es alquilar una habitación de hotel con nombre falso y pagar en efectivo.

—Una habitación un poco decente.

—Tampoco hace falta que sea de lujo.

—Nos basta con que tenga teléfono directo.

—Cosa que hoy en día tienen en la mayoría de los hoteles. Y teclas, tiene que ser de teclas, no de los que tienen disco de marcar.

—Bueno, eso es bastante fácil —dije—. ¿Eso es lo que soléis hacer, alquilar una habitación de hotel?

Volvieron a intercambiar una mirada.

—Porque si tenéis alguna preferencia en cuanto al hotel...

Fue David el que habló.

—La cuestión, Matt, es que cuando queremos piratear no disponemos, por lo general, de cien o ciento cincuenta dólares para gastar en una habitación de hotel un poco decente.

—Ni siquiera setenta y cinco dólares para una habitación cutre.

—Ni cincuenta para una habitación mugrienta. Así que lo que hacemos es...

—Buscamos un grupo de cabinas telefónicas donde no haya mucha gente, como en la sala de espera de la estación Grand Central, junto a las líneas de cercanías...

—Porque en plena noche no salen muchos trenes de cercanías...

—... o en algún edificio de oficinas o algo así.

—Una vez incluso nos colamos en un despacho...

—... lo cual fue una estupidez, tío, y no quiero volver a hacerlo en mi vida.

—Solo fue para usar el teléfono.

—Imagínate que le cuentas eso a la poli. «No estábamos robando, agente, solo hemos entrado para usar el teléfono».

—Bueno, fue emocionante, pero no lo volveremos a hacer. La cuestión es que probablemente tengamos que echarle horas y horas...

—Y no queremos que entre nadie, ni queremos tener que cambiar de teléfono cuando ya estemos conectados.

—No hay problema —dije—. Buscaremos una habitación decente. ¿Qué más?

—Coca-Cola.

—O Pepsi.

—Mejor Coca-Cola.

—O Jolt: «Todo el azúcar y el doble de cafeína».

—Y alguna porquería para comer. Doritos, por ejemplos.

—Pero sabor campero, no barbacoa.

—Patatas fritas, Cheez Doodles y...

—¡No, tío, Cheez Doodles no!

—A mí me gustan los Cheez Doodles.

—Tío, es la peor clase de comida basura que hay. ¿A que no me dices algo comestible que sea más absurdo que los Cheez Doodles?

—Las Pringles.

—¡Eso no vale! Las Pringles no son comida. Matt, tú decides. ¿Qué dices, las Pringles son comida o no?

—Pues...

—¡No lo son! Hong, estás fatal. Las Pringles son discos voladores torcidos y ya está. ¡No son comida!

En vista de que Kenan Khoury no cogía el teléfono, lo intenté con su hermano. Me respondió con voz adormilada y me disculpé por haberlo despertado.

—Siempre te hago lo mismo —dije—. Lo siento.

—La culpa es mía, por quedarme frito a media tarde. De un tiempo a esta parte, parece que tengo el sueño cambiado. ¿Qué ocurre?

—No mucho. Estaba intentando localizar a Kenan.

—Sigue en Europa. Me llamó anoche.

—Ah.

—Vuelve el lunes. ¿Y qué, tienes alguna buena noticia?

—Aún no. Debo coger algunos taxis.

—¿Qué?

—Gastos —dije—. Voy a tener que aflojar cerca de dos mil dólares mañana. Solo quería aclararlo con él.

—No hay problema, seguro que dirá que sí. Dijo que pagaría todos los gastos, ¿no?

—Sí.

—Pues tú adelanta lo que sea y ya te lo devolverá.

—Ese es el problema. Que tengo el dinero en el banco y estamos a sábado.

—¿Y no puedes usar el cajero automático?

—Tengo el dinero en una caja de seguridad. Y no puedo sacarlo todo de mi cuenta corriente porque justo el otro día pagué las facturas.

—Extiende un cheque y lo cubres el lunes.

—No es la clase de gasto que se puede pagar con un cheque.

—Ah, ya. —Se produjo una pausa—. Pues no sé qué decirte, Matt. Puedo darte un par de cientos, pero desde luego no tengo dos de los grandes.

—¿Y no tendrá Kenan esa cantidad en la caja fuerte?

—Y seguro que mucho más, pero yo no tengo acceso. A un yonqui no se le da la combinación de la caja fuerte, ni aunque sea tu hermano. A menos que uno esté loco, claro.

Guardé silencio.

—No lo digo con amargura —prosiguió—. Solo estoy constatando un hecho. No existe ningún motivo por el que yo deba tener la combinación de la caja fuerte. Y si quieres que te diga la verdad, me alegro de no tenerla. No me fiaría de mí mismo si la tuviera.

—Ahora estás limpio y sobrio, Pete. ¿Cuánto tiempo ha pasado ya? ¿Un año y medio?

—Sigo siendo un alcohólico y un yonqui, tío. ¿Sabes cuál es la diferencia entre ambos? El alcohólico te robaría la cartera.

—¿Y el yonqui?

—Ah, el yonqui también. Y luego te ayudaría a buscarla.

Estuve a punto de preguntarle a Pete si quería acudir de nuevo a la reunión de Chelsea, pero por algún motivo dejé escapar la ocasión. Tal vez porque recordé que yo no era su padrino y que ese tampoco era un puesto al que me apeteciera presentarme voluntario.

Llamé a Elaine y le pregunté qué tal iba de pasta.

—Pásate por aquí —me dijo—. Tengo la casa llena de dinero.

Tenía mil quinientos dólares en billetes de cincuenta y de cien, y dijo que podía sacar más dinero del cajero, pero con un límite de quinientos al día. Le cogí mil doscientos, para no dejarla sin nada. Con eso, lo que yo llevaba en la cartera y lo que yo mismo podía sacar del cajero, tenía más que suficiente.

Le conté para qué necesitaba el dinero y, en conjunto, le pareció una historia fascinante.

—Pero ¿es seguro? —quiso saber—. Obviamente, es ilegal, pero ¿cómo de ilegal?

—Es peor que cruzar la calle sin mirar. Entrar en ordenadores ajenos es un delito, lo mismo que manipularlos, y tengo la sensación de que los Kong harán ambas cosas mañana por la noche. Yo seré su cómplice e instigador, eso sumado a que ya he cometido el delito de incitación a la corrupción. Hazme caso, hoy en día no se puede ni salir de casa sin infringir el Código Penal.

—Pero ¿crees que vale la pena?

—Creo que sí.

—Porque no son más que unos críos. No querrás que se metan en líos, ¿verdad?

—Yo soy el primero que no quiere meterse en líos. Pero ellos están acostumbrados a correr esta clase de riesgos. Y al menos, esta vez les pagarán por ello.

—¿Cuánto les vas a dar?

—Quinientos por cabeza.

Elaine silbó.

—No está mal para una noche de trabajo.

—No, no está mal. Y si ellos me hubieran propuesto una cifra, probablemente habría sido mucho más baja. Se han quedado perplejos cuando les he preguntado cuánto querían, así que les he propuesto quinientos por cabeza. Y les ha parecido bien. Son chavales de clase media, no creo que necesiten desesperadamente el dinero. Estoy seguro de que podría haberles convencido para que lo hicieran gratis.

—Apelando a su bondad, claro.

—Y a su deseo de participar en algo emocionante. Pero no he querido hacerlo. ¿Por qué no darles la pasta? No me habría importado pagarle una cifra mayor a algún empleado de la compañía telefónica si se me hubiera ocurrido la forma de sobornarlo. Pero no he encontrado a nadie dispuesto a admitir que lo que yo quería era técnicamente posible. Entonces, ¿por qué no darles el dinero a los Kong? Al fin y al cabo, el dinero no es mío y Kenan Khoury dice que siempre podemos permitirnos el lujo de ser generosos.

—¿Y si luego se hace el loco?

—No parece probable.

—A menos, claro, que lo detengan al pasar por la aduana con un chaleco relleno de polvo blanco.

—Bueno, eso podría pasar —admití—, pero solo significaría que tendría que poner de mi bolsillo algo menos de dos de los grandes, y teniendo en cuenta que hace un par de semanas me dio diez mil... Sí, ese es el tiempo que ha transcurrido. El lunes hará dos semanas.

—¿Qué pasa?

—Pues que no se puede decir que haya conseguido gran cosa en ese tiempo. Da la sensación de que... En fin, a la mierda, yo hago lo que está en mi mano. Total, la cuestión es que me puedo permitir correr el riesgo de que no me devuelva el dinero.

—Supongo —dijo Elaine—. Pero ¿de dónde salen los dos mil dólares? Pongamos que la habitación cuesta ciento cincuenta, más los mil para los Kong... ¿Cuánta Coca-Cola se van a beber esos dos chavales?

—Yo también bebo Coca-Cola. Y no te olvides de TJ.

—¿Bebe mucha Coca-Cola?

—Toda la que le apetece. Y a él también le voy a dar quinientos dólares.

—Por presentarte a los Kong, ¿no? Vaya, ni se me había ocurrido pensarlo.

—Por presentarme a los Kong y por tener la idea de presentarme a los Kong. Son la manera perfecta de sacarle información a la compañía telefónica. A mí jamás se me habría ocurrido buscar a alguien así.

—Bueno, se habla mucho de los piratas informáticos —dijo Elaine—, pero ¿dónde los encuentras? No es que se anuncien en las Páginas Amarillas. Matt, ¿qué edad tiene TJ?

—No lo sé.

—¿No se lo has preguntado nunca?

—Nunca me ha dado una respuesta clara. Yo diría que quince o dieciséis, y no creo que me equivoque mucho, año arriba o año abajo.

—¿Y vive en la calle? ¿Dónde duerme?

—Dice que tiene una habitación. Nunca me ha contado dónde, ni con quién vive. Una de las cosas que se aprenden en la calle es que no hay que apresurarse a la hora de contarle tus cosas a la gente.

—Ni siquiera tu nombre. ¿Sabe cuánto le vas a pagar?

Negué con la cabeza.

—No lo hemos hablado.

—Pero no se esperará tanto, ¿verdad?

—No, pero ¿por qué no debería dárselo?

—No te estoy diciendo que no debas. Solo me pregunto qué va a hacer ese crío con quinientos dólares.

—Lo que quiera. A veinticinco centavos la llamada, podría llamarme hasta dos mil veces.

—Supongo —respondió—. Ay, cuando pienso en la clase de gente que conocemos: Danny Boy, Kali, Mick, TJ, los Kong... ¿Matt? Prométeme que nunca nos marcharemos de Nueva York, ¿vale?

## 11

Los domingos, Jim Faber y yo solemos quedar para nuestra cena semanal en un restaurante chino, aunque a veces vamos a alguna otra parte. Me reuní con él a las seis y media, en el lugar de costumbre, y cuando apenas pasaban unos minutos de las siete ya me estaba preguntando si tenía que coger un tren o algo.

—Porque es la tercera vez en el último cuarto de hora que miras el reloj —dijo.

—Lo siento —me disculpé—, ni me he dado cuenta.

—¿Estás nervioso por algo?

—Bueno, es que tengo cosas que hacer más tarde —aduje—, pero aún tenemos mucho tiempo. No tengo que ir a ningún sitio hasta las ocho y media.

—Yo voy a ir a una reunión a las ocho y media, pero supongo que no es eso lo que tienes en mente.

—No, yo ya he ido esta tarde porque sabía que esta noche no me iba a quedar tiempo.

—Y esa cita que tienes... No estarás nervioso porque va a haber un montón de bebida, ¿verdad?

—Por Dios, no. La bebida más fuerte será Coca-Cola. A menos que alguien traiga Jolt, claro.

—¿Es una droga nueva de la que no he oído hablar?

—Es un refresco de cola. Como la Coca-Cola, pero con el doble de cafeína.

—No sé si lo podrás soportar...

—Ni siquiera sé si la voy a probar. ¿Quieres saber adónde voy cuando salga de aquí? Me voy a registrar en un hotel con un nombre falso y luego voy a meter a tres adolescentes en mi habitación.

—Prefiero que no me cuentes nada más.

—Y no lo voy a hacer, porque no quiero que tengas conocimiento previo de un delito.

—¿Estás planeando cometer un delito con esos tres críos?

—Son ellos los que lo van a cometer. Yo me limitaré a mirar.

—¿Quieres un poco más de lubina? —me preguntó—. Esta noche está especialmente deliciosa.

A las nueve en punto, ya estábamos los cuatro reunidos en una habitación esquinera del Frontenac, que costaba ciento sesenta dólares por noche. El Frontenac es un hotel de mil doscientas habitaciones construido hace unos cuantos años con capital japonés y vendido posteriormente a un *holding* holandés. El hotel se hallaba en la esquina de la Séptima Avenida con la calle Cincuenta y tres y desde nuestra habitación, situada

en la planta vigésimo octava, se vislumbraba el Hudson. O se podría haber vislumbrado, de no haber estado bajadas las persianas.

Sobre la cómoda se hallaba una gran variedad de aperitivos, incluyendo bolsas de Cheez Doodles, pero no Pringles. En la neverita había tres clases distintas de Coca-Cola, seis latas de cada. El teléfono estaba ahora en el escritorio, y no en la mesilla de noche, con algo llamado acoplador acústico conectado al auricular y otro aparato llamado módem enchufado a la parte posterior. Compartía escritorio con el portátil de los Kong.

Había firmado en el libro del hotel con el nombre de John J. Gunderman y había dado una dirección de Hillcrest Avenue, en Skokie, en Illinois. Había pagado en efectivo, además de dejar el depósito de cincuenta dólares que se les exigía a los clientes que pagaban en efectivo y querían hacer uso del teléfono y del minibar. Lo del minibar me daba igual, pero el teléfono sí que lo necesitábamos. Por eso estábamos en aquella habitación.

Jimmy Kong estaba sentado frente al escritorio. Tecleaba a toda velocidad en el portátil y luego marcaba números en el teléfono. David Kong había acercado otra silla, pero estaba de pie, observando la pantalla del ordenador por encima del hombro de Jimmy. Un poco antes, David había intentado explicarme que, gracias al módem, el ordenador podía conectarse a otros ordenadores a través de la línea telefónica, pero básicamente era como querer explicarle los rudimentos de la geometría no euclidiana a un ratón de campo. Si bien comprendía las palabras que él utilizaba, seguía sin tener ni puta idea de lo que me estaba contando.

Los Kong se habían puesto traje y corbata, pero solo para cruzar el vestíbulo del hotel. Las americanas y las corbatas estaban ahora sobre la cama y ambos se habían arremangado. TJ lucía su atuendo habitual, pero en recepción no le habían dicho nada. Había entrado cargado con dos bolsas de comida, como si fuera un repartidor.

—Estamos dentro —declaró Jimmy.

—¡Bien!

—Bueno, estamos dentro de NYNEX, pero eso es como estar en el vestíbulo del hotel cuando lo que necesitas es acceder a una habitación de la planta cuarenta. Vale, vamos a hacer una prueba.

Hizo volar los dedos sobre el teclado y en la pantalla aparecieron combinaciones de números y letras.

—Estos cabrones siempre cambian la contraseña —dijo al cabo de un rato—. ¿Sabéis la cantidad de energía que dedican a impedir que la gente como nosotros entre en su sistema?

—Y se creen que lo van a conseguir.

—Si dedicaran toda esa energía a mejorar el sistema...

—Estúpidos.

Más letras, más números.

—Mierda —masculló Jimmy, mientras cogía su lata de Coca-Cola—. ¿Sabes qué?

—Es hora de recurrir a nuestro programa «de persona a persona» —indicó David.

—Eso era justo lo que estaba pensando. ¿Te apetece practicar un poco tu don de gentes?

David asintió y cogió el teléfono.

—Algunos lo llaman «ingeniería social» —me aclaró—. Con NYNEX es más difícil, porque advierten a sus empleados acerca de la gente como nosotros. La suerte para nosotros es que la mayoría de los trabajadores de NYNEX son gilipollas.

Marcó un número de teléfono y al cabo de un momento, dijo:

—Hola, soy Ralph Wilkes. Estoy reparando su línea. Ha tenido problemas para acceder a COSMOS, ¿verdad?

—Siempre los tienen —murmuró Jimmy Hong—, así que es una pregunta segura.

—Sí, ya —estaba diciendo David. Dijo algo en una jerga que no pude descifrar y después añadió—: Bueno, ¿cómo se conecta al sistema? ¿Cuál es su código de acceso? No, bueno, no me lo diga, se supone que no debe decírmelo por una cuestión de seguridad. —Hizo un gesto de impaciencia—. Sí, ya lo sé, a nosotros nos machacan con lo mismo. Mire, no me diga el código, límitese a teclearlo.

Una serie de números y letras aparecieron en nuestra pantalla y a Jimmy le faltó tiempo para introducirlos con nuestro teclado.

—Perfecto —dijo David—. Y ahora, ¿puede usted hacer lo mismo con su contraseña de COSMOS? No, no me la diga, solo introdúzcala. Vale.

—Perfecto —susurró Jimmy, mientras el número aparecía en nuestra pantalla. Lo tecleó.

—Creo que ya está —le dijo David a la persona con quien estaba hablando—. A partir de ahora, no creo que tenga más problemas para entrar.

Interrumpió la comunicación y dejó escapar un profundo suspiro.

—Y creo que nosotros tampoco tendremos problemas. No me diga el número, solo introdúzcalo. «No me lo digas a mí, guapa, díselo a mi ordenador».

—De puta madre —dijo Jimmy.

—¿Estamos dentro?

—Estamos dentro.

—¡Hurra!

—Matt, ¿cuál es tu número de teléfono?

—No me llames —le advertí—. No estoy en casa.

—No quiero llamarte. Quiero comprobar tu línea. ¿Cuál es el número? Bueno, da igual, pues no me lo digas. «Scudder, Matthew». Calle Cincuenta y siete Este, ¿no? ¿Te suena eso?

Le eché un vistazo a la pantalla.

—Es mi número de teléfono —dije.

—Eso es. ¿Estás contento con ese número? ¿Quieres que te lo cambie, que te ponga otro número más fácil de recordar?

—Si llamas a la compañía telefónica para que te cambien el número —dijo David—, el procedimiento tarda una semana o así. Pero nosotros podemos hacerlo ahora mismo.

—Creo que me quedaré con el número que tengo.

—Tú mismo. Vaya. Veo que tienes un servicio muy básico, ¿no? Ni desvío de llamadas ni llamada en espera. Vives en un hotel, ¿no? Bueno, está la centralita, así que seguramente no necesitas la llamada en espera, pero sí tendrías que tener el desvío de llamadas. Imagínate que estás en casa de alguien, ¿no? Podrías hacer que las llamadas te llegaran directamente allí.

—No creo que lo use lo bastante como para amortizarlo.

—Es gratis.

—Yo creía que había que pagar una cuota mensual.

Jimmy sonrió y empezó a teclear de nuevo.

—Para ti es gratis —dijo—, porque tienes amigos muy influyentes. A partir de este momento, dispones del servicio de desvío de llamadas, cortesía de los Kong. Ahora estamos en COSMOS, o sea, en el sistema que hemos invadido, y ahí es donde estoy efectuando los cambios. El sistema que gestiona las facturas no tendrá noticia del cambio, así que no te va a costar nada.

—Lo que tú digas.

—Veo que utilizas AT&T para las conferencias. No elegiste Sprint ni MCI.

—No. Supuse que tampoco me iba a ahorrar gran cosa.

—Bueno, pues yo te voy a poner Sprint —dijo—. Te vas a ahorrar una fortuna.

—¿En serio?

—Sí, porque NYNEX desviará las conferencias a Sprint, pero Sprint no lo sabrá.

—Y, por tanto, no te las cobrará —añadió David.

—No sé.

—Confía en mí.

—Oh, no es que dude de lo que me estás diciendo. Es que no me sé si me gusta la idea. Es robo de servicios.

Jimmy se me quedó mirando.

—Estamos hablando de la compañía telefónica —dijo.

—Sí, eso ya lo sé.

—¿Crees que se van a dar cuenta?

—No, pero...

—Matt, cuando haces una llamada desde una cabina y consigues establecer la

conexión, pero la cabina te devuelve igualmente la moneda, ¿qué haces? ¿Te la quedas o la vuelves a meter en la ranura?

—¿O se la envías a la compañía en sellos de correo?

—Ya veo por dónde vas —adiviné.

—Porque todos sabemos lo que ocurre cuando la cabina se traga la moneda pero no te deja llamar. Acéptalo, nadie tiene las de ganar cuando se enfrenta a la poderosa compañía telefónica.

—Supongo que no.

—Así que ahora tienes conferencias gratuitas y servicio de desvío de llamadas gratuito. Tienes que introducir un código para desviar las llamadas, pero te pones en contacto con la compañía, les dices que lo has perdido y ellos te explicarán lo que debes hacer. No tiene mayor secreto. TJ, ¿cuál es tu número de teléfono?

—No tengo.

—Bueno, pues tu cabina favorita.

—¿Mi cabina favorita? No sé. No me sé el número de ninguna cabina, tío.

—Bueno, pues elige una y dime dónde está.

—En Port Authority hay un grupo de tres cabinas que uso a veces.

—No sirve. Demasiados teléfonos, es imposible saber si estamos hablando del mismo. ¿Y alguna que esté situada en una esquina?

Se encogió de hombros.

—No sé, la Octava Avenida con la calle Cuarenta y tres.

—¿Norte o centro?

—Norte, en la acera este.

—Vale, a ver... Aquí lo tenemos. ¿Quieres anotar el número?

—Cámbialo —le propuso David.

—Buena idea. Te pongo uno más fácil de recordar. ¿Qué te parece TJ-5-4321?

—¿Como si fuera mi propio número de teléfono? ¡Eh, me gusta!

—Bueno, a ver si está disponible. No, ese ya lo tiene alguien. Bueno, pues vamos a probar en la otra dirección: TJ-5-6789. Perfecto, pues todo tuyo. Ya está cambiado.

—¿Cómo lo has hecho? —me maravillé—. Yo creía que cada zona tenía un prefijo distinto de tres números.

—Antes sí. Y todavía hay centrales telefónicas, pero sirven para el número concreto de la línea y no tiene nada que ver con lo que marcas. Para que lo entiendas, cuando marcas un número, como el que le acabo de dar a TJ, en realidad es lo mismo que el PIN que utilizas para sacar dinero en el cajero automático. No es más que un código de reconocimiento, en realidad.

—Bueno, sí, es un código de acceso —completó David—, pero accede a la línea y es la línea la que desvía la llamada.

—Bien, sigamos con tu teléfono, TJ. Es un teléfono de pago, ¿verdad?

—Correcto.

—Incorrecto. Era un teléfono de pago. Ahora es un teléfono gratuito.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil. Supongo que algún imbécil informará a la compañía dentro de una o dos semanas, pero mientras tanto te puedes ahorrar unas cuantas monedas. ¿Te acuerdas de cuando jugábamos a ser Robin Hood?

—Ah, eso sí que era divertido —dijo David—. Una noche estábamos en el World Trade Center haciendo llamadas desde una cabina telefónica y lo primero que hicimos, claro, fue reconvertirla, o sea, hacerla gratuita...

—... porque si no, nos habríamos pasado toda la noche gastando monedas, lo cual es absurdo...

—... y Hong va y me dice que las cabinas tendrían que ser gratuitas para todo el mundo, igual que el metro también tendría que ser gratis y habría que eliminar todos los torniquetes...

—... o hacer que pudieran girar sin introducir la ficha, cosa que podría hacerse si estuvieran informatizados, pero son mecánicos...

—... lo cual es bastante primitivo, si nos paramos a pensarlo...

—... pero en el caso de los teléfonos sí que podemos hacer algo, así que nos pasamos unas dos horas...

—... más bien dos y media...

—... paseando por COSMOS, o a lo mejor era MYZAR...

—... no, era COSMOS...

—... y cambiando una cabina telefónica detrás de otra, liberándolas, haciéndolas gratuitas...

—... y Hong se empleaba a fondo, rollo «el pueblo al poder» y todo eso...

—... y no tengo ni idea de cuántas cabinas habíamos modificado cuando por fin lo dejamos. —Levantó la vista—. ¿Y sabes una cosa? A veces entiendo por qué NYNEX quiere empapelarnos. Si lo piensas bien, la verdad es que para ellos somos una putada.

—¿Y?

—Y nada, que también hay que entender su punto de vista.

—No, no es verdad —dijo David—. Lo último que hay que hacer es entender su punto de vista. Eso es tan inteligente como jugar a Pac-Man y llorar cuando te cargas a los malos azules.

Jimmy Hong no estaba de acuerdo y, mientras ellos discutían, yo me fui en busca de una lata de Coca-Cola. Cuando regresé, Jimmy dijo:

—Bueno, ya estamos en los circuitos de Brooklyn. Dame otra vez el número.

Yo lo miré, lo leí en voz alta y él lo introdujo en el ordenador. En la pantalla aparecieron más letras y más números, que para mí carecían del menor sentido.

Jimmy siguió tecleando y en la pantalla apareció el nombre de mi cliente y su dirección.

—¿Es ese tu amigo? —quiso saber Jimmy. Le dije que sí—. No está hablando por teléfono —añadió.

—¿Eso también lo puedes saber?

—Claro. Si estuviera hablando, podríamos escucharlo. Se puede escuchar a cualquiera.

—Pero es muy aburrido.

—Sí, antes lo hacíamos, a veces. Pensábamos que escucharíamos algo interesante, alguien que hablaba de un asesinato o cosas de espías. Pero en realidad lo único que se escuchan son chorradas de lo más aburridas, tipo «compra leche cuando salgas de trabajar, cariño». Un tostón.

—Y hay tanta gente que no sabe ni hablar... Lo único que hacen es balbucir y tartamudear. Te dan ganas de gritarles que suelten ya lo que tengan que decir o que se dediquen a otra cosa.

—Aunque siempre queda el sexo telefónico, claro.

—No me lo recuerdes.

—A King le encanta. Te cobran tres dólares por minuto si llamas desde tu casa, pero si llamas desde una cabina de pago que previamente has enseñado a no ser de pago, entonces es gratis.

—Pero es asqueroso. Lo que hicimos una vez, en cambio, fue introducimos en algunas de esas líneas para escuchar a la gente.

—Y luego interveníamos y hacíamos comentarios. Un tío se acojonó de verdad. Él pagaba por una conversación privada con una tía que tenía una voz increíble...

—... aunque a lo mejor tenía la cara de Godzilla, vete tú a saber...

—... y de repente le sale King en mitad de una frase y le fastidia la fantasía.

—La chica también se asustó.

—Chica, dice. Para mí que era una abuela.

—La tía empezó: «¿Quién ha dicho eso? ¿Dónde estás? ¿Cómo has entrado en esta línea?».

Durante toda esa conversación, Jimmy Hong había estado manteniendo otro diálogo; en este caso, con el ordenador. En ese momento, alzó una mano para pedir silencio y siguió tecleando con la otra.

—Vale. Dame la fecha. Fue en marzo, ¿no?

—El 28.

—El 28 del 3. Y nos interesan las llamadas al 04-053-094...

—No, su número es...

—Ese es el número de su línea, Matt. ¿Recuerdas la diferencia? Vale, lo que me imaginaba. Información no disponible.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que hemos hecho bien en traer tanta comida. ¿Alguien me puede pasar una bolsa de Doritos? Esto nos va a llevar un buen rato, eso es todo. ¿Te interesan las llamadas que hizo desde su teléfono, ya que estamos en esta parte del sistema? Es una lástima no aprovecharlo.

—Sí, podrían interesarme.

—A ver qué tenemos. Vaya, no quiere decirme nada de nada. De acuerdo, probemos otra cosa. Ya está. Vale, ahora...

Y justo entonces, el sistema empezó a escupir una lista de llamadas, ordenadas cronológicamente a partir de unos minutos después de la medianoche. Había dos llamadas antes de la una de la madrugada y luego nada hasta las 8.47, momento en que el sistema había registrado una llamada de treinta segundos a un número 212. Había otra llamada por la mañana y varias más justo después del mediodía. Luego nada entre las 14.51 y las 17.18, cuando Kenan había hablado con su hermano durante un minuto y medio. Reconocí el número de Peter Khoury.

Y nada más esa noche.

—¿Hay algo que quieras anotar, Matt?

—No.

—Vale —dijo Jimmy—. Pues ahora viene la parte difícil.

No sabría decir qué fue exactamente lo que hicieron. Un poco después de las once, se intercambiaron y fue David quien asumió el mando, mientras Jimmy deambulaba de un lado de otro de la habitación, bostezaba, se desperezaba, iba al baño, volvía y se zampaba un paquete de pastelillos Hostess. A las doce y media volvieron a cambiarse. David se fue al baño y se dio una ducha. Para entonces, TJ ya dormía a pierna suelta en la cama, completamente vestido sobre la colcha y agarrado a una almohada como si el mundo entero estuviera intentando arrebatársela.

A la una y media, Jimmy dijo:

—Joder, es imposible que no exista la manera de entrar en la NPSN.

—Dame el teléfono —le urgió David.

Marcó un número, gruñó, interrumpió la conexión, volvió a marcar y al tercer intento le contestó alguien.

—Hola. ¿Con quién hablo, por favor? Genial. Escucha, Rita, soy Taylor Fielding, de la Central de NICNAC y tengo una emergencia de Código Cinco. Necesito tu código de acceso a la NPSN y tu contraseña antes de que todo esto llegue a Cleveland. Es un Código Cinco, ¿me has oído? —Escuchó con mucha atención y, finalmente, acercó una mano al teclado del ordenador—. Rita, eres un cielo. Me has salvado la vida, en serio. ¿Te puedes creer que antes de hablar contigo lo había hecho con dos personas seguidas que no sabían que un Código Cinco tiene prioridad

absoluta? Ya, claro, eso es porque tú prestas atención. Mira, si te echan la bronca por esto, yo asumo toda la responsabilidad. Sí, lo mismo digo. Adiós.

—Que asumes toda la responsabilidad —dijo Jimmy—. Eso me ha gustado.

—Bueno, me ha parecido lo correcto.

—Y ahora, ¿me explicas qué coño es un Código Cinco?

—No lo sé. ¿Qué es la Central de NICNAC? ¿Quién es Taylor Feldman?

—Has dicho Fielding.

—Bueno, se llamaba Feldman antes de cambiarse el apellido. No sé, tío, me lo he inventado, pero he conseguido impresionar a Rita.

—Parecías tan desesperado...

—¿Y no tendría que estarlo? Es la una y media de la mañana y ni siquiera hemos conseguido entrar en la NPSN.

—Ahora ya estamos dentro.

—Ah, qué gustazo. Te voy a decir una cosa, Hong, no hay nada que supere al Código Cinco. Te ayuda a saltarte todas las gilipolleces burocráticas, ¿me entiendes, no? «Tengo una emergencia de Código Cinco». Tío, con eso me la he camelado.

—«Rita, eres un cielo».

—Tío, tengo que admitirlo, me estaba enamorando de ella. Y ya hacia el final de la conversación, casi habíamos empezado una relación, ¿sabes?

—¿La volverás a llamar?

—Estoy seguro de que puedo sacarle una contraseña siempre que quiera, a menos que se huela que ha metido la pata. Si no es el caso, la próxima vez que la llame será como si nos conociéramos de toda la vida.

—Pues llámala algún día —sugerí—, pero no para sonsacarle códigos de acceso y contraseñas.

—¿Te refieres a llamarla para charlar y ya está?

—Esa es la idea. Puedes darle algo de información, pero no intentes sonsacarle nada.

—Genial —dijo David.

—Y luego, más adelante...

—Entendido —dijo Jimmy—. Matt, no sé si tienes la destreza necesaria con los dedos, o la coordinación mano-ojo, y lo cierto es que no tienes ni idea de tecnología, pero no me queda más remedio que admitirlo: tienes el corazón y el alma de un pirata informático.

Según los Kong, el proceso se ponía interesante de verdad una vez dentro de la NPSN, significara lo que significase.

—Esta es la parte más fascinante desde el punto de vista técnico —me explicó David—, porque aquí es donde intentamos obtener esa información que, según la

gente de NYNEX, no está disponible. Eso te lo dicen solo para que los dejes en paz, aunque en algunos casos te estaban diciendo la verdad, o lo que ellos consideraban la verdad, porque lo cierto es que no sabrían ni por dónde empezar a buscar esa información. O sea, que es prácticamente como si tuviéramos que inventarnos un programa e introducirlo en su sistema para que nos proporcione lo que queremos saber.

—Pero —completó Jimmy— si no te interesa la parte técnica de todo el asunto, la verdad es que no parece una aventura muy fascinante.

TJ, que se había despertado, estaba de pie detrás de la silla de David y contemplaba la pantalla como si estuviera hipnotizado. Jimmy se dirigió al minibar en busca de una lata de Jolt. Yo me dejé caer en el único sillón de la habitación y concluí que David tenía razón: no me parecía una aventura especialmente fascinante. Me recosté en los cojines y no me enteré de nada hasta que TJ me llamó y me zarandeó suavemente con una mano en el hombro.

Abrí los ojos.

—Me parece que me he quedado dormido.

—Pues sí que te has quedado dormido. Hace un momento estabas roncando.

—¿Qué hora es?

—Son casi las cuatro. Las llamadas están empezando a salir.

—¿Podemos imprimir un listado?

TJ se volvió hacia ellos y les trasladó la pregunta. Los Kong se empezaron a reír. David consiguió serenarse y me recordó que no teníamos impresora. «Mi padrino es impresor», estuve a punto de decir, pero en lugar de eso me disculpé.

—No, claro. Lo siento. Aún estoy medio dormido.

—Tú quédate donde estás. Te lo copiaremos todo.

—Voy a buscarte un Jolt —dijo TJ.

Le dije que no se molestara, pero me llevó una lata igualmente. Bebí un sorbo, pero en realidad no era lo que me apetecía, ni tampoco estaba muy seguro de lo que quería. Me puse en pie y me desperecé para eliminar la rigidez de la espalda y de los hombros. Luego me dirigí al escritorio, donde David King seguía trabajando con el ordenador mientras Jimmy Kong iba anotando los números que aparecían en la pantalla.

—Ahí están —dije.

Estaban apareciendo en la pantalla, desde la primera llamada a las 15.38 para comunicarle a Kenan Khoury que su esposa había desaparecido. Luego tres llamadas, separadas entre sí por intervalos de unos veinte minutos. La última de ellas se había registrado a las 16.54. Kenan había llamado a su hermano a las 17.18 y la siguiente llamada se había recibido a las 18.04, probablemente justo antes de que Peter llegara a la casa de Colonial Road.

Luego había una sexta llamada, a las 20.01. Sin duda, era la llamada en la que les habían ordenado que se dirigieran a Farragut Road, donde habían recibido la llamada que los había hecho encaminarse a Veterans Avenue. Después de eso habían vuelto a casa, donde según los secuestradores Francine ya los estaría esperando, y allí se habían quedado, en una casa vacía, hasta las 22.04. En ese momento se había producido la última llamada, tras la cual se habían dirigido al Ford Tempo aparcado en la esquina con el maletero lleno de paquetes.

—Caray —estaba diciendo David—. Esto sí que ha sido instructivo de verdad. Porque teníamos que seguir, ¿sabes? Tú necesitabas cierta información y, por tanto, no podíamos abandonar. Cuando estás pirateando, llega un momento en el que te aburres y entonces te pones a hacer otra cosa, pero teníamos que seguir hasta derrotar el aburrimiento y ver qué se escondía al otro lado.

—Que era más aburrimiento —añadió Jimmy.

—Pero la verdad es que aprendes mucho. Si tuviéramos que volver a hacer lo mismo otra vez...

—Dios no lo quiera.

—Vale, pero si fuera el caso, podríamos hacerlo en la mitad de tiempo. Menos, porque el motor de búsqueda rápida se acelera cuando limitas...

Lo que dijo a continuación me resultó aún más incomprensible y dejé de escuchar, aprovechando que Jimmy Hong me tendía en ese momento una lista de todas las llamadas que se habían recibido en casa de los Khoury el 28 de marzo.

—Os lo tendría que haber dicho. Las primeras no me interesan, solo las siete llamadas que empiezan a partir de las tres y treinta y ocho de la tarde.

Revisé la lista. Jimmy lo había copiado todo: la hora de la llamada, el número de línea de la persona que había llamado, el número que habría que marcar para llamar a ese teléfono y la duración de la llamada. Era más información de la que necesitaba, pero tampoco hacía falta decírselo a los Kong.

—Siete llamadas, cada una desde un teléfono diferente —dije—. No, me equivoco. Utilizaron dos veces el mismo teléfono, para hacer las llamadas números dos y siete.

—¿Es esto lo que querías?

Asentí.

—Lo que esta información me proporcione ya es otra cosa. Podría ser mucho o poco. No lo sabré hasta que consulte un listín inverso y descubra a quién pertenecen esos números.

Se me quedaron mirando, pero no entendí por qué hasta que Jimmy Hong se quitó las gafas y parpadeó.

—¿Un listín inverso? Nos tienes aquí a los dos, sumergidos en las entrañas de la NPSN, ¿y crees que necesitas un listín inverso?

—Porque eso es un juego de niños —se ufanó David King. Se sentó de nuevo ante el teclado y dijo—: Vamos allá. Dame el primer número.

Correspondían todos a cabinas telefónicas.

Ya me lo temía. Se habían mostrado muy precavidos y profesionales en todo lo demás, así que lo lógico era suponer que no utilizarían teléfonos a través de los cuales se les pudiera rastrear.

Pero ¿por qué una cabina telefónica distinta cada vez? Eso ya era más difícil de entender, pero a uno de los Kong se le ocurrió una teoría que tenía bastante sentido: que se estuvieran protegiendo ante la posibilidad de que Kenan Khoury hubiera alertado a alguien capaz de intervenir la línea y localizar las llamadas. Al realizar llamadas breves, se aseguraban de que, en el caso de que alguien hubiera localizado la llamada, les diera tiempo de huir del escenario. Y el hecho de no utilizar más de una vez el mismo teléfono los protegía incluso en el caso de que Khoury hubiera hecho localizar alguna de las llamadas y tuviera vigilada la cabina desde la cual se había realizado.

—Porque, hoy en día, localizar una llamada es instantáneo —me contó Jimmy—. En realidad, ni siquiera la localizas, si tienes un equipo como este. Te limitas a mirar la pantalla y leer la información.

Pero ¿por qué habían bajado la guardia en la última llamada? Para entonces, ya estaban convencidos de que no corrían peligro. Khoury había seguido sus instrucciones al pie de la letra, no había tratado de impedir que recogieran el dinero del rescate y, por tanto, ya no tenía sentido adoptar unas medidas de precaución tan sofisticadas. Ese era el momento en que podrían haberse sentido lo bastante seguros como para utilizar el teléfono de su casa o apartamento. De haberlo hecho, ya tendría a esos cabrones. De haber empezado a llover en aquel momento, o de haberse dado alguna circunstancia que los hubiera obligado a quedarse en casa. De no haber querido ninguno de los tres dejar solos a los otros dos con el dinero del rescate.

Era una lástima. No habría estado mal tener un golpe de suerte, para variar.

Por otro lado, no tenía en absoluto la sensación de haber desperdiciado la noche ni los mil setecientos y pico dólares que me había costado. Había descubierto algo, y no solo que los tres tipos a quienes quería pillar eran muy precavidos, para tratarse de un trío de asesinos psicópatas sexuales.

Todas las direcciones estaban en Brooklyn. Y estaban todas localizadas en una zona bastante más reducida que la que abarcaba el caso Khoury en su totalidad. El secuestro y entrega del rescate se habían iniciado en Bay Ridge. La acción se habían desplazado después a Atlantic Avenue en Cobble Hill, luego hasta Flatbush y Farragut y, por último, había terminado con el abandono de los restos de Francine, de nuevo en Bay Ridge. Eso abarcaba una buena parte del barrio. Además, las

actividades previas del grupo se extendían por Brooklyn y Queens. Por tanto, podían tener la base de operaciones en cualquier sitio.

Pero las cabinas no distaban tanto unas de otras. Tendría que coger la lista y un mapa para determinar la posición exacta de los teléfonos, pero de entrada ya tenía claro que se encontraban en la misma zona: en el lado oeste de Brooklyn, al norte de la casa de Khoury en Bay Ridge y al sur del cementerio de Green-Wood.

Que era donde habían abandonado el cadáver de Leila Álvarez.

Una de las cabinas estaba en la calle Dieciséis, otra en la calle Cuarenta y uno con New Utrecht, pero no lo bastante cerca como para que se pudiera ir a pie de una cabina a otra. Por tanto, habían salido de casa y habían cogido el coche para hacer esas llamadas. Sin embargo, lo lógico era pensar que su base de operaciones estuviera situada en ese barrio y, probablemente, no muy lejos de la cabina que habían utilizado en dos ocasiones. Se había acabado, ya tenían lo que querían, solo les quedaba hurgar un poco más en las heridas de Kenan Khoury... ¿Para qué molestarse, entonces, en recorrer diez manzanas en coche cuando no hacía ninguna falta? ¿Por qué no utilizar la cabina que les quedaba más cerca?

Que, casualmente, estaba en la Quinta Avenida, entre las calles Cuarenta y nueve y Cincuenta.

No comenté todos esos detalles con los chicos y, de hecho, muchas de esas ideas no se me ocurrieron hasta más tarde. Les di quinientos dólares por cabeza a los Kong y les dije que les estaba profundamente agradecido por todo lo que habían hecho. Ellos insistieron en que había sido divertido, hasta la parte aburrida. Jimmy dijo que le dolía la cabeza y que tenía la muñeca entumecida, pero que había valido la pena.

—Bajad primero vosotros dos —les ordené—. Poneos la chaqueta y la corbata y salid como si nada por la puerta. Yo quiero asegurarme de que no hayamos dejado ningún rastro en la habitación. Además, supongo que tendré que pasar por recepción para pagar lo que se deba del teléfono. Anoche dejé un depósito de cincuenta dólares, pero nos hemos pasado más de siete horas al teléfono, así que no tengo ni idea de lo que me pueden cobrar.

—Ay, señor —se lamentó David—. Es que no lo pillá.

—Es increíble —se sorprendió Jimmy.

—¿El qué? ¿Qué es lo que no pilló?

—Que no te van a cobrar nada de teléfono —dijo Jimmy—. Lo primero que hice una vez conectados fue saltarme la centralita. Podríamos haber llamado a Shanghái, y en recepción ni siquiera habrían tenido constancia de ello. —Sonrió—. Pero, total, que se queden el depósito, porque King se ha zampado unos treinta dólares en nueces de macadamia del minibar.

—Lo que significa treinta nueces de macadamia a un dólar cada una —dijo

David.

—Pero si yo estuviera en tu lugar —apostilló Jimmy—, me largaría a casa y punto.

Una vez que se hubieron marchado, le pagué a TJ. Sacudió el fajo de billetes que le había dado, me miró, contempló de nuevo los billetes, luego a mí otra vez y, por último, dijo:

—¿Todo esto es para mí?

—Sin ti, no habríamos podido jugar. Has traído el bate y la pelota.

—Yo me esperaba cien —dijo—. Tampoco he hecho gran cosa, solo estar aquí sentado, pero cuando te he visto repartir tanta guita, me he imaginado que a mí también me tocaría algo. ¿Cuánto hay aquí?

—Quinientos —le respondí.

—Ya sabía yo que iba a ganar pasta. Tú y yo. Me gusta esto de hacer de detective. Soy un tío imaginativo, se me da bien y me gusta.

—Por lo general, no se gana tanta pasta.

—Da igual, tío. ¿En qué otro trabajo podría utilizar toda la mierda que sé?

—Entonces, ¿de mayor quieres ser detective, TJ?

—No voy a esperar tanto. Lo voy a ser ahora mismo. Que no te quepa duda, barracuda.

Le dije que su primer encargo consistía en salir del hotel sin llamar la atención del personal.

—Sería más fácil si fueras vestido como los Kong —le dije—, pero habrá que apañarse con lo que tenemos. Creo que lo mejor es que salgamos juntos.

—¿Un blanco de tu edad con un adolescente negro? Sabes lo que pensarán, ¿no?

—Sí, y ya se pueden imaginar todo lo que quieran, pero si sales tú solo, a lo mejor piensan que has intentado robar en alguna habitación y no te dejan marchar.

—Sí, tienes razón —convino—, pero no estás pensando en todas las posibilidades. La habitación ya está pagada, ¿no? La hora de salida es hacia mediodía. He visto donde vives, tío, y no es que quiera faltarte al respeto, pero tu habitación no mola tanto.

—No, no mola tanto. Pero tampoco me cuesta ciento sesenta dólares por noche.

—Bueno, pues a mí no me va a costar ni un duro, canguro. Me voy a dar una ducha caliente, voy a usar tres toallas para secarme y voy a dormir seis o siete horas seguidas en esa cama. Porque no es solo que esta habitación sea mejor que el sitio donde vives tú, es que es diez veces mejor que el sitio donde vivo yo.

—Ya.

—Así que ahora mismo cuelgo el cartel de «No molestar» en la puerta y me quedo aquí tranquilito, sin que nadie me agobie. Y a mediodía saldré de aquí sin que

nadie se moleste en mirarme, porque un tío tan guapetón como yo solo puede haber venido a traerle la comida a alguien. Eh, Matt, ¿crees que si llamo a recepción y les pido que me despierten a las once y media, lo harán?

—Estoy seguro de que sí.

Entré en una cafetería de Broadway que está abierta toda la noche. Alguien había dejado en el reservado la primera edición del *Times*, así que la leí mientras desayunaba huevos y café, pero no me enteré de gran cosa. Estaba medio aturdido y la poca agudeza mental que me quedaba insistía en regresar una y otra a la vez a la ubicación de las seis cabinas en Sunset Park. Sacaba la lista del bolsillo una y otra vez y la estudiaba, como si el orden y la ubicación exacta de las cabinas ocultaran un mensaje secreto que solo podía descifrarse con una clave. Tenía que haber alguien a quien pudiera llamar con el pretexto de una emergencia de Código Cinco. «Deme su código de acceso —le exigiría—. Dígame la contraseña».

El amanecer empezaba a iluminar el cielo cuando finalmente llegué a mi hotel. Me duché y me metí en la cama, pero al cabo de una hora o así me di por vencido y encendí la tele. Vi el programa informativo de la mañana en una de las cadenas. El secretario de Estado acababa de regresar de una gira por Oriente Próximo y lo emitieron en la tele, seguido de las imágenes en las que aparecía con un portavoz palestino que comentaba las posibilidades de lograr una paz duradera en la región.

Eso me hizo pensar en mi cliente, aunque en realidad nunca estaba muy lejos de mis pensamientos. La siguiente entrevista era con el reciente ganador de uno de los premios de la Academia, así que silencié el volumen y llamé a Kenan Khoury.

No contestó, pero seguí intentándolo. Lo llamé cada media hora, aproximadamente, hasta que me respondió a las diez y media.

—Acabo de entrar por la puerta —dijo—. Y lo más espantoso del viaje ha sido ahora mismo, en el taxi que me ha traído desde el JFK. El conductor era un tío medio loco de Ghana, que llevaba un diamante en un diente y cicatrices tribales en las dos mejillas. Conducía como si creyera que morir en un accidente de tráfico te garantiza prioridad a la hora de subir al cielo, permiso de residencia incluido.

—Me parece que yo también lo cogí una vez.

—¿Tú? Yo pensaba que nunca cogías taxis. Creía que sentías debilidad por el metro.

—Pues anoche cogí un montón de taxis —dije—. El taxímetro estaba a punto de explotar.

—¿Qué?

—Es una manera de hablar. Estuve con un par de delincuentes informáticos que habían dado con la manera de obtener ciertos datos de los registros de la compañía telefónica, datos que según la propia compañía no podían obtenerse.

Le conté una versión abreviada de lo que habíamos hecho y de lo que había descubierto.

—No pude localizarte para que me dieras el visto bueno y no quería esperar, así

que lo hice de todos modos.

Me preguntó de cuánto dinero estábamos hablando y se lo dije.

—No hay problema —dijo—. Pero ¿qué hiciste, poner tú el dinero de los gastos? Tendrías que habérselo pedido a Pete.

—No me importaba ponerlo. De hecho, se lo pedí a tu hermano, porque durante el fin de semana no podía acceder a mi propio dinero, pero él tampoco lo tenía.

—¿No?

—Pero me dijo que adelante, que tú no habrías querido que me esperara.

—Bueno, en eso tiene razón. ¿Cuándo hablaste con él? Yo lo he llamado nada más entrar, pero no me ha contestado.

—El sábado —dijo—. El sábado por la tarde.

—Yo he intentado localizarlo antes de subir al avión, quería que viniera a buscarme al aeropuerto y me salvara del fitipaldi de Ghana. Pero no lo he encontrado. ¿Y qué hiciste, entonces? ¿Les diste largas a esos tipos a la hora de pagar?

—Bueno, alguien me dejó lo que me faltaba.

—Vale. ¿Quieres venir a buscar la pasta? Estoy hecho polvo, he subido a más aviones durante la última semana que el como se llame ese que acaba de volver también de Oriente Próximo. El secretario de Estado.

—Acaba de salir en la tele.

—Hemos pasado por los mismos aeropuertos, pero no puedo decir que me haya cruzado con él. Me pregunto qué hará con todas las bonificaciones de viajero frecuente que va acumulando. A estas alturas, seguro que a mí ya me llegan para un viaje a la luna. ¿Quieres pasarte por aquí? Estoy que me caigo y tengo *jet lag*, pero de todas formas tampoco creo que pueda dormir ahora mismo.

—Pues yo creo que sí podría —le respondí—. De hecho, será mejor que duerma un poco. No estoy acostumbrado a estar de juerga toda la noche, como decían mis amigos los delincuentes. Ellos estaban tan panchos, pero también es verdad que son unos cuantos años más jóvenes que yo.

—La edad lo cambia todo. Yo antes ni sabía lo que era el *jet lag*, pero ahora podría ser la imagen de una campaña nacional para erradicarlo. Me parece que yo también intentaré dormir un poco, me tomaré una pastilla o algo que me ayude. ¿Sunset Park, dices? Estaba intentando pensar si conozco a alguien por allí.

—No creo que se trate de ningún conocido tuyo.

—No, ¿verdad?

—No es la primera vez que lo hacen —le informé—, pero estrictamente como aficionados. Sé unas cuantas cosas que no sabía hace una semana.

—¿Nos estamos acercando, Matt?

—No sé hasta qué punto nos estamos acercando —respondí—, pero estamos llegando a alguna parte.

Llamé a recepción y le dije a Jacob que iba a dejar el teléfono descolgado.

—No quiero que me molesten —dije—. Si llama alguien, dile que puede localizarme a partir de las cinco.

Puse el despertador a esa hora y me metí en la cama. Cerré los ojos y traté de visualizar el mapa de Brooklyn, pero me quedé frito antes incluso de poder concentrarme en la zona de Sunset Park.

El ruido del tráfico me despertó ligeramente en algún momento y me dije que sería buena idea abrir los ojos y comprobar la hora, pero en lugar de eso me sumí en un complicado sueño lleno de relojes, ordenadores y teléfonos, cuyo origen no era muy difícil de adivinar. Estábamos en una habitación de hotel y alguien empezaba a aporrear la puerta. En el sueño, me dirigía hacia la puerta y la abría. No había nadie, pero el ruido continuaba. De repente, el sueño se había acabado y yo estaba despierto y, sí, alguien estaba llamando a mi puerta.

Era Jacob. Me dijo que la señorita Mardell estaba al teléfono y que le había dicho que era urgente.

—Ya sé que querías dormir hasta las cinco —se excusó— y se lo he dicho, pero me ha dicho que te despertara igualmente. Parecía hablar muy en serio.

Colgué el teléfono y él regresó a recepción para pasarme la llamada. Me invadieron los nervios mientras esperaba a que sonara. La última vez que Elaine me había llamado y había dicho que era urgente, había aparecido un hombre decidido a matarnos a los dos. Cogí rápidamente el teléfono en cuanto sonó y la oí decir:

—Matt, no quería despertarte, pero es que no podía esperar.

—¿Qué pasa?

—Resulta que al final sí que había una aguja en el pajar. Acabo de hablar por teléfono con una mujer que se llama Pam. Ahora mismo viene hacia aquí.

—¿Por?

—Es la mujer que estábamos buscando. Conoció a esos hombres, estuvo en la furgoneta con ellos.

—¿Y ha sobrevivido para contarlo?

—A duras penas. Una de las asesoras a las que conté la historia de la película la llamó enseguida y la pobre estuvo toda la semana pasada intentando reunir el valor para llamarme. Me ha contado lo bastante por teléfono como para saber que no podía dejarla escapar. Le he dicho que podía garantizarle mil dólares si venía y me contaba su historia en persona. ¿He hecho bien?

—Desde luego.

—Pero no tengo el dinero. El sábado te di todo lo que tenía en efectivo.

Consulté mi reloj. Si me daba prisa, tenía tiempo de hacer una parada en el banco.

—Voy a sacar la pasta —le dije—. Enseguida estoy ahí.

—Pasa —dijo Elaine—. Ya ha llegado. Pam, te presento al señor Scudder, Matthew Scudder. Matt, quiero presentarte a Pam.

Estaba sentada en el sofá y se levantó cuando nos acercamos. Era una mujer esbelta, más o menos de metro sesenta, pelo oscuro corto y ojos de un azul intenso. Llevaba una falda gris oscuro y un suéter de angora de color azul claro. Carmín, sombra de ojos. Zapatos de tacón alto. Tuve la sensación de que había elegido el atuendo para la entrevista y de que no estaba muy segura de haber acertado.

Elaine, que parecía muy tranquila y muy profesional con sus pantalones de estilo informal y su blusa de seda, dijo:

—Siéntate, Matt. Coge la silla. —Ella se sentó junto a Pam en el sofá y prosiguió —: Acabo de decirle a Pam que la he hecho venir con engaños. No va a conocer a Debra Winger.

—Le he preguntado quién iba a ser la protagonista —dijo Pam— y ella me ha contestado que Debra Winger, y yo he pensado: «Caray, ¿Debra Winger va a protagonizar un telefilme? Yo creía que no trabajaba para la tele». —Se encogió de hombros—. Pero imagino que no va a haber ninguna película, así que... ¿qué más da quién sea la protagonista?

—Pero los mil dólares sí son reales —dijo Elaine.

—Ya, bueno, eso me alegra —concedió Pam—, porque el dinero me irá muy bien. Pero no he venido por dinero.

—Eso ya lo sé, cariño.

—O no solo por el dinero.

Tenía el dinero: los mil para ella, los mil doscientos que le debía a Elaine y algo más para poder moverme por ahí. En total, había sacado tres mil dólares de mi caja de seguridad.

—Me ha dicho que eres detective —dijo Pam.

—Eso es.

—Y que vas tras esos tipos. Hablé mucho con la poli, creo que debí de hablar con tres o cuatro polis distintos...

—¿Cuándo fue eso?

—Justo después de que sucediera.

—¿Y sucedió en...?

—Ah, no he caído en que no lo sabíais. Fue en julio, en julio del año pasado.

—¿Y lo denunciaste a la policía?

—Dios —exclamó—, ¿acaso tenía otra opción? Tuve que ir al hospital, y los médicos, bueno, me preguntaron quién me había hecho aquello y... ¿qué les iba a decir? ¿Que había resbalado? ¿Que me había cortado? Así que, como es lógico,

llamaron a la poli. O sea, habrían llamado de todos modos a la poli aunque yo no les hubiera contado nada.

Abrí mi cuaderno de notas.

—Pam —comencé—, creo que no he entendido tu apellido.

—Es que no lo he dicho. Bueno, tampoco tiene mucho sentido esconderlo, ¿verdad? Es Cassidy.

—¿Y cuántos años tienes?

—Veinticuatro.

—¿Tenías veintitrés cuando se produjeron los hechos?

—No, veinticuatro. Los cumpla a finales de mayo.

—¿Y a qué te dedicas, Pam?

—Soy recepcionista. Ahora mismo estoy en paro, por eso he dicho que el dinero me iría bien. Bueno, supongo que mil dólares le van bien a todo el mundo, pero sobre todo ahora, que estoy en paro...

—¿Dónde vives?

—En la calle Veintisiete, entre la Tercera Avenida y Lex.

—¿Es allí donde vivías cuando ocurrieron los hechos?

—Los hechos —dijo, como si estuviera paladeando la palabra—. Sí, claro, llevo allí casi tres años. Desde que llegué a Nueva York.

—¿De dónde eres?

—De Canton, en Ohio. Si habéis oído hablar de ese lugar, ya sé por qué es: el Salón de la Fama del Fútbol Americano Profesional.

—Estuve a punto de visitarlo una vez —reconocí—. Había ido a Massillon por trabajo.

—¡Massillon! Ah, lo conozco: iba muchísimo por allí. Tengo cientos de amigos en Massillon.

—Bueno, no creo que haya conocido a ninguno de ellos —dije—. ¿En qué número de la calle Veintisiete vives, Pam?

—En el ciento cincuenta y uno.

—Es un edificio muy bonito —dijo Elaine.

—Sí, no está mal. Lo que pasa..., bueno, es una tontería..., pero el barrio no tiene nombre. Está al oeste de Kips Bay, por debajo de Murray Hill, por encima de Gramercy y, por supuesto, al este de Chelsea. Algunas personas han empezado a llamarlo Curry Hill, porque hay un montón de restaurantes indios.

—¿Estás soltera, Pam?

Asintió.

—¿Vives sola?

—Con mi perro. Es un perro pequeño, pero los ladrones no suelen entrar en una casa si hay un perro, da igual el tamaño que tenga. Les dan miedo los perros y punto.

- ¿Quieres contarme lo que ocurrió, Pam?  
—Te refieres a los hechos.  
—Exacto.  
—Vale. Supongo que sí. Para eso estamos aquí, ¿no?

Sucedió una cálida noche, a mediados de semana. Pam estaba a dos puertas de su casa, en la esquina de Park con las Veintiséis, esperando a que el semáforo de los peatones se pusiera verde. Se paró una furgoneta junto a ella y un tipo le preguntó por una dirección, pero no entendió el nombre de la calle.

El tipo bajó de la furgoneta, mientras explicaba que a lo mejor había anotado mal la dirección, que lo tenía en la factura y ella lo acompañó a la parte trasera de la furgoneta. El tipo abrió la puerta y dentro había otro hombre. Los dos iban armados con cuchillos. La obligaron a subir a la parte de atrás de la furgoneta con el segundo hombre. El conductor subió de nuevo al vehículo y se alejaron de allí.

La interrumpí en ese momento, pues quería saber por qué había accedido tan fácilmente a subir a la furgoneta. ¿Había más gente por allí cerca? ¿Alguien había presenciado el secuestro?

—No me acuerdo muy bien de los detalles —reconoció.

—No pasa nada.

—Es que fue todo tan rápido...

Elaine intervino en ese momento.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Pam?

—Claro.

—Eres del gremio, ¿verdad?

«Joder —pensé—, ¿cómo se me ha podido escapar algo así?».

—No sé qué quieres decir —respondió Pam.

—Esa noche estabas trabajando, ¿verdad?

—¿Cómo lo has sabido?

Elaine le cogió la mano a la chica.

—No pasa nada —la tranquilizó—. Nadie va a hacerte daño. No estamos aquí para juzgarte. No pasa nada.

—Pero... ¿cómo lo has...?

—Bueno, es una zona bastante popular, ¿no? Me refiero a ese trozo de Park Avenue South. Pero creo que ya me lo había imaginado antes. Cariño, yo nunca he hecho la calle, pero llevo en el gremio casi veinte años.

—¡No me digas!

—En serio. Precisamente en este apartamento, que compré cuando el edificio se

convirtió en una cooperativa de propietarios. Ahora ya no me levanto maromos, sino que tengo clientes, y cuando estoy con gente aburrida a veces digo que soy historiadora de arte. Y sí, he sido lista y he ahorrado con los años, pero me dedico a lo mismo que tú, querida. Así que ahora ya puedes contarnos lo que ocurrió de verdad.

—Caray —se sorprendió Pam—. ¿Queréis saber algo? Es un alivio, porque no me apetecía venir aquí e inventarme un rollo, ¿vale? Pero creía que no tenía otra opción.

—¿Porque pensabas que lo desaprobaríamos?

—Supongo. Y por lo que les conté a los polis.

—¿Los polis no sabían que hacías la calle? —le pregunté.

—No.

—¿No lo mencionaron en ningún momento? ¿Ni siquiera teniendo en cuenta la zona en que te secuestraron?

—Eran polis de Queens —dijo Pam.

—¿Y por qué llevaba el caso la poli de Queens?

—Por el sitio al que fui a parar. Me atendieron en el hospital general Elmhurst. Eso está en Queens, y de allí eran los polis. ¿Qué iban a saber ellos sobre Park Avenue South?

—¿Y por qué fuiste a parar al Elmhurst? Bueno, da igual, ya nos lo contarás cuando sea el momento. ¿Por qué no empiezas desde el principio?

—Claro —dijo.

Sucedió una cálida noche, a mediados de semana. Pam estaba a dos manzanas de su casa, en la esquina de Park con la Veintiséis, esperando a que se le acercara algún tipo, cuando paró una furgoneta y un hombre le hizo señas de que se acercara. Ella rodeó la furgoneta y subió al asiento del pasajero. El tipo recorrió un par de manzanas, luego giró hacia una bocacalle y aparcó junto a un hidrante.

Pam creyó que sería una mamada rápida mientras el tipo seguía sentado al volante, que se llevaría veinte o veinticinco dólares por un servicio de unos cinco minutos como mucho. Los tipos que iban en coche casi siempre querían que se la chuparan y tenía que ser allí mismo, en el coche. A veces le pedían que se la chupara mientras seguían circulando, lo cual a ella le parecía una locura, pero en fin. Los clientes que iban a pie solían buscar una habitación de hotel, y el Elton, que estaba en la Veintiséis con Park, resultaba muy cómodo y práctico en ese sentido. Siempre le quedaba su apartamento, pero casi nunca llevaba allí a nadie a menos que estuviera desesperada, porque no le parecía seguro. Además, ¿quién quería trabajar en la misma cama que usaba para dormir?

No vio al tipo de la parte de atrás hasta que la furgoneta estuvo aparcada. Ni siquiera sabía que estaba allí hasta que el tipo le rodeó el cuello con un brazo y le

tapó la boca.

—¡Sorpresa, Pammy!

Joder, qué miedo sintió entonces. Se quedó inmóvil mientras el conductor se echaba a reír, le metía una mano bajo la blusa y le empezaba a tocar las tetas. Tenía unas buenas tetas y había aprendido a lucirlas en la calle, con camisetas de tirantes o blusas reveladoras, porque los tipos obsesionados con las tetas no pueden resistirse cuando ven un buen par, así que... ¿por qué no enseñarles la mercancía? El conductor le cogió directamente el pezón y se lo retorció. Le hizo daño y fue entonces cuando supo que aquellos dos no estaban para bromas.

—Vamos todos atrás —dijo el conductor—. Más intimidad, más sitio para movernos. Es mejor que nos pongamos cómodos, ¿no, Pammy?

No le gustaba nada la manera en que pronunciaban su nombre. Ella se había presentado como Pam, no Pammy, y ellos pronunciaban ese nombre en un tono burlón, muy desagradable.

Cuando el tipo que estaba detrás le destapó la boca, Pam dijo:

—No seáis brutos, ¿de acuerdo? Haré lo que queráis y pasaréis un buen rato, en serio, pero nada de hacer el bruto, ¿vale?

—¿Tomas drogas, Pammy?

Dijo que no, porque no las tomaba. No le interesaban especialmente. Podía fumarse un porro si alguien se lo pasaba, y la coca no estaba mal, aunque en realidad no compraba nunca. Había tíos que la invitaban a una raya y se ofendían si la rechazaba, así que la esnifaba. De todas formas, tampoco le desagradaba. A lo mejor creían que así se ponía cachonda, que se empleaba más a fondo. De vez en cuando se encontraba con algún tío que se ponía coca en la polla, como si pensara que así ella disfrutaría más chupándosela, que se la mamaría mejor solo por la coca.

—¿Eres yonqui, Pammy? ¿Por dónde te metes la droga, por la nariz? ¿Entre los dedos de los pies? ¿Conoces a algún traficante importante? ¿A lo mejor tu novio trafica con caballo?

Preguntas realmente absurdas. Como si no tuvieran objetivo alguno, como si se excitaran haciendo esas preguntas. Al menos uno de ellos, sí. El conductor. Era el que estaba más entusiasmado haciéndole preguntas sobre el tema de la droga. Al otro le iba más el rollo de insultarla. «Zorra asquerosa, puta de mierda», y cosas así. Repugnante, si una dejaba que la afectara, pero en realidad muchos tipos actuaban así, sobre todo cuando estaban excitados. Había un tío en concreto —se lo había hecho cuatro, tal vez cinco veces, siempre en su coche— que siempre era muy educado antes y después, siempre muy considerado, pero cuando ella se la estaba chupando y él estaba a punto de correrse, siempre le decía lo mismo: «Oh, puta, más que puta, ojalá estuvieras muerta. Oh, me gustaría verte muerta, me gustaría que te murieras, puta de mierda». Asqueroso, asqueroso de verdad, pero por lo demás era

todo un caballero, le pagaba cincuenta dólares cada vez y nunca tardaba mucho en correrse, así que... ¿qué más daba que fuera un malhablado? Como se suele decir, a palabras necias...

Pasaron a la parte de atrás de la furgoneta, que estaba equipada con un colchón. Resultaba cómodo, en realidad, o lo hubiera resultado si ella hubiera podido relajarse, pero no podía, al menos no en compañía de aquellos dos tipos. Eran demasiado raros. ¿Cómo iba a relajarse?

La obligaron a desnudarse, por completo, lo cual era una putada, pero no le pareció buena idea discutir. Y luego, bueno, se la tiraron por turnos, primero el conductor y luego el otro. Esa parte era bastante rutinaria, excepto porque se trataba de dos tíos y, mientras uno se la follaba, el otro le pellizcaba los pezones. Le hacía daño, pero era mejor no decir nada. De todas formas, el tipo ya sabía que le dolía. Por eso lo hacía.

Se la follaron los dos y se corrieron los dos, lo cual resultaba alentador, porque cuando a un tío no se le levanta o no consigue correrse, es cuando la cosa se pone fea, cuando el tío se enfada como si ella tuviera la culpa. Cuando el segundo de los tíos emitió un gruñido y se dejó caer a un lado, Pam dijo:

—Eh, ha estado muy bien. Sois muy buenos, chicos. Ahora dejad que me vista, ¿vale?

Fue entonces cuando le enseñaron el cuchillo.

Era una navaja automática, muy grande, que daba miedo. El segundo tipo, el malhablado, era el que tenía el cuchillo.

—No vas a ninguna parte, zorra de mierda —dijo.

Y Ray añadió:

—Vamos todos a alguna parte: iremos a dar una vuelta, Pammy.

Así se llamaba. Ray. El otro tipo lo llamaba Ray, y por eso lo sabía. Del nombre del otro tipo no tenía ni idea. Si lo había oído, no se le había quedado grabado. Pero el conductor se llamaba Ray.

Pero se intercambiaron, de modo que Ray ya no era el conductor. El otro tipo trepó a la cabina y se colocó al volante, mientras Ray se quedaba en la parte trasera con ella. Tenía el cuchillo en la mano y, como era de esperar, no la dejó vestirse.

Lo que sucedió a partir de ese momento ya no lo recordaba tan bien. Estaba en la parte trasera de una furgoneta, a oscuras, prácticamente no veía nada y seguían conduciendo. No tenía ni idea de adónde se dirigían. Ray empezó a hacerle más preguntas sobre drogas, estaba entusiasmado con el tema: le dijo que los yonquis se buscaban la muerte, que la droga era un viaje letal y que todos, sin excepción, deberían encontrar esa muerte que buscaban.

La obligó a chupársela. Mejor así, se dijo, al menos él se callaría y ella estaría, bueno, *haciendo* algo.

Y entonces aparcaron de nuevo, a saber dónde. Hubo mucho sexo. Se turnaron para follársela, y así estuvieron durante mucho tiempo. A ratos se sentía aturdida, como si no estuviera allí al cien por cien. Estaba bastante segura de que ninguno de los dos se corrió. Se habían corrido los dos la primera vez, en la calle Veinticuatro o donde fuera, pero ahora era como si no quisieran correrse, como si creyeran que eso les estropearía la diversión. Se lo hicieron por..., bueno, los lugares tradicionales; pero, además de determinadas parte de su anatomía, también le metieron otras cosas. No sabía muy bien qué clase de cosas habían utilizado. En algunos momentos le habían hecho daño y en otros no. Lo que le hacían era espantoso, horrible, pero entonces recordó algo. Hasta entonces no lo había recordado, pero hubo un momento en que se sintió en paz.

Porque, por así decirlo, supo que iba a morir. No es que ella quisiera morir, porque no era así, no quería morir en absoluto, pero por algún motivo pensó que eso era justo lo que iba a ocurrir, que eso era todo lo que iba a ocurrir. Y entonces pensó que podría soportarlo. Que podría vivir con ello, vamos, lo cual era absurdo, porque de eso se trataba precisamente: de que si se moría, no podía vivir.

«Vale, puedo soportarlo». Así, sin más.

Y entonces, justo cuando ya lo había aceptado, cuando empezaba a disfrutar de la sensación de paz, Ray dijo:

—¿Sabes qué, Pammy? Vas a tener una oportunidad. Te vamos a dejar vivir.

A continuación se pusieron a discutir entre ellos, porque el otro hombre quería matarla, pero Ray le dijo que podían dejarla marchar, que no era más que una puta, y que las putas no le importaban a nadie.

Pero no era una puta cualquiera, dijo Ray. Tenía el mejor par de tetas de toda la calle.

—¿Te gustan, Pammy? —le preguntó—. ¿Estás orgullosa de tus tetas?

No supo qué era lo que tenía que contestar.

—¿Cuál te gusta más? Vamos, a ver, pinto pinto gorgorito, Pammy. Pammy —añadió canturreando, como un niño travieso—, elige una tetita, Pammy. ¿Cuál te gusta más?

Y entonces vio que tenía algo en la mano, una especie de cerco de alambre, que despedía un brillo cobrizo en la penumbra.

—Elige la que quieras quedarte, Pammy. Una para ti y la otra para mí. Es justo, ¿no, Pammy? Tú te quedas una y yo me llevo la otra. Te dejo elegir, Pammy. Tienes que elegir, putita, tienes que decidirte por una. Es la decisión de Pammy, como en *La decisión de Sophie*, ¿te acuerdas? Pero ella tenía que elegir entre críos y tú entre tetas, Pammy, y será mejor que te decidas ya o me las llevo las dos.

Dios, estaba loco, pero ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Cómo iba a elegir entre sus pechos? Tenía que existir la forma de ganar aquel juego, pero a ella no se le

ocurría cuál era.

—Mira, mira... Las toco y se te ponen los pezones duros. Te pones cachonda incluso cuando estás asustada, incluso cuando estás llorando, zorra. Elige una, Pammy. ¿Cuál te quedas? ¿Esta? ¿O mejor esta? ¿A qué esperas, Pammy? ¿Intentas ganar tiempo? ¿O es que quieres que me enfade? Vamos, Pammy. Vamos. Toca la que quieras quedarte.

Dios, ¿qué se suponía que debía hacer?

—¿Esta? ¿Estás segura, Pammy?

Dios...

—A mí me parece una buena elección, una elección excelente. Así que esa para ti y esta para mí. Un trato es un trato. Los negocios son los negocios. No vale echarse atrás, Pammy.

El alambre formaba un círculo en torno al pecho y tenía una especie de asa en cada uno de los extremos, como las que meten bajo el cordel de un paquete para poder cargarlo. Ray sujetó las asas, separó ambas manos y...

Y Pam sintió como si hubiera abandonado su cuerpo, tal cual, como si se hubiera vuelto incorpórea y flotara en el aire por encima de la furgoneta, como si pudiera ver a través del techo... y desde allí vio cómo el alambre le atravesaba la carne como si esta fuera líquida, vio cómo el pecho se separaba lentamente del resto de su cuerpo, vio cómo empezaba a manar la sangre.

Y siguió allí mirando, hasta que la sangre le tapó por completo la visión, hasta que todo se fue oscureciendo cada vez más y, por último, el mundo se volvió negro.

Kelly no estaba en su mesa. El hombre que me cogió el teléfono en la Brigada de Homicidios de Brooklyn me dijo que podía intentar que le mandaran un mensaje al busca, si era importante. Le dije que era importante.

Cuando sonó el teléfono, lo cogió Elaine.

—Un segundo —respondió, al tiempo que asentía.

Le cogí el teléfono y saludé a Kelly.

—Mi padre se acuerda de ti. Me ha dicho que eras un tipo muy entusiasta.

—Ya, bueno. Eso fue hace mucho tiempo.

—Eso mismo ha dicho mi padre. ¿Qué es tan importante para que me manden un mensaje al busca en mitad de una comida?

—Tengo una pregunta sobre Leila Álvarez.

—Que tienes una pregunta, dices. Ya suponía que tenías algo para mí.

—Sobre la intervención que le practicaron.

—«Intervención». ¿Es así como quieres llamarlo?

—¿Sabes qué utilizaron para amputarle el pecho?

—Claro, una puta guillotina. ¿A qué vienen ahora esas preguntas, Scudder?

—¿Podrían haber usado un trozo de alambre? Cuerda de piano, digamos, utilizada más o menos como si fuera una especie de garrote vil.

Se produjo una larga pausa y me pregunté si lo habría dicho mal y no me había entendido. Luego oí de nuevo su voz, tensa:

—¿Qué coño me estás ocultando?

—Solo hace diez minutos que te lo oculto y de esos diez, me he pasado cinco esperando a que me devolvieras la llamada.

—De puta madre. ¿Qué tienes, amigo?

—Leila Álvarez no fue su única víctima.

—Eso ya me lo habías dicho. También está Gotteskind. Leí el expediente y creo que tienes razón, pero ¿qué tiene que ver la cuerda de piano con Gotteskind?

—Hay otra víctima —dije—. Violada, torturada, y un pecho amputado. La diferencia es que está viva. Me he imaginado que querrías hablar con ella.

Drew Kaplan dijo:

—*Pro bono*, ¿eh? ¿Sabrías decirme por qué esas son las dos únicas palabras en latín que conoce todo el mundo? Después de terminar Derecho en Brooklyn, había aprendido el suficiente latín como para abrir mi propia iglesia. *Res gestae, corpus juris, lex talionis*. Pero nunca le oigo esas expresiones a nadie. Solo *pro bono*. ¿Sabes qué significa *pro bono*?

—Estoy convencido de que tú me lo vas a explicar.

—La expresión completa es *pro bono publico*. Por el bien público. Que es el motivo por el cual las grandes firmas de abogados utilizan la frase para referirse a la irrisoria cantidad de trabajo legal que se dignan emprender en favor de las causas en las que creen, para así acallar la conciencia, comprensiblemente avergonzada por el hecho de que dedican más del noventa por ciento de su tiempo a oprimir a los pobres y cobrarles un mínimo de doscientos dólares la hora por ello. ¿Por qué me miras así?

—Creo que es la frase más larga que te he oído pronunciar jamás.

—Qué descaro. Señorita Cassidy, como abogado suyo, es mi deber advertirle de que no se relacione con individuos como este caballero. Matt, en serio, la señorita Cassidy reside en Manhattan, es víctima de un delito que se produjo hace nueve meses en el barrio de Queens. Yo no soy más que un pobre abogado cuyo modesto despacho se encuentra en Court Street, en Brooklyn. Así que, si me permites que te lo pregunte, ¿qué pinto yo en este asunto?

Estábamos en su modesto despacho y todas aquellas bromas no eran más que su forma de romper el hielo, pues ya sabía por qué Pam necesitaba que un abogado de Brooklyn estuviera presente mientras la interrogaba un detective de la Brigada de Homicidios de Brooklyn. De hecho, yo ya le había explicado con todo lujo de detalles la situación a Kaplan, por teléfono.

—Te llamaré Pam —dijo Kaplan—, ¿te parece bien?

—Claro.

—¿O prefieres Pamela?

—No, Pam me parece bien. Mientras no me llame Pammy...

A Kaplan se le pasó por alto el significado especial de aquel nombre.

—Pam, entonces. Pam, antes de que tú y yo vayamos a ver al agente Kelly... ¿Es agente, Matt? ¿O detective?

—Detective John Kelly.

—Antes de que nos reunamos con el amable detective, vamos a aclarar un par de cosas. Eres mi cliente: eso significa que no quiero que te interrogue nadie a menos que yo esté a tu lado. ¿Lo entiendes?

—Claro.

—Y eso incluye a todo el mundo: policía, prensa y reporteros de televisión que te planten un micro en la cara. «Hablen ustedes con mi abogado». A ver cómo lo dices.

—Hablen ustedes con mi abogado.

—Perfecto. Si te llama alguien por teléfono y te pregunta qué tiempo hace en la calle, ¿qué le contestarás?

—«Hable usted con mi abogado».

—Vale, lo has pillado. Una cosa más. Te llama un tío por teléfono y te dice que están realizando una promoción especial y que acabas de ganar un viaje gratis a Isla

Paraíso, en las Bahamas. ¿Qué le dices?

—«Hable usted con mi abogado».

—No, a ese le puedes decir que se vaya a la mierda. Pero a cualquier otra persona del mundo, le dices que hable con tu abogado. Bueno, ahora repasaremos algunos detalles, pero en general solo debes responder a las preguntas cuando yo esté a tu lado, y solo si están relacionadas con el horrible delito del que has sido víctima. Tus orígenes, tu vida antes y después del incidente... Todo eso no es asunto de nadie. Si surge una línea de interrogación con la que no estoy de acuerdo, te interrumpiré para que no contestes. En el caso de que yo no te haya dicho nada pero, por el motivo que sea, te sientas incómoda ante alguna pregunta, no la contestes. Dices que quieres hablar en privado con tu abogado. «Quiero hablar en privado con mi abogado». A ver cómo lo dices.

—Quiero hablar en privado con mi abogado.

—Excelente. La cuestión es que no se te acusa de nada ni se te va a acusar de nada, así que para empezar les estás haciendo un favor, cosa que nos sitúa en la mejor posición. Bien, ahora vamos a repasar la historia una vez más mientras tenemos aquí a Matt, y luego tú y yo nos vamos a ver al detective John Kelly. Cuéntame cómo contactaste con Matthew Scudder para que encontrara a los hombres que te habían secuestrado y agredido.

Habíamos trabajado en los detalles antes incluso de que yo llamara a John Kelly o a Drew Kaplan. Necesitábamos una historia que convirtiera a Pam en la persona que había iniciado la investigación y dejara al margen a Kenan Khoury. Elaine, Pam y yo le estuvimos dando vueltas al asunto, y esto fue lo que se nos ocurrió:

Nueve meses después de los hechos, Pam estaba intentando seguir adelante con su vida. Le resultaba especialmente difícil por el miedo que tenía a que los mismos hombres volvieran a atacarla. Incluso había pensado en marcharse de Nueva York para alejarse de ellos, pero sabía que el miedo la acompañaría por muy lejos que se fuera.

En fechas recientes había estado con un hombre al cual le había contado cómo había perdido el pecho. El tipo en cuestión, un hombre respetable y casado cuyo nombre no estaba dispuesta a revelar bajo ningún concepto, se había compadecido de ella, impresionado por la historia. Le había dicho a Pam que no podría descansar tranquila hasta que pillaran a aquellos tipos y que, en el caso de que resultara imposible encontrarlos, el simple hecho de tomar alguna medida para dar con ellos y entregarlos a la justicia la ayudaría a recuperarse emocionalmente. Dado que la policía había tenido tiempo de sobra para investigar y, obviamente, no había conseguido nada, el hombre le recomendó que contratara a un investigador privado que pudiera dedicar todo su tiempo al caso, en lugar de practicar la clase de selección

criminológica que se exigía a la policía.

De hecho, él conocía a un detective en el cual confiaba, porque el tipo sin nombre había sido cliente mío en el pasado. Él la había puesto en contacto conmigo y, además, se había ofrecido a pagar mis honorarios y los gastos, siempre y cuando su papel en todo este asunto no se hiciera público jamás, bajo ningún concepto.

Tras un par de entrevistas con Pam, yo había llegado a la conclusión de que la forma más práctica de enfocar el caso era asumir que ella no había sido la única víctima. El hecho de que los dos tipos hubieran discutido acerca de si debían matarla o no, hacía pensar que ya habían cometido algún homicidio con anterioridad. Por tanto, yo había recurrido a distintas tácticas pensadas para encontrar pruebas de otros crímenes cometidos por aquellos dos hombres, ya fuera antes o después de la mutilación que había sufrido mi clienta.

Tras una intensa búsqueda en la biblioteca, había dado con dos casos que parecían encajar, los de Marie Gotteskind y Leila Álvarez. En el caso Gotteskind se había producido un secuestro con furgoneta y, tras investigar un poco más a través de canales no tan convencionales, había descubierto que la víctima también había sufrido amputaciones. El caso Álvarez parecía otro probable secuestro y coincidía con el de Pam en otro aspecto: a la víctima la habían abandonado en un cementerio. (A Pam la habían dejado en el cementerio de Mount Zion, en Queens). Al descubrir el jueves anterior que la mutilación que había sufrido Álvarez, de la cual la prensa no había dado detalles, era idéntica a la que había sufrido mi clienta, me había parecido obvio que se trataba de los mismos asesinos.

¿Que por qué no le había dicho nada a Kelly en aquel momento? En primer lugar, porque éticamente no podía hacer tal cosa sin el consentimiento de mi clienta, así que me había pasado el fin de semana tratando de convencerla y preparándola para lo que tendría que afrontar. Y en segundo lugar, porque quería comprobar si había picado algo en los otros anzuelos que había lanzado.

Uno de esos anzuelos era la historia de un telefilme, que mi amiga Elaine les había contado a varias unidades de delitos sexuales de la ciudad, con la esperanza de encontrar a alguna víctima que hubiera sobrevivido. Varias mujeres habían llamado y, aunque ninguna de ellas parecía encajar ni de lejos, yo había querido esperar hasta el lunes para abandonar esa línea de investigación de manera definitiva.

Curiosamente, Pam había recibido la llamada de una mujer de la unidad de Queens. La mujer en cuestión le había dicho que tal vez estuviera interesada en llamar a la tal señorita Mardell y averiguar un poco más de qué iba la historia. En aquel momento, Pam no tenía ni idea de que nosotros habíamos puesto en marcha aquella táctica, así que se había mostrado bastante insegura al hablar por teléfono con aquella mujer, pero luego nos habíamos reído mucho los tres al comentarme Pam lo de la llamada y descubrir quién era en realidad el supuesto productor de telefilmes.

A esas alturas, lunes por tarde, yo ya no veía motivos para seguir ocultando información a la policía, pues haciendo tal cosa lo único que conseguíamos era obstaculizar la investigación de ambos homicidios y, por otro lado, a mí ya no me quedaba ninguna pista útil que seguir. Había conseguido venderle ese razonamiento a Pam, que era bastante reacia a dejarse interrogar de nuevo por la policía. Sin embargo, se había mostrado más confiada cuando yo le había dicho que tendría un abogado que velara por sus intereses.

Y, sin más, ellos se iban a ver a Kelly y yo daba por finalizada mi búsqueda de asesinos sexuales. Punto final.

—Creo que funcionará —le dije a Elaine—, pues lo abarca todo, todas las actividades que he puesto en marcha desde que recibí la primera llamada, excepto todo lo que tiene que ver con Kenan Khoury. Nada de lo que Pam cuente a la poli los puede conducir a mi investigación en Atlantic Avenue, ni a los juegos de ordenador que anoche pusieron en práctica los Kong. Pam no sabe nada de todo eso, así que no podría meter la pata ni aunque quisiera. Nunca ha oído hablar de Francine, ni de Kenan Khoury. Ahora que lo pienso, creo que ni siquiera sabe qué pinto yo en el caso. Lo único que sabe es su tapadera.

—A lo mejor se la cree.

—Se la creerá en cuanto empiece a contarla. Kaplan ha dicho que sonaba convincente.

—¿A él le has contado la verdadera historia?

—No, no tenía motivos para hacer tal cosa. Kaplan sabe que la historia que tiene no está completa, pero le resulta lo bastante cómoda. Lo importante es que no permita que los polis la tomen con ella y se interesen más por mi papel en el caso que por averiguar quién lo hizo.

—¿Serían capaces de algo así?

Me encogí de hombros.

—No sé de lo que son capaces. Anda suelto un equipo de asesinos en serie que ya llevan más de un año actuando y el Departamento de Policía de Nueva York ni siquiera sabe que existen. Que un detective se presente con información que toda la policía ha pasado por alto es algo que le va a tocar las narices a mucha gente.

—Y el mensajero pagará los platos rotos.

—No sería la primera vez. En realidad, no es que a los polis se les pasara algo obvio. Es fácil pasar por alto los asesinatos en serie, sobre todo cuando los distintos casos están repartidos entre varios distritos y barrios, y cuando los elementos unificadores son de los que no se publican en la prensa. Aun así, podrían tomarla con Pam por dejarlos en evidencia, sobre todo si tenemos en cuenta que es prostituta y que no mencionó ese pequeño detalle la primera vez.

—¿Y ahora lo va a mencionar?

—Mencionará que, de vez en cuando, se prostituía para sacarse un sobresueldo. Sabemos que tiene antecedentes, que la han multado en un par de ocasiones por prostitución y por merodear con fines sospechosos. Cuando investigaron el caso por primera vez no lo descubrieron porque ella era la víctima, así que no existía la obligación de comprobar si estaba fichada.

—Pero tú crees que tendrían que haberlo comprobado.

—Bueno, es un descuido considerable —reconocí—. Las prostitutas suelen ser un blanco fácil en estos casos porque resultan accesibles. Podrían haberlo comprobado. Tendría que ser automático, en realidad.

—Pero ahora les contará que dejó de prostituirse tras volver del hospital. Que tenía miedo de volver a la calle.

Asentí. Pam lo había dejado durante un tiempo, pues le daba pánico la idea de volver a subirse a un coche con un desconocido, pero la cabra siempre tira al monte, así que había vuelto. Al principio, se limitaba a hacerlo en coches, pues no quería desanimar ni disgustar a los posibles clientes al quitarse la blusa. Pero había acabado por descubrir que a la mayoría de los hombres no les molestaba tanto su deformidad. Algunos lo consideraban una interesante peculiaridad, y a unos cuantos incluso les excitaba muchísimo, por lo que habían acabado por convertirse en clientes regulares.

Pero nadie tenía por qué saber todo eso. Así, les contaría a los polis que trabajaba como camarera en un par de locales del barrio, cobrando en negro, y que más o menos la mantenía el anónimo benefactor que la había puesto en contacto conmigo.

—¿Y tú qué? —me preguntó Elaine—. ¿No tienes que ir a ver a Kelly para hacer una declaración?

—Supongo, pero no hay prisa. Mañana hablaré con él y ya veré si necesita algo oficial de mí. En realidad, no tengo nada para él, porque tampoco es que haya destapado ninguna prueba. Me he limitado a descubrir vínculos hasta ahora invisibles entre los tres casos.

—Entonces, ¿se ha terrminado la guerra, *mein Kapitän*?

—Eso parece.

—Me imagino que estarás agotado. ¿Quieres ir a la habitación a echarte un rato?

—Prefiero estar despierto, para recuperar el horario de sueño normal.

—Lo entiendo. ¿Tienes hambre? Ay, Señor, pero si no has comido nada desde el desayuno, ¿verdad? Siéntate, voy a preparar algo.

Comimos ensalada variada y un enorme plato de lacitos con ajo y aceite. Nos sentamos a la mesa de la cocina y, después, Elaine preparó un té para ella y un café para mí. Nos fuimos al salón y nos sentamos en el sofá. En un momento determinado, Elaine dijo algo desacostumbradamente vulgar y, al ver que yo me echaba a reír, me

preguntó qué era lo que me parecía tan divertido:

—Me encanta cuando hablas como una mujer de la calle —le dije.

—Crees que es una pose, ¿no? Crees que soy una delicada flor de invernadero, ¿verdad?

—No, te considero la rosa del Harlem hispano.

—Me preguntó si habría podido sobrevivir en la calle —dijo, con aire pensativo—. Aunque me alegra no haber tenido la ocasión de comprobarlo, claro. Pero una cosa te voy a decir: cuando todo esto acabe, nuestra querida amiguita va a dejar las frías esquinas. Va a coger la teta que le queda y va a desaparecer de las calles.

—¿Estás pensando en adoptarla?

—No, y tampoco vamos a ser compañeras de habitación ni nos vamos a peinar la una a la otra. Pero puedo conseguirle un sitio en una casa de citas decente o enseñarle a llevar una agenda y trabajar en su propio apartamento. Si es lista, ¿sabes qué hará? Poner un par de anuncios en la revista *Screw* para hacer saber a los obsesos de las tetas que ahora pueden tener una al precio de dos. Ya te estás riendo otra vez. ¿Eso también es hablar como una mujer de la calle?

—No, pero tiene gracia.

—Vale, entonces te dejo que te rías. No sé, a lo mejor tendría que pirarme sin más y dejar que viva su vida. Pero me cae bien.

—Y a mí.

—Creo que se merece algo mejor que la calle.

—Todo el mundo se merece algo mejor —dije—. Y puede que al final salga bien parada de todo esto. Si pillan a los tíos y los juzgan, podría conseguir sus quince minutos de fama. Tiene un buen abogado, ya se preocupará él de que nadie le sonsaque la historia sin pagar.

—A lo mejor hasta ruedan un telefilme.

—Yo no lo descartaría, aunque veo difícil que Debra Winger interprete a nuestra amiga.

—No, lo más seguro es que no. Ah, ya lo tengo. A ver qué te parece... Lo que habría que hacer es buscar a una actriz que hubiera tenido que someterse a una mastectomía en la vida real. ¿Qué, te parece lo bastante *high concept* o no? ¿Te das cuenta de la idea que estaríamos transmitiendo? —dijo, al tiempo que me guiñaba un ojo—. Bueno, ha hablado mi yo del mundo del espectáculo, pero seguro que te gusta más mi personaje de mujer de la calle.

—Tendría que decidirlo a cara o cruz.

—Me parece justo. ¿Matt? ¿Te molesta trabajar en un caso como este y luego dejarlo en manos de la policía?

—No.

—¿En serio?

—¿Por qué iba a molestarte? No tengo ninguna excusa para quedármelo. El Departamento de Policía de Nueva York tiene recursos y personal de los que yo no dispongo. Lo he llevado hasta donde lo podía llevar, y ahí se acaba la historia. Pero estoy dispuesto a investigar la información que obtuve anoche y ver qué puedo descubrir en Sunset Park.

—No le vas a contar nada a la policía sobre Sunset Park.

—No puedo, es imposible.

—Claro. ¿Matt? Tengo una pregunta.

—Adelante.

—No sé si querrás oírla, pero yo tengo que hacerla. ¿Estás convencido de que se trata de los mismos asesinos?

—Tiene que ser así. ¿Utilizar un pedazo de alambre para amputar un pecho? ¿Una vez con Leila Álvarez y otra con Pam Cassidy? ¿Y abandonarlas a las dos en cementerios? Venga ya, en serio.

—No, doy por sentado que los tipos que atacaron a Pam son los mismos que se cargaron a Álvarez. Y a la mujer de Forest Park, la maestra.

—Marie Gotteskind.

—Pero ¿qué me dices de Francine Khoury? No la abandonaron en un cementerio y, en principio, tampoco le amputaron un pecho con un garrote vil. Y, según los testigos, los secuestradores eran tres. Si había algo de lo que Pam estaba segura es de que los agresores eran solo dos, Ray y el otro.

—Tal vez solo fueran dos en el caso Khoury.

—Pero tú dijiste...

—Ya sé lo que dije. Pero Pam también dijo que los tipos pasaron del asiento a la caja y luego de la caja al asiento. Tal vez solo parecía que eran tres personas, porque si ves a dos tipos subir a la parte trasera de una furgoneta y el vehículo arranca, asumes que había otra persona sentada delante para conducir.

—Es posible.

—Sabemos que esos tipos se cargaron a Gotteskind. Gotteskind y Álvarez están relacionadas por el tema de los dedos, amputación e inserción, y tanto a Álvarez como a Cassidy les cortaron un pecho, de lo cual se deduce que...

—Que son los mismos en los tres casos. Vale, hasta ahí te sigo.

—Bien, los testigos del caso Gotteskind también dijeron que eran tres hombres, los dos que la secuestraron y el que conducía. Pudo tratarse de una ilusión y nada más. O tal vez ese día eran tres, y también el día en que se cargaron a Francine, pero la noche en que secuestraron a Pam uno de ellos estaba en casa con la gripe.

—O en casa cascándosela —aventuró Elaine.

—Lo que sea. Podríamos preguntarle a Pam si en algún momento hablaron de un tercer hombre, tipo «a Mike le encantaría este culito» o algo así.

—A lo mejor le cortaron el pecho para llevárselo a Mike.

—«Eh, Mike, tendrías que haber visto la otra teta, la que se salvó».

—Ahórrame los detalles, ¿quieres? ¿Crees que la poli le sacará una descripción decente de esos tipos?

—Yo no he podido.

Pam había dicho que no recordaba el aspecto de los dos hombres, que cuando intentaba imaginarlos no veía más que rostros desdibujados, como si llevaran medias de nailon a modo de máscaras. Y eso había convertido la primera investigación en un ejercicio inútil cuando le habían mostrado libros llenos de fotos de delincuentes sexuales, pues Pam no sabía cómo eran los rostros que estaba buscando. Luego lo habían intentado con un experto en retratos robot, también sin éxito.

—Cuando Pam estaba aquí —dijo Elaine— me vino a la mente Ray Galindez.

Ray Galindez era agente del Departamento de Policía de Nueva York, además de artista. Poseía un asombroso talento para conectar con un testigo y realizar un retrato del agresor con un considerable parecido. Elaine tenía en la pared del cuarto de baño dos de sus bocetos, enmarcados y realzados con paspartú.

—Yo he pensado lo mismo —reconocí—, pero creo que ni él podría sacarle nada. Si hubiera trabajado con ella uno o dos días después de los hechos, tal vez habría conseguido algo, pero ya ha pasado demasiado tiempo.

—¿Y la hipnosis?

—Es posible. Supongo que ha bloqueado el recuerdo y cabe la posibilidad de que un hipnotizador pueda desbloquearlo. No sé muy bien cómo funciona el tema. Pero los jurados no suelen confiar en esas técnicas, y yo tampoco lo tengo claro.

—¿Por qué no?

—Porque creo que los testigos hipnotizados pueden crear recuerdos imaginarios movidos por un deseo de complacer. Suelo recelar de los recuerdos de incesto que tanto oigo en las reuniones, recuerdos que afloran de manera inesperada a la superficie después de veinte o treinta años. Estoy seguro de que algunos de ellos son reales, claro, pero tengo la sensación de que otros muchos no son más que pura invención de pacientes que quieren alegrarle el día a su terapeuta.

—A veces son reales.

—No lo pongo en duda. Pero otras no.

—Puede. De todas formas, te aseguro que es un trauma que está de moda. No pasará mucho tiempo antes de que las mujeres que no recuerdan haber sido víctimas de incesto en su infancia empiecen a pensar que tal vez su padre las consideraba feas. ¿Jugamos a que yo soy una niña traviesa y tú eres mi papi?

—Mejor que no.

—Qué soso eres. ¿Prefieres jugar a que soy una puta callejera, astuta y sexy, y tú estás sentado al volante de tu coche?

—¿Tengo que ir a alquilar un coche?

—Podríamos hacer ver que el sofá es el coche, pero es un poco forzado. ¿Cómo podemos arreglárnoslas para que nuestra relación siga siendo excitante y apasionada? Yo te ataría, pero ya nos conocemos. Te quedarías dormido y ya está.

—Sobre todo esta noche.

—Ya veo. ¿Jugamos a que te gustan las deformidades y a mí me falta un pecho?

—Dios no lo quiera.

—Vale, amén. No quiero *beshei*, como diría mi madre. ¿Sabes qué significa *beshei*? Creo que es el equivalente yiddish de la arrogancia, tipo «No digas eso, le vas a dar malas ideas a Dios».

—Vale, pues no lo digas.

—No. ¿Cariño? ¿Quieres que nos vayamos a la calle?

—Esa es mi chica.

El martes dormí hasta tarde y, cuando me desperté, Elaine ya se había ido. Encontré una nota en la cocina en la que me decía que podía quedarme allí todo el tiempo que quisiera. Me preparé el desayuno y vi la CNN durante un rato. Luego salí y estuve caminando más o menos una hora. Terminé frente al edificio Citicorp, justo a tiempo de la reunión de mediodía. Después me fui a ver una peli en la Tercera Avenida, después al Frick a ver unos cuantos cuadros, luego cogí un autobús hasta Lexington y llegué por los pelos a una reunión que se celebraba a una manzana de la estación Grand Central, donde los usuarios de cercanías se abrían paso hacia el vagón restaurante.

La reunión trataba sobre el undécimo paso, el que decía que había que descubrir la voluntad de Dios a través de la oración y la meditación. Durante el debate se habló incansablemente de temas espirituales. Al salir, decidí darme un lujo y coger un taxi. Pasaron dos sin detenerse y cuando el tercero se paró, apareció una mujer vestida con traje entallado y vistosa pajarita que me apartó de un codazo y me robó el taxi. No había rezado ni meditado durante la reunión, pero tampoco me costó mucho imaginar cuál era la voluntad de Dios al respecto: quería que me fuera a casa en metro.

Encontré mensajes de que me habían llamado John Kelly, Drew Kaplan y Kenan Khoury. Me sorprendió que los tres compartieran la inicial del apellido, y eso que aún no había tenido noticias de los Kong. Encontré un cuarto mensaje de alguien que no había dado su nombre, solo había dejado un número. Decidí ser un poco cruel y devolver primero la llamada anónima.

Marqué el número, pero en lugar de sonar el teléfono al otro lado, solo se oyó un tono. Decidí que se había interrumpido la comunicación y colgué, pero luego lo pillé y marqué de nuevo el número. Al escuchar el tono, introduje mi propio número y colgué.

Al cabo de cinco minutos me sonó el teléfono. Descolgué y oí la voz de TJ:

—Hola, Matt, tío, ¿qué pasa?

—Tienes un busca.

—Sorprendido, ¿eh? Tío, he ganado quinientos pavos de una tacada. ¿Qué querías que hiciera, invertirlos en un plan de ahorro? Tenían una oferta especial, el busca y los primeros tres meses de servicio por ciento noventa y nueve dólares. Si quieres uno, te acompaño a la tienda. Me aseguraré de que te traten bien.

—Prefiero esperar un poco. ¿Y qué pasa después de esos tres meses? ¿Tienes que devolver el busca?

—No, tío, es mío. Pero tengo que pagar una pasta al mes para mantener la línea. Si dejo de pagar, seguirá siendo mío, pero cuando llames no pasará nada.

—Pues no es que tenga mucho sentido quedárselo.

—Hay un montón de tíos que lo tienen. Lo llevan todo el día, pero nunca lo oyes sonar porque no pagan.

—¿A cuánto asciende la cuota mensual?

—Me lo dijeron, pero no me acuerdo. Da igual. Lo tengo claro, tío, cuando hayan pasado esos tres meses tú me estarás pagando la cuota esa solo para tenerme a tu entera disposición.

—¿Y por qué iba a hacer yo eso?

—Porque soy indispensable, tío. Soy un factor clave para tu negocio.

—Porque eres imaginativo.

—¿Lo ves? Ya lo vas pillando.

Llamé a Drew, pero no estaba en el despacho y no quería molestarlo en casa. No llamé a Kenan Khoury ni a John Kelly, pues pensé que podían esperar. Bajé a la cafetería de la esquina para comer un trozo de pizza y tomarme un Coca-Cola y luego me fui a San Pablo para la tercera reunión del día. No recordaba la última vez que había asistido a tantas reuniones en un solo día, pero desde luego ya hacía bastante.

No era porque sintiera la tentación de beber. De hecho, la idea de beber nunca había estado más lejos de mi mente. Tampoco me sentía acosado por los problemas, ni me costaba tomar decisiones.

Sin embargo, me daba cuenta de que estaba experimentando una sensación de vacío, de agotamiento. La noche de picos pardos en el Frontenac me había pasado factura, aunque había mitigado los efectos con un par de comidas abundantes y nueve horas de sueño seguidas. Pero el caso aún me afectaba mucho. Había trabajado duro, me había dejado absorber por completo y, ahora, todo había terminado.

Aunque, en realidad, nada había terminado. Aún no se había identificado a los asesinos, y de detenerlos, nada de nada. Yo había realizado una, en mi opinión, excelente labor detectivesca que había producido resultados más que notables, pero el caso no estaba, ni de lejos, cerrado. Así que el agotamiento que sentía no formaba parte de la maravillosa sensación que se tiene al concluir algo. Estuviera cansado o no, debía cumplir ciertas promesas. Y me quedaba mucho camino por recorrer.

Así que acudí a otra reunión, porque allí me sentía seguro y tranquilo. Hablé con Jim Faber durante el descanso y salí con él cuando terminó la reunión. Jim no disponía de tiempo para tomar un café, pero lo acompañé un buen trecho camino de su casa y terminamos charlando en una esquina durante varios minutos. Luego me fui al hotel y, una vez más, no llamé a Kenan Khoury, pero sí a su hermano. Su nombre había surgido en la conversación con Jim, pues ninguno de los dos recordaba haberlo visto durante la última semana. Así que marqué el número de Pete, pero no obtuve respuesta. Luego llamé a Elaine y charlamos durante unos minutos. Me comentó que Pam Cassidy la había llamado para decir que no iba a llamar. Dicho de otra manera,

que Drew le había pedido que de momento interrumpiera todo contacto con Elaine y conmigo. Quería que Elaine lo supiera para que no se preocupara.

Lo primero que hice al día siguiente por la mañana fue llamar a Drew. Me dijo que había ido todo bastante bien y que Kelly le había parecido un tipo un poco cerril, pero no irracional.

—Si tienes que pedir un deseo —dijo—, pide que ese tipo sea rico.

—¿Kelly? Uno no se hace rico en Homicidios. No es que se maten a trabajar...

—No, hombre, Kelly no. Ray.

—¿Quién?

—El asesino —aclaró—. El tío del alambre, por favor. ¿Es que no escuchas ni a tus propios clientes?

Pam no era mi cliente, pero Drew no lo sabía. Le pregunté de qué leches servía desear que Ray fuera rico.

—Para demandarlo y dejarlo en la puta ruina.

—Yo preferiría más bien verlo encerrado de por vida.

—Sí, es lo mismo que quiero yo —admitió Drew—, pero los dos sabemos lo que puede pasar en un juzgado de lo penal. Pero sí hay algo que te puedo prometer, es que si tenemos la suerte de que procesen a ese hijo de puta, le voy a interponer una demanda civil y le voy a quitar hasta el último centavo. Pero eso solo servirá de algo si el tipo tiene pasta.

—Nunca se sabe —dije.

Lo que yo sí sabía es que en Sunset Park no vivían precisamente muchos millonarios, pero no quería hablarle a Drew de Sunset Park. Por otro lado, tampoco tenía motivos para dar por sentado que los dos tipos —o los tres tipos, en el caso de que al final se tratara de tres— vivieran allí. Por lo que yo sabía, Ray podía estar viviendo tranquilamente en una *suite* del Pierre.

—Me gustaría de verdad poder demandar a alguien —dijo—. A lo mejor esos cabrones utilizaron un camión de empresa. Me gustaría poder dar con algún demandado subsidiario, porque así al menos podría conseguirle una indemnización decente. Se lo merece, después de todo lo que ha tenido que pasar.

—Y, de esa manera, tu tarea *pro bono* resultaría además rentable, ¿no?

—¿Y? ¿Qué tiene eso de malo? De todas formas, he de decirte que mi objetivo en esto no es el propio interés. De verdad.

—Vale.

—Es una buena chica —dijo—. Es fuerte y tiene agallas, de acuerdo, pero tiene un aura de inocencia... ¿Sabes lo que quiero decir?

—Lo sé.

—Y esos hijos de puta se cebaron con ella. ¿Te ha enseñado lo que le hicieron?

—Me lo ha contado.

—A mí también me lo ha contado, pero además lo he visto. Pensaba que estaba preparado porque sabía lo que le habían hecho, pero créeme, el impacto visual fue espeluznante.

—¿En serio? —pregunté—. ¿Y también te enseñó lo que le quedaba, para que pudieras apreciar mejor la magnitud de la pérdida?

—Estás enfermo, ¿sabes?

—Sí, lo sé —admití—. Todo el mundo me lo dice.

Llamé al despacho de John Kelly y me dijeron que estaba en los juzgados. Cuando le di mi nombre al poli que había cogido el teléfono, me dijo:

—Ah, seguro que quiere hablar con usted. Deme su número y le mando un mensaje al busca.

Algo más tarde, Kelly me devolvió la llamada y acordamos vernos en un sitio llamado The Docket, justo en la esquina del Borough Hall. Era un sitio nuevo para mí, pero se parecía a otros muchos sitios que conocía en el bajo Manhattan, bares restaurante con una clientela formada básicamente por polis y abogados, y una decoración con muchos detalles dorados, mucho cuero y mucha madera oscura.

Kelly y yo no nos conocíamos en persona, detalle que ninguno de los dos había mencionado cuando habíamos acordado vernos, pero en realidad no me costó mucho reconocerlo: era igual que su padre.

—No sé cuántas veces me lo habrán dicho en mi vida.

Cogió su cerveza de la barra y nos dirigimos a una mesa del fondo. Nuestra camarera tenía la nariz respingona y un buen humor contagioso, y además conocía a mi acompañante. Cuando él le preguntó por el pastrami, le respondió:

—No es lo bastante magro para ti, Kelly. Pide el rosbif.

Pedimos bocadillos de rosbif: dos rebanadas de pan de centeno y, entre ellas, un montón de finas lonchas de carne. Lo acompañamos todos con crujientes patatas fritas y una salsa de rábanos, tan picante que habría hecho llorar a una estatua.

—Está bien este sitio —reconocí.

—Es insuperable. Siempre vengo aquí a comer.

Kelly se bebió una segunda botella de Molson's con el sándwich. Yo pedí una gaseosa de vainilla y, cuando la camarera me dijo que no con la cabeza, pedí una Coca-Cola. A Kelly no se le pasó por alto el detalle, aunque en ese momento no dijo nada. Después de que la camarera nos trajera las bebidas, dijo:

—Antes bebías.

—¿Te lo ha dicho tu padre? En la época en que nos conocíamos, yo tampoco bebía tanto.

—No me lo ha dicho mi padre. Hice una cuantas llamadas, estuve preguntando por ahí... He oído decir que tuviste problemas con la bebida y que luego lo dejaste.

—Podríamos decirlo así.

—Alcohólicos Anónimos, ¿no? Una estupenda organización, por lo que cuentan.

—Tiene sus cosas buenas. Pero no es el mejor sitio para tomarse una copa como Dios manda.

Tardó un par de segundos en darse cuenta de que estaba bromeando. Al final se echó a reír y dijo:

—¿Es ahí donde lo conociste? Al novio misterioso, quiero decir.

—No voy a contestar a eso.

—No piensas contarme nada sobre él.

—No.

—De acuerdo, no te voy a dar la paliza con ese tema. Has conseguido que ella venga, eso lo tengo que admitir. No es que me entusiasme ver llegar a un testigo de la mano de su abogado, pero si tenemos en cuenta las circunstancias, creo que es lo mejor para ella. Y Kaplan no es que sea un sinvergüenza. Si puede, te hace quedar como un payaso en los tribunales, pero qué cojones, es su trabajo, y todos los abogados son así. Qué le vamos a hacer, no podemos colgar a todos los abogados, ¿verdad?

—Pues a mucha gente no le parecería tan mala idea.

—Estás hablando de la mitad de los aquí presentes —me advirtió—. La otra mitad son fiscales. Pero qué cojones... Kaplan y yo hemos acordado mantener el tema en secreto en lo relativo a la prensa. Y estaba convencido de que a ti te parecería bien.

—Desde luego.

—Si tuviéramos un buen retrato robot de los dos autores, la cosa sería distinta, pero la chica se entrevistó con un retratista y lo máximo que averiguamos fue que los tipos tienen dos ojos, una nariz y una boca. No está muy segura en cuanto a las orejas, cree que tenían dos cada uno, pero no pondría la mano en el fuego. Es como publicar una foto de un *smiley* en la página cinco del *Daily News* con la leyenda: «¿Ha visto a este hombre?». Lo que tenemos ahora es un vínculo entre tres casos, que ahora consideramos de manera oficial como asesinatos en serie, pero ¿crees que conlleva alguna ventaja hacer público el asunto? Además, ¿qué vamos a conseguir acojonando a la gente?

No alargamos mucho la comida. Kelly tenía que estar de vuelta a las dos para testificar en el juicio de un asesinato relacionado con las drogas, que era precisamente la clase de tarea que le impedía aligerar un poco el papeleo de su mesa.

—Y lo más chungo —dijo— es que al final te importa un huevo que se maten entre ellos. Ni siquiera te apetece matarte a trabajar para que los trinquen. Ojalá legalizaran las drogas de una puta vez, y te juro por Dios que ni se me pasaba por la

cabeza que algún día pudiera decir algo así.

—A mí me sorprende que un poli pueda decir algo así.

—Pues ahora no se habla de otra cosa. Los polis, los agentes de la DEA... Todo el mundo. Aún quedan agentes de la DEA que repiten la misma cantinela: «Le estamos ganando la partida a las drogas, dadnos las herramientas necesarias y lo conseguiremos». No sé, a lo mejor se lo creen, pero en mi opinión les saldría más a cuenta creer en el Ratoncito Pérez. Al menos de vez en cuando podrían encontrarse alguna monedita debajo de la almohada.

—¿Cómo puedes justificar que legalicen el *crack*?

—Lo sé, es una mierda. Mi favorita es el polvo de ángel. Un tipo que por lo general es pacífico se coloca y luego entra en una especie de trance y se vuelve violento. Horas más tarde se despierta y resulta que alguien ha muerto y que él no se acuerda de nada, ni siquiera recuerda si le ha molado estar colocado. ¿Que si me gustaría que vendieran droga en la tienda de chuches de la esquina? Joder, claro que no, pero ¿venderían más droga de la que venden ahora mismo, en plena calle y delante de esa misma tienda de chuches?

—No lo sé.

—No lo sabe nadie. De hecho, hoy en día ya no se vende tanto polvo de ángel, pero no es porque la gente pase de esa droga, sino porque el *crack* está acaparando el mercado del polvo de ángel. Así que nos llegan buenas noticias desde el mundo de las drogas, amigos del deporte: el *crack* nos está ayudando a ganar la guerra.

Pagamos a medias y, ya en la acera, nos estrechamos la mano. Accedí a contactar con él si se me ocurría algo que él debiera saber, y él dijo que me informaría si conseguían averiguar algo sobre el caso.

—Te aseguro que le vamos a dedicar recursos —me dijo—. Hay que sacar a esos tipos de la calle como sea.

Le había dicho a Kenan Khoury que pasaría por su casa más tarde, así que me dirigí hacia allá. The Docket está en Joralemon Street, justo donde Brooklyn Heights empalma con Cobble Hill. Me dirigí hacia el este, hasta Court Street, y luego bajé por Court hasta Atlantic, y pasé por delante del bufete de Drew Kaplan y del restaurante sirio al que había ido con Peter Khoury. Doblé por Atlantic para poder pasar por delante de Ayoub's y visualizar el secuestro *in situ*, que era otra de las expresiones latinas que Drew podía meter en una misma frase con *pro bono*. Pensé en coger un autobús para dirigirme al sur, pero justo en el momento en que llegué a la Cuarta Avenida vi el autobús que se alejaba de la parada y pensé que hacía un radiante día de primavera y que estaba disfrutando del paseo.

Caminé durante un par de horas. En realidad, no había planeado ir andando hasta Bay Ridge, pero eso fue lo que acabé haciendo. Al principio pensé en recorrer ocho o

diez manzanas y luego pillar el primer autobús que pasara por allí; pero, al llegar a la primera de las calles numeradas, me di cuenta de que estaba solo a un kilómetro y medio del cementerio de Green-Wood. Giré en la Quinta Avenida y me dirigí al cementerio. Entré y estuve paseando unos diez o quince minutos entre las tumbas. La hierba resplandecía como no resplandece nunca excepto a principios de la primavera y, junto a las lápidas, ya habían brotado muchas de las flores propias de la estación, que hacían compañía a otras flores depositadas en jarrones.

El cementerio ocupa una vasta extensión de terreno y yo no tenía ni idea de en qué parte de él se había abandonado y descubierto el cadáver de Leila Álvarez, aunque era posible que las noticias publicadas en la prensa especificaran ese detalle. Si era así, a mí ya se me había olvidado pero, de todas formas, ¿acaso importaba? Tampoco iba a averiguar nada tratando de sintonizar con las vibraciones que emitiera el rincón de césped en el que la habían encontrado. Estoy dispuesto a aceptar que algunas personas son capaces de trabajar así, que pueden utilizar ramitas de sauce para encontrar objetos perdidos o niños desaparecidos, incluso que hay quien puede ver auras que escapan a mi campo de visión (aunque no estaba muy seguro de que ese fuera el caso de la amiguita de Danny Boy). Pero yo no soy de esas personas.

Aun así, el simple hecho de estar en un sitio puede hacer que encaje una idea, puede facilitar una conexión mental que, de otra forma, no se habría establecido nunca. ¿Quién sabe cómo funciona ese proceso?

Tal vez fui allí en busca de alguna conexión con aquella chica, Álvarez. O tal vez solo fui al cementerio porque me apetecía pasear durante unos minutos sobre la hierba verde y contemplar las flores.

Entré en el cementerio por la calle Veinticinco y salí casi un kilómetro más al sur, en la calle Treinta y cuatro. Para entonces, ya había cruzado todo Park Slope y estaba en el extremo norte del sector de Sunset Park, apenas a un par de manzanas del pequeño parque que daba nombre al barrio.

Me dirigí hacia el parque y lo crucé. Y luego, una a una, recorrí las seis cabinas que se habían utilizado para llamar a casa de los Khoury, empezando por la que estaba en New Utrecht Avenue con la calle Cuarenta y uno. La que más me interesaba era la que se hallaba en la Quinta Avenida, entre las calles Cuarenta y nueve y Cincuenta: era el teléfono que habían utilizado en dos ocasiones, el que según imaginaba yo se hallaba más cerca de su base de operaciones. A diferencia de los otros teléfonos, no estaba situado en la calle, sino junto a la entrada de una lavandería automática abierta las veinticuatro horas.

En el interior del establecimiento vi a dos mujeres. Las dos eran gordas. Una de ellas estaba doblando la ropa limpia, mientras la otra se sentaba en una silla, inclinada contra la pared de cemento, leyendo un ejemplar de la revista *People* en cuya portada

aparecía una foto de Sandra Dee. Ninguna de la dos le prestaba la menor atención a la otra, como tampoco me la prestaron a mí. Introduje una moneda en el teléfono y llamé a Elaine. Cuando descolgó, le pregunté:

—¿Todas las lavanderías automáticas tienen teléfono? O sea, ¿es algo normal, se encuentra un teléfono público en cualquier lavandería automática?

—¿Tienes la menor idea de los años que me he pasado esperando a que me hicieras esa pregunta?

—¿Y bien?

—Me resulta halagador que creas que lo sé todo, pero debo confesarte algo: hace años que no pongo los pies en una lavandería automática. De hecho, creo que nunca he pisado una, porque tenemos lavadoras en el sótano. Así que no puedo responder a tu pregunta, pero puedo hacerte yo una. ¿Por qué?

—La noche del secuestro, dos de las llamadas a Khoury se hicieron desde un teléfono público en una lavandería automática de Sunset Park.

—Que es justo donde te encuentras ahora mismo. Me estás llamando desde ese teléfono.

—Exacto.

—¿Y? ¿Qué más da que las lavanderías automáticas tengan o no teléfono? No, no me lo digas, a ver si lo adivino. No, no soy capaz de adivinarlo. ¿Por qué?

—Estaba pensando que tienen que vivir muy cerca de aquí, si se les ocurrió usar este teléfono. No se ve desde la calle, así que a menos que uno viva a una o dos manzanas de aquí, no se le ocurriría utilizar este teléfono si tuviera que hacer una llamada. A menos que todas las lavanderías automáticas del mundo tengan teléfono.

—Bueno, no sé qué decirte de las lavanderías automáticas, pero nosotros no tenemos teléfono en el sótano. ¿Tú dónde haces la colada?

—¿Yo? Tengo una lavandería justo en la esquina.

—¿Y tienen teléfono?

—No lo sé. Yo les dejo la ropa por la mañana y la recojo por la noche, si me acuerdo. Ellos lo hacen todo: les llevo la ropa sucia y me la devuelven limpia.

—Seguro que no la separan por colores.

—¿Qué?

—Déjalo.

Salí de la lavandería automática y me tomé un *café con leche*<sup>[6]</sup> en el bar cubano de la esquina. Aquel hijo de puta había usado ese teléfono. Me encontraba muy cerca de él.

Tenía que vivir en aquel barrio. Y no en cualquier parte del barrio, sino a una o dos manzanas de la lavandería automática, como mucho. No me resultó difícil empezar a creer que podía percibir su presencia en un radio de unos pocos centenares de metros, aunque en realidad eso era una gilipollez. No me hacía falta captar

vibraciones, lo único que tenía que hacer era tratar de imaginar qué había ocurrido.

La habían empezado a seguir cuando ella había salido de casa, habían ido tras ella hasta D'Agostino's, habían aguardado mientras el empleado le llevaba la compra al coche y luego la habían seguido hasta Atlantic Avenue. La habían secuestrado justo cuando salía de Ayoub's y se habían marchado de allí, con Francine en la parte trasera de la furgoneta. Pero ¿adónde habían ido?

A cualquier sitio. Una bocacalle en Red Hook, un callejón detrás de algún almacén, un garaje...

Existía un lapso de varias horas entre el secuestro y la primera llamada telefónica, pero suponía que habían dedicado al menos una buena parte de aquellas horas a hacerle a Francine lo que le habían hecho a Pam Cassidy. Una vez muerta Francine, probablemente se habían dirigido a su casa y habían dejado la furgoneta en su propia plaza de aparcamiento, a no ser que ya estuvieran allí antes. La furgoneta, que llevaba pintado en los laterales el nombre de una empresa de venta y reparación de TV de Queens, había recibido cuidados estéticos. Probablemente habían cubierto las letras con pintura, o las habían borrado en el caso de haber utilizado pintura lavable. En el caso de que tuvieran el material adecuado en el garaje, hasta podían haber vuelto a pintar todo el vehículo.

Y luego, ¿qué? ¿Un curso acelerado de corte y despiece de carnes para principiantes? Tal vez lo habían hecho entonces o tal vez habían esperado hasta más tarde. En el fondo, daba igual.

Y entonces, a las 15.38, la primera llamada. A las 16.01 la segunda —que era la primera de Ray—, desde la lavandería automática. Más llamadas, hasta que a las 20.01 la sexta llamada hacía salir a los Khoury de casa para entregar el rescate. Una vez hecha esa llamada, Ray u otro hombre se apostaba en algún lugar para vigilar la cabina de Flatbush con Farragut y marcar el número cuando se aproximara Kenan.

En realidad, ¿era necesario? Le habían dicho a Kenan que estuviera allí a las ocho y media. Podrían haber estado llamando a la cabina a intervalos de un minuto, desde varios minutos antes de la hora acordada. De haberlo hecho así, cuando Khoury llegara y contestara al teléfono, tendría la impresión de que la llamada se había producido nada más bajar del coche él y su hermano.

Irrelevante. Lo hicieran como lo hicieran, habían llamado a esa cabina y Kenan había contestado. Luego, los Khoury se habían dirigido a Veterans Avenue, donde uno (o tal vez más) de los secuestradores ya estaba apostado. Se producía otra llamada, probablemente coordinada con la llegada de los Khoury porque, en este caso, lo que les interesaba a los secuestradores era comprobar que los dos hermanos se alejaran del dinero.

Una vez conseguido, es decir, una vez despejado el camino, una vez convencidos los secuestradores de que nadie se había quedado atrás para vigilar el coche, Ray y su

amigo —o amigos— habían cogido las bolsas de dinero y se habían largado.

No.

Al menos uno de ellos se había quedado en la zona y había visto a los Khoury volver al coche y no encontrar en él a Francine. Luego otra llamada a la cabina para decirles que se fueran a casa, que Francine ya los estaría esperando allí cuando llegaran. Y entonces, mientras los Khoury regresaban a Colonial Road, los secuestradores volvían a la base de operaciones, aparcaban la furgoneta y...

No. No, la furgoneta se había quedado en el garaje. Todavía no habían terminado de disfrazarla y, seguramente, el cuerpo de Francine Khoury aún estaba dentro. Habían utilizado otro vehículo para ir hasta Veterans Avenue.

¿El Ford Tempo, robado para la ocasión? Era posible. O un tercer coche. El Tempo tal vez ya lo hubieran robado con anterioridad y lo tenían oculto para utilizarlo con un único propósito: la entrega de los restos.

Cabían tantas posibilidades...

De una u otra forma, sin embargo, habían personalizado el Tempo con el cuerpo descuartizado de Francine. Habían cortado el cadáver, habían envuelto en plástico cada pedazo y habían sellado cada paquete con cinta adhesiva. Luego habían forzado la cerradura del maletero, lo habían llenado como si de una despensa de carne se tratara, habían ido en dos coches hasta Colonial Road y se habían detenido en la esquina. Habían aparcado el Tempo, y el conductor, fuera quien fuese, había subido al otro coche con su colega. Y luego se habían ido a casa.

A brindar por sus cuatrocientos mil dólares y por la satisfacción de saber que habían cometido un crimen perfecto.

Ya solo les quedaba hacer una cosa. Llamar a Khoury para decirle que se dirigiera al Ford aparcado en la esquina. El trabajo estaba hecho, y ellos, ebrios de triunfo. Aun así tenían que restregárselo por las narices a Khoury. Resultaba tentador usar el teléfono de casa, el que estaba allí mismo, encima de la mesa. Khoury no había llamado a la policía, no había llevado refuerzos, había entregado el dinero sin rechistar, así que... ¿cómo iba a averiguar desde dónde se había realizado la última llamada?

Qué coño...

Pero no, un momento, hasta entonces lo habían hecho todo muy bien, habían actuado como auténticos profesionales. ¿Por qué joderlo todo en el último momento? ¿Qué sentido tenía?

Por otro lado, tampoco era necesario ser tan obsesivos. Habían utilizado un teléfono distinto para cada llamada y se habían asegurado de que cada cabina estuviera por lo menos a seis manzanas de distancia de la siguiente. Por si acaso quedaba algún rastro, por si acaso tenían vigilada alguna de aquellas cabinas.

Pero no. Estaba claro que los Khoury no habían hecho tal cosa, así que tampoco

hacía falta tomar más precauciones de las que exigían las circunstancias. Utilizar una cabina, sí, hasta ahí vale, pero era suficiente con la que quedara más cerca, la que habrían escogido como primera, aquella desde la cual habían realizado la segunda llamada.

Y, ya puestos, ¿por qué no aprovechar también para hacer la colada? Habían realizado una tarea sangrienta y la ropa estaba asquerosa. ¿Por qué no poner una lavadora mientras tanto?

No. ¿Para qué? Cuando uno tiene cuatrocientos mil dólares en la mesa de la cocina, no se molesta en lavar la ropa. Se deshace de ella y se compra otra nueva.

Recorrí a pie, de un lado a otro, todas las calles situadas en un radio de dos manzanas desde la lavandería automática, y delimité un rectángulo formado por la Cuarta y la Sexta Avenida y las calles Cuarenta y ocho y Cincuenta y dos. No tengo muy claro si estaba buscando algo en concreto, aunque seguramente me hubiera fijado en cualquier furgoneta azul con letras de aspecto tosco en los laterales. Lo que más me interesaba era hacerme una idea de cómo era el barrio y ver si algo me llamaba la atención.

El barrio era diverso, tanto en el aspecto económico como en el étnico: casas desperdigadas que amenazaban ruina por falta de mantenimiento, y otras reformadas y convertidas en hogares unifamiliares por sus nuevos y prósperos propietarios. Vi manzanas enteras de casas alineadas, algunas aún cubiertas por un irregular revestimiento de aluminio y asfalto, y otras despojadas de esa mejora, con los ladrillos y el rejuntado de mortero a la vista. También vi manzanas de casas de madera con su jardín delantero. Algunos de esos jardines se usaban simplemente para aparcar, pero otras casas tenían su camino de entrada y su garaje. Durante todo el trayecto, vi mucha gente en la calle, muchas madres con niños pequeños, muchos críos cargados de energía, muchos hombres que arreglaban sus coches o estaban sentados en la entrada de su casa, bebiendo de latas ocultas en bolsas de papel marrón.

Cuando terminé de recorrer todas las calles de aquella zona, no creía haber conseguido nada, pero sí estaba bastante seguro de haber pasado por delante de la casa en la que se habían desarrollado los hechos.

Un poco más tarde, estaba delante de otra casa en la que había tenido lugar un asesinato.

Tras una visita a la cabina situada más al sur, en la esquina de la calle Sesenta con la Quinta Avenida, me había dirigido a la Cuarta Avenida, había pasado por delante de D'Agostino's y había entrado en Bay Ridge. Al llegar a Senator Street, me

sobresaltó pensar que me hallaba a tan solo dos manzanas del lugar en que Tommy Tillary había asesinado a su mujer. Me pregunté si sería capaz de encontrar la casa después de tantos años y, al principio, me costó un poco, pues estaba buscando en la manzana equivocada. Pero una vez subsanado el error, la encontré rápidamente.

Era un poco más pequeña de lo que yo recordaba, como suele pasar con las clases del colegio de primaria, pero por lo demás coincidía exactamente con mis recuerdos. Me quedé allí delante y contemplé la ventana de la buhardilla, en la tercera planta. Tillary había escondido allí a su esposa, luego la había bajado y la había asesinado. Después lo había arreglado todo para que pareciera que alguien había entrado a robar y la había matado.

Margaret, así se llamaba. Recordé el nombre enseguida. Margaret, pero Tommy la llamaba Peg.

La había matado por dinero. A mí siempre me ha parecido un motivo muy triste para matar, pero quizá es porque no le doy demasiada importancia al dinero y sí mucha a la vida. Eso sí, matar por dinero es mejor que matar por pura diversión.

Durante aquel caso había conocido a Drew Kaplan. Era el abogado de Tommy Tillary en la primera acusación de asesinato. Más tarde, después de que lo soltaran y lo volvieran a trincar por haber asesinado a su novia, Kaplan lo había invitado a buscarse otro representante legal.

La casa parecía estar en buenas condiciones. Me pregunté quién la habría comprado y si conocía la historia. Si había cambiado de dueños una cuantas veces desde los hechos, era posible que el propietario actual desconociera la historia. Pero aquel era un barrio bastante estable, la gente solía quedarse.

Permanecí allí unos cuantos minutos, pensando en la época en que aún bebía. En la gente que conocía por entonces y la vida que llevaba.

Había pasado mucho tiempo. O no tanto, dependiendo de cómo se calculara.

—No me imaginaba que fueras a hacer algo así —dijo Kenan—. O sea, llevar el asunto hasta un determinado punto para luego empaquetarlo y dejarlo en manos de la poli.

Procedí a explicarle de nuevo que para mí la decisión había estado muy clara, pues no creía tener muchas más opciones. Las cosas habían llegado a un punto en que la policía podía seguir líneas de investigación de forma mucho más eficaz que yo, y además había conseguido pasarles casi toda la información que había averiguado sin comprometer el nombre de mi cliente ni revelar que su esposa había muerto.

—No, si eso lo entiendo —dijo—. Ya sé por qué has hecho lo que has hecho. ¿Por qué no pedirles a ellos que hagan parte del trabajo? Para eso están, ¿no? Lo que pasa es que no me lo esperaba, y ya está. Me había imaginado más bien que los encontraríamos, que la cosa terminaría en una persecución en coche y un tiroteo. El rollo de siempre, vamos. No sé, a lo mejor es que paso mucho tiempo delante de la tele.

También tenía aspecto de pasar demasiado tiempo en aviones, demasiado tiempo en casa, demasiado tiempo bebiendo demasiado café en la cocina y en las habitaciones de la parte de atrás. Iba sin afeitarse, con el pelo revuelto y demasiado largo. Había perdido peso y tono muscular desde la última vez que lo había visto y su rostro, antes atractivo, aparecía ahora demacrado, con oscuras bolsas bajo los oscuros ojos. Llevaba pantalones de lino de color claro, una camisa de seda de color bronce y mocasines sin calcetines, la clase de atuendo que por lo general le daba un aspecto sereno y elegante. Ese día, sin embargo, parecía desaliñado y un tanto indispuerto.

—Pongamos que los pilla la poli —aventuró—. ¿Qué pasa entonces?

—Depende de lo que puedan demostrar. Lo ideal es tener muchas pruebas físicas que los vinculen a uno de los asesinatos o a más de uno. En el caso de que no existan tales pruebas, es posible conseguir que uno de los asesinos testifique en contra de los otros a cambio de la oportunidad de solicitar que se rebajen los cargos.

—Dicho de otra manera, que los delate.

—Exacto.

—¿Y por qué permitir que a uno de ellos se le rebajen los cargos? La chica es una testigo, ¿no?

—Solo del delito que se cometió en su persona, y se trata de un cargo menos importante que el de homicidio. La violación y la sodomía con empleo de fuerza son delitos de clase B, y suelen comportar una pena de entre seis y veinticinco años de cárcel. Si se les puede acusar de homicidio en segundo grado, se enfrentarán a cadena perpetua.

—¿Y cortar un pecho?

—Se trata de agresión en primer grado, que es un delito menor que la violación y la sodomía. Creo que la pena máxima es de quince años.

—Pues me parece fatal —se lamentó—. Para mí, lo que le hicieron a esa pobre chica es peor que el homicidio. Que una persona mate a otra, bueno, a lo mejor no pudo evitarlo, o a lo mejor tenía algún motivo. Pero hacerle daño a alguien de esa manera, solo porque sí... ¿Qué clase de persona se comporta de esa manera?

—Los enfermos o las personas malvadas, como prefieras.

—Lo que me está volviendo loco es pensar en lo que le hicieron a Francine.

Se puso en pie y echó a andar. Cruzó la habitación y se acercó a la ventana.

—Intento no pensar en ello —prosiguió, sin volverse hacia mí—. Me digo una y otra vez que la mataron enseguida, que ella trató de resistirse y que ellos la golpearon para que se estuviera quieta, pero que la golpearon demasiado fuerte y se murió. Así, ¡zas!, al instante. —Se volvió hacia mí, con los hombros hundidos—. ¿Qué coño importa? Le hicieran lo que le hicieran, todo ha terminado. Francine ya no sufre, se ha ido, se ha convertido en cenizas. Y lo que no sea cenizas está con Dios, o así funciona según dicen. O está en paz, o se ha reencarnado en un pájaro o en una flor o en vete a saber qué. O, simplemente, se ha ido. No sé cómo funciona, no sé qué pasa después de la muerte. Nadie lo sabe.

—No.

—Se oyen tantas gilipolleces... Que si experiencias cercanas a la muerte, que si túneles al otro lado de los cuales están Jesús o el tío favorito de la persona que se está muriendo, que si te pasa toda tu vida por delante en un segundo... A lo mejor sí sucede de ese modo, no lo sé. O a lo mejor eso solo pasa en las experiencias cercanas a la muerte. Tal vez la muerte de verdad sea distinta. ¿Quién lo sabe?

—Yo no.

—No. Y además, ¿a quién coño le importa? Ya nos preocuparemos cuando nos llegue el momento. ¿Cuál es la pena máxima que les puede caer por violación? ¿Has dicho veinticinco años?

—Según la ley, sí.

—Y has dicho también sodomía. ¿Qué significa, en términos legales? ¿Penetración anal?

—Anal u oral.

Kenan frunció el ceño.

—Tengo que parar. Todo lo que decimos lo aplico de inmediato al caso de Francine y ya no puedo más, me estoy volviendo loco. Le pueden caer a uno veinticinco años por follarse a una mujer por el culo y solo quince por cortarle las tetas. Hay algo que no funciona.

—Cambiar la ley será complicado.

—No, solo estoy buscando la manera de echarle la culpa al sistema, eso es todo.

De todas maneras, veinticinco años no es bastante. Una vida entera no es bastante. Son animales y tendrían que estar muertos, joder.

—Eso no puede hacerlo la ley.

—No —reconoció—. Vale. Lo único que tiene que hacer la ley es encontrarlos. A partir de ahí, puede pasar de todo. Si van a la cárcel, bueno, tampoco es tan difícil cargarse a alguien en la cárcel. Hay montones de tíos en el trullo dispuestos a ganarse unos pavos. O pongamos que los dejan en libertad o salen bajo fianza a la espera de que se celebre el juicio. Si están en la calle, es fácil cargárselos. —Sacudió la cabeza—. ¿Me oyes? Como si fuera el Padrino, repanchigado en mi silla, planeando golpes. ¿Quién sabe qué ocurrirá? A lo mejor para entonces ya se me ha pasado un poco la rabia, a lo mejor para entonces ya me conformo con que se pasen veinticinco años en una celda. ¿Quién sabe?

—También podríamos tener suerte y encontrarlos antes de que lo haga la policía —dije.

—¿Cómo? ¿Paseando por Sunset Park sin saber qué estamos buscando?

—Y utilizando parte de la información que obtenga la policía. Lo que sin duda harán será enviar todo lo que tengan a la oficina del FBI en la que se trabaja el perfil de los asesinos en serie. A lo mejor nuestra testigo consigue rellenar las lagunas mentales que tiene y podemos trabajar con un retrato robot o, al menos, una descripción física detallada.

—Así que quieres seguir adelante.

—Por supuesto.

Khoury reflexionó y asintió.

—Dime otra vez cuánto te debo.

—Le di mil dólares a la chica. El abogado no le va a cobrar nada. Los técnicos informáticos que se infiltraron en los archivos de la compañía telefónica cobraron mil quinientos, más los ciento sesenta de la habitación que usamos y los cincuenta de depósito por el teléfono, que no intenté recuperar. Digamos dos mil setecientos.

—Ya.

—He tenido otros gastos, pero me parecía justo descontarlos de mis honorarios. Estos gastos en concreto eran extraordinarios y no quería retrasar las cosas hasta obtener tu consentimiento. Si hay algo con lo que no estés conforme, podemos hablarlo.

—¿Qué es lo que tenemos que hablar?

—Tengo la sensación de que te preocupa algo.

Kenan lanzó un profundo suspiro.

—¿Ah, sí? La primera vez que hablamos el otro día, cuando llegué, me dijiste, si no recuerdo mal, que se lo habías pedido a mi hermano, o algo así.

—Exacto. No tenía el dinero, así que lo puse yo. ¿Por qué?

—¿Te dijo que no lo tenía o que esperaras hasta que yo te diera mi conformidad?

—Que no lo tenía. De hecho, me dijo a las claras que tú correrías con los gastos, pero que él no disponía de dinero en efectivo.

—¿Estás seguro de eso?

—Por supuesto. ¿Por qué? ¿Qué problema hay?

—¿No te dijo que él podía darte mi dinero?

—No. De hecho...

—¿Qué? De hecho, ¿qué?

—Dijo que sin duda tenías dinero en casa, pero que él no tenía acceso. Hizo una broma y comentó algo así como que a un yonqui, por muy hermano que sea, no se le da nunca la combinación de la caja fuerte.

—Eso dijo, ¿eh?

—No creo que se estuviera refiriendo exclusivamente a ti —añadí—. Lo dijo más en el sentido de que nadie con dos dedos de frente le proporcionaría esa información a un drogadicto, porque los drogadictos no son de fiar.

—O sea, que hablaba en general.

—Esa fue la impresión que me dio.

—Podría haberse referido a mí —dijo—, y no le habría faltado razón. Yo no le confiaría tanto dinero. Es mi hermano mayor, y seguro que pondría mi vida en sus manos, pero ¿una cifra de seis dígitos? No, no lo haría.

No dije nada.

—El otro día hablé con Petey —prosiguió—. Se suponía que tenía que pasar por aquí, pero no apareció.

—Vaya.

—Y otra cosa. El día en que me marché de viaje él me llevó al aeropuerto. Le di cinco mil dólares. Por si acaso tenía algún imprevisto. Así que cuando tú le pediste los dos mil setecientos...

—Menos. Hablé con él el sábado por la tarde y eso fue antes de que necesitara los mil dólares de Pam Cassidy. No sé qué cifra mencioné, mil quinientos o dos mil, supongo.

Kenan movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Tú le ves sentido a todo esto? Porque yo no. Lo llamas el sábado y te dice que no vuelvo hasta el lunes, pero que no pasa nada, que adelantes tú el dinero y que yo te lo devolveré cuando regrese. ¿Fue eso lo que te dijo?

—Sí.

—¿Y por qué iba a hacer una cosa así? Entiendo que no quisiera desprenderse de mi dinero en el caso de creer que yo no iba a estar de acuerdo. Pero en lugar de decirte que no y quedar como un tipo insensible, te dice que no tiene la pasta. Dicho de otra manera, que le da el visto bueno a esos gastos extraordinarios pero al mismo

tiempo se guarda el dinero. ¿Tengo razón?

—Sí.

—¿Tú le diste a entender en algún momento que tenías un montón de dinero?

—No.

—Porque si él imaginaba que tú tenías pasta, era lógico que te dijera que la adelantaras, pero si no... Matt, no me gusta decirlo, pero esto me da mala espina.

—Y a mí.

—Creo que está consumiendo.

—Eso parece.

—Mantiene las distancias, dice que se va a pasar por aquí pero luego no aparece, lo llamo y no contesta. ¿A qué suena todo eso?

—Ya hace una semana y media que no lo veo en las reuniones. Bueno, tampoco es que vayamos siempre a las mismas reuniones, pero...

—Pero es normal que te lo encuentres de vez en cuando.

—Sí.

—Le di cinco de los grandes por si pasaba algo y, justo cuando pasa algo, va y dice que no tiene dinero. ¿En qué se lo ha gastado? O, si está mintiendo, ¿para qué guarda el dinero? Dos preguntas y una misma respuesta, me parece a mí. Ca-ba-llo. ¿Qué otra cosa, si no?

—Podría haber otra explicación.

—Estoy deseando oírla.

Cogió el teléfono, marcó un número y se quedó allí, esperando, mientras el teléfono sonaba al otro extremo de la línea. Debió de esperar al menos diez timbrazos antes de colgar.

—No contesta, pero eso no significa nada. Cuando se encerraba en casa con una botella, se podía pasar días enteros sin contestar al teléfono. En una ocasión le pregunté por qué no lo dejaba descolgado. Porque entonces sabrías que estoy en casa, me contestó. Es un cabronazo muy listo, mi hermano.

—Es la enfermedad.

—El hábito, querrás decir.

—En general, lo llamamos enfermedad. Aunque supongo que viene a significar lo mismo.

—Se metía caballo, ¿sabes? Estaba muy enganchado, pero lo dejó. Y entonces empezó a beber.

—Eso me contó.

—¿Cuánto tiempo llevaba sobrio? ¿Algo más de un año?

—Un año y medio.

—Yo creía que si alguien puede aguantar tanto tiempo, puede dejarlo para siempre.

—Un día es la máxima aspiración.

—Sí, ya —asintió con impaciencia—. De día en día. Todo eso ya lo sé, me conozco todos los eslóganes. Cuando empezó a dejarlo, Petey pasaba aquí mucho tiempo. Francey y yo nos sentábamos con él, le ofrecíamos café y lo dejábamos hablar. Venía y nos contaba todo lo que escuchaba en las reuniones, pero no nos importaba porque por fin estaba consiguiendo poner su vida en orden. Y luego, un día, me dijo que no le convenía pasar tanto tiempo conmigo porque yo podía poner en peligro su sobriedad. Ahora está por ahí con una papelina y una botella de *whisky* y... ¿qué ha sido de la puta sobriedad, eh?

—No sabes si eso es verdad, Kenan.

Se volvió hacia mí.

—¿Y qué otra va a ser, por Dios? ¿Qué quieres que esté haciendo con cinco de los grandes? ¿Comprar billetes de la lotería? No tendría que haberle dado tanto dinero, es una tentación demasiado grande. Si le ocurre algo, yo seré el culpable.

—No —lo tranquilicé—. Si le hubieras dado una caja de puros llena de heroína y le hubieras dicho: «Guárdame esto hasta que vuelva», entonces sí serías el culpable. Porque es una tentación demasiado grande, a la que nadie podría resistirse. Pero lleva un año y medio limpio y sobrio, y sabe cómo responsabilizarse de su propia sobriedad. Si tener el dinero lo ponía nervioso, solo debía llevarlo al banco, o pedirle a alguien del programa que se lo guardara. Puede que haya salido a pillar y puede que no, eso aún no lo sabemos, pero sea lo que sea lo que haya hecho, tú no le has obligado.

—Pero se lo he puesto fácil.

—Nunca es difícil. No sé cuánto cuesta una papelina hoy en día, pero aún se puede tomar una copa por dos dólares. Y una copa es lo único que hace falta.

—Una copa no te dura mucho tiempo, ¿verdad? Pero con cinco mil dólares, tiene para mucho tiempo. ¿Cuánto puede gastarse una persona en alcohol? ¿Veinte dólares al día si bebe en casa? ¿El doble o el triple si se lo bebe en el bar? La heroína es un capricho mucho más caro; aun así, dudo que nadie pueda chutarse más de doscientos dólares al día, y es de suponer que Petey tardará unos días en recuperar el hábito. Aunque se pusiera ciego de heroína, tardaría al menos un mes en inyectarse cinco de los grandes.

—No se pinchaba.

—Eso te contó, ¿eh?

—¿No es verdad?

Kenan negó con la cabeza.

—Eso le contaba a la gente y es verdad que durante un tiempo solo la esnifaba, pero también hubo una época en que se chutaba. Supongo que mentir hacía que el hábito pareciera menos grave. Además, creía que si las mujeres llegaban a saber que

se había pinchado en otros tiempos, no querrían acostarse con él. Vale, tampoco es que últimamente arrase entre las tías, pero a nadie le gusta ponerse las cosas aún más difíciles. Imaginaba que, si las mujeres lo sabían, darían por sentado que compartía agujas y que era seropositivo.

—Pero ¿las compartía?

—Él dice que no. Se hizo la prueba y no tiene el virus.

—¿Qué ocurre?

—No, estaba pensando. A lo mejor sí compartía agujas, y a lo mejor ni siquiera se hizo la prueba del sida. También podría haberme mentido sobre eso.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—¿Te pinchas? ¿O solo esnifas?

—No soy ningún yonqui.

—Peter me dijo que esnifas una papelina de caballo una vez al mes o así.

—¿Cuándo te dijo eso? ¿El sábado, por teléfono?

—Una semana antes. Estuvimos en una reunión, luego fuimos a comer algo y charlamos un rato.

—Y te contó eso, ¿eh?

—Me dijo que había estado en tu casa unos días antes y que estabas colocado. Que te lo había preguntado y lo habías negado.

Bajó la mirada durante un segundo y luego, cuando habló, bajó también la voz:

—Sí, es cierto. Me lo preguntó y yo lo negué. Pensé que se lo había creído.

—Pues no.

—No, supongo que no. Lo que me fastidió no fue meterme la droga, sino mentirle. No lo haría jamás delante de él y no lo habría hecho entonces de haber sabido que iba a venir, pero meterse una papelina muy de vez en cuando tampoco le hace daño a nadie, y menos a mí.

—Si tú lo dices...

—¿Te dijo una vez al mes? Si quieres que te diga la verdad, dudo que sea tanto. Yo diría que siete u ocho veces al año, diez como mucho. Nunca he pasado de ahí. No tendría que haberle mentido, tendría que haberle dicho: «Pues sí, me sentía como una puta mierda y me he colocado, ¿qué problema hay?». Porque yo puedo hacerlo unas cuantas veces al año y la cosa nunca va más allá, mientras que si él lo prueba una sola vez, se volverá a enganchar y le robarán los zapatos cuando se quedé traspuesto en el metro. Eso le pasó una vez, se despertó en calcetines en un metro de la línea D.

—Le ha pasado a mucha gente.

—¿A ti también?

—No, pero me podría haber pasado.

—Tú eres alcohólico, ¿no? Me he tomado una copa antes de que vinieras. Si me

lo preguntaras, te diría que sí, no te mentiría. ¿Por qué, entonces, le mentí a mi hermano?

—Porque es tu hermano.

—Sí, es parte del motivo. Mierda, tío, es que estoy preocupado por él.

—Ahora mismo, no puedes hacer nada al respecto.

—No, claro. ¿Qué voy a hacer, recorrer las calles en coche buscándolo? Mejor aún, vamos los dos juntos. Tú miras por un lado del coche a ver si ves a los hijos de puta que se cargaron a mi esposa, y yo por el otro, a ver si veo a mi hermano. ¿Qué te parece el plan? —Hizo una mueca—. Pero mientras tanto, te debo dinero. ¿Cuánto hemos dicho, dos mil setecientos?

Sacó un rollo de billetes del bolsillo y contó veintisiete billetes de cien, lo cual redujo considerablemente el tamaño del rollo. Me dio los billetes y busqué un lugar donde guardármelos.

—Y ahora, ¿qué?

—Seguiré en el caso —dije—. Parte de lo que intente dependerá de lo que saque a la luz la investigación policial, pero...

—No —me interrumpió—, no me refiero a eso. ¿Qué haces ahora? ¿Has quedado para cenar, tienes algo que hacer en la ciudad o qué?

—Ah. —Me paré a reflexionar—. Supongo que regresaré a mi habitación. Llevo todo el día de pie, quiero darme una ducha y cambiarme de ropa.

—¿Y tienes pensado volver andando? ¿O vas a coger el metro?

—Bueno, andando no.

—Supongamos que te llevo.

—No es necesario que lo hagas.

Se encogió de hombros.

—Algo tendré que hacer —dijo.

Una vez en el coche, me preguntó dónde estaba la famosa lavandería automática y dijo que quería echarle un vistazo. Nos dirigimos hacia allí y Kenan aparcó el coche delante, al otro lado de la calle. Apagó el motor.

—Bueno, pues estamos en una operación de vigilancia —dijo—. Es así como se llama, ¿no? ¿O eso solo lo dicen en la tele?

—Por lo general, una operación de vigilancia dura bastantes horas —le expliqué—, así que espero que no lo estemos de verdad.

—No, solo quería quedarme aquí sentado unos minutos. Me pregunto cuántas veces habré pasado por aquí delante. Y nunca se me ha ocurrido pararme para hacer una llamada. Matt, ¿estás seguro de que son los mismos tipos que mataron a las otras dos mujeres y mutilaron a la chica?

—Sí.

—Porque en el caso de Francine había un móvil económico, y en los otros casos fue estrictamente por... ¿cuál es la palabra adecuada? ¿Placer? ¿Diversión?

—Lo sé. Pero las similitudes son demasiado concretas y demasiado sorprendentes. Tiene que tratarse de los mismos hombres.

—¿Por qué yo?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que por qué yo.

—Porque un narcotraficante es el objetivo perfecto: tiene mucho dinero y motivos de peso para mantener a la policía al margen. Eso ya lo hemos hablado antes. Y parece que uno de los hombres tenía una especie de fijación con las drogas. No dejó de preguntarle a Pam si conocía a algún camello, si se drogaba... Es obvio que estaba obsesionado por el asunto de las drogas.

—Pero eso explica por qué un traficante, no explica por qué yo. —Se inclinó hacia delante y apoyó ambos brazos en el volante—. Además, ¿quién sabe que soy traficante? Nunca me han arrestado, mi nombre no ha aparecido nunca en los medios de comunicación. No tengo el teléfono pinchado ni micrófonos en mi casa. Estoy segurísimo de que mis vecinos no tienen ni la más remota idea de cómo me gano la vida. La DEA me investigó hace un año y medio, pero tiraron la toalla porque sus investigaciones no llevaban a ninguna parte. Y en cuanto al Departamento de Policía de Nueva York, ni siquiera saben que existo. Si eres un perturbado a quien le gusta matar a mujeres y quieres hacerte rico sacándole la pasta a un traficante, ¿cómo descubres mi existencia? Eso es lo que quiero saber. ¿Por qué yo?

—Entiendo lo que quieres decir.

—Al principio pensaba que el objetivo era yo. Ya sabes, que todo empezó porque alguien quería hacerme daño y quitarme de en medio. Pero por lo que tú dices, eso no es cierto. La historia empieza con unos degenerados que disfrutaban violando y asesinando. Luego deciden sacar provecho, luego deciden ir a por un traficante y entonces me eligen a mí. Así que no me sirve de nada investigar a tipos de la profesión, en busca de alguien que tal vez crea que le he hecho una putada en alguna operación y haya encontrado la forma de vengarse. No estoy diciendo que no haya chalados entre los que traficamos con droga, pero...

—No, te entiendo. Y tienes razón. Eres un blanco accidental. Estaban buscando a un traficante y sabían que tú lo eras.

—Pero ¿cómo? —preguntó Kenan. Luego vaciló—: Se me había ocurrido una idea.

—Te escucho.

—Bueno, no creo que tenga mucho sentido. Pero supongo que mi hermano explica su historia en las reuniones, ¿no? Se sienta delante de todo el mundo y cuenta lo que hizo y adónde le llevó su adicción. Y supongo que menciona cómo se gana la

vida su hermano. ¿Tengo razón?

—Bueno, yo sabía que Pete tenía un hermano que traficaba con drogas, pero no sabía ni cómo te llamabas ni dónde vivías. Ni siquiera conocía el apellido de Pete.

—Si se lo hubieras preguntado, te lo habría dicho. Y... ¿cuánto te habría costado averiguar el resto? «Creo que conozco a tu hermano, ¿vive en Bushwick?». «No, en Bay Ridge». «¿Ah, sí? ¿En qué calle?». No sé, supongo que es un poco rocambolesco.

—A mí no me lo parece tanto. Te aseguro que en Alcohólicos Anónimos te encuentras con toda clase de gente y no es tan descabellado pensar que un asesino en serie acuda a las reuniones. Ya sabes que muchos asesinos famosos eran alcohólicos y, cuando mataban, siempre lo hacían bajo los efectos del alcohol. Pero no sé de ninguno que haya dejado la bebida gracias al programa.

—Pero ¿es factible lo que digo?

—Supongo. Casi todo es factible. Aun así, si nuestros amigos viven en Sunset Park y Peter acudía a las reuniones en Manhattan...

—Sí, tienes razón. Viven a dos kilómetros y medio de mi casa y pretendo que se vayan hasta Manhattan para enterarse de mi existencia. Pero, claro, cuando dije lo que dije no sabía que eran de Brooklyn.

—¿Cuándo dijiste qué?

Me miró y frunció el ceño en un gesto de angustia.

—Cuando le dije a Petey que tenía que dejar de hablar de mi trabajo en las reuniones. Cuando le dije que tal vez era así como me habían localizado, que tal vez por eso habían elegido a Francine. —Se volvió y contempló la lavandería automática a través de la ventanilla—. Fue el día en que me llevó al aeropuerto. Fue un pronto, sabes, porque me estaba criticando por no sé qué historia, ya no me acuerdo, y entonces se lo solté en plena cara. Durante un segundo, se quedó como si acabara de darle una patada en la boca del estómago. Luego dijo algo, ya sabes, para darme a entender que no le había afectado, que no me lo iba a tener en cuenta, que sabía que solo se lo había dicho porque estaba rabioso.

Giró la llave en el contacto.

—A la mierda la lavandería —dijo—. Tampoco veo a un montón de gente haciendo cola para llamar. Larguémonos de aquí, ¿vale?

—Claro.

Y, una o dos manzanas más allá, dijo:

—Supongamos que empezó a pensar en ese comentario, que se puso a darle vueltas. Supongamos que se le quedó grabado. Supongamos que se preguntó si sería cierto. —Me lanzó una breve mirada—. ¿Crees que puede ser ese el motivo de que haya salido a buscar droga? Porque, te digo una cosa, si yo fuera Petey, probablemente lo habría hecho.

De vuelta en Manhattan, me dijo:

—Quiero ir a su casa y llamar a la puerta. ¿Te apetece acompañarme?

La cerradura de la puerta de la pensión estaba rota. Kenan abrió y dijo:

—Muy buena la seguridad. Muy buen sitio, en conjunto.

Entramos y subimos dos tramos de escalones, entre el típico olor a ratones y sábanas sucias, tan habitual en las pensiones sórdidas. Kenan se acercó a una puerta y escuchó durante unos segundos. Luego llamó con los nudillos y pronunció el nombre de su hermano. No obtuvo respuesta, así que repitió el proceso con los mismos resultados. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada.

—Me da miedo lo que pueda encontrarme ahí dentro —dijo— y, al mismo tiempo, me da miedo marcharme de aquí.

Encontré una Visa caducada en mi cartera yforcé la puerta con ella. Kenan me observó con una mirada de respeto.

La habitación estaba vacía y desordenada. Las sábanas estaban medio caídas en el suelo y, sobre una silla de madera, se amontonaba toda clase de ropa. Vi una biblia y un par de trípticos de Alcohólicos Anónimos sobre la cómoda de madera de roble. No vi, no obstante, ninguna botella ni artilugio alguno para drogarse. Sin embargo, sobre la mesilla de noche había un vaso. Kenan lo cogió y lo olisqueó.

—No sé —dudó—. ¿Qué te parece?

El vaso estaba seco por dentro, pero me pareció oler restos de alcohol. Aun así, podía tratarse de simple sugestión. No sería la primera vez que me parecía oler alcohol donde no lo había.

—No me gusta hurgar entre sus cosas —dijo Kenan—. Aunque no tenga gran cosa, tiene derecho a mantenerlo en privado. Es que me lo acabo de imaginar poniéndose azul con la aguja aún clavada en el brazo, ¿sabes a qué me refiero?

Ya en la calle, Kenan dijo:

—Bueno, tiene dinero. Al menos no le hará falta robar. A no ser que empiece a tomar cocaína, que te deja sin blanca, pero nunca le ha gustado mucho la coca. A Petey le va más el rollo sórdido, caer hasta lo más profundo que se pueda.

—Me identifico con eso.

—Ya. Si se le acaba la pasta, siempre puede vender el Camry de Francey. No tiene los papeles, pero está tasado en ocho o nueve mil dólares, así que no le costará venderlo sin documentación por unos cuantos cientos de dólares. Es la economía del yonqui, pura lógica.

Le conté a Kenan el chiste de Peter sobre la diferencia entre un yonqui y un alcohólico. Los dos te roban la cartera, le dije, pero el yonqui te ayuda a buscarla después.

—Sí —asintió Kenan—. Eso lo dice todo.

Durante la siguiente semana y pico, sucedieron varias cosas.

Hice tres viajes a Sunset Park, dos de ellos solo y el tercero en compañía de TJ. Una tarde en que me sentía inquieto, lo llamé al busca y él me devolvió la llamada casi al momento. Nos encontramos en la estación de metro de Times Square y fuimos juntos hasta Brooklyn. Comimos en una tienda de comida preparada, tomamos un *café con leche* en el bar cubano y luego estuvimos deambulando por ahí. Hablamos mucho y, si bien no descubrí gran cosa acerca de él, él sí descubrió una cuantas cosas sobre mí, siempre y cuando me estuviera escuchando, claro.

Mientras esperábamos el metro para volver a la ciudad, me dijo:

—Oye, no tienes que pagarme nada. Tampoco hemos hecho nada.

—Tu tiempo tendrá algún valor, ¿no?

—Si hubiera estado trabajando, vale, pero lo único que he hecho es deambular por ahí. Llevo toda la vida haciéndolo gratis.

Otra noche de esa semana, cuando estaba a punto de salir de casa para ir a reunión, recibí una llamada de Danny Boy y salí disparado hacia un restaurante italiano en Corona, donde últimamente habían visto a tres patanes de poca monta gastar dinero a espuestas. Parecía poco probable que se tratara de ellos, pues Corona se encuentra en el norte de Queens, a años luz de Brooklyn, pero fui de todas formas y me bebí una San Pellegrino en la barra mientras esperaba que llegaran tres tipos vestidos con traje de seda y se dedicaran a derrochar dinero.

La tele estaba puesta y, a las diez en punto, en el informativo del Canal 5, emitieron las imágenes de tres tipos a quienes la policía acababa de detener por robar y golpear con una pistola a un comerciante en diamantes de la calle Cuarenta y siete. Al ver a los tipos, el camarero dijo:

—¡Eh, mirad eso! Esos cabrones han estado aquí las tres últimas noches, gastando dinero como si no supieran qué hacer con él. Ya me imaginaba yo de dónde habían sacado la pasta.

—Se la han ganado al viejo estilo —apostilló el hombre que estaba a mi lado—. Robando.

Me encontraba a unas pocas manzanas del Shea Stadium, aunque eso seguía dejándome a cientos de kilómetros de los Mets, que esa misma tarde habían perdido por muy poco ante los Cubs, en Wrigley. Los Yankees jugaban en casa contra los Indians. Cogí el metro y me fui a casa.

En otro momento de esa semana recibí una llamada de Drew Kaplan, quien me dijo que Kelly y sus colegas de la Brigada de Homicidios querían que Pam fuera a

Washington y visitara el Centro Nacional para la Investigación de Delitos Violentos que el FBI tenía en Quantico. Le pregunté cuándo iba a ir.

—No va —se quejó Kaplan.

—¿Se ha negado?

—A instancias de su abogado.

—No sé qué decirte —respondí—. El Departamento de Relaciones Públicas ha sido siempre el más poderoso del FBI, pero la verdad es que lo que he oído contar sobre la división que investiga los asesinatos en serie impresiona bastante. Creo que debería ir.

—Ya —dijo—, lástima que tú no seas su abogado. Amigo mío, a mí se me ha encomendado velar por sus intereses. De todas formas, parece que la montaña vendrá a Mahoma, pues mañana envían a un tipo.

—Ya me contarás cómo ha ido —dije—, siempre y cuando no vulnere lo que tú consideras velar por los intereses de tu clienta.

Kaplan se echó a reír.

—No te pongas susceptible, Matt. ¿Para qué se va a pegar la paliza de ir hasta Washington, D. C.? Que venga el tipo ese a Nueva York.

Tras la reunión con el experto en perfiles psicológicos, Kaplan volvió a llamar para decir que tampoco había sido nada del otro mundo.

—El tipo me ha parecido un poco indiferente —comentó—. Como si le fastidiara perder el tiempo con un asesino que solo ha matado a dos mujeres y mutilado a una tercera. Tengo la sensación de que cuantos más asesinatos cometa el asesino en serie, más elementos para trabajar les proporciona.

—Tiene sentido.

—Ya, pero es un triste consuelo para las posibles víctimas, que seguramente preferirían que los polis cogieran al tipo cuanto antes en lugar de permitir que les proporcionara una información tan interesante para su base de datos. El tipo del FBI le estaba contando antes a Kelly que han elaborado un perfil muy sólido de no sé qué loco de la costa Oeste. Son capaces de afirmar que de pequeño coleccionaba sellos y saben incluso a qué edad se hizo el primer tatuaje, pero aún no han detenido a ese hijo de puta. Si no lo he entendido mal, lleva ya cuarenta y dos asesinatos, más otros cuatro probables.

—Ahora entiendo por qué Ray y su amigo le parecen asesinos de poca monta.

—Y tampoco se ha dejado impresionar por la frecuencia. Dice que los asesinos en serie suelen manifestar un nivel de actividad más elevado, es decir, que no esperan meses entre una víctima y otra. Dice que o bien no le han cogido aún el tranquilo o bien solo actúan de manera ocasional en Nueva York y han cometido la mayoría de sus crímenes en alguna otra parte.

—No —le rebatí—, conocen la ciudad demasiado bien.

—¿Por qué dices eso?

—¿Qué?

—¿Cómo sabes que conocen demasiado bien la ciudad?

Porque habían enviado a los Khoury a dar vueltas por todo Brooklyn, pero eso no se lo podía decir.

—Abandonaron los cadáveres en dos cementerios distintos, los dos alejados de Manhattan —dije—, además de Forest Park. ¿Conoces a algún forastero capaz de recoger a una chica en Lexington Avenue y terminar en un cementerio de Queens?

—Cualquiera podría hacerlo —dijo— si recoge a la chica equivocada. Déjame pensar qué más ha dicho. Sí, ha dicho que seguramente tenían treinta y pocos años, y que es probable que sufrieran abusos sexuales en la infancia. Ha soltado un montón de generalidades, pero también ha dicho algo que me ha puesto la piel de gallina.

—¿El qué?

—Bueno, resulta que este tipo lleva veinte años en el departamento, más o menos desde que se creó. Ha dicho que ya le falta poco para jubilarse y que no ve la hora de que llegue ese día.

—¿Porque está quemado?

—Es más que eso. Ha dicho que el índice de sucesos de este tipo se está incrementando de una forma muy alarmante. Que, según la curva que está trazando ese índice en el gráfico, creen que los casos se van disparar de aquí a fin de siglo. Asesinato por diversión, lo llaman. En su opinión, se va a convertir en la actividad de moda de los años noventa.

Cuando yo llegué no lo hacían, pero últimamente, en los encuentros de Alcohólicos Anónimos, suelen invitar a recién llegados que llevan sobrios menos de noventa días. Les piden que se presenten y digan cuántos días hace que no beben. En la mayoría de las reuniones, esas declaraciones arrancan unos cuantos aplausos. En San Pablo, sin embargo, no. La culpa la tiene un antiguo miembro que estuvo acudiendo a las reuniones todas las noches durante dos meses y que antes de empezar siempre decía: «Me llamo Kevin, soy alcohólico y llevo un día sin probar el alcohol. Anoche bebí, ¡pero hoy estoy sobrio!». La gente se cansó de aplaudir tal declaración y, en la siguiente asamblea votamos, tras un largo debate, dejar de aplaudir. «Me llamo Al —dice alguien—, y llevo once días sin beber». «Hola, Al», nos limitamos a responder.

El día en que fui caminando desde Brooklyn Heights hasta Bay Ridge y recogí el dinero de los gastos en casa de Kenan Khoury, era miércoles. El martes siguiente, en la reunión de las ocho y media, me llegó una voz conocida desde el fondo de la sala:

—Me llamo Peter, soy alcohólico y drogadicto, y llevo dos días sin tomar nada.

—Hola, Peter —respondió todo el mundo.

Había planeado ir a hablar con él durante el descanso, pero me entretuve

charlando con la mujer que estaba sentada a mi lado y, cuando me volví para buscar a Peter, este ya no estaba. Lo llamé más tarde desde el hotel, pero no me contestó. Llamé entonces a casa de su hermano.

—Peter está sobrio —le dije—. O lo estaba hace una hora. Lo he visto en una reunión.

—He hablado con él hoy mismo. Me ha dicho que aún tiene casi todo el dinero y que al coche no le ha pasado nada. Le he dicho que me importan una mierda el coche y el dinero, que lo que me importa es él, y me ha dicho que estaba bien. ¿Tú como lo has visto?

—No lo he visto. Solo lo he oído hablar en voz alta, pero cuando he ido a buscarlo ya no estaba. Solo llamaba para decirte que está vivo.

Me dio las gracias. Dos noches más tarde, Kenan me llamó y me dijo que estaba abajo, en el vestíbulo de mi hotel.

—Tengo el coche aparcado en doble fila. ¿Ya has cenado? Baja, te espero en la calle.

Una vez dentro del coche, dijo:

—Tú conoces Manhattan mejor que yo. ¿Adónde quieres ir? Elige un sitio.

Fuimos al Paris Green, en la Novena Avenida. Bryce me saludó por mi nombre y nos acompañó a una mesa junto a la ventana, mientras Gary nos hacía alegres gestos desde la barra. Kenan pidió una copa de vino y yo una Perrier.

—Es bonito —observó Kenan.

Después de pedir la cena, dijo:

—No sé, tío. No he venido a Manhattan por ningún motivo en concreto. Me he subido al coche, me he puesto a conducir y no se me ocurría ningún sitio adonde ir. Antes lo hacía siempre, conducir y ya está, contribuir a la escasez de petróleo y a la contaminación del aire. ¿Lo has hecho alguna vez? Ah, qué digo, si ni siquiera tienes coche. Pongamos que un fin de semana quieres irte por ahí. ¿Cómo lo haces?

—Alquilo un coche.

—Ya, claro —asintió—. No se me había ocurrido. ¿Lo haces a menudo?

—Bastante a menudo, cuando hace buen tiempo. Mi novia y yo solemos ir al norte del estado, o a Pensilvania.

—Ah, así que tienes novia... Me lo he preguntado alguna vez. ¿Hace mucho que estáis juntos?

—No mucho.

—¿A qué se dedica, si me permites que te lo pregunte?

—Es historiadora del arte.

—Qué bien. Debe de ser muy interesante.

—Ella dice que es interesante, sí.

—Me refería a ella. Que debe de ser una persona interesante.

—Mucho —dije.

Esa noche, Kenan tenía mejor aspecto. Se había cortado el pelo y se había afeitado, pero aún desprendía una aire de fatiga, bajo el cual parecía fluir una corriente de inquietud.

—No sé qué hacer con mi vida —dijo—. Me quedo en casa, pensando, y me vuelvo loco. Mi mujer está muerta, mi hermano está haciendo vete tú a saber qué, mi negocio se está yendo a la mierda y yo no sé qué hacer.

—¿Qué pasa con tu negocio?

—Nada, o todo. He cerrado un trato durante el viaje que acabo de hacer y espero un envío para la semana que viene.

—Quizá sería mejor que no me contaras nada.

—¿Has probado el hachís? Si solo eras alcohólico, lo más probable es que no.

—No.

—Eso es lo que voy a recibir. Cultivado en el este de Turquía y trasladado hasta aquí vía Chipre, o eso me han dicho.

—¿Y cuál es el problema?

—El problema es que no tendría que haber participado en esa operación. Está metida gente en la cual no tengo motivos para confiar, y mi participación obedece al peor de los motivos posibles: que necesitaba algo que hacer.

—Yo puedo trabajar para ti en el asunto de la muerte de tu esposa. Puedo trabajar para ti con independencia de cómo te ganes la vida, y hasta puedo infringir unas cuantas leyes por ti. Pero no puedo trabajar para ti ni contigo en lo que respecta a tu profesión.

—Petey me dijo que si trabajaba para mí, acabaría volviendo a consumir. ¿Eso a ti también te preocupa?

—No.

—Porque nunca tocarías la droga.

—Supongo que no.

Reflexionó durante unos instantes y luego asintió.

—Lo entiendo —dijo al fin—. Y lo respeto. Por otro lado, me gustaría que trabajaras conmigo porque me sentiría tranquilo si tú me cubrieras las espaldas. Y es un trabajo muy lucrativo, ya lo sabes.

—Desde luego.

—Pero es sucio, ¿verdad? Lo sé. ¿Cómo no iba a serlo? Es un trabajo sucio.

—Pues déjalo.

—Me lo estoy pensando. Nunca creí que llegara a convertirse en un trabajo para toda la vida. Siempre me imaginaba que seguiría un par de años más, unas cuantas operaciones más, un poco más de dinero en el paraíso fiscal... La historia de siempre, ¿no? Ojalá legalizaran la droga, así sería más fácil para todo el mundo.

—Un poli me dijo exactamente lo mismo el otro día.

—Pero eso no va a pasar nunca. O tal vez sí. Y déjame que te diga una cosa: yo lo agradecería.

—¿Y a qué te dedicarías entonces?

—Vendería otra cosa. —Se echó a reír—. En este último viaje conocí a un tío, libanés como yo, y salí con él y con su esposa mientras estábamos en París. «Kenan —me dijo—, tienes que dejar este negocio, porque te mata el alma». Quería que trabajara con él. ¿Sabes a qué se dedica? Es traficante de armas, joder, se dedica a vender armas. «Tío —le contesté—, mis clientes solo se matan a sí mismos con la mercancía. Tus clientes matan a otras personas». «No es lo mismo —insistió él—. Yo trato con gente amable y respetable». Y entonces se puso hablar de toda la gente importante que conocía: agentes de la CIA, agentes secretos de otros países... Así que a lo mejor dejo el negocio de la droga y me dedico a comerciar a gran escala con la muerte.

—¿Es esa tu única opción?

—¿Lo dices en serio? No, claro que no. Podría comprar y vender lo que quisiera. No sé, puede que mi padre se hubiera obsesionado demasiado con el rollo ese de que los fenicios eran comerciantes, pero no cabe duda de que nuestro pueblo se dedica a comerciar por todo el mundo. Cuando dejé la universidad, lo primero que hice fue viajar. Me fui a visitar a mis familiares. Los libaneses están desperdigados por todo el mundo. Tengo unos tíos en Yucatán, y primos por toda América Central y América del Sur. Me fui a África, a un país llamado Togo en el que viven unos parientes de mi madre. Nunca había oído hablar de Togo hasta que fui allí. Mis parientes controlan el mercado negro de divisas en Lomé, que es la capital de Togo. Tienen unas cuantas oficinas en un edificio del centro de Lomé. No hay ningún cartel en el vestíbulo y tienes que subir un tramo de escalones, pero por lo demás se hace todo bastante a la vista. La gente entra y sale durante todo el día, para cambiar dólares, libras esterlinas, francos, cheques de viaje... Y oro. Compran y venden oro. Lo pesan y calculan el precio.

»Durante todo el día, el dinero pasa de un lado a otro de la mesa que tienen allí. No te puedes ni imaginar la cantidad de dinero que manejaban. Yo era un crío, jamás había visto mucho dinero junto, pero allí había millones y millones. Solo se llevaban un uno o un dos por ciento de cada transacción, pero el volumen de operaciones era enorme.

»Vivían en un complejo de viviendas vallado, a las afueras de la ciudad. Tenía que ser enorme para que pudieran alojarse tantos sirvientes. Yo me críe en Bergen Street, tío, siempre había compartido habitación con mi hermano, y de repente me encuentro con mis primos, que tenían como cinco sirvientes por cabeza. Incluyendo a los niños. Y no exagero. Al principio me sentía bastante incómodo, porque me

parecía un despilfarro, pero luego me aclararon los motivos: si una persona era rica, tenía la obligación de dar trabajo a mucha gente. De esa forma, creaba empleo y ayudaba a los demás.

»“Quédate”, me dijeron. Querían que entrara en el negocio. Y si no me gustaba Togo, tenían parientes políticos que se dedicaban a lo mismo en Mali. “Pero Togo es más bonito”, me dijeron.

—¿Aún podrías ir?

—Empezar una nueva vida en un nuevo país es una de esas cosas que se hacen a los veinte años.

—¿Cuántos tienes ahora? ¿Treinta y dos?

—Treinta y tres. Es un poco tarde para empezar por el puesto más bajo.

—A lo mejor no tendrías que empezar repartiendo el correo.

Se encogió de hombros.

—Lo más gracioso es que Francine y yo lo hablamos. Ella no lo veía claro porque le daban miedo los negros. La idea de formar parte de un puñado de blancos en un país de población negra le resultaba angustiada. «¿Y si se hacen con el poder?», me decía. «Cariño, ¿con qué poder se van a hacer? Si es su país... Ya les pertenece». Pero ella no se mostraba muy razonable al respecto. —Se le quebró la voz—. Y mira con quién se subió a una furgoneta, mira quién la mató. Blancos. Te pasas la vida teniéndole miedo a algo, y luego resulta que te mata otra cosa. —Me observó fijamente—. No solo se trata de que la hayan matado: además es como si la hubieran borrado. Como si hubiera cesado de existir. Ni siquiera vi un cadáver, solo vi partes, trozos. Fui a la clínica de mi primo en plena noche y convertí esos trozos en cenizas. Francine se ha ido, pero en mi vida ha quedado un agujero y no sé cómo llenarlo.

—Dicen que lleva tiempo —le comenté.

—Pues que se lleve el mío. Tengo tiempo, pero no sé qué hacer con él. Me paso todo el día en casa y acabo hablando solo. En voz alta, quiero decir.

—Es algo que suelen hacer las personas que estaban acostumbradas a tener a alguien al lado. Se te pasará.

—Bueno, y si no se me pasa, ¿qué más da? ¿Quién me va oír, si estoy hablando solo? —Bebió un sorbo de su vaso de agua—. Y luego está el sexo —añadió—. No sé qué coño hacer con el tema del sexo. Tengo ganas, ¿sabes? Soy joven, es normal.

—Hace un momento eras demasiado viejo para empezar una nueva vida en África.

—Ya sabes lo que quiero decir. Tengo ganas y no solo no sé qué hacer al respecto, es que ni siquiera me parece bien tener ganas. Me parece desleal sentir deseos de acostarme con una mujer, con independencia de que lo haga o no. Y, por otro lado, ¿con quién me iba a acostar, por mucho que decidiera hacerlo? ¿Qué se supone que tengo que hacer, tirarle los tejos a alguna mujer en un bar? ¿Ir a un salón de masajes y

pagarle a una coreana bizca para que me ayude a correrme? ¿Tener putas citas, o sea, llevar a una tía al cine y darle conversación? Me imagino haciendo algo así y pienso que más me vale quedarme en casa y cascármela, pero no lo hago porque incluso eso me parece una deslealtad. —Se reclinó de golpe en la silla, incómodo—. Lo siento, no quería soltarte todo este rollo de mierda. No tenía pensado decir todo eso, ni siquiera sé de dónde ha salido.

Cuando volví al hotel, llamé a mi historiadora del arte. Esa noche tenía clase y aún no había vuelto, así que le dejé un mensaje en el contestador y me pregunté si me llamaría cuando llegara.

Habíamos tenido una pelotera unas cuantas noches atrás. Después de cenar, habíamos alquilado una peli que ella quería ver y yo no, y puede que tal vez por eso estuviera un poco resentido, no lo sé. Fuera lo que fuese, esa noche nos pasaba algo. Después de la peli, ella hizo un comentario bastante subido de tono y yo le insinué que tal vez podría esforzarse un poco por no hablar como una puta. En otras circunstancias, esa réplica mía hubiera resultado aceptable, pero se lo solté como si lo pensara de verdad, a lo cual ella respondió con un comentario igual de hiriente.

Le pedí disculpas y ella me las pidió a mí, y los dos dijimos que no pasaba nada, pero ninguno de los dos tenía esa sensación. Cuando llegó el momento de irse la cama, ella se acostó en una punta de la ciudad y yo en la otra. Al día siguiente hablamos pero no mencionamos el incidente, ni lo hemos mencionado aún, por lo que sigue flotando en el aire cada vez que hablamos e incluso cuando no hablamos.

Elaine me llamó a eso de las once y media.

—Acabo de llegar —dijo—. He ido a tomar una copa con unas amigas después de clase. ¿Qué tal el día?

—Muy bien.

Lo estuvimos comentando durante unos minutos y luego le pregunté si era demasiado tarde para pasarme por allí.

—Ay —dijo—, yo también tengo ganas de verte.

—Pero es demasiado tarde.

—Creo que sí, mi vida. Estoy hecha polvo, lo único que me apetece es darme una ducha y meterme en la cama. ¿Te enfadas?

—Claro que no.

—¿Hablamos mañana?

—Sí. Que descanses.

Colgué y dije «Te quiero», pero me dirigí a una habitación vacía y las palabras rebotaron en las paredes. Habíamos aprendido demasiado bien a desterrar esa frase de nuestras conversaciones cuando estábamos juntos, así que en ese momento, al oírme pronunciarla en voz alta, me pregunté si era cierto.

Sentía algo, pero no sabía qué era. Me di una ducha, me sequé y mientras estaba allí de pie, contemplando mi propio rostro en el espejo del lavabo, supe qué era lo que sentía.

Todos los días se celebran dos reuniones a medianoche. La que me quedaba más cerca era la de la calle Cuarenta y seis Este y llegué justo cuando estaban empezando. Me serví una taza de café y me senté. Minutos más tarde, escuché una voz que me resultaba familiar:

—Me llamo Peter, soy alcohólico y drogadicto. —«Bien», pensé—. Llevo un día sobrio.

No tan bien. El jueves llevaba dos días, y esa noche solo uno. Pensé en lo difícil que debía de ser para él intentar subir de nuevo al bote salvavidas y no conseguirlo. Pero luego dejé de pensar en Peter Khoury porque había ido a la reunión por mí mismo, no por él.

Escuché atentamente la introducción y, si bien no sabría decir a ciencia cierta de qué se habló, cuando el orador guardó silencio y abrió el debate, levanté la mano enseguida.

—Me llamo Matt y soy alcohólico. Llevo un par de años sobrio y he recorrido un largo camino desde mi primera reunión, así que a veces se me olvida que aún estoy muy jodido. Estoy atravesando una fase difícil en mi relación de pareja, pero ni siquiera me había dado cuenta hasta hace muy poco. Antes de venir aquí esta noche, me sentía inquieto y me he pasado cinco minutos debajo de la ducha para entender qué me pasaba. Y entonces me he dado cuenta de que era miedo, de que estoy asustado.

»Ni siquiera sé qué es lo que me asusta, pero tengo la sensación de que si me dejo llevar, descubriré que todo en este puto mundo me da miedo. Me da miedo tener una relación de pareja y me da miedo no tenerla. Me da miedo despertarme un día de estos, mirarme al espejo y ver a un viejo que me devuelve la mirada. Me da miedo morirme un día en mi habitación y que no se entere nadie hasta que el olor empiece a llegar más allá de las paredes.

»Así que me he vestido y he venido aquí porque no quiero beber y no quiero sentirme así, y porque después de todos estos años aún no sé por qué me ayuda desahogarme de esta manera, pero me ayuda. Gracias.

Supuse que tal vez había hablado como un sentimental sin remedio, pero uno aprende a no darle importancia a lo que piensen los demás, y no se la di. Me había resultado especialmente fácil soltar todo el rollo en aquella sala porque no conocía a nadie, excepto a Peter Khoury, y si solo llevaba un día sobrio, lo más probable es que todavía no fuera capaz de comprender frases enteras, y menos aún recordarlas después.

Y puede que, al fin y al cabo, tampoco hubiera sonado tan patético. Al terminar la

reunión nos pusimos todos en pie y rezamos juntos la Plegaria de la Serenidad. Después se me acercó un hombre que había estado sentado dos filas por delante de mí y me pidió el número de teléfono. Le di una tarjeta.

—No estoy casi nunca —le dije—, pero puede dejarme un mensaje.

Charlamos durante unos minutos y luego fui en busca de Peter Khoury, pero ya no estaba. No sé si se había marchado antes de que terminara la reunión o si se había escabullido nada más terminar, pero de una u otra forma, ya no estaba.

Tenía el presentimiento de que no quería verme, y lo entendía. Recordé las dificultades que yo mismo había tenido al principio: pasaba unos días sin beber, luego recaía y volvía a empezar de nuevo. Peter contaba con la desventaja de haber estado sobrio durante bastante tiempo, por lo que haber perdido lo que ya tenía resultaba humillante. Teniendo en cuenta todos esos factores, era lógico pensar que le llevaría algún tiempo recuperar la autoestima.

Y mientras, permanecía sobrio. Solo llevaba un día, pero en cierto modo eso es lo que lleva todo el mundo.

El sábado por la tarde, descansé un rato de ver tanto deporte en la tele y llamé a la operadora. Le conté que había perdido la tarjeta en la que se explicaba cómo activar y desactivar el servicio de desvío de llamadas. Me la imaginé comprobando mis datos, llegando a la conclusión de que yo jamás había contratado tal servicio y llamando al 911 para que la policía rodeara el hotel con sus coches patrulla. «¡Cuelga ese teléfono, Scudder, y sal de la habitación con los brazos en alto!».

Pero antes incluso de que hubiera terminado de pensar, la mujer ya me había puesto una grabación en la que una voz generada por ordenador me explicaba lo que tenía que hacer. Hablaba tan deprisa que no pude anotar todo, así que tuve que llamar una segunda vez.

Justo antes de salir del hotel para ir a ver a Elaine, seguí las instrucciones para activar el servicio y establecí que todas mis llamadas se desviarán automáticamente al número de Elaine. Esa era, al menos, la teoría, ya que yo no confiaba demasiado en el proceso.

Elaine había comprado entradas para el Manhattan Theatre Club, donde se representaba una turbia y taciturna obra de un dramaturgo yugoslavo. Tuve la sensación de que parte del sentido se había perdido al traducir; pero, aun así, lo que nos llegaba desde las candilejas seguía conservando una perturbadora intensidad. Me condujo hacia los más oscuros recovecos del yo sin necesidad de encender las luces.

La odisea resultó aún más terrible, si cabe, debido a que la obra se escenificó sin intermedio. Salimos de allí a las diez menos cuarto, lo cual fue providencial porque la experiencia nos había dejado extenuados. Los actores salieron a saludar, se encendieron las luces de la sala y nos marchamos de allí arrastrándonos como

zombis.

—Un remedio efectivo.

—O un veneno efectivo. Lo siento, últimamente elijo exitazos, ¿verdad? Aquella peli que no te gustó nada y ahora esto.

—Tampoco es que no me haya gustado —dije—, pero me siento como si hubiera aguantado diez asaltos y me hubieran golpeado unas cuantas veces en la cara.

—¿Cuál crees que era el mensaje?

—Imagino que queda más claro en serbocroata. ¿El mensaje? Ni idea. Que el mundo está podrido, supongo.

—Para saber eso no hace falta ir a ver una obra de teatro —dijo Elaine—, solo tienes que leer el periódico.

—Ya, pero a lo mejor en Yugoslavia es diferente.

Cenamos cerca del teatro, pero el espíritu de la obra nos envolvía como un manto. A mitad de la cena, dije:

—Quiero decirte algo. Quiero disculparme por lo de la otra noche.

—Está olvidado, mi vida.

—No sé si está olvidado. Yo me he sentido muy raro en los últimos tiempos. En parte, es por el dichoso caso. Teníamos un par de pistas y me daba la sensación de que iba avanzando, pero ahora todo se ha vuelto a estancar y hasta yo me siento estancado. Pero no quiero que todo eso nos afecte. Me importas y nuestra relación también me importa.

—Y a mí también.

Charlamos un poco y las cosas parecieron suavizarse, aunque no era fácil dejar a un lado el espíritu de la obra teatral. Luego regresamos a casa de Elaine y ella escuchó los mensajes del contestador mientras yo iba al cuarto de baño. Cuando salí, advertí una expresión extraña en su rostro.

—¿Quién es Walter? —me preguntó.

—Walter...

—Solo ha llamado para saludarte, no es nada importante, quería que supieras que está ahí y que seguramente te llamará más tarde.

—Ah —me percaté—. Un tipo a quien conocí anteanoche. Acaba de dejar la bebida.

—¿Y le has dado este número?

—No —dije—, ¿por qué iba a hacer tal cosa?

—Eso mismo me pregunto yo.

—¡Ah! —exclamé, al caer en la cuenta—. Vaya, pues parece que funciona.

—¿El qué parece que funciona?

—El desvío de llamadas. Ya te conté que los Kong me habían puesto el servicio de desvío de llamadas, la noche en que estuvieron jugando con la compañía de

teléfonos, ¿no? Lo he activado esta tarde.

—Entonces, tus llamadas se desvían aquí.

—Exacto. No estaba muy convencido de que funcionara, pero es obvio que sí funciona. ¿Qué ocurre?

—Nada.

—¿Estás segura?

—Desde luego. ¿Quieres escuchar el mensaje? Si quieres, te lo vuelvo a poner.

—No hace falta, si solo decía eso.

—¿Puedo borrarlo, entonces?

—Adelante.

Lo borró y dijo:

—Me preguntó qué habrá pensado al marcar tu número y encontrarse con un contestador en el que sale una voz femenina.

—Bueno, es obvio que no creía haberse equivocado de número, porque en ese caso no habría dejado ningún mensaje.

—Me pregunto quién se habrá imaginado que soy.

—Una mujer misteriosa con una voz sensual.

—Supongo que habrá pensado que vivimos juntos. A menos que sepa que vives solo.

—Lo único que sabe de mí es que estoy sobrio y como una cabra.

—¿Por qué como una cabra?

—Porque en la reunión en la que nos conocimos yo saqué mucha mierda. No sabe nada de mí, o sea que yo podría ser tranquilamente un sacerdote y tú el ama de llaves de la rectoría.

—Vaya, a ese juego aún no hemos jugado. Sacerdote y ama de llaves. «Bendígame, padre, porque he sido una niña muy mala y seguramente necesito unos azotes».

—No me extrañaría.

Elaine sonrió maliciosamente. La atraje hacia mí y, en ese momento, sonó el teléfono.

—Contesta tú. Seguro que es Walter.

Respondí y un hombre de voz grave preguntó por la señorita Maddell. Le pasé el auricular sin pronunciar palabra y me fui a la otra habitación. Me quedé junto a la ventana, contemplando las luces al otro lado del East River. Al cabo de unos minutos, entró Elaine y se quedó a mi lado. No hizo comentario alguno sobre la llamada, ni yo tampoco. Y entonces, diez minutos más tarde, sonó otra vez el teléfono, contestó Elaine y era para mí. Era Walter, quien, como suele pasar con los recién llegados al programa, seguía el consejo de usar mucho el teléfono. No hablé mucho rato con él. Después de colgar, le dije a Elaine:

—Lo siento, no ha sido una buena idea.

—Bueno, pasas mucho tiempo aquí. Está bien que la gente pueda localizarte.

Y unos cuantos minutos más tarde, añadió:

—Déjalo descolgado. No quiero que nadie nos localice esta noche.

Por la mañana, me pasé por el despacho de Joe Durkin y terminé yendo a comer con él y dos amigos suyos de la Brigada de Delitos Graves. Volví a mi hotel y me paré un momento en recepción por si tenía mensajes, pero no tenía. Subí a mi habitación, cogí un libro y, veinte minutos más tarde, sonó el teléfono.

—Se te olvidó desactivar el desvío de llamadas —dijo Elaine.

—Ay, Señor —me lamenté—. Ahora entiendo por qué no tenía ningún mensaje. Acabo de llegar a casa, he estado fuera toda la mañana y se me ha ido completamente de la cabeza. Tenía pensado ir directamente a casa y desactivarlo, pero se me ha olvidado. Espero que no te haya agobiado todo el día.

—No, pero...

—Espera, ¿cómo lo has conseguido? Si me llamas, ¿no desvía la llamada a tu casa y te dice que la línea comunica?

—Es lo que ha pasado la primera vez. Luego he llamado a la centralita y ellos te han pasado la llamada.

—Ah.

—O sea, que no desvía las llamadas que llegan desde la centralita.

—Es obvio que no.

—TJ ha llamado antes, pero eso no es lo importante. Matt, acaba de llamar Kenan Khoury. Tienes que llamarlo de inmediato. Ha dicho que era muy urgente.

—¿Ah, sí?

—Ha dicho cuestión de vida o muerte; probablemente, de muerte. No sé a qué se refiere, pero parecía muy preocupado.

Llamé de inmediato y contestó Kenan.

—Gracias a Dios, Matt. No cuelgues, tengo a mi hermano en la otra línea. Estás en casa, ¿no? Vale, no cuelgues, enseguida estoy contigo.

Se oyó un clic y luego, aproximadamente un minuto más tarde, otro. Enseguida oí la voz de Kenan.

—Va hacia ahí —dijo—. Va a tu hotel, te esperará justo delante.

—¿Qué le pasa?

—¿A Petey? Nada, está bien. Te va a llevar a Brighton Beach. Hoy no podemos permitirnos el lujo de perder el tiempo con metros y leches.

—¿Qué hay en Brighton Beach?

—Un montón de rusos —dijo—. A ver cómo te lo explico... Me acaba de llamar uno de ellos para decirme que le está pasando algo parecido a lo que me pasó a mí.

Eso solo podía significar una cosa, pero quería asegurarme.

—¿Su mujer?

—Peor. Te tengo que dejar, nos vemos allí.

En septiembre del año pasado, Elaine y yo disfrutamos de una idílica tarde en Brighton Beach. Cogimos la línea Q del metro hasta el final y luego paseamos por Brighton Beach Avenue, curioseamos en las paraditas de productos frescos, miramos escaparates y luego fuimos a explorar las calles laterales, con sus casas de madera y su laberinto de callejuelas, callejones y callejas, pasajes, pasadizos y travesías. La mayoría de la población estaba formada por judíos rusos, muchos de ellos recién llegados, y el barrio nos había parecido de lo más exótico, aunque también esencialmente neoyorquino. Comimos en un restaurante georgiano, luego recorrimos el paseo marítimo de madera hasta Coney Island y vimos cómo personas más valientes que nosotros se bañaban en el océano. Después pasamos una hora en el Acuario y, por último, regresamos a casa.

Si aquel día nos hubiéramos cruzado con Yuri Landau por la calle, supongo que no le habríamos prestado demasiada atención. Allí hubiera estado en su salsa, como seguramente en otros tiempos lo había estado en las calles de Kíev o de Odesa. Era un tipo grandote, de pecho amplio, cuyo rostro podría haber servido como modelo del obrero por antonomasia en los murales de la época del realismo socialista: frente despejada, pómulos altos, planos faciales de rasgos muy marcados y mandíbula prominente. Tenía el pelo lacio, de color castaño claro, y la costumbre de echar la cabeza hacia atrás para apartárselo de la cara.

Debía de andar por los cuarenta y tantos y llevaba ya diez años en Estados Unidos. Había emigrado con su esposa y su hija de cuatro años, Liudmilla. En la Unión Soviética se dedicaba a trapichear en el mercado negro y, ya en Brooklyn, había probado suerte con varios negocios oscuros, hasta iniciarse no mucho después en el tráfico de narcóticos. Le había ido bastante bien, pero también es cierto que se trata de un negocio en el que nadie se limita a ir tirando. Si a uno no lo asesinan o termina en la cárcel, por lo general se gana bien la vida en ese mundillo.

A su esposa le habían diagnosticado, cuatro años atrás, un cáncer de ovario con metástasis. Habría sobrevivido otros dos años y medio gracias a la quimioterapia. La mujer esperaba vivir lo bastante como para ver a su hija terminar la secundaria, pero había muerto el pasado otoño. Liudmilla, que ahora se hacía llamar Lucía, se había graduado en primavera y cursaba en la actualidad primero de bachillerato en la Academia Chichester, un instituto privado para chicas, situado en Brooklyn Heights. La cuota era muy alta, pero también las exigencias académicas. Eran muchas las exalumnas de la Academia Chichester que habían estudiado en universidades de la Ivy League, o en universidades femeninas como Bryn Mawr y Smith.

Cuando Kenan había empezado a llamar a sus colegas narcotraficantes para advertirles de posibles secuestros, había estado a punto de no llamar a Yuri Landau.

No eran íntimos, de hecho apenas se conocían, pero básicamente era porque Kenan consideraba invulnerable a Yuri Landau: su esposa ya estaba muerta.

Ni siquiera se le había ocurrido pensar en la hija. Aun así, había hecho la llamada y Landau había interpretado el aviso como una confirmación de que las medidas que había adoptado al iniciar Lucía sus estudios en Chichester eran las adecuadas. En lugar de permitir que la niña fuera en metro o en autobús a clase, había dispuesto que una empresa de transporte privado la recogiera todos los días a las siete y media de la mañana y luego la esperara todas las tardes delante de la Academia Chichester, a las tres menos cuarto en punto. Si Lucía quería ir a casa de alguna amiga, el coche de la empresa privada la acompañaba y luego, cuando ella llamaba, iba a recogerla y la llevaba a casa. Si quería ir a algún sitio del barrio, normalmente salía de casa con el perro. El perro en cuestión era un rodesiano bastante manso, pero con un aspecto lo suficientemente feroz como para desalentar a cualquiera.

A primera hora de aquella tarde, se había recibido una llamada en la secretaría de la Academia Chichester. Un caballero que hablaba con suma educación había explicado que era el asistente del señor Landau y que llamaba para solicitar que se dejara salir a Liudmilla media hora antes, debido a un imprevisto familiar.

—Ya he avisado a la empresa de transporte —le aseguró a la mujer que atendió el teléfono— y enviarán un coche a esperarla delante de la escuela, a las dos y cuarto. Lo que ocurre es que, seguramente, no serán ni el coche ni el conductor de esta mañana.

El hombre añadió que, si surgía algún inconveniente, no debía llamar a la residencia del señor Landau sino contactar directamente con él, el señor Pettibone, en un número que procedió a facilitarle de inmediato.

A la mujer no le hizo ninguna falta llamar a aquel número, porque la petición del señor Pettibone no suponía ningún problema. Convocó a Lucía (nadie en el colegio la conocía como Liudmilla) a secretaría y le dijo que ese día saldría antes. A las dos y diez, la mujer miró por la ventana y vio una furgoneta de color verde oscuro aparcada justo delante de la entrada del centro, en Pineapple Street. No se parecía mucho a los modernos turismos GM que por lo general acompañaban a la chica por la mañana y la recogían por la tarde, pero era obvio que aquel era el vehículo indicado, pues en el lateral se podía leer claramente el nombre y dirección de la empresa de transporte privado: Chaverim Livery Service, seguido de una dirección en Ocean Avenue. Y el conductor, que rodeó el vehículo para poder abrirla la puerta a Lucía, llevaba la misma chaqueta azul y la misma gorra que el resto de los conductores de la empresa.

En cuanto a Lucía, subió a la furgoneta sin inmutarse siquiera. El conductor cerró la puerta, rodeó de nuevo el vehículo, se sentó al volante y condujo hasta la esquina de Willow Street, momento en el que la mujer dejó de mirar.

A las tres menos cuarto salieron el resto de las alumnas y, minutos más tarde, el

conductor habitual de Lucía se presentó en la academia con el Oldsmobile Regency Brougham de color gris que había utilizado esa misma mañana para acompañarla. Esperó pacientemente junto al bordillo, pues sabía que la chica a veces tardaba hasta quince minutos en salir. El conductor habría esperado ese tiempo, y más, sin quejarse, pero una de las compañeras de Lucía lo reconoció y le dijo que se había equivocado.

—Porque Lucía ha salido antes —le contó—. La han venido a buscar hará como media hora.

—Venga ya —dijo el hombre, creyendo que la chica le estaba gastando una broma.

—¡Es verdad! Su padre ha llamado a secretaría y ya ha venido a buscarla un coche. Pregúntele a la señorita Severance, si no me cree.

El conductor no entró para confirmar esa versión con la señorita Severance. De haberlo hecho, la mujer habría llamado de inmediato a la residencia de los Landau y, probablemente, a la policía. Lo que hizo fue utilizar la radio de su coche para llamar a la jefa de tráfico y averiguar qué coño estaba pasando.

—Si había que recogerla antes —protestó—, podrías haberme mandado a mí, ¿no? Y si no me podías mandar a mí, al menos podrías haberme dicho que no viniera a la hora de siempre.

Como es lógico, la jefa de tráfico no sabía de qué estaba hablando el conductor. Cuando por fin lo entendió, buscó la única explicación razonable que se le ocurrió: que, por algún motivo, Landau había llamado a otra empresa. Podría haberse olvidado del tema y ya está. Tal vez todas las líneas estaban ocupadas cuando Landau había llamado, tal vez tenía prisa, tal vez había ido él en persona a recoger a la niña y no había podido llamar para anular el coche de costumbre. Pero, obviamente, algo no le cuadraba a la jefa de tráfico, porque buscó el número de Yuri Landau y lo llamó.

Al principio, Yuri no entendió a qué venía todo aquel rollo. O sea que en Chaverim alguien había cometido un error y habían ido dos coches en lugar de uno, por lo que el segundo conductor había hecho el viaje en balde. ¿Y ese era un motivo para llamarlo? Pero entonces empezó a caer en la cuenta de que había pasado algo raro. Recabó toda la información que pudo de la jefa de tráfico, le dijo que lamentaba las molestias y colgó.

Acto seguido, llamó a la academia y cuando habló con la señorita Severance y supo que había llamado un tal Pettibone, supuesto asistente del señor Landau, ya no le cupo la menor duda. Alguien había conseguido sacar a su hija de la escuela y llevársela en una furgoneta. Alguien la había secuestrado.

A esas alturas, la señorita Severance también empezó a atar cabos, pero Landau la convenció para que no llamara a la policía. Era mejor ocuparse de aquel asunto en privado, dijo, improvisando una historia mientras hablaba:

—Parientes maternos, muy ortodoxos, podríamos decir que son fanáticos

religiosos. Llevan tiempo hostigándome para que la saque de Chichester y la envíe a no sé qué escuela como Dios manda de Borough Park. No se preocupe usted por nada, estoy convencido de que mañana mismo la tendrán de nuevo en clase.

Luego colgó y empezó a temblar.

Tenían a su hija. ¿Qué querían? Les daría a esos hijos de puta lo que quisieran, les daría todo cuanto poseía, pero ¿quiénes eran? ¿Y qué querían, por el amor de Dios?

¿No le había hablado alguien de otro secuestro, hacía apenas unas semanas?

Recordó de quién se trataba y llamó a Kenan. Y este me llamó a mí.

Yuri Landau vivía en Brightwater Court, en el ático de un edificio de ladrillo de doce plantas gestionado en régimen de cooperativa por los propietarios. En el vestíbulo embaldosado, dos jóvenes y fornidos rusos vestidos con chaquetas de mezclilla y gorra nos cerraron el paso cuando entramos. Peter ignoró al portero uniformado y les dijo a los otros dos que se llamaba Khoury y que el señor Landau nos estaba esperando. Uno de los rusos nos acompañó en el ascensor.

Cuando llegamos a casa de Landau, a eso de las cuatro y media, ya se había recibido la primera llamada de los secuestradores. Landau aún estaba tratando de asimilar lo que le habían dicho.

—Un millón de dólares —exclamó—. ¿De dónde voy a sacar un millón de dólares? ¿Quién está detrás de esto, Kenan? ¿Son negros? ¿Son esa gentuza de Jamaica?

—Son blancos —respondió Kenan.

—Mi Luschka —clamaba—. ¿Cómo ha podido pasar algo así? ¿Qué clase de país es este? —Se interrumpió al vernos—. Tú eres el hermano —le dijo a Peter—. ¿Y tú?

—Matthew Scudder.

—El que ha estado trabajando para Kenan. Bien. Gracias a los dos por venir. Pero... ¿cómo habéis entrado? He apostado a dos hombres en el vestíbulo, se supone que os tendrían que... —Vio entonces al hombre que había subido con nosotros—. Ah, estás ahí, Dani. Buen chico. Vuelve abajo y mantén los ojos bien abiertos. —Y, sin dirigirse a nadie en concreto, añadió—: Ahora pongo a mis hombres a vigilar. Cierro con llave el establo cuando ya me han robado el caballo. ¿Para qué? ¿Qué me pueden quitar ahora? Dios, ese cabrón de mierda, se llevó a mi esposa y ahora estos otros cabrones se han llevado a mi Luddy, mi Luschka. —Se volvió hacia Kenan—. Pero... aunque hubiera puesto a mis hombres a vigilar en el vestíbulo cuando tú me llamaste, ¿de qué habría servido? Se la han llevado del colegio, la han raptado delante de las narices de todo el mundo. Ojalá yo hubiera hecho lo mismo que tú. La enviaste al extranjero, ¿verdad?

Kenan y yo intercambiamos una mirada.

—¿Qué ocurre? Me dijiste que habías enviado a tu mujer al extranjero.

—Esa es la historia que inventamos, Yuri.

—¿Historia, dices? ¿Y por qué teníais que inventar una historia? ¿Qué ocurrió?

—La secuestraron.

—A tu mujer.

—Sí.

—¿Cuánto te sacaron?

—Me pidieron un millón. Negociamos y les ofrecí una cifra más baja.

—¿Cuánto?

—Cuatrocientos mil.

—¿Y pagaste el rescate? ¿Te la devolvieron?

—Pagué.

—Kenan. —Yuri lo agarró por los hombros—. Dímelo. Te la devolvieron, ¿verdad?

—Muerta —respondió Kenan.

—Oh, no —dijo Yuri. Se tambaleó como si hubiera recibido un golpe y levantó un brazo para protegerse el rostro—. No —prosiguió—. No me digas eso.

—Señor Landau...

Me hizo caso omiso y agarró a Kenan del brazo.

—Pero pagaste. ¿Les diste todo el dinero que pedían? ¿No trataste de engañarlos?

—Pagué, Yuri. Y la mataron de todos modos.

Yuri dejó caer los hombros.

—¿Por qué? —exigió saber. No se dirigía a nosotros sino a Dios, el cabrón de mierda que se había llevado a su esposa—. ¿Por qué?

Di un paso al frente e intervine.

—Señor Landau, se trata de hombres muy peligrosos, crueles e imprevisibles. Han asesinado al menos a otras dos mujeres además de a la señora Khoury. Por lo que sabemos, no tienen la menor intención de devolverle a su hija con vida. Me temo que existen motivos fundados para creer que ya está muerta.

—No.

—Si aún está viva, tenemos una oportunidad. Pero debe usted decidir cómo quiere enfocar el asunto.

—¿Qué quiere decir?

—Podría llamar a la policía.

—Han dicho que nada de policía.

—Es lógico que hayan dicho eso.

—Lo último que quiero es tener a la poli por aquí, husmeando en mi vida. En cuanto consiga reunir el dinero del rescate, querrán saber de dónde lo he sacado. Pero si sirve para recuperar a mi hija... ¿Qué pensáis? ¿Tenemos más posibilidades si llamamos a la poli?

—Puede que tenga usted más posibilidades de atrapar a los hombres que la han secuestrado.

—Eso me importa una mierda. ¿Y de recuperarla?

«Está muerta», pensé, pero me dije que no lo sabía a ciencia cierta y que a él no le hacía ninguna falta oírlo.

—Creo que la intervención de la policía a estas alturas no va a aumentar las posibilidades de recuperar a su hija con vida. Creo que más bien podría causar el efecto contrario. Si la policía entra en el asunto y los secuestradores lo descubren, cortarán por lo sano y se largarán. Y dudo que dejen a la chica con vida.

—Pues a la mierda la poli. Lo haremos nosotros. Y ahora, ¿qué?

—Ahora tengo que hacer una llamada de teléfono.

—Adelante. Un momento, quiero que la línea esté libre. Me han llamado, he hablado con el tipo y quería hacerle un millón de preguntas, pero ha colgado. «Deje la línea libre, nos pondremos en contacto con usted». Utilice el teléfono de mi hija, en esa puerta de ahí. Los críos se pasan la vida al teléfono, era imposible llamar a casa. Tenía el servicio de llamada en espera, pero estaba volviendo loco a todo el mundo. Cada vez que estaba al teléfono, me sonaba el tono ese y entonces tenía que decirle a quien fuera que no colgara, que tenía otra llamada. Un horror. Al final lo di de baja y le puse a Liudmilla su propio teléfono, para que hablara todo lo que le diera la gana. Dios, que se queden todo lo que tengo, solo quiero que me la devuelvan.

Llamé al busca de TJ y tecleé el número de Landau en el teléfono en forma de Snoopy de Liudmilla. A juzgar por la decoración del dormitorio, tanto Snoopy como Michael Jackson parecían desempeñar un papel clave en la mitología personal de la chica. Recorrí la habitación de un lado a otro, mientras esperaba la llamada, y encontré una foto de familia sobre el tocador de esmalte blanco. En ella aparecía Yuri con una mujer de pelo oscuro y una niña de melena también oscura y rizada, que le caía sobre los hombros. Lucía aparentaba unos diez años en aquella foto. En otra fotografía aparecía ella sola, algo mayor. Parecía una imagen de la graduación, en junio del año anterior. En la foto más reciente llevaba el pelo corto y en su rostro se advertía una expresión demasiado seria y madura para la edad que tenía.

Sonó el teléfono. Lo cogí y oí su voz.

—Hola, ¿quién quiere hablar con TJ?

—Soy Matt.

—¡Hola, amigo! ¿Cómo estás, plexiglás?

—Un asunto, grave —le dije—. Es una emergencia y necesito tu ayuda.

—Cuenta con ello.

—¿Puedes localizar a los Kong?

—¿Quieres decir ahora mismo? A veces es difícil dar con ellos. Jimmy Hong

también tiene un busca, pero no siempre lo lleva encima.

—A ver si consigues encontrarlo y le das este número.

—Vale. ¿Es todo?

—No. ¿Te acuerdas de la lavandería automática en la que estuvimos la semana pasada?

—Claro.

—¿Sabes llegar hasta allí?

—La línea R hasta la calla Cuarenta y cinco, una manzana hasta la Quinta Avenida y luego cuatro o cinco hasta las lavadoritas.

—No sabía que hubieras prestado tanta atención.

—Joder, tío —se ufano TJ—. Yo siempre presto atención. Soy un tío despierto.

—Yo pensaba que solo eras imaginativo.

—Soy imaginativo y despierto.

—¿Puedes ir allí enseguida?

—¿Ahora mismo? ¿O llamo antes a los Kong?

—Llámalos y luego vete para allí. ¿Estás cerca del metro?

—Tío, yo siempre estoy cerca del metro. Te estoy llamando desde la cabina que liberaron los Kong, en la calle Cuarenta y tres con la Octava.

—Lámame en cuanto llegues allí.

—Vale. Ha pasado algo gordo, ¿no?

—Muy gordo —le respondí.

Dejé abierta la puerta del dormitorio para poder oír el teléfono si sonaba y volví al salón. Peter Khoury estaba junto a la ventana, contemplando el océano. No habíamos hablado mucho durante el trayecto hasta allí, pero me había dicho sin que yo le preguntara que no había vuelto a beber ni a drogarse desde la reunión en que nos habíamos visto.

—Así que ya llevo cinco días —dijo.

—Eso está muy bien.

—Esa es la línea política, ¿no? Un día o veinte años, da lo mismo. Le dices a alguien cuánto tiempo llevas sobrio y siempre te responde lo mismo, que está muy bien. «Hoy estás sobrio y eso es lo que cuenta». Joder, ya no sé ni lo que cuenta.

Me acerqué a Kenan y a Yuri y empezamos a hablar. El teléfono de la habitación no sonó, pero al cabo de unos quince minutos o así, sonó el del salón y Yuri respondió.

—Sí, Landau al habla —dijo, al tiempo que me lanzaba una mirada significativa y, luego, sacudía la cabeza para apartarse el pelo de la cara—. Quiero hablar con mi hija. Tiene que dejarme hablar con mi hija.

Me acerqué a él y me pasó el teléfono.

—Espero que la chica esté viva —dije.

Se produjo un silencio.

—¿Quién coño eres tú?

—Soy tu mejor oportunidad de hacer un intercambio limpio: la chica por el dinero. Pero más te vale no hacerle daño: si estás jugando a algo, será mejor que lo dejes ahora mismo, no vaya a ser que empiece a llover. Porque para que haya trato, la chica tiene que estar viva y en perfecto estado.

—Vete a la puta mierda —me increpó.

Se produjo una pausa y pensé que iba a añadir algo, pero colgó.

Les trasladé la conversación a Yuri y a Kenan. Yuri estaba nervioso, le preocupaba que yo pudiera fastidiarlo todo al adoptar una línea dura. Kenan le dijo que yo sabía lo que hacía. Ni siquiera yo tenía muy claro que Kenan estuviera en lo cierto, pero le agradecí el apoyo.

—Lo importante ahora es que siga viva —los tranquilicé—. Tenemos que hacerles saber que no pueden imponer sus condiciones en el intercambio, sin darnos antes una prueba de que tienen una rehén viva.

—Pero si los cabreas...

—Esos tíos ya están chiflados. Sé a qué te refieres —dije, tuteándolo—. No quieres darles una excusa para matarla, pero es que no necesitan ninguna excusa. Ya lo tienen planeado. Lo que tenemos que hacer es darles un motivo para que no la maten.

Kenan me respaldó.

—Yo lo hice todo tal y como ellos dijeron —afirmó—. Hice todo lo que quisieron. Y me la devolvieron...

Kenan vaciló, y yo terminé la frase para mis adentros: «Cortada en trocitos». Pero Kenan no le había revelado los detalles de la muerte de Francine a Yuri, ni tampoco lo hizo en ese momento.

—... me la devolvieron muerta —concluyó.

—Necesitaremos dinero —observé—. ¿Cuánto tienes? ¿Cuánto puedes conseguir?

—Dios, no lo sé —respondió—. Dinero en efectivo no tengo mucho. ¿Querrán cocaína esos hijos de puta? Porque tengo quince kilos en tabletas a unos diez minutos de aquí. —Se volvió para mirar a Kenan—. ¿Quieres comprarla? Dime tú lo que quieres pagar.

Kenan negó con la cabeza.

—Te prestaré lo que tengo en la caja fuerte, Yuri. Ya estoy hasta el cuello, porque tengo una operación de hachís que se va a joder en cualquier momento. Adelanté la pasta y creo que fue un error.

—¿Hachís de dónde?

—De Turquía, vía Chipre. Hachís opiáceo. Qué más da, si tampoco va a salir bien. Debo de tener unos cien mil en la caja fuerte. Cuando sea el momento, iré a casa a buscarlos. Son tuyos.

—Sabes que te los devolveré.

—No te preocupes por eso.

Landau parpadeó para contener las lágrimas y, cuando volvió a hablar, lo hizo con voz entrecortada. Apenas consiguió pronunciar las palabras.

—Escuchen a este hombre —dijo—. Apenas lo conozco, apenas conozco a este puto árabe, pero me va dar cien mil dólares.

Se acercó a Kenan y lo abrazó, sollozando. En ese momento sonó el teléfono en la habitación de Lucía. Fui a cogerlo y era TJ, que llamaba desde Brooklyn.

—Estoy en la lavandería automática —dijo—. ¿Qué hago? ¿Espero a que llegue un blanco y use la cabina?

—Eso es. Tarde o temprano se dejará caer por ahí. Si pudieras instalarte en el restaurante que está al otro lado de la calle y vigilar desde allí la entrada de la lavandería...

—Voy a hacer algo aún mejor, tío. Me quedaré dentro de la lavandería, como si estuviera esperando a que terminara mi lavadora. En este barrio hay gente de todos los colores, así que nadie se fijará en mí. ¿Has hablado con los Kong?

—No. ¿Los has localizado?

—He mandado un mensaje al busca y he tecleado tu número, pero si Jimmy no lleva el busca encima, no sirve de nada enviarle el mensaje.

—Como el árbol del bosque.

—¿El qué?

—Nada, déjalo.

—Seguimos en contacto —dijo.

Cuando volvieron a llamar, contestó Yuri. Dijo: «Un momento» y me pasó enseguida el teléfono. En esta ocasión, la voz que hablaba era distinta, más suave, más educada. Tenía un deje repulsivo, es cierto, pero no transmitía tanta rabia como la del primer interlocutor.

—Veo que ha entrado un nuevo jugador en la cancha —observó—. Creo que no nos han presentado.

—Soy amigo del señor Landau. Mi nombre no importa.

—Me gusta saber quién está al otro lado.

—En cierta manera —le dije—, estamos los dos en el mismo lado, ¿no le parece? Los dos queremos que el intercambio salga bien.

—Entonces, solo tienen que seguir las instrucciones.

—No, no es tan sencillo.

—Claro que lo es. Nosotros les decimos lo que tienen que hacer y ustedes lo hacen. Si es que quieren volver a ver a la chica.

—Tiene que demostrarme que está viva.

—Le doy mi palabra.

—Lo siento.

—¿No confía en mi palabra?

—Perdió usted mucha credibilidad cuando devolvió a la señora Khoury en tan lamentable estado.

Se produjo una pausa. Y luego:

—Qué interesante. No parece usted muy ruso, ¿sabe? Ni tampoco detecto el acento de Brooklyn en su voz. En el caso de la señora Khoury, se dieron circunstancias muy particulares. Su esposo trató de regatear, como es costumbre entre los de su raza. Digamos que rebanó el precio y, a cambio, nosotros... Bueno, usted mismo puede terminar la frase, ¿no es así?

«Y Pam Cassidy», pensé. ¿Qué hizo ella para provocarles? Pero en lugar de eso, me limité a decir:

—No discutiremos el precio.

—Pagarán el millón, entonces.

—Por la chica, viva y en buen estado.

—Le aseguro que está ambas cosas.

—Pero sigo necesitando algo más que su palabra. Que se ponga al teléfono, para que su padre pueda hablar con ella.

—Me temo que eso no... —empezó a decir, pero entonces se oyó la voz grabada de un locutor de NYNEX que pedía más monedas—. Volveré a llamar —dijo.

—¿Con monedas de veinticinco centavos? Deme el número y ya lo llamaré yo.

Se echó a reír y cortó la comunicación.

Yuri y yo estábamos solos en el apartamento cuando se produjo la siguiente llamada. Kenan y Peter habían salido con uno de los dos guardaespaldas de abajo, para conseguir todo el dinero que pudieran. Yuri les había dado una lista de nombres y números de teléfono y, por otro lado, ellos tenían sus propias fuentes. Habría sido mucho más fácil hacer las llamadas desde el ático, pero solo teníamos dos líneas de teléfono y yo quería mantenerlas libres las dos.

—Tú no estás metido en el negocio, ¿verdad? —me preguntó Yuri—. Eres una especie de poli, ¿no?

—Detective privado.

—Detective privado... Así que has estado trabajando para Kenan y ahora trabajas para mí, ¿no?

—Solo trabajo. No espero que me pongas en nómina, si te refieres a eso.

Le restó importancia al asunto con un gesto de la mano.

—Este es un buen negocio —dijo—, pero también es un mal negocio, ¿sabes?

—Eso creo.

—Quiero dejarlo. Y ese es uno de los motivos de que no tenga dinero en efectivo. Gano muchísimo dinero, pero no lo quiero en efectivo, ni tampoco en mercancía. Tengo varios aparcamientos, un restaurante... Lo tengo invertido, ¿sabes? Dentro de poco dejaré para siempre el negocio de la droga. Muchos estadounidenses empiezan como gánsteres y acaban como honrados hombres de negocios.

—Algunos.

—Y otros son gánsteres toda la vida. Pero no todos. De no ser por Devorah, ya lo habría dejado.

—¿Tu esposa?

—Los gastos del hospital, los médicos... Dios mío, lo que llegó a costar. No teníamos seguro médico. Éramos unos pardillos, qué íbamos a saber nosotros de la Cruz Azul. En fin, qué más da. Pagué sin rechistar. Y hubiera pagado aún más para que siguiera viviendo, lo hubiera dado todo. Hasta me habría vendido los empastes de oro para que viviera un solo día más. Pagué cientos de miles de dólares y vivió todo los días que pudieron concederle los médicos. Y qué días, pobrecita mía, lo que llegó a sufrir. Pero quería vivir lo máximo posible, ¿sabes?

Se pasó la enorme mano por la frente y, estaba a punto de añadir algo más, cuando sonó el teléfono. Sin decir palabra, lo señaló.

Respondí.

—¿Volvemos a intentarlo? —insistió la misma voz de antes—. Me temo que la chica no puede ponerse al teléfono, de eso ni hablar. ¿De qué otra forma podemos demostrarles que se encuentra bien de salud?

Tapé el auricular con una mano.

—Dime algo que solo pueda saber tu hija.

Yuri se encogió de hombros.

—¿El nombre de su perro?

—Pregúntele —dije, hablando de nuevo al teléfono— cómo... No, un momento. —Tapé de nuevo el auricular y me dirigí a Yuri—. Eso pueden haberlo averiguado. La habrán estado siguiendo durante una semana o más, conocen sus horarios y, sin duda, la habrán visto pasear por el parque y llamar al perro por su nombre. Piensa en otra cosa.

—Tuvimos otro perro antes de este —dijo—. Un perrito blanco y negro. Lo atropelló un coche. Liudmilla era muy pequeña por entonces.

—Pero ¿se acuerda del nombre?

—¿Cómo lo iba a olvidar? Adoraba a aquel perro.

—El nombre de su perro —dije, hablando del nuevo al teléfono—, y el del perro

que tuvo antes de este. Que los describa a ambos y le diga los nombres.

El hombre se echó a reír.

—Con un perro no basta. Tienen que ser dos.

—Sí.

—Así se asegura usted por partida doble. De acuerdo, jugaremos a su manera, amigo mío.

Me pregunté qué haría a continuación.

Había llamado desde un teléfono público, de eso estaba seguro. No había hablado el tiempo suficiente como para que se le acabara la moneda, pero no era lógico que a esas alturas cambiara el patrón, sobre todo teniendo en cuenta que le había funcionado muy bien hasta ese momento. Estaba en un teléfono público y ahora tenía que averiguar el nombre y la descripción de dos perros, tras lo cual tendría que volver a llamarme.

Pongamos que no estuviera llamando desde el teléfono de la lavandería automática. Pongamos que estuviera llamando desde alguna cabina en la calle, lo bastante lejos de su casa como para haber cogido el coche. En ese caso, tendría que volver a su casa, aparcar, entrar y preguntarle a Lucía Landau cómo se llamaban sus dos perros. Y luego tendría que salir en busca de otro teléfono para comunicarme la información.

¿Es eso lo que yo haría si estuviera en su lugar?

Quizá sí. O quizá no. Tal vez decidiría gastar otra moneda y ahorrarme un poco de tiempo y otro viajecito, así que llamaría a casa, donde mi compinche estaba vigilando a la chica. Le diría que le quitara la mordaza durante un minuto y que me dijera la respuesta.

Ojalá pudiéramos contar con los Kong...

Pensé, y no era la primera vez, en lo fácil que resultaría todo si tuviéramos a Jimmy y a David instalados en la habitación de Lucía, con su módem conectado al teléfono de Snoopy y el ordenador portátil sobre el tocador de la chica. Podrían utilizar el teléfono de Lucía para escuchar la línea de su padre y localizar al instante cualquier llamada que se recibiera.

Si Ray llamaba a su casa para averiguar el nombre de los perros, localizaríamos esa línea y sabríamos dónde tenían escondida a la chica antes incluso de que él averiguara cómo se llamaban los perros. Antes de que tuviera tiempo de comunicarme esa información, ya podríamos tener coches apostados en los dos sitios, uno para atraparlos a él cuando saliera de la cabina y otro para sitiar la casa.

Pero no podía contar con los Kong. Solo podía contar con TJ, que estaba sentado en una lavandería automática de Sunset Park, esperando a que alguien utilizara el teléfono público. Y si TJ no hubiera sido lo bastante despilfarrador como para

gastarse la mitad de sus fondos en un busca, ni siquiera tendría eso.

—Es para volverse loco —se quejó Yuri—. No soporto estar aquí sentado, mirando el teléfono, esperando a que suene.

Y estaba tardando. Era obvio que Ray —así era como pensaba en él y en una ocasión me había faltado poquísimo para dirigirme a él por ese nombre— no había llamado a su casa, por el motivo que fuera. Pongamos diez minutos para ir hasta su casa, otros diez para obtener las respuestas de la chica y otros diez para buscar otro teléfono y llamarnos. Menos, si se daba prisa. Más, si Ray se detenía a comprar cigarrillos, o si la chica estaba inconsciente y tenían que reanimarla.

Pongamos media hora en total. Tal vez un poco más, tal vez un poco menos, pero pongamos una media hora.

Si la chica estaba muerta, la media hora podía alargarse un poco. Supongamos que lo estaba. Supongamos que la habían matado de buenas a primeras, que se la habían cargado antes incluso de llamar a su padre. Esa era, sin duda, la forma más fácil de proceder. No existía el peligro de que huyera. Ni tenían que preocuparse de que no gritara.

¿Y si estaba muerta?

No podían admitirlo. Porque si lo admitían, se quedaban sin rescate. Tampoco es que lo necesitaran, dado que le habían sacado cuatrocientos mil dólares a Kenan hacía menos de un mes, pero eso no significaba que no quisieran más dinero. Cuando se trata de dinero, la gente siempre quiere más. De no haber sido así, probablemente no se habría producido la primera llamada, tal vez ni siquiera el secuestro. Era muy fácil secuestrar a una mujer cualquiera en la calle si lo único que querían era divertirse. No hacía falta ser ingeniosos.

Así pues, ¿qué harían a continuación?

Supuse que intentarían hacerse los locos. Dirían que la chica estaba colocada, que la habían drogado y que no conseguía concentrarse lo bastante como para responder a las preguntas. O se inventarían algún nombre e insistirían en que eso era lo que había dicho Lucía.

Pero nosotros sabríamos que mentían y estaríamos convencidos casi en un noventa por ciento de que habían matado a Lucía. Lo que ocurre es que uno cree solo lo que quiere creer y nosotros queríamos creer en la posibilidad, por escasa que fuera, de que siguiera con vida. Y eso nos llevaría a pagar el rescate, porque en el caso de que decidiéramos no pagarlo, entonces no tendríamos absolutamente nada que hacer.

Sonó el teléfono. Contesté de inmediato, pero era un gilipollas que se había equivocado de número. Me deshice de él, pero treinta segundos más tarde volvió a llamar. Le pregunté a qué número llamaba y el número era correcto, pero el tipo quería hablar con alguien de Manhattan. Le recordé que primero tenía que marcar el

prefijo.

—Ah, es verdad —dijo—. Siempre se me olvida. Qué tonto soy.

—Esta mañana también he recibido unas cuantas llamadas como esa —observó Yuri—. Gente que se equivocaba de número. Una lata.

Asentí. ¿Habría llamado Ray mientras yo me deshacía del imbécil aquel? Si ese era el caso, ¿por qué no volvía a llamar? La línea estaba desocupada. ¿A qué coño estaba esperando?

Tal vez yo hubiera cometido un error al pedirle pruebas. En el caso de que la chica ya estuviera muerta desde el principio, entonces yo solo les estaba obligando a admitirlo. Pero, en lugar de marcarse un farol, Ray podía decidir cancelar la operación y correr a esconderse.

En cuyo caso, ya podía pasarme la vida esperando a que Ray llamara de nuevo, porque no volvería a tener noticias tuyas.

Yuri tenía razón. Era para volverse loco, estar allí sentado, contemplando el teléfono. Esperando a que sonara.

En realidad, solo tardó doce de los treinta minutos que yo había calculado. Sonó el teléfono y descolgué. Dije hola y Ray me respondió:

—Sigo pensando que me gustaría saber cuál es su papel en todo esto. Tiene que ser usted traficante. ¿Es un narco de los importantes?

—Iba usted a contestar unas preguntas —le recordé.

—Estaría bien que me dijera usted su nombre. A lo mejor lo reconozco.

—A lo mejor reconozco yo el suyo.

Se echó a reír.

—Oh, no lo creo. ¿Por qué tiene usted tanta prisa, amigo mío? ¿Teme que localice la llamada?

Me lo imaginé para mis adentros, burlándose de Pam: «Elige una, Pammy. Una para ti y la otra para mí. ¿Con cuál te quedas, Pammy?».

—La moneda es suya —dije.

—Exacto. En fin. El nombre del perro, ¿no? A ver, pensemos en los nombres típicos: Fido, Towser, King, Rover... Esos son los que más gustan, ¿no?

Mierda, pensé, está muerta.

—¿Y Spot? ¡Corre, Spot, corre! No es mal nombre para un rodesiano.

Pero eso podría haberlo averiguado después de pasarse semanas espiando a la chica.

—El perro se llama Watson.

—Watson —dije.

Al otro lado del salón, el perrazo cambio de posición y levantó las orejas. Yuri asintió.

—¿Y el otro perro?

—Pide usted mucho. ¿Cuántos perros quiere?

Esperé.

—No ha sabido decirme de qué raza era el otro perro. Era muy pequeña cuando murió. Dice que lo tuvieron que poner a dormir. Una manera muy tonta de expresarlo, ¿no? Cuando se mata algo, hay que tener el valor de llamar a las cosas por su nombre. No dice usted nada. ¿Sigue ahí?

—Sigo aquí.

—Supongo que era de raza mezclada, como casi todo el mundo, ¿no? A ver, el nombre va a ser un problema, porque es una palabra rusa y a lo mejor no la he entendido bien. ¿Qué tal su ruso, amigo mío?

—Tendría que pasarle el plumero.

—Plumero... sería un buen nombre para un perro. Sí, a lo mejor se llamaba Plumero. Vaya, es usted un público difícil, amigo mío. No es fácil hacerle reír.

—Soy un público cautivo.

—Ah, ojalá fuera así. De ser esas las circunstancias, usted y yo podríamos mantener una conversación muy interesante. En fin, tal vez en otra ocasión.

—Ya veremos.

—Sí, ya veremos. Pero quiere usted saber el nombre del perro, ¿verdad? El perro está muerto, amigo mío. ¿De qué sirve el nombre? Dale al perro un nombre muerto, dale al perro muerto un mal nombre...

Esperé.

—A lo mejor lo pronuncio mal: Balalaika.

—Balalaika —dije.

—Parece que es el nombre de un instrumento musical, o eso me ha dicho. ¿Qué me dice? ¿Le suena?

Miré a Yuri Landau y él asintió, con un gesto inequívoco. Al otro lado de la línea, Ray estaba diciendo algo más, pero la verdad es que no me enteré. Me sentía mareado y tuve que apoyarme en la encimera de la cocina para no caer al suelo.

La chica estaba viva.

En cuanto terminé de hablar con Ray, Yuri se me echó encima y me abrazó con fuerza.

—Balalaika —dijo, como si aquel nombre le permitiera invocar un conjuro—. ¡Está viva! ¡Mi Luschka está viva!

Aún me estaba abrazando cuando se abrió la puerta y entraron los Khoury seguidos por Dani, el hombre de Landau. Kenan llevaba una anticuada cartera de piel, provista de cremallera en la parte superior, y Peter una bolsa blanca de plástico, de Kroger's.

—Está viva —les dijo Yuri.

—¿Has hablado con ella?

Yuri negó con la cabeza.

—Me han dicho el nombre de su perro. Se acordaba de Balalaika. Está viva.

No sé si todo aquello tenía mucho sentido para los Khoury, que ya habían salido a recaudar fondos cuando acordamos con Ray la prueba para demostrar que Lucía estaba viva, pero al menos captaron lo fundamental.

—Ahora solo necesitas un millón de dólares —dijo Kenan.

—El dinero siempre se puede conseguir.

—Eso es verdad —asintió Kenan—. La gente no se da cuenta, pero es absolutamente cierto.

Abrió la cartera de piel y empezó a sacar fajos de billetes, que fue colocando en hileras sobre la mesa de caoba.

—Tienes buenos amigos, Yuri. Y lo que es mejor, la mayoría de ellos no creen en los bancos. La gente no tiene ni idea de que gran parte de la economía se basa en el dinero en efectivo. Cuando oyen hablar de dinero en efectivo, piensan en drogas y en el juego.

—Pero eso no es más que la punta del iceberg —comentó Peter.

—Exacto. No hay que pensar solo en drogas y juego. Hay que pensar en las tintorerías, en las barberías, en los salones de belleza... En cualquier sitio donde se mueva mucho dinero en efectivo, porque eso permite llevar una doble contabilidad y ocultarle la mitad de los ingresos a Hacienda.

—Piensa en las cafeterías —dijo Peter—. Yuri, tendrías que haber sido griego.

—¿Griego? ¿Y por qué tendría que haber sido griego?

—Hay una cafetería en cada esquina, ¿verdad? Tío, yo he trabajado en uno de esos sitios. En mi turno éramos diez empleados y seis no estábamos en nómina, cobrábamos en negro. ¿Por qué? Porque los dueños tenían mucha pasta en efectivo que no declaraban y tenían que mantener unos gastos acordes. Si declaran treinta centavos de cada dólar que pasa por caja, ya es mucho. ¿Y quieres saber cuál es la

guinda del pastel? La ley dice que tienen que aplicar un IVA del ocho con veinticinco en cada venta, pero ¿qué pasa con ese setenta por ciento de ventas que no declaran? No pagan el IVA de esas ventas, ¿verdad? O sea, que ahí también están defraudando. Son beneficios completamente libres de impuestos, hasta el último centavo.

—Eso no solo lo hacen los griegos —dijo Yuri.

—No, pero ellos lo han convertido en una ciencia exacta. Si fueras griego, lo único que tendrías que hacer es ir a veinte cafeterías. Te aseguro que todos los dueños tendrían veinte de los grandes en la caja fuerte, escondidos en el colchón o debajo de una baldosa suelta del armario de los abrigos. Visitas veinte cafeterías y ya tienes tu millón.

—Pero no soy griego —objetó Yuri.

Kenan le preguntó si conocía a algún comerciante en diamantes.

—Esos tienen mucho efectivo —afirmó.

Peter dijo que el negocio de la joyería se basaba sobre todo en obligaciones, pagarés que pasaban de mano en mano. Kenan dijo que, aun así, tenían que tener dinero en efectivo en algún lado, pero Yuri dijo que daba igual, porque de todas formas no conocía a ningún comerciante en diamantes.

Me fui a la otra habitación y los dejé debatiendo sobre esa cuestión.

Quería llamar a TJ, de modo que saqué el pedazo de papel en el que llevaba anotadas todas las llamadas que los Kong habían vinculado al teléfono de Kenan. Encontré el número de la lavandería automática, pero vacilé. ¿A TJ se le ocurriría responder? Y, en ese caso, ¿sería peligroso para él si la lavandería estaba llena de gente? Supongamos que descolgara Ray: parecía poco probable, pero aun así...

Y entonces recordé que existía un método más fácil: podía enviarle un mensaje al busca para que me llamara. Me estaba costando un poco adaptarme a las nuevas tecnologías, pues seguía pensando —de forma automática— en términos más primitivos.

Encontré el número de su busca en mi cuaderno, pero el teléfono sonó antes de que pudiera marcarlo. Era TJ.

—El tipo ha estado aquí —dijo. Parecía nervioso—. En este mismo teléfono.

—Debe de haber sido otro hombre.

—De eso nada, monada. Se veía que era mala persona, solo había que mirarlo para darse cuenta de que era malvado. ¿Estabas hablando con él? He tenido un presentimiento y me he dicho: «Mi amigo Matt está hablando con este tío».

—Sí, pero he colgado hace por lo menos diez minutos, puede que quince.

—Sí, ha sido más o menos entonces.

—¿Por qué no me has llamado enseguida?

—No he podido, tío. Tenía que seguir al tipo ese.

—¿Lo has seguido?

—¿Y qué pensabas que iba a hacer, echar a correr en cuanto lo viera entrar? Tampoco es que hayamos salido cogidos del brazo, tío, le he dado un minuto y luego he salido tras él.

—Eso es peligroso, TJ. Ese tío es un asesino.

—¿Y tú te crees que eso me va a impresionar, tío? Me paso media vida en el Deuce. No puedes pasear por esa zona sin cruzarte con un asesino u otro.

—¿Adónde ha ido?

—Ha girado a la izquierda y ha seguido hasta la esquina.

—La calle Cuarenta y nueve.

—Luego ha cruzado hacia la tienda de comida preparada que está al otro lado de la avenida. Ha entrado, ha estado allí uno o dos minutos y luego ha vuelto a salir. No creo que se haya hecho preparar un bocadillo ni nada, porque ha estado dentro muy poco rato. Más bien creo que ha pillado un *pack* de seis birras, por la forma del paquete que llevaba cuando ha salido.

—¿Y luego adónde ha ido?

—Ha vuelto por el mismo sitio. El muy imbécil ha pasado por delante de mí y ha vuelto a cruzar la Quinta Avenida, como si fuera otra vez hacia la lavandería automática. Y yo he pensado: «Mierda, no puedo volver a entrar ahí, tendré que esperar fuera hasta que termine de llamar».

—Aquí no ha vuelto a llamar.

—No ha llamado a ninguna parte —dijo TJ—, porque no ha entrado en la lavandería. Se ha subido a su coche y se ha largado. Ni sabía que tenía coche hasta que lo he visto subir. Estaba aparcado justo al otro lado de la lavandería automática y no se veía desde donde yo estaba sentado.

—¿Era un coche o una furgoneta?

—He dicho un coche. He intentado seguirlo, pero no ha habido manera. Me sacaba media manzana de ventaja, porque no he querido seguirlo muy de cerca cuando volvía hacia la lavandería, así que se ha subido al coche y se ha largado antes de que me diera tiempo a hacer nada. Cuando he llegado a la esquina, el tío ya había desaparecido.

—Pero lo has podido ver bien.

—¿A él? Sí, tío, lo he visto.

—¿Serías capaz de reconocerlo?

—¿Tú serías capaz de reconocer a tu madre, tío? ¿Qué coño me preguntas? Metro ochenta, setenta y cinco kilos, pelo castaño muy claro, gafas de montura de plástico marrón... Llevaba zapatos negros de piel, de cordones, pantalones azul marino y una cazadora azul marino. Y una camisa horrenda, de cuadros azules y blancos. ¿Que si podría reconocerlo? Tío, te haría un dibujo si supiera dibujar. Si me pones en

contacto con el especialista ese en retratos robot, el que decías el otro día, te hacemos un dibujo clavado, mejor que una foto.

—Estoy impresionado.

—¿Sí? El coche era un Honda Civic, de un color azul o gris, y bastante hecho polvo. Tenía intención de seguirlo hasta su casa, pero luego se ha subido al coche. Ha secuestrado a alguien, ¿verdad?

—Sí.

—¿A quién?

—A una niña de catorce años.

—Hijo de puta —exclamó TJ—. De haberlo sabido, lo habría seguido más de cerca, o habría corrido más.

—Lo has hecho muy bien.

—Se me ha ocurrido que podría echar un vistazo por el barrio. A lo mejor veo el coche aparcado por ahí.

—¿Crees que podrías reconocerlo?

—Bueno, tengo la matrícula. Hay muchos Hondas por ahí, pero no todos tienen la misma matrícula, ¿verdad?

Me leyó el número en voz alta y lo anoté. Después empecé a decirle que estaba muy satisfecho de su trabajo, pero no me dejó terminar.

—Tío —me reprochó, en tono de exasperación—, ¿va a durar mucho este rollo? ¿Tienes que flipar cada vez que hago algo bien?

—Necesitamos unas cuantas horas para reunir el dinero —le dije cuando volvió a llamar—. Es más de lo que el señor Landau tiene y, a estas horas, no es fácil conseguir el resto.

—No estará usted intentando regatear, ¿verdad?

—No, pero si quiere la cantidad que ha pedido, tendrá que armarse de paciencia.

—¿Cuánto tienen ahora?

—No lo he contado.

—Volveré a llamar dentro de una hora —dijo.

—Puedes usar este teléfono. —Se lo mostré a Yuri—. No volverá a llamar hasta dentro de una hora. ¿Cuánto tenemos?

—Algo más de cuatrocientos mil —respondió Kenan—. Menos de la mitad.

—No es suficiente.

—No lo sé —dudó—. Si lo pensamos bien, no puede venderle la chica a nadie más, ¿no? Si le dices que es todo lo que tenemos, que o lo toma o lo deja, ¿qué va a hacer?

—El problema es que no sabemos lo que puede hacer.

—Ya, se me olvida que es un perturbado.

—Quiere un motivo para matar a la chica. —No quería hacer hincapié en ese asunto delante de Yuri, pero era necesario decirlo—. Por eso empezaron a hacer lo que hacen. Porque les gusta matar. La chica está viva y la mantendrán con vida mientras crean que pueden cambiarla por el dinero, pero la matarán en cuanto crean que pueden salir impunes o que han perdido la oportunidad de conseguir el dinero. No quiero decirles que solo tenemos medio millón. Prefiero presentarme allí con medio millón, decirles que está todo y rezar para que no lo cuenten hasta que hayamos recuperado a la chica.

Kenan reflexionó sobre lo que yo acababa de decir.

—El problema es que ese mamón ya sabe cuánto abultan cuatrocientos mil dólares.

—A ver si podéis conseguir algo más —dije.

Luego me fui al dormitorio para usar el teléfono de Snoopy.

En otros tiempos, el DVA, el Departamento de Vehículos Automotores, tenía un número especial al que se podía llamar. Se facilitaba el número de placa y la matrícula del vehículo que se quería localizar, y alguien buscaba la información y la leía en voz alta. Yo ya no tenía ese número especial, pero de todas formas me daba la sensación de que había pasado a la historia hacía mucho tiempo. Llamé al número habitual del DVA, pero no me respondió nadie.

Llamé a Durkin, pero no estaba en la comisaría. Kelly tampoco estaba en su mesa y no tenía mucho sentido pedir que le mandaran un mensaje al busca, porque no podía hacer a distancia lo que yo quería pedirle. Pensé en el día en que había ido a ver a Durkin para recoger el expediente Gotteskind y me acordé de Bellamy, sentado en la mesa contigua y absorto en una conversación unilateral con la pantalla de su ordenador.

Llamé a Midtown North y me lo pasaron.

—Matt Scudder —me presenté.

—Ah, hola —dijo—. ¿Qué tal? Me temo que Joe no está por aquí.

—No pasa nada. A lo mejor puedes echarme una mano. Resulta que iba en coche con una amiga y de repente ha salido un hijo de puta en un Honda Civic que le ha dado en el guardabarros y se ha largado así por las buenas, con todo el morro del mundo.

—Joder. ¿Y tú ibas en el coche? Ese tío es imbécil, mira que abandonar el lugar del accidente. Seguro que estaba borracho o se había drogado.

—No me extrañaría. La cuestión es que...

—¿Has anotado la matrícula? Si quieres te lo puedo buscar.

—Te estaría muy agradecido.

—Bah, no es nada. Solo se lo tengo que preguntar al ordenador. No cuelgues. Esperé.

—Joder —exclamó.

—¿Qué pasa?

—Pues que han cambiado la puta contraseña para acceder a la base de datos del DVA. Yo intento acceder como siempre, pero no me deja entrar. Me dice todo el rato que «la contraseña no es válida». Si quieres llamarme mañana, seguro que...

—Es que me gustaría solucionar el tema esta noche. Antes de que al tipo se le pase la mona, ya me entiendes.

—Sí, desde luego. Si puedo ayudarte en...

—¿No se puede llamar a nadie?

—Sí —respondió, en tono resentido—. A la mala bruja del archivo, pero me va a decir que no me lo puede dar. Siempre me sale con el mismo rollo de mierda.

—Dile que es una emergencia de Código Cinco.

—¿Que qué?

—Que le digas que es una emergencia de Código Cinco —le repetí—, y que mejor que te dé la contraseña antes de que todo esto llegue a Cleveland.

—No lo he oído en mi vida —se sorprendió—. Tú espera, que pruebo a ver.

Me puso en espera. Desde la otra punta de la habitación, Michael Jackson me observaba entre los dedos de su guante blanco. Bellamy se puso de nuevo al teléfono y dijo:

—Joder, pues ha funcionado. «Emergencia de Código Cinco». La tía se ha dejado de gilipolleces y me ha dado la contraseña. A ver, la estoy introduciendo. Ya está. Dame otra vez el número de matrícula.

Se lo di.

—A ver qué tenemos aquí. Vale, ha ido rápido. El vehículo es un Honda Civic del 88, dos puertas, de color peltre. ¿Peltre? Joder, tío, ¿por qué no ponen gris y ya está? Bueno, supongo que eso te da igual. El propietario es un tal... ¿Tienes algo para apuntar? Callander, Raymond Joseph. —Me deletreó el apellido—. La dirección es Penelope Avenue, número treinta y cuatro. Eso está en Queens, pero ¿en qué parte de Queens? ¿Te suena de algo Penelope Avenue?

—Creo que no.

—Tío, yo vivo en Queens y no he oído nunca esa calle. Espera, aquí está el código postal. Uno-uno-tres-siete-nueve. Eso es en Middle Village, ¿no? No me suena de nada Penelope Avenue.

—Ya lo encontraré.

—Ya, bueno, supongo que tienes un buen motivo. Espero que no hubiera heridos...

—No, solo la carrocería un poco abollada.

—Pues cántale las cuarenta a ese tío, mira que largarse del accidente así... Por otro lado, si le das el parte a tu amiga le subirán la póliza del seguro. Así que mejor que encuentres a ese tipo y a ver si lo podéis arreglar de alguna manera entre los dos, aunque me imagino que es justo lo que tenías pensado, ¿no? —Soltó una risilla—. Código Cinco —repitió—. Caray, la tía casi se caga al oírlo. Te debo una.

—Ha sido un placer.

—No, en serio. Siempre tengo problemas con estas cosas, y ese truco me va a ahorrar un montón de dolores de cabeza.

—Bueno, si de verdad te sientes en deuda conmigo...

—Dime.

—Me preguntaba si el tal Callander tendrá antecedentes.

—Ah, eso es fácil de comprobar. No me hace falta ningún Código Cinco, porque da la casualidad de que me sé el código de acceso. Espera un segundo. No.

—¿Nada?

—Por lo que respecta al estado de Nueva York, es un santo. Código Cinco. ¿Qué querrá decir?

—Digamos simplemente que es máximo nivel.

—Ya.

—Si alguna vez te ponen pegas —me oí decir—, tú diles que, en teoría, tendrían que saber que el Código Cinco anula y revoca las órdenes establecidas.

—¿Anula y revoca?

—Eso mismo.

—Anula y revoca las órdenes establecidas.

—Lo has pillado. Pero no lo utilices en asuntos rutinarios.

—No, por Dios —dijo—. Quiero que me dure.

Durante un segundo, había pensado que lo teníamos en el punto de mira. Ahora tenía un nombre y una dirección, pero no era la dirección que yo necesitaba. Los tipos en cuestión estaban en alguna parte de Sunset Park, en Brooklyn, y la dirección que yo tenía correspondía a alguna parte de Middle Village, en Queens.

Llamé a Información de Queens y marqué el número teléfono que me facilitaron. El teléfono emitió ese ruido que se han inventado, a medio camino entre el tono y el chillido, y entonces saltó una grabación en la que se me informaba de que el número marcado no estaba operativo. Volví a llamar a Información y se lo comuniqué: la operadora lo comprobó y me dijo que el número había dejado de funcionar recientemente y que todavía no lo habían eliminado del listín. Le pregunté si tenía un número nuevo y me dijo que no. Le pregunté si podía decirme cuándo había dejado de estar operativo el número y me dijo que no podía.

Llamé a Información de Brooklyn y traté de localizar el número de un tal Raymond Callander, R. Callander o R. J. Callander. La operadora me comentó que el apellido se podía escribir de distintas maneras y probó más posibilidades de las que se me habrían ocurrido. Escrito de una forma u otra, encontró un par de entradas con R. y una con R. J., pero las direcciones estaban muy lejos: una de ella en Meserole, Greenpoint, y otra en Brownsville. Ninguna cerca de Sunset Park.

Desesperante, aunque en realidad el caso había sido así desde el principio. No dejaba de sentirme como si me estuvieran tomando el pelo, dando pasos importantes que no conducían a ninguna parte. Haber encontrado a Pam Cassidy era el mejor ejemplo. Había conseguido sacar a una testigo de la nada, pero el resultado final de todo ello era que la poli había cogido tres casos archivados y los había metido en un único expediente abierto.

Pam me había proporcionado un nombre de pila. Ahora disponía también de un apellido, y hasta de un segundo nombre, todo gracias a TJ, con la ayuda de Bellamy. También tenía una dirección, pero seguramente había dejado de tener validez en el mismo momento en que el número de teléfono había dejado de estar operativo.

Encontrar al tipo no sería tan difícil. Es más sencillo cuando uno sabe a quién está buscando. Ahora disponía de suficiente información para dar con él, siempre y cuando pudiera esperar al día siguiente y dedicar unos cuantos días a buscarlo.

Pero eso no me bastaba. Quería encontrarlo en ese preciso instante.

En el salón, Kenan hablaba por teléfono y Peter miraba por la ventana. No vi a Yuri. Me acerqué a Peter y me dijo que Yuri había salido a buscar más dinero.

—No puedo mirar el dinero —dijo—. Antes me ha entrado un ataque de ansiedad. Se me ha acelerado el corazón, me han entrado sudores fríos en las manos y todo eso.

—¿De qué tenías miedo?

—¿Miedo? No lo sé. Solo me han entrado ganas de meterme droga y ya está. Si me hicieran un test de asociación de ideas ahora mismo, todas las respuestas serían heroína. Si me hicieran el test de Rorschach, diría que en todas las láminas aparece un drogata chutándose.

—Pero no te estás drogando, Pete.

—¿Y qué más da? Sé que lo haré. La cuestión es cuándo. Es bonito el paisaje, ¿verdad?

—¿El océano?

Peter asintió.

—Aunque, en realidad, ya casi ni se ve. Tiene que ser muy agradable vivir en un sitio desde donde se pueda ver el mar. Una vez tuve una novia muy aficionada a la astrología y me dijo que ese era mi elemento, el agua. ¿Tú crees en esas cosas?

—La verdad es que no entiendo mucho de eso.

—Tenía razón cuando dijo que era mi elemento. Los otros no me gustan mucho: el aire, bueno, nunca me ha gustado volar; y en cuanto al fuego y la tierra, no me gustaría que me incineraran, ni tampoco que me enterraran bajo tierra. Pero el mar... ¿No dicen que es la madre de todo lo que existe?

—Supongo.

—Y eso es también el océano de ahí fuera. No es ni un río ni una bahía. No es nada más que agua, kilómetros y kilómetros, hasta más allá de donde alcanza la vista. El simple hecho de contemplarlo me hace sentir limpio.

Le di una palmada en el hombro y lo dejé allí, contemplando el océano. Kenan ya había colgado y me acerqué a preguntarle cómo iba el recuento de dinero.

—Estamos un pelín por debajo de la mitad —me informó—. He llamado a todos los que me deben favores, y lo mismo ha estado haciendo Yuri. Tengo que admitirlo, Matt, no creo que vayamos a conseguir mucho más.

—La única persona a quien podría recurrir yo está en Irlanda. En fin, solo espero que al menos parezca un millón. Lo único que hay que conseguir es que no se enteren cuando lo cuenten por encima, al entregárselo.

—¿Y si lo hinchamos un poco? Si a cada fajo de billetes de cien le quitamos cinco billetes, tendremos un diez por ciento más de fajos.

—Lo cual podría funcionar, a menos que elijan un paquete al azar y lo cuenten allí mismo.

—Tienes razón —convino—. A primera vista, les va a parecer mucho más de lo que yo les entregué. En mi caso, todos los billetes eran de cien, pero aquí tenemos al menos un veinticinco por ciento del total en billetes de cincuenta. Ya sabes que hay una manera de hacer que parezca mucho más de lo que hay en realidad.

—¿Abultarlo con papeles recortados?

—Pensaba más bien en billetes de dólar. El papel y el color son como en los otros billetes, solo cambia la denominación. Pongamos que tenemos un fajo de cincuenta billetes de cien, o sea, cinco mil en total. Lo disimulas con diez billetes de cien en la parte superior y diez en la parte inferior, y luego pones treinta billetes de un dólar en medio. En lugar de cinco mil, tienes algo más de dos mil que parecen cinco mil. Si cogen el fajo y van pasando los billetes, solo verán color verde.

—Tenemos el mismo problema. Podría funcionar a menos que revisen bien los fajos falsos. Entonces se darán cuenta de que no es lo que tendría que ser y concluirán, sin la menor duda, que no es más que un truco para engañarlos. Y puesto que nos enfrentamos a un chiflado que lleva toda la noche buscando una excusa para matar...

—Se cargará a la chica sin más, adiós.

—Ese es el problema de todo lo que resulte demasiado obvio. Si tienen la

sensación de que estamos intentando joderles...

—Se lo tomarán como algo personal. —Asintió—. Pero a lo mejor no cuentan los fajos. Tenemos el dinero en billetes de cincuenta y de cien: hacemos los fajos de cinco mil, pero la mitad de los fajos son de billetes de cincuenta. ¿De cuántos fajos estamos hablando si en total tenemos medio millón? Si todos los fajos fueran de billetes de cien, tendríamos cien fajos, ¿no? Pongamos entonces ciento veinte o ciento treinta fajos, más o menos.

—Sí, por ahí.

—No sé, ¿tú lo contarías? Lo cuentas en una operación contra la droga, pero tienes tiempo: te sientas, cuentas el dinero, inspeccionas la mercancía... Es muy distinto. Aun así, ¿sabes cómo cuentan el dinero los grandes narcotraficantes, los que se embolsan más de un millón en cada venta?

—Sé que en los bancos tienen máquinas que cuentan los fajos en menos tiempo del que tarda una persona en pasar rápidamente los billetes.

—A veces usan máquinas de esas —dijo Kenan—, pero básicamente lo que hacen es pesarlos. Si sabes cuánto pesa el dinero, lo único que tienes que hacer es colocarlo en una balanza.

—¿Eso era lo que hacían en la empresa familiar de Togo?

Sonrió al recordarlo.

—No, eso era distinto. Contaban hasta el último billete. Pero nadie tenía prisa.

Sonó el teléfono. Kenan y yo intercambiamos una mirada. Descolgué y era Yuri, que llamaba desde el teléfono del coche para anunciarnos que estaba de camino. Cuando colgué, Kenan dijo:

—Cada vez que suena el teléfono...

—Lo sé. Yo también pienso que es él. Antes, cuando no estabas, ha llamado un tipo que se había equivocado. Ha llamado dos veces, de hecho, porque todo el rato se olvidaba de marcar el prefijo dos-uno-dos de Manhattan.

—Qué coñazo. Cuando yo era pequeño, nuestro teléfono se parecía mucho al de una pizzería que estaba entre Prospect y Flatbush. Solo cambiaba un número. Ni te imaginas la cantidad de veces que se equivocaba la gente.

—Debía de ser una lata.

—Para mis padres. A Petey y a mí nos encantaba. Tomábamos nota del puto pedido: «¿Mitad queso y mitad *pepperoni*? ¿Sin anchoas? De acuerdo, señor, ya está encargada». Y que se jodieran, a pasar hambre. Éramos terribles.

—Pobre infeliz, el de la pizzería.

—Sí, ya lo sé. Últimamente no recibo muchas llamadas de gente que se equivoca. ¿Sabes cuándo recibí un par de llamadas de esas? El día en que secuestraron a Francine. Esa mañana, no sé, fue como si Dios me estuviera enviando un mensaje, como si quisiera advertirme de algo. Joder, cuando pienso en lo que debió de pasar la

pobre... Y en lo que estará pasando esa cría ahora.

—Sé cómo se llama, Kenan —dije.

—¿Quién?

—El tío del teléfono. No el que hace de malo en esa comedia del secuestrador bueno y el secuestrador malo. El otro, el que habla más.

—Ya me lo dijiste: Ray.

—Ray Callander. Sé su antigua dirección en Queens. Y el número de matrícula de su Honda.

—Pensaba que tenía una furgoneta.

—También tiene un Honda Civic de dos puertas. Lo pillaremos, Kenan. Tal vez no sea esta noche, pero lo pillaremos.

—Me alegro —dijo muy despacio—. Pero debo decirte algo: ya sabes que estoy en esto por lo que le pasó a mi mujer. Por eso te contraté y por eso estoy aquí, para empezar. Pero ahora mismo, todo eso no significa una mierda. Para mí, lo único que importa ahora es esa cría: Lucía, Luschka, Liudmilla... Con tanto nombre, no sé ni cómo llamarla y, además, ni siquiera la conozco en persona. Pero lo único que me importa ahora es recuperarla.

«Gracias», pensé.

Porque, como suele ocurrir a veces, es fácil que los árboles no le dejen a uno ver el bosque. En ese momento, no importaba en qué lugar de Sunset Park estuvieran escondidos aquel par; no importaba que yo lo descubriera esa noche, mañana o nunca. Por la mañana, podía dejar en manos de John Kelly todo lo que había descubierto y permitir que él se encargara del asunto a partir de ese momento. Daba igual quién terminara atrapando a Callander y daba igual si lo condenaban a quince años, veinticinco o a cadena perpetua, o si moría en cualquier callejón a manos de Kenan Khoury, o incluso más. O si lo dejaban en libertad sin cargos, con o sin el dinero. Todo eso tal vez tuviera importancia al día siguiente, o no, pero esa noche no la tenía.

De repente, todo estaba muy claro, como tendría que haberlo estado desde el principio. Lo único que importaba era recuperar a la chica. Todo lo demás era irrelevante.

Yuri y Dani regresaron minutos antes de las ocho. Yuri llevaba dos bolsas de mano, las dos con el logotipo de una aerolínea que se había esfumado tras alguna fusión empresarial. Dani llevaba una bolsa de la compra.

—Eh, el negocio marcha —dijo Kenan.

Su hermano se puso a aplaudir. Yo no lo hice, aunque en realidad sentía el mismo entusiasmo. Ni que el dinero fuera para nosotros.

—Kenan, ven un momento —le rogó Yuri—. Échale un vistazo a esto.

Abrió una de las bolsas de mano y vació el contenido: fajos precintados de billetes de cien. En el precinto de cada fajo figuraba la marca del Chase Manhattan Bank.

—Excelente —dijo Kenan—. Pero ¿qué has hecho, Yuri? ¿Retirar fondos de manera ilegal? ¿A estas horas de la noche has encontrado un banco abierto y lo has atracado?

Yuri le pasó uno de los fajos de billetes. Kenan retiró la banda que los precintaba, echó un vistazo al primero de los billetes y dijo:

—No hace falta que le eche un vistazo, ¿verdad? No me lo pedirías si el dinero fuera auténtico, pero es falso, ¿no?

Se fijó en los billetes con más detenimiento: dejó el primero a un lado y cogió el siguiente.

—Falsos —continuó—, pero bastante bien falsificados. ¿Todos con el mismo número de serie? No, este tiene otro.

—Hay tres números de serie.

—No colarían en los bancos —dijo Kenan—, porque allí tienen escáneres y lo detectan todo por medios electrónicos. Aparte de eso, a mí me parece que están bastante bien.

Arrugó un billete y lo alisó de nuevo; luego lo acercó a la luz y lo contempló con los ojos entrecerrados.

—El papel es de calidad. La tinta parece auténtica. Bonitos billetes usados. Los deben de haber empapado con posos de café y luego los han metido en la lavadora. Nada de lejía, ni de suavizante. ¿Matt?

Cogí un billete auténtico —o que a mí me parecía auténtico, al menos— de la cartera y lo coloqué junto al que acababa de entregarme Kenan. Me dio la sensación de que Franklin parecía un poco menos sereno y un poco más burlón en el espécimen falsificado. Pero, en circunstancias normales, no le habría prestado mayor atención al billete.

—Muy bonito —dijo Kenan—. ¿Qué descuento te han hecho?

—Sesenta por ciento del valor. Pagas cuarenta céntimos por dólar.

—Es mucho.

—Las falsificaciones buenas son caras —dijo Yuri.

—Eso es verdad. Y, además, es un negocio más limpio que la droga. Porque si te paras a pensarlo, no perjudicas a nadie.

—Pero deprecias la moneda —objetó Peter.

—¿En serio? No es más que un grano de arena en el desierto. Basta que una caja de ahorros se vaya a la bancarrota para depreciar la moneda más que veinte años de falsificaciones.

—Esto es un préstamo —se excusó Yuri—. No me cobrarán si lo recupero y lo

devuelvo. En caso contrario, tendré una deuda: cuarenta centavos por dólar.

—Es un buen trato.

—Me están haciendo un favor. Lo que quiero saber es si se darán cuenta. Y si se dan cuenta...

—No se darán cuenta —lo calmé—. Echarán un vistazo rápido en un sitio con poca luz, y dudo que se les ocurra pensar en billetes falsos. Además, el precinto del banco es un buen detalle. ¿También lo imprimen ellos?

—Sí.

—Los vamos a redistribuir un poco —resolví—. Utilizaremos los precintos del Chase, pero sacaremos seis billetes de cada fajo y los sustituiremos por billetes auténticos, tres en la parte superior y tres en la parte inferior. ¿Cuánto tienes ahí, Yuri?

—Doscientos cincuenta mil en billetes falsos. Y Dani ha conseguido algo más de sesenta mil, de cuatro personas distintas.

Hice los cálculos.

—Eso nos coloca alrededor de los ochocientos mil. Nos acercamos lo bastante. Creo que habrá trato.

—Gracias a Dios —dijo Yuri.

Peter retiró el precinto de uno de los fajos de billetes falsos y los fue pasando, al tiempo que los contemplaba absorto y sacudía la cabeza. Kenan acercó una silla y empezó a retirar seis billetes de cada fajo.

Y entonces sonó el teléfono.

—Esto es un aburrimiento —dijo.

—Para mí también.

—A lo mejor no vale la pena molestar tanto. En fin, que hay muchos traficantes de droga por ahí y la mayoría de ellos tienen esposa e hijas. Quizá lo mejor serían cortar por lo sano y desaparecer. Puede que nuestro próximo cliente se muestre más dispuesto a cooperar.

Era nuestra tercera conversación desde que Yuri había regresado con las dos bolsas de mano repletas de billetes falsos. Había llamado más o menos cada media hora, primero para proponer el plan que había elaborado para el intercambio, y luego para poner pegos a cada una de mis propuestas.

—Sobre todo, si se entera de cómo cortamos por lo sano antes de desaparecer —me advirtió—. Cortaré a la pequeña Lucía en taquitos, amigo mío. Y mañana saldré en busca de otra presa.

—Quiero cooperar.

—Pues sus actos no lo demuestran.

—Tenemos que encontrarnos cara a cara —dije—. De modo que usted tenga la oportunidad de inspeccionar el dinero, y nosotros de asegurarnos de que la chica está perfectamente.

—Ya, y luego se nos echan encima. ¿Y si tienen ustedes toda la zona vigilada? A saber cuántos hombres armados pueden reunir. Nosotros no tenemos tantos recursos.

—Pero pueden crear una zona de seguridad —le dije—. Tendrán a la chica cubierta.

—Le pondré un cuchillo en la garganta —amenazó.

—Si quiere...

—Con el filo contra la piel.

—Y entonces les damos el dinero —proseguí—. Uno de ustedes sigue sujetando a la chica mientras el otro se asegura de que esté todo el dinero. Luego uno de ustedes lleva el dinero al coche mientras el otro sigue sujetando a la chica. Mientras tanto, el tercer hombre está apostado en algún lugar donde no podamos verlo, apuntándonos con un rifle.

—Alguien podría apostarse tras él.

—¿Cómo? —le pregunté—. Ustedes estarán allí antes que nosotros. Nos verán llegar, a todos a la vez. Tendrán ventaja sobre nosotros, para compensar nuestra superioridad numérica. El tipo del rifle podrá cubrirles cuando se retiren y, de todas formas, ya estarán a salvo para entonces porque nosotros tendremos a la chica y el dinero estará en el coche con su otro hombre, lejos de nuestro alcance.

—No me gusta la idea de un encuentro cara a cara —se quejó.

Ni tampoco, pensé, confiaba plenamente en la idea del tercer hombre, el que debía cubrirles la retirada con un rifle. Porque a esas alturas, yo ya estaba prácticamente convencido de que solo eran dos; es decir, que no habría ningún tercer hombre. Pero si le dejaba creer que pensábamos que eran tres, tal vez entonces se sintiera un poco más seguro. La importancia de ese tercer hombre no radicaba en el hecho de que pudiera cubrirles la retirada, sino en que nosotros creyéramos que iba a estar allí.

—Pongamos que nos situamos a cincuenta metros de distancia. Ustedes dejan el dinero a mitad de camino y luego regresan a su posición. Luego nosotros llevamos a la chica hasta el mismo sitio y uno de los nuestros se queda allí, con un cuchillo en la garganta de la chica, como usted ha dicho...

«Como *usted* ha dicho», pensé.

—... mientras el otro se aleja con el dinero. Entonces yo suelto a la chica y ella corre hacia ustedes mientras yo retrocedo.

—No sirve. Ustedes tienen el dinero y a la chica al mismo tiempo y nosotros estamos al otro lado del terreno de juego.

Vueltas y vueltas y más vueltas. La voz grabada de la operadora nos interrumpió para pedir más dinero y el tipo introdujo otra moneda sin perder tiempo. A esas alturas, ya no le preocupaba que pudiéramos localizar la llamada. Sus llamadas eran cada vez más y más largas.

Si antes hubiera conseguido localizar a los Kong, podríamos haberlo pillado mientras aún estaba al teléfono.

—Bien, vamos a probar otra cosa. Nos colocamos a cincuenta metros de distancia, como acaba de decir. Ustedes estarán antes allí y, por tanto, nos verán llegar. Nos enseñan a la chica para que veamos que la han traído. Y entonces yo me acerco hasta donde están ustedes con el dinero.

—¿Solo?

—Sí. Desarmado.

—Podría llevar una pistola escondida.

—Llevaré una maleta llena de pasta en cada mano, así que una pistola escondida no me va a servir de mucho.

—Siga.

—Ustedes comprueban el dinero. Y cuando estén satisfechos, dejan libre a la chica. Ella se reúne con su padre y con el resto de los nuestros. Su hombre se marcha con el dinero. Usted y yo esperamos. Entonces usted se larga y yo me voy a mi casa.

—Podría intentar atraparme.

—Pero yo iré desarmado y usted tendrá un cuchillo. Y hasta una pistola, si quiere. Y su francotirador estará apostado tras algún árbol cubriendo a todo el mundo con un rifle. No creo que tenga usted muchos problemas.

—Me verá la cara.

—Póngase una máscara.

—Me reducirá la visibilidad. Y, aun así, usted podría describirme igualmente, aunque no me haya visto bien la cara.

Y en ese momento pensé: «A la mierda, agarremos al toro por los cuernos».

—Ya sé qué cara tienes, Ray.

Lo oí coger aire con fuerza. Luego se produjo un silencio y, durante un minuto o así, pensé que lo había perdido.

—¿Qué es lo que sabes? —dijo al fin, tuteándome también.

—Sé cómo te llamas. Sé qué aspecto tienes. Sé al menos de unas cuantas mujeres a las que has matado y de otra a la que casi mataste.

—Ah, la putita —recordó—. Oyó mi nombre de pila.

—También sé tu apellido.

—Demuéstralo.

—¿Por qué? Búscalo tú, está ahí mismo, en el «calendario»<sup>[7]</sup>.

—¿Quién eres tú?

—¿No te lo imaginas tú solito?

—Hablas como un poli.

—Si soy poli, ¿por qué no hay un montón de tíos con uniforme blanco y azul delante de tu casa?

—Porque no sabes dónde está mi casa.

—Pongamos que en Middle Village. En Penelope Avenue.

Casi lo oí relajarse.

—Estoy impresionado —dijo al fin.

—¿Qué clase de poli actúa así, Ray?

—Landau te tiene metido en el bolsillo.

—Casi. Trabajamos juntos. Somos socios. Estoy casado con su prima.

—No me extraña que no pudiéramos...

—¿Que no pudierais qué?

—Nada. Tendría que retirarme ahora, rebanarle el pescuezo a esa zorra y desaparecer de una puta vez.

—Si haces eso, estás muerto —lo amenacé—. En cuestión de horas, se emite una orden de búsqueda y captura en todo el país, y se te acusa también de las muertes de Álvarez y Gotteskind. Si hacemos el intercambio, te garantizo que esperaré una semana; más, si puedo. A lo mejor, eternamente.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que todo esto salga a la luz. Puedes largarte a la otra punta del país y montar tu negocio allí. Los Ángeles está lleno de traficantes de droga y también de mujeres guapas a quienes nada les gusta más que ir a dar una vuelta en

una furgoneta nuevecita.

Guardó silencio durante largos instantes.

—Repasemos todo desde el principio —dijo al fin—. Toda la escena, desde el momento en que llegamos nosotros.

Se lo repetí todo. De vez en cuando, me interrumpía con alguna pregunta y yo las iba contestando todas.

—Ojalá pudiera confiar en ti —dijo al fin.

—Joder, soy yo el que tiene que confiar en ti. Iré caminando hasta donde estés tú, con una bolsa llena de dinero en cada mano. Si decides que no confías en mí, siempre puedes matarme.

—Sí, eso es verdad —admitió.

—Pero será mejor para ti que no lo hagas. Es mejor para ambos que la transacción se desarrolle tal y como la hemos planeado. Así salimos ganando los dos.

—Yo me llevo un millón más que tú.

—A lo mejor eso también entra en mis planes.

—¿Qué?

—Lo dejo a tu imaginación —le dije, con la intención de despertar su curiosidad sobre mis planes secretos intrafamiliares y mis estrategias para ganarle la partida a mi socio.

—Interesante. ¿Dónde quieres que hagamos el cambio?

Ya estaba preparado para esa pregunta. Le había propuesto unos cuantos sitios en llamadas anteriores, pero me había reservado uno para el final.

—Cementerio de Green-Wood —dije.

—Creo que sé dónde está.

—Deberías. Allí abandonaste a Leila Álvarez. Está un poco lejos de Middle Village, pero no es la primera vez que vas. Son las nueve y media. Hay dos entradas en el lado de la Quinta Avenida, una a la altura de la calle Veinticinco y la otra unas diez manzanas al sur. Ve a la entrada de la calle Veinticinco y recorre unos veinte metros al otro lado de la valla. Nosotros entraremos por la calle Treinta y cinco y nos dirigiremos hacia vosotros desde el sur.

Se lo expliqué todo como si fuera un estratega en juegos de guerra que se hubiera propuesto recrear la batalla de Gettysburg.

—A las diez y media —dije—. Tienes poco más de una hora para llegar hasta allí. A estas horas no hay mucho tráfico, así que no debería haber problemas. ¿O acaso necesitas más tiempo?

No necesitaba una hora ni de lejos. Estaba en Sunset Park, a unos cinco minutos en coche del cementerio. Pero él no tenía por qué saber que yo lo sabía.

—Con una hora es suficiente.

—Dispondréis de mucho tiempo para apostaros. Nosotros entraremos a unas diez

manzanas de distancia a las once menos veinte. Eso os proporcionará diez minutos de ventaja, más los otros diez minutos que tardaremos en llegar hasta vosotros.

—Y ellos se quedarán a cincuenta metros —dijo.

—Exacto.

—Y tú recorrerás solo el resto de la distancia. Con el dinero.

—Exacto.

—Me gustaba más Khoury. Yo decía «Haz la rana», y él saltaba.

—Me lo imagino. Pero esta vez es el doble de dinero.

—Eso es verdad —admitió—. Leila Álvarez... Hacia tiempo que no pensaba en ella —añadió, con una voz que parecía casi soñadora—. Era guapa de verdad. Exquisita.

Guardé silencio.

—Ay, qué asustada estaba. Pobre zorra. Estaba aterrada de verdad.

Cuando finalmente colgué, tuve que sentarme. Kenan me preguntó si me encontraba bien y le dije que sí.

—Pues no lo parece. Más bien da la sensación de que necesitas una copa, aunque supongo que eso es precisamente lo único que no necesitas.

—Exacto.

—Yuri acaba de hacer café. Voy a buscarte una taza.

Cuando me llevó el café, le dije:

—Estoy bien. Es solo que hablar con ese hijo de puta te deja hecho polvo.

—Lo sé.

—Me he descubierto un poco, le he hecho saber algo de lo que sé. Parecía que era la única manera de hacerle reaccionar, porque no estaba dispuesto a ceder a menos que pudiera tener el control absoluto de la situación. Así que he decidido demostrarle que se encuentra en una posición más débil de lo que él cree.

—¿Sabes quién es? —preguntó Yuri.

—Sé cómo se llama. Sé qué aspecto tiene y sé el número de matrícula del coche que conduce.

Cerré los ojos durante un instante y percibí su presencia al otro lado de la línea telefónica. Casi me pareció ver cómo trabajaba su mente.

—Sé quién es —dije.

Les expliqué lo que había acordado con Callander y empecé a dibujarles un esquema del terreno, pero luego me di cuenta de que lo que en realidad necesitábamos era un mapa. Yuri dijo que tenía un plano de Brooklyn en algún rincón del apartamento, pero que no sabía dónde. Kenan recordó que Francine siempre llevaba uno en la guantera del Toyota y Peter fue a buscarlo.

Habíamos despejado la mesa. Todo el dinero, redistribuido para disimular los

billetes falsos, estaba guardado en dos maletas. Extendí el mapa sobre la mesa, tracé la ruta hasta el cementerio y señalé las dos entradas en el lado oeste del campo santo. Luego les expliqué hasta el mínimo detalle lo que habíamos acordado, la forma en que se iba a producir el intercambio.

—Pero te coloca en la posición más peligrosa —observó Kenan.

—No me pasará nada.

—Si ese tío intenta algo...

—No creo que intente nada.

«Siempre puedes matarme», le había dicho. «Sí, eso es verdad», había respondido él.

—Soy yo quien debería llevar las bolsas con el dinero —se ofreció Yuri.

—Tampoco pesan tanto —objeté—. Ya puedo yo solo.

—Bromea todo lo que quieras, pero hablo en serio. Es mi hija. Soy yo quien debería dar la cara.

Hice un gesto negativo con la cabeza. No me fiaba: si Yuri se acercaba tanto a Callander, podía perder los nervios e ir a por él. Sin embargo, le di un motivo mejor:

—Quiero que Lucía corra hasta un lugar seguro. Si tú estás allí, querrá quedarse a tu lado. Necesito que estés aquí —dije, señalando el mapa—, para que puedas llamarla.

—Supongo que llevarás una pistola bajo el cinturón —dijo Kenan.

—Probablemente sí, pero tampoco sé si me va a servir de mucho. Si el tipo intenta algo, no me va a dar tiempo a sacarla. Y si no intenta nada, tampoco la voy a necesitar. Lo que sí me gustaría tener es un chaleco de Kevlar.

—Es esa fibra a prueba de balas, ¿no? Pero he oído decir que no detiene los cuchillos.

—A veces sí y a veces no. Tampoco detiene siempre las balas, pero al menos te da una oportunidad.

—¿Sabes dónde conseguirlo?

—A estas horas, no. Dejémoslo, tampoco es tan importante.

—¿Que no? Pues a mí me parece bastante importante.

—Ni siquiera sé si llevan pistolas.

—¿Estás de broma o qué? Me parece que en esta ciudad no hay nadie que no lleve pistola. ¿Y qué hay del tercer hombre, el francotirador, el tipo que se va a ocultar detrás de alguna tumba para cubrir a todo el mundo? ¿Con qué crees que va a hacer su trabajo, con una puta honda?

—Eso suponiendo que exista un tercer hombre. He sido yo quien lo ha mencionado, y Callander ha sido lo bastante listo como para seguirme la corriente.

—O sea, que crees que van a hacer el intercambio con solo dos hombres.

—Solo eran dos cuando secuestraron a la chica de Park Avenue. No me los

imagino saliendo a reclutar a una tercera persona para una operación como esta. Se trata de asesinos sexuales que luego han decidido sacar provecho económico, no de una operación normal entre delincuentes profesionales, donde uno puede reclutar a unos cuantos tíos. Las declaraciones de algunos testigos apuntan a la existencia de un tercer hombre en los dos secuestros presenciados, pero es posible que solo dieran por sentado que había además un conductor, porque esa sería la forma más lógica de hacerlo. Pero si solo había dos hombres, uno de ellos tuvo que hacer también de conductor. Y creo que eso es exactamente lo que ocurrió.

—O sea, que ya nos podemos olvidar del tercer hombre.

—No. Y eso es lo más desesperante: que tenemos que suponer que va a estar allí.

Me fui a la cocina a tomar otro café. Cuando volví, Yuri me preguntó cuántos hombres necesitábamos.

—Somos tú y yo, más Kenan, Peter, Dani y Pavel. Pavel está abajo, lo habréis visto cuando habéis llegado. Tengo a otros tres hombres dispuestos a venir, solo tengo que decírselo.

—Yo podría contar con una docena de hombres —dijo Kenan—. Todas las personas con las que he hablado, hayan aportado dinero o no, me han dicho lo mismo: «Si necesitas ayuda, dímelo y allí estaré». —Se inclinó sobre el mapa—. Podemos colocar a unos cuantos tíos en el lugar indicado y luego traer a otra docena en tres o cuatro coches. De esta manera les cerraríamos las dos salidas, y también las otras, aquí y aquí. ¿Por qué dices que no con la cabeza? ¿Qué pasa?

—Quiero dejarles que se marchen con el dinero.

—¿Ni siquiera intentaremos recuperarlo, una vez que tengamos a la chica?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque es una locura empezar un tiroteo en un cementerio, en plena noche, dispararse unos a otros desde coches que van a toda pastilla por Park Slope. Una operación así no sirve para nada a menos que podamos controlarla y lo cierto es que existen muchas posibilidades de que esto se nos descontrole. Mirad, le he vendido el intercambio porque les he garantizado una zona de seguridad, y me he esforzado mucho en que la planificación sea exactamente esta. Podrán tener su zona de seguridad. Ellos consiguen el dinero, nosotros recuperamos a la chica y luego nos vamos todos a casita, sanos y salvos. Hace apenas unos minutos, eso era el único resultado que todos esperábamos. ¿Seguimos pensando así?

Yuri dijo que sí.

—Sí, claro —asintió Kenan—, es lo único que quiero. Pero es que me da rabia la idea de que se salgan con la suya.

—No será así. Callander cree que tiene una semana para hacer las maletas y abandonar la ciudad. Pero lo que no sabe es que ni siquiera tiene una semana, porque

no tardaré tanto en encontrarlo. Mientras tanto, ¿cuántos hombres necesitamos? Creo que es suficiente con la gente que tenemos. Pongamos tres coches: Yuri y Dani en uno, Peter y... ¿Pavel es el tipo que está abajo? Peter y Pavel en el Toyota y Kenan y yo en el Buick. Eso es todo lo que necesitamos: seis hombres.

Sonó el teléfono en la habitación de Lucía. Respondí y hablé con TJ, que estaba de vuelta en la lavandería automática después de haber buscado el Honda, sin éxito, por todas las casas y aceras del barrio.

Volví al salón.

—Que sean siete —dije.

Ya en el coche, Kenan dijo:

—Cogemos Shore Parkway y luego la Gowanus, ¿no? ¿Te parece bien?

Le dije que él estaba más puesto que yo en esas cosas.

—Ese chaval al que tenemos que recoger —prosiguió Kenan—. ¿Qué pinta en todo esto?

—Es un chaval del gueto que suele deambular por Times Square. No tengo ni idea de dónde vive. Se hace llamar por esas iniciales, TJ, suponiendo que sean las tuyas y no que las haya sacado de una sopa de letras. Lo creas o no, me ha ayudado mucho. Él es quien me puso en contacto con los genios de la informática y quien ha visto a Callander esta noche y ha anotado la matrícula de su coche.

—¿Y crees que podrá sernos de ayuda en el cementerio?

—Espero que ni lo intente. Vamos a recogerlo porque no quiero que esté en Sunset Park ni se ponga a hacer el imaginativo cuando Callander y sus amigos vuelvan a casa. Quiero mantenerlo alejado del peligro.

—¿Dices que es un chaval?

Asentí.

—Quince o dieciséis años.

—¿Y qué quiere ser de mayor? ¿Detective como tú?

—Eso es lo que quiere ser ahora. No quiere esperar a ser mayor. Y no se lo tengo en cuenta, porque la mayoría de ellos no llegan.

—¿No llegan a qué?

—A mayores. ¿Adolescentes negros que viven en la calle? Tienen más o menos la misma esperanza de vida que las moscas de la fruta. Pero TJ es buen chaval y espero que salga adelante.

—Y no sabes cómo se apellida.

—No.

—¿Quieres oír una cosa graciosa? Entre Alcohólicos Anónimos y las calles, conoces a mogollón de gente que no tiene apellido.

Algo más tarde, añadió:

—¿Sabes algo de ese tal Dani? ¿Es pariente de Yuri o algo así?

—Ni idea. ¿Por qué?

—No sé, es que estaba pensando... Van los dos en el Lincoln, con un millón de dólares en el asiento trasero. Sabemos que Dani lleva una pistola. ¿Y si le pega un tiro a Yuri y se larga? Ni siquiera sabríamos a quién buscar, solo sabemos que es ruso y que lleva una chaqueta que no le queda precisamente bien. Otro tipo sin apellido. Debe de ser amigo tuyo, ¿no?

—Creo que Yuri confía en él.

—Seguramente es de la familia. Si no, ¿cómo vas a confiar tanto en alguien?

—De todas formas, tampoco es un millón.

—Ochocientos mil. ¿Me vas a llamar mentiroso por doscientos mil dólares de nada?

—Y casi una tercera parte de ellos, falsos.

—Tienes razón, casi ni vale la pena robarlos. Tendremos suerte si esos dos pájaros a los que estamos a punto de conocer están dispuestos a llevárselos. Si no, acabarán en el sótano, para la próxima campaña de recogida de papel de los *boy scouts*. ¿Podrías hacerme un favor? Cuando estés allí, con una maleta en cada mano, ¿puedes hacerles una pregunta a nuestros amigos?

—¿Cuál?

—Pregúntales cómo coño me eligieron a mí, ¿vale? Porque ese tema me sigue volviendo loco.

—Ah. Es que creo que lo sé.

—¿En serio?

—Sí. Lo primero que pensé fue que, de un modo u otro, él también estaba metido en el negocio de las drogas.

—Tiene sentido, pero...

—No lo está, de eso estoy casi seguro, porque le he pedido a alguien que hiciera ciertas comprobaciones y no tiene antecedentes.

—Yo tampoco.

—Pero tú eres una excepción.

—Eso es verdad. ¿Y Yuri?

—Varias detenciones en la Unión Soviética, no ha cumplido ninguna condena importante. Aquí lo detuvieron una vez por recibir mercancías robadas, pero al final se retiraron los cargos contra él.

—¿Nada relacionado con las drogas?

—No.

—De acuerdo, Callander está limpio. No está metido en el negocio de la droga, así que...

—La DEA te investigó hace algún tiempo, ¿no?

—Sí, pero no sacaron nada en claro.

—Antes he estado hablando con Yuri. Me ha contado que el año pasado se retiró de una operación porque tuvo el presentimiento de que alguna agencia le estaba tendiendo una trampa con un supuesto golpe. Estaba convencido de que eran los federales.

Se volvió para mirarme, pero luego se obligó a mirar de nuevo al frente y viró para adelantar a un coche.

—Joder —exclamó—. ¿Es una nueva política nacional para obligarnos a cumplir

las leyes? Como no pueden juzgarnos, ¿matan a nuestras esposas e hijas?

—Creo que Callander trabajaba para la DEA —aventuré—. Seguramente no trabajó allí demasiado tiempo y, sin duda, no era un agente acreditado. Tal vez lo utilizaron en alguna que otra ocasión como informador confidencial, o tal vez tenía algún puesto administrativo en las oficinas. No podía llegar muy lejos ni durar mucho tiempo en la DEA.

—¿Por qué no?

—Porque está loco. Lo más seguro es que entrara en la DEA porque estaba ligeramente obsesionado con los narcotraficantes. Es una ventaja en esa clase de trabajo, pero no cuando la obsesión se vuelve desproporcionada. Mira, es solo una corazonada. Cuando estábamos hablando por teléfono y yo le he dicho que era socio de Yuri, ha empezado a decir algo... No sé, como si fuera a decir que eso explicaba por qué no habían conseguido atrapar a Yuri.

—Joder.

—Es algo que puedo averiguar mañana o pasado mañana, si consigo contactar con los de la DEA y ver si ese nombre les suena. O si consigo entrar ilegalmente en sus archivos, con la ayuda de mis genios de la informática.

Kenan reflexionó.

—No hablaba como un poli.

—No, es cierto.

—Pero el tipo al que acabas de describir no sería exactamente un poli, ¿verdad?

—No, más bien un aficionado. Pero entusiasmado con los federales y obsesionado con el asunto de los narcóticos.

—Sabía el precio al por mayor de un kilo de coca —me recordó Kenan—, aunque eso en realidad no demuestra nada. Tu amigo TJ seguramente también conoce el precio al por mayor de un kilo de marihuana o coca.

—No me extrañaría.

—Y las compañeras de Lucía en esa escuela de chicas, seguramente ellas también lo saben. Así es el mundo en el que vivimos.

—Tendrías que haber sido médico.

—Como quería mi padre. No, creo que no. Pero a lo mejor tendría que haberme hecho falsificador de dinero. La gente de ese mundillo es mucho más amable. Y, por otro lado, no tendría a la puta DEA pisándome los talones.

—¿Falsificador de dinero, dices? Quienes te pisarían los talones serían los servicios secretos.

—Joder —dijo Kenan—, es que si no es una cosa es otra.

—¿Es esa la lavandería automática, ahí a la derecha?

Le dije que sí y Kenan aparcó justo delante, pero dejó el coche en marcha.

—¿Cómo vamos de tiempo? —preguntó. Le echó un vistazo a su reloj, luego al del salpicadero y él mismo se respondió—. Vamos bien. Llegaremos un poco pronto.

Yo estaba mirando hacia la lavandería automática, pero TJ salió de un portal en el otro lado de la avenida, cruzó la calzada y subió al asiento trasero. Los presenté, y los dos afirmaron que era un placer conocerse. TJ se dejó caer contra el asiento y Kenan puso el coche en movimiento.

—Ellos llegan a las diez y media, ¿no? Y nosotros tenemos que llegar diez minutos más tarde y luego ir a pie hasta donde ellos esperan. ¿Es correcto?

Le dije que sí.

—O sea, que estaremos cara a cara separados por tierra de nadie aproximadamente hacia las once menos diez. ¿Es más o menos la hora que has calculado?

—Más o menos, sí.

—¿Y cuánto crees que tardaremos en hacer el cambio y salir de allí? ¿Una media hora?

—Probablemente, mucho menos, si todo va bien. Pero si algo se jode, será otra historia.

—Ya, pues esperemos que eso no pase. No, lo decía por saber cómo íbamos a salir, pero supongo que no cierran las puertas hasta medianoche.

—¿Cerrar las puertas?

—Sí, yo pensaba que las cerraban antes, pero imagino que no, porque entonces habrías elegido otro sitio.

—Joder —exclamé.

—¿Qué pasa?

—Que ni siquiera se me ha ocurrido pensar en eso. ¿Por qué no lo has dicho antes?

—¿Y qué habrías hecho, llamarlo?

—No, claro que no. Pero es que ni se me ha ocurrido pensar que pudieran cerrar las puertas. ¿Es que los cementerios no están abiertos toda la noche? ¿Por qué iban a querer cerrarlos?

—Para que no entre la gente.

—¿Porque todo el mundo se muere por entrar? Joder, ese chiste es de cuarto de primaria, por lo menos. ¿Por qué está vallado el cementerio?

—Porque deben de entrar vándalos —dijo Kenan—. Chavales que levantan las lápidas o se cagan en los jarrones de flores...

—¿Y te crees que los chavales no pueden saltar una valla?

—Tranquilo, tío —dijo Kenan—, que no soy yo quien pone las normas. Si fuera por mí, todos los cementerios de la ciudad serían de entrada libre. ¿Qué te parece?

—Espero no haberlo jodido todo. Si llegan allí y se encuentran las puertas

cerradas...

—¿Qué? ¿Qué harán, vender a la chica a las redes argentinas de trata de blancas? Pues saltarán la valla, igual que nosotros. Pero lo más probable es que no cierren antes de medianoche. Seguro que hay quien va después del trabajo a visitar las tumbas de sus seres queridos...

—¿A las once de la noche?

Se encogió de hombros.

—Hay gente que sale tarde. Trabajan en oficinas de Manhattan, se paran a tomar un par de copas después del curro, luego se van a cenar, luego tienen que esperar el metro media hora porque se parecen a alguien que conozco y son demasiado tacaños para coger un taxi...

—Joder —exclamé.

—... y cuando por fin llegan a Brooklyn ya es tarde y se dicen: «Eh, me voy a acercar hasta Green-Wood a ver si encuentro la tumba del tío Vic. Nunca me cayó muy bien, igual hasta me meo en su tumba».

—¿Estás nervioso, Kenan?

—Sí, estoy nervioso, ¿a ti qué coño te parece? Tú eres el que se va a acercar andando a un par de asesinos, sin más armas que un montón de dinero. Seguro que ya estás empezando a sudar.

—Puede que un poco. Frena, que nos aproximamos a la entrada. Creo que está abierta.

—Sí, eso parece. Igual es que se supone que tienen que cerrar, pero no lo hacen.

—Puede ser. Vamos a dar una vuelta a todo el cementerio, ¿de acuerdo? Y luego buscamos un sitio para aparcar cerca de nuestra entrada.

Rodeamos todo el cementerio en silencio. Para empezar, no había tráfico a esa hora y, por otro lado, la noche era serena, como si el profundo silencio del cementerio hubiera saltado la valla y hubiera anulado todos los sonidos de las inmediaciones.

Cuando ya casi estábamos llegando al lugar desde el que habíamos iniciado la vuelta al campo santo, TJ dijo:

—¿Vamos a entrar en un cementerio?

Kenan volvió la cara a un lado para disimular una sonrisa.

—Si lo prefieres, puedes quedarte en el coche —dije.

—¿Para qué?

—Aquí estarás más cómodo.

—Tío, a mí no me dan miedo los muertos. ¿Es eso lo que piensas? ¿Que estoy asustado?

—Disculpa.

—Tranquilo, cocodrilo. A mí los muertos no me preocupan.

A mí tampoco me preocupaban muchos los muertos, pero sí me ponían nervioso algunos vivos.

Nos encontramos en la puerta de la calle Treinta y cinco y entramos enseguida en el cementerio, pues no queríamos llamar la atención quedándonos en la calle. De momento, eran Yuri y Pavel quienes llevaban el dinero. Teníamos dos linternas para los siete. Kenan llevaba una, y yo, que encabezaba la marcha, la otra.

No la utilicé mucho, solo la encendía y la volvía a apagar enseguida cuando necesitaba orientarme. Y, en realidad, ni siquiera eso era necesario, pues esa noche había luna creciente y, además, nos llegaba en parte la luz de las farolas de la avenida. La mayoría de las lápidas eran de mármol blanco y, una vez acostumbrados los ojos a la penumbra, destacaban en la oscuridad. Me abrí paso entre ellas, mientras me preguntaba de quién serían los huesos sobre los que caminaba en esos momentos. Un periódico había publicado, el año pasado o por ahí, un reportaje sobre dónde se enterraba a los muertos, una especie de inventario de personas ricas y famosas que habían recibido sepultura en alguno de los cementerios de Nueva York. En su momento no le había prestado demasiada atención, pero me pareció recordar que eran muchos los neoyorquinos prominentes que descansaban bajo tierra en Green-Wood.

Existían, había leído, muchos aficionados a visitar cementerios. Algunos hacían fotos, otros calcaban con carboncillo las inscripciones grabadas en las tumbas... No acabé de entender muy bien qué le veían a todo eso, pero tampoco me pareció mucho más extravagante que algunas de las cosas que yo hago. Al menos, ellos realizaban su búsqueda a plena luz del día, no deambulaban en plena noche por los cementerios tratando de no tropezar con losas de granito.

Seguí avanzando. Me quedé lo bastante pegado a la valla como para ver los letreros de las calles y, al llegar a la calle Veintisiete, aminoré el paso. Los otros se me acercaron y les indiqué por señas que se desplegaran hacia los lados, sin avanzar más hacia el norte. Luego me volví hacia el lugar donde supuestamente tenía que estar Raymond Callander y enfoqué la linterna hacia delante. La encendí y apagué tres veces seguidas, que era la señal acordada.

Durante un largo instante, las únicas respuestas fueron el silencio y la oscuridad. Luego vi tres destellos de luz, procedentes de algún lugar delante de nosotros, un poco a nuestra derecha. Calculé que estaban a unos cien metros de distancia, puede que algo más. Cuando alguien iba corriendo con una pelota debajo del brazo, no parecía que fuera una distancia tan grande, pero en ese momento tuve la sensación de que estaban lejísimos.

—¡Quedaos donde estáis! —les grité—. Nos vamos a acercar un poco más.

—¡Pero no demasiado!

—Unos cincuenta metros —respondí—. Lo que habíamos acordado.

Flanqueado por Kenan y uno de los hombres de Yuri, y seguido por el resto del

grupo a poca distancia, recorrí aproximadamente la mitad de los metros que nos separaban.

—Así ya está bien —dijo Callander en un momento determinado.

Sin embargo, le hice caso omiso y seguí avanzando. Teníamos que estar lo bastante cerca como para que alguien pudiera cubrir el intercambio. Disponíamos de un rifle y se lo habíamos confiado a Peter, que había demostrado tener buena puntería durante los seis meses que había pasado, tiempo atrás, en la Guardia Nacional. Como es lógico, eso había sido antes de su largo período de aprendizaje como alcohólico y drogadicto, pero aun así seguía siendo el mejor tirador del grupo. Tenía un buen rifle con mira telescópica, pero no era infrarroja, por lo que tendría que apuntar a la luz de la luna. Precisamente por eso quería reducir la distancia, para que no fallara en el caso de que tuviera que disparar.

Aunque, en el fondo, eso no era tan importante para mí. El único motivo que podía obligarle a disparar era que nuestros contrincantes intentaran un fuego cruzado y, si lo intentaban, a mí me quitarían de en medio en el primer minuto de la primera ronda de disparos. Cuando Peter empezara a disparar, yo ya no estaría allí para ver adónde iban a parar las balas.

Unos pensamientos muy alegres.

Cuando la distancia que nos separaba quedó reducida a la mitad, le hice una seña a Peter. Se apartó un poco a la derecha, eligió su propio puesto de tiro y apoyó el cañón del rifle en una lápida baja de mármol. Busqué a Ray y a su compañero, pero no vi más que sombras. Se habían retirado de nuevo hacia la oscuridad.

—Salid adonde podamos veros —les dije—. Con la chica.

Se dejaron ver. Dos formas. Enseguida, cuando mejoró la luz, nos dimos cuenta de que una de las dos siluetas estaba formada en realidad por dos personas, es decir, que uno de los hombres tenía a la chica sujeta ante él. Oí a Yuri coger aire con fuerza y recé para que mantuviera la calma.

—Tengo un cuchillo en la garganta de la chica —me advirtió Callander—. Si se me va la mano...

—Será mejor que no.

—Entonces será mejor que traigas el dinero. Y no intentes hacer ninguna jugada.

Me volví, cogí las dos maletas y comprobé que estuviéramos todos. No vi a TJ, así que le pregunté a Kenan qué le había pasado. Dijo que seguramente había vuelto al coche.

—«Pies para que os quiero» —dijo—. Creo que no le entusiasman los cementerios de noche.

—Ni a mí.

—Escucha —me dijo—, ¿por qué no les dices que vamos a cambiar las reglas, que el dinero pesa demasiado para que lo lleve una sola persona, que yo iré contigo?

—No.

—Quieres hacerte el héroe, ¿eh?

No podía decirse que me sintiera muy heroico, pues el peso de las maletas me impedía moverme con agilidad. Me pareció que uno de los hombres llevaba una pistola, no el que sujetaba a la chica, y también me pareció que me estaba apuntando con la pistola. Sin embargo, no tenía miedo de que me dispararan, a menos que le entrara el pánico a alguien de mi grupo y disparara su arma, porque entonces nos liaríamos todos a tiros. Si tenían intención de matarme, al menos esperarían a que les entregara el dinero. Podían estar chiflados, pero no eran imbéciles.

—No intentes nada —me advirtió Ray—. No sé si lo ves desde ahí, pero la chica tiene el cuchillo en la garganta.

—Lo veo.

—Ya estás lo bastante cerca. Deja las bolsas en el suelo.

Era Ray quien sujetaba el cuchillo y a la chica. Conocía su voz, pero de no haber hablado lo habría reconocido de todos modos gracias a la descripción de TJ, que era exacta. Llevaba la cremallera de la cazadora subida, así que no pude ver la horrenda camisa de cuadros, pero me fiaba de lo que había dicho TJ.

El otro hombre era más alto. Tenía el pelo oscuro, muy revuelto, y unos ojos que en aquella semioscuridad parecían dos quemaduras de cigarrillo en una sábana. No llevaba chaqueta, solo una camisa de franela y unos vaqueros. No veía bien su expresión, pero sí percibí la rabia de su mirada y me pregunté qué coño creía aquel tipo que había hecho yo para despertar sus iras. Estaba a punto de entregarle un millón de dólares y él ardía en deseos de matarme.

—Abre las bolsas.

—Primero suelta a la chica.

—No, primero enseñanos el dinero.

Llevaba en la espalda la pistola que Kenan había insistido en darme: el cañón estaba metido bajo el cinturón y la chaqueta disimulaba el bulto. No existe forma lo bastante rápida para sacarla cuando uno la lleva ahí, pero al menos ahora tenía las manos libres y podía cogerla si era necesario.

En lugar de eso, me arrodillé, abrí los cierres de una de las maletas y levanté la tapa para mostrar el dinero. Luego me incorporé. El hombre que llevaba la pistola dio un paso al frente y yo levanté una mano.

—Primero soltad a la chica —insistí—, y luego ya comprobaréis el dinero. No intentes cambiar ahora las reglas del juego, Ray.

—Ah, mi dulce Lucy —dijo—. Qué pena me da dejarte marchar, hijita.

La soltó. Apenas había tenido la oportunidad de verla bien, pues había estado medio oculta bajo el cuerpo de Ray. Incluso a pesar de la oscuridad, me di cuenta que estaba pálida y exhausta. Llevaba las manos unidas a la altura de la cintura, los brazos

pegados a los costados y los hombros encogidos, como si quisiera presentar el blanco más pequeño posible.

—Ven hacia aquí, Lucía —le dije, pero no se movió—. Tu padre está allí, cariño. Ve con tu padre. Adelante.

Dio un paso y luego se detuvo, como si no pudiera aguantarse en pie. Me fijé en que utilizaba una mano para sujetarse con fuerza la otra.

—Vete —le ordenó Callander—. ¡Corre!

Lucía lo miró y luego me miró a mí. Sin embargo, resultaba difícil saber qué estaba viendo, pues tenía la mirada perdida, borrosa. Quise levantarla en vilo, cargármela al hombro y correr hasta donde la estaba esperando su padre.

O apartarme la chaqueta con una mano, sacar la pistola con la otra y dejar secos a aquellos dos cabrones allí mismo. Pero el tipo moreno me estaba apuntando y Callander también llevaba una pistola, que había salido a hacer compañía al largo cuchillo que aún blandía en la otra mano.

Le grité a Yuri que llamara a su hija.

—¡Luschka! —exclamó—. ¡Papá está aquí! ¡Ven con papá!

La niña reconoció la voz y frunció el ceño, concentrada, como si estuviera tratando de encontrar sentido a aquellas sílabas.

—¡En ruso, Yuri! —grité.

Yuri respondió algo que lógicamente yo no entendí, pero que sí le llegó a Lucía. Separó las manos y dio un paso, luego otro.

—¿Qué le ha pasado en la mano? —pregunté.

—Nada.

Cuando la niña pasó junto a mí, le cogí la mano, pero ella la apartó de inmediato. Le faltaban dos dedos.

Observé fijamente a Callander y este me devolvió una mirada casi de disculpa.

—Fue antes de que acordáramos las condiciones —dijo, a modo de justificación.

Yuri dijo algo más en ruso y Lucía empezó a moverse más rápido, aunque no a correr. Era como si no pudiera hacer nada más que arrastrar los pies. Dudé incluso de que pudiera seguir haciéndolo durante mucho rato.

Sin embargo, Lucía se mantuvo erguida y siguió avanzando, mientras yo también me mantenía erguido y contemplaba el cañón de dos pistolas. El hombre moreno me observaba en silencio, aún iracundo, y Callander observaba a la chica. Me apuntaba con la pistola, pero no podía evitar que los ojos se le fueran hacia ella. Me di cuenta de lo mucho que deseaba apuntar también la pistola en aquella dirección.

—Me gustaba —dijo—. Es muy guapa.

El resto de la operación fue fácil. Abrí la segunda maleta y retrocedí unos cuantos pasos. Ray se acercó a inspeccionar el contenido de ambas maletas mientras su

compañero me seguía apuntando. Solo echó un vistazo rápido al dinero: se limitó a ir pasando los billetes de unos cuantos fajos, pero no contó el dinero de ningún fajo, solo contó por encima la cantidad de paquetes. Tampoco advirtió que una parte de los billetes eran falsos, aunque creo sinceramente que nadie se habría dado cuenta.

Cerró las maletas y abrochó los cierres. Luego sacó de nuevo la pistola y se apartó a un lado, mientras el hombre moreno se acercaba, recogía las maletas y resoplaba al levantarlas. Era el primero sonido que había emitido en mi presencia.

—Coge primero una y luego la otra —le ordenó Callander.

—No pesan tanto.

—De una en una.

—No me digas lo que tengo que hacer, Ray.

Sin embargo, dejó en el suelo una de las maletas y se alejó con la otra. No estuvo ausente mucho tiempo, pero ni Ray ni yo dijimos una palabra durante ese tiempo. Cuando el tipo moreno volvió y cogió la segunda maleta, dijo que pesaba menos que su compañera, como si eso significara que los habíamos engañado con el total.

—Entonces te costará menos llevarla —dijo Callander, en tono paciente—. Vete ya.

—Tendríamos que pelar a este mamón, Ray.

—En otra ocasión.

—Es un puto poli traficante. Tendríamos que volarle los sesos.

En cuanto se hubo marchado, Callander dijo:

—Nos has prometido una semana. Supongo que cumplirás tu palabra.

—Más de una semana, si puedo.

—Siento lo del dedo.

—Dedos.

—Como quieras. Mi colega es difícil de controlar.

«Pero fuiste tú quien usó el alambre con Pam», pensé.

—Te agradezco esa semana de ventaja —prosiguió—. Creo que va siendo hora de cambiar de aires, aunque no creo que Albert quiera acompañarme.

—¿Lo vas a dejar aquí, en Nueva York?

—Por así decirlo.

—¿De dónde lo has sacado?

Sonrió discretamente al escuchar la pregunta.

—Ah —dijo—, nos encontramos el uno al otro. Las personas dotadas de gustos muy especiales suelen encontrarse por casualidad.

Fue un momento extraño, pues tuve la sensación de que estaba hablando con el hombre que se ocultaba tras la máscara, de que las circunstancias nos habían proporcionado una inusual oportunidad.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Adelante.

—¿Por qué las mujeres?

—Caramba. Eso tendríamos que preguntárselo a un psiquiatra, ¿no? Alguna experiencia olvidada de la infancia, supongo. Al final siempre se reduce a eso, ¿no? Quizá me destetaron demasiado pronto o demasiado tarde.

—No me refiero a eso.

—¿Ah, no?

—No me interesa saber cómo te has convertido en lo que eres. Solo quiero saber por qué lo haces.

—¿Crees que tengo elección?

—No lo sé. ¿Y tú?

—Ya... No es fácil contestar a esa pregunta. Excitación, poder, emoción pura y dura... No sé, me faltan palabras. ¿Entiendes a qué me refiero?

—No.

—¿Te has subido alguna vez a una montaña rusa? Yo no las soporto, hace años que no me subo a esas cosas porque se me revuelve el estómago. Pero si no detestara las montañas rusas, si me gustaran, esa sería exactamente la sensación. —Se encogió de hombros—. Ya te lo he dicho. Me faltan las palabras.

—No pareces un monstruo.

—¿Por qué debería parecerlo?

—Porque lo que haces es monstruoso. Pero hablas como un ser humano. ¿Cómo puedes...?

—¿Sí?

—¿Cómo puedes hacerlo?

—Ah —dijo—, no son reales.

—¿Qué?

—Que no son reales —repitió—. Las mujeres. No son reales. Son simples juguetes. Si te comes una hamburguesa, ¿te estás comiendo la vaca? Claro que no. Solo te estás comiendo una hamburguesa. —Sonrió—. Cuando van caminando por la calle, son mujeres. Pero en cuanto suben a la furgoneta, se acabó. Solo son partes de un cuerpo.

Noté un escalofrío en la espalda. Mi tía Peg solía decir que, cuando eso pasa, es porque alguien ha caminado sobre tu tumba. Una expresión curiosa. Me pregunto de dónde vendrá.

—Pero ¿me preguntas si tengo elección? Supongo que sí. Tampoco es que sienta la necesidad de actuar cada vez que hay luna llena. Siempre tengo elección: puedo elegir no hacer nada, y elijo no hacer nada... hasta que un día elijo lo contrario.

»Así que... ¿qué clase de elección es en realidad? Puedo aplazarla, pero al final llega un día en que ya no quiero aplazarla más. Y, de todas formas, aplazándola solo

consigo que me resulte más placentero. A lo mejor por eso lo hago. He leído en alguna parte que la madurez es la capacidad de postergar la satisfacción, aunque no sé si se referían exactamente a esto.

Parecía a punto de hacer más revelaciones, pero entonces algo cambió en él y se esfumó la oportunidad que antes se me había presentado. Fuera cual fuese el yo real que había estado hablando, se replegó de nuevo tras la armadura protectora que era el cuerpo.

—¿Por qué no tienes miedo? —me preguntó, en tono petulante—. Te estoy apuntando con un arma y te comportas como si fuera una pistola de agua.

—Te están apuntando con un rifle de largo alcance. No podrías dar ni un paso.

—Tal vez, pero ¿de qué te sirve eso a ti? Tendrías que estar asustado. ¿Eres un tipo valiente?

—No.

—Bueno, no voy a dispararte. ¿Para qué, para que Albert se lo quede todo? No, gracias. Pero creo que ya va siendo hora de que me pierda entre las sombras. Date la vuelta y dirígete hacia tus amigos.

—De acuerdo.

—No tengo a un tercer hombre con un rifle. ¿Creías que sí?

—No estaba seguro.

—Sabías que no lo tenía. Da igual. Vosotros tenéis a la chica y nosotros tenemos el dinero. Todo ha salido bien.

—Sí.

—No intentes seguirme.

—No lo haré.

—No, ya sé que no.

No dijo nada más y creí que ya se había escabullido. Seguí caminando y, cuando había dado una docena de pasos, oí de nuevo su voz.

—Siento lo de los dedos —insistió—. Ha sido un accidente.

—Estás muy callado —observó TJ.

Yo estaba al volante del Buick de Kenan. En cuanto Lucía Landau había llegado junto a su padre, este la había cogido en brazos, se la había cargado al hombro y había regresado apresuradamente a su coche, seguido muy de cerca por Dani y Pavel.

—Le he dicho que no esperara —me había aclarado Kenan—. La niña necesitaba un médico. Yuri conoce a alguien en su barrio. El tipo irá a casa de Landau.

Así que habían quedado dos coches para los cuatro y, al llegar al lugar donde los habíamos aparcado, Kenan me había dado las llaves del Buick y me había dicho que se iba con su hermano.

—Venid a Bay Ridge —me había dicho—. Pediremos una pizza o algo y luego os llevo a los dos a casa.

Estábamos parados en un semáforo en rojo cuando TJ me dijo que estaba muy callado y lo cierto es que no pude negarlo. Ninguno de los dos había pronunciado una palabra desde que habíamos subido al coche. Aún no se me había pasado la impresión que me había provocado la charla con Callander, así que le dije a TJ que aquellas actividades nocturnas me habían dejado para el arrastre.

—Pero has estado guay, tío —se maravilló—. Tú solo delante de aquellos tíos.

—¿Dónde estabas? Creíamos que habías vuelto al coche.

Movió la cabeza en un gesto negativo.

—He ido a rodear a esos tíos. He pensado que a lo mejor encontraba al tercero, al del rifle.

—No había tercer hombre.

—Ya, por eso no lo he encontrado. He rodeado a esos tíos y he salido por donde habían entrado ellos. Y he encontrado su coche.

—¿Cómo lo has hecho?

—No ha sido tan difícil. Ya lo había visto antes, era el mismo Honda. Me he escondido detrás de un poste y lo he estado vigilando, hasta que el tipo que no llevaba chaqueta ha salido a toda prisa del cementerio y ha metido una maleta en el maletero. Luego ha dado media vuelta y ha salido corriendo otra vez.

—Iba a buscar la segunda maleta.

—Ya, y se me ha ocurrido que mientras él iba a buscar la segunda maleta, yo podía quitarle la primera de las manos. El maletero estaba cerrado con llave, pero podría haberlo abierto igual que ha hecho él, apretando el botón que está en la guantera. Porque el coche no estaba cerrado.

—Me alegro de que no lo hayas intentado.

—Ya, podría haberlo hecho, pero pongamos que el pavo vuelve y la maleta no está. ¿Qué habría hecho? Volver y pegarte un tiro, seguro. Así que he pensado que no

era muy buena idea.

—Bien pensado.

—Y entonces se me ha ocurrido que si esto fuera una peli, lo que haría es meterme en el coche y esconderme entre el asiento de delante y el de atrás. El dinero lo dejan en el maletero y ellos se sientan delante, así que no me van a ver ni de coña, me he dicho. Se me ha ocurrido que volverían a su casa, o adonde tuvieran que volver, y que cuando llegáramos allí podría salir del coche, llamarte y decirte dónde estaba. Pero luego me he dicho: «TJ, esto no es una peli y tú eres demasiado joven para morir».

—Me alegra que se te haya ocurrido pensarlo.

—Además, igual no te encontraba en el mismo número de antes, y entonces, ¿qué? Así que me he quedado allí esperando y el pavo ha vuelto con la segunda maleta, la ha dejado en el maletero y se ha metido en el coche. Y el otro, el que ha hecho la llamada desde la lavandería, ha llegado luego y se ha sentado al volante. Y luego se han largado y yo he entrado otra vez en el cementerio para ir a buscaros. El cementerio es un sitio raro, tío. Vale que haya lápidas para decir quién está enterrado ahí abajo, pero tío, es que hay quien se construye una casa que mola más que la que tenía cuando aún estaba vivo. ¿A ti te gustaría tener algo así?

—No.

—Ni a mí, tío. Una puta piedra que dijera «TJ» y ya está.

—¿Sin fechas? ¿Sin apellido?

Negó con la cabeza.

—Solo TJ —dijo—. Bueno, y puede que mi número de busca.

De vuelta en Colonial Road, Kenan cogió el teléfono y trató de encontrar una pizzería abierta. No lo consiguió, pero en el fondo daba igual. Nadie tenía hambre.

—Tendríamos que celebrarlo —sugirió—. Hemos recuperado a la niña, viva. No parece que estemos muy contentos...

—Hemos acabado en tablas —reconoció Peter—. Y los empates no se celebran. Nadie gana ni se pone a tirar cohetes. Es peor acabar el partido en empate que perderlo.

—Pues yo me sentiría bastante peor si la cría hubiera muerto —objetó Kenan.

—Porque esto no es un partido de fútbol, es la vida real. Pero igualmente no puedes celebrarlo, niño. Los malos se han escapado con el dinero. ¿Eso te da ganas de lanzar la gorra al aire?

—No están a salvo —intervine—. Me llevará uno o dos días, como mucho, pero no se van a ninguna parte.

Aun así, yo tenía las mismas ganas de celebrarlo que los demás. Como cualquier partido que termina en empate, la operación de aquella noche me había dejado un

regusto de oportunidades perdidas. TJ estaba convencido de que tendría que haberse escondido en el asiento trasero del Honda o haber encontrado la forma de seguir el coche hasta la guarida de los secuestradores. Peter había tenido un par de oportunidades de liquidar a Callander con el rifle, en las que no hubiera peligrado ni mi vida ni la de la chica. Y a mí se me ocurrían diez o doce formas de haber intentado recuperar el dinero. Habíamos hecho lo que estaba previsto, pero tendríamos que haber encontrado la forma de hacer algo más.

—Quiero llamar a Yuri —dijo Kenan—. La pobre cría estaba fatal, apenas podía caminar. Creo que ha perdido algo más que un par de dedos.

—Me temo que estás en lo cierto.

—Seguro que le han hecho de todo —observó, mientras marcaba el número en las teclas del teléfono—. Pero no me gusta pensar en ello porque entonces empiezo a pensar en Francine y... —Se interrumpió y dijo—. Ah, hola, ¿está Yuri Landau? Lo siento. Me he equivocado de número, disculpe que le haya molestado a estas horas.

Colgó el teléfono y suspiró.

—Una mujer hispana, me parece que estaba durmiendo a pierna suelta. Joder, es una putada cuando te pasa eso.

—Llamadas que se equivocan de número —dije.

—Sí. No sé qué es peor, si que se equivoquen o que te equivoques tú. Me siento como un gilipollas cuando molesto a alguien de esa manera.

—Tú recibiste un par de llamadas que se equivocaban el día en que secuestraron a tu mujer.

—Sí, es verdad. Como un mal augurio, excepto que en aquel momento no me parecieron de muy mal augurio. Solo un coñazo.

—Yuri también ha recibido un par de llamadas equivocadas esta mañana.

—¿Y? —Kenan frunció el ceño y luego asintió—. ¿Crees que han sido ellos, que llamaban para saber si había alguien en casa? Vale, puede que sí, pero ¿de qué sirve?

—¿Utilizaríais una cabina telefónica? —Me observaron, desconcertados—. Imaginad que tenéis que hacer una llamada fingiendo que os habéis equivocado de número. No diríais nada y nadie le daría importancia a la llamada, ¿no? ¿Os tomaríais la molestia de conducir media docena de manzanas y gastar una moneda de veinticinco centavos? ¿O utilizaríais vuestro propio teléfono?

—Supongo que yo utilizaría mi propio teléfono, pero...

—Eso mismo haría yo —dije.

Cogí mi cuaderno y busqué la hoja de papel que me había dado Jimmy Hong, la que contenía la lista de llamadas realizadas a casa de los Khoury. Había copiado todas las llamadas que se habían realizado desde la medianoche, si bien yo solo necesitaba las que se habían producido desde el momento en que los secuestradores habían solicitado el rescate por primera vez. No mucho antes había tenido el papel en la

mano, lo había usado para buscar el número de la lavandería con la intención de llamar a TJ, pero ¿dónde coño lo había puesto?

Lo encontré y lo desdoblé.

—Aquí está. Dos llamadas, las dos de menos de un minuto. Una a las nueve y cuarenta y cuatro de la mañana, la otra a las dos y media de la tarde. Y las dos realizadas desde el número 243-7436.

—Joder —exclamó Kenan—, yo solo recuerdo que recibí dos llamadas que se equivocaban de número, no sé a qué hora llamaron.

—Pero ¿reconoces el número?

—Léelo otra vez.

Lo hice y Kenan negó con la cabeza.

—No me suena —insistió—. ¿Por qué no llamamos, a ver quién contesta?

Se dispuso a coger el teléfono, pero se lo impedí con un gesto.

—Espera —dije—. Es mejor que no les demos ninguna pista.

—¿Pista de qué?

—De que sabemos dónde están.

—¿Lo sabemos? Solo tenemos un número.

—Puede que los Kong estén en casa a estas horas —sugirió TJ—. ¿Quieres que lo intente?

Negué con la cabeza.

—Creo que esto puedo solucionarlo yo solito —dije.

Cogí el teléfono y marqué el número de Información. Cuando me respondió la operadora, dije:

—Al habla la policía para solicitar información. Soy el agente Alton Simak, número de placa 2491-1907. Tengo un número de teléfono y necesito saber el nombre y la dirección del titular. Sí, eso es. 243-7346. Sí. Gracias.

Sujeté el teléfono con el hombro y anoté la dirección antes de que se me olvidara.

—El teléfono está a nombre de un tal A. H. Wallens. ¿Es amigo tuyo?

Kenan negó con la cabeza.

—Creo que la A corresponde a Albert —proseguí—. Así es como Callander ha llamado a su amigo. —Leí en voz alta la dirección que acababa de anotar—: Sesenta y dos de la calle Cincuenta y uno.

—Eso es en Sunset Park —dijo Kenan.

—Sunset Park, a dos o tres manzanas de la lavandería automática.

—Es la oportunidad de desempatar —prosiguió Kenan—. Vámonos.

Era una casa de madera e incluso a la luz de la luna se apreciaba que le hacían falta unas cuantas reformas. El revestimiento de madera pedía a gritos una mano de pintura y los setos estaban muy crecidos. En la parte delantera, medio tramo de

escalones conducía a un porche cerrado, claramente combado en el centro. El camino de entrada, de cemento pero remendado con parches de alquitrán aquí y allá, discurría por el lateral derecho de la casa hasta el garaje, una construcción aparte con capacidad para dos coches. Había una puerta lateral a mitad de la casa, más o menos, y otra en la parte de atrás.

Habíamos ido todos en el Buick, que estaba aparcado en la esquina con la Séptima Avenida. Todos llevábamos pistola. Supongo que me quedé perplejo cuando Kenan le dio una pistola a TJ, porque me miró y dijo:

—Si viene, viene armado. Es un tío legal, en mi opinión. Déjalo venir. ¿Sabes cómo funciona, TJ? Tú apunta y dispara, como si fuera una cámara japonesa.

La puerta automática del garaje estaba cerrada y la cerradura era sólida. En un lateral descubrimos una estrecha puerta de madera, que también estaba cerrada. No conseguí abrirla con mi tarjeta de crédito. Estaba intentando pensar en la manera más silenciosa de romper un cristal cuando Peter me pasó la linterna. Durante un segundo, pensé que me estaba diciendo que la utilizara para romper el cristal, pero no entendí por qué. Y entonces, cuando comprendí lo que quería decirme, acerqué la parte delantera de la linterna a la ventana y la encendí. El Honda Civic estaba allí dentro. Reconocí la matrícula. Al otro lado, aunque me costó verla a pesar de haber ladeado la linterna, se hallaba una furgoneta oscura. No llevaba matrícula, al parecer, y en cuanto al color, era difícil determinarlo con tan poca luz, pero no nos hizo falta ver nada más. Estábamos en el lugar correcto.

Había luces encendidas por toda la casa. Parecía tratarse de una única vivienda, teniendo en cuenta que solo había un timbre en la puerta lateral y un único buzón para el correo junto a la puerta del porche. Así pues, Ray y su colega podían estar en cualquier parte del edificio. Rodeamos la casa. Una vez en la parte trasera, uní los dedos de ambas manos y ayudé a Kenan a subir hasta una ventana. Se agarró al alféizar, asomó la cabeza unos instantes y luego saltó al suelo.

—Es la cocina —susurró—. El rubio está ahí, contando el dinero. Abre los fajos, cuenta los billetes y anota cifras en una hoja de papel. Qué manera de perder el tiempo. El trato ya está cerrado, ¿qué más da cuánto dinero tenga?

—¿Y el otro tipo?

—No lo he visto.

Repetimos la operación en otras ventanas y tratamos de abrir la puerta lateral. También estaba cerrada, pero cualquier crío hubiera podido abrirla de una patada. La puerta trasera, la que daba a la cocina, tampoco nos había parecido mucho más resistente.

Pero yo no quería entrar en la casa hasta saber dónde estaba el otro tipo.

En la parte delantera de la casa, Peter corrió el riesgo de llamar la atención de algún transeúnte al utilizar el filo de una navaja de bolsillo para hacer saltar el pestillo

de la puerta del porche. La puerta que comunicaba el porche con el recibidor era más resistente, pero también tenía un gran panel de cristal que podíamos romper para entrar más rápido. Peter, sin embargo, no lo rompió: se limitó a echar un vistazo al otro lado y comprobó que Albert no estaba en la salita.

Cuando regresó para comunicarnos esa información, concluí que o bien Albert estaba arriba, o bien había salido a tomarse unas cervezas. Estaba tratando de pensar en la forma de atrapar primero a Callander y más tarde dedicar tiempo a planear la Fase Dos, cuando TJ chasqueó los dedos para llamar mi atención. Me volví hacia él y lo vi agachado junto a una de las ventanas del sótano.

Me acerqué a él, me acuclillé y eché un vistazo. TJ tenía la linterna en la mano y enfocó con ella el interior de un amplio sótano. En un rincón vi un fregadero grande y, al lado, una lavadora y una secadora. En el rincón opuesto, un banco de trabajo, junto a un par de taladros. De la pared que estaba sobre el banco de trabajo colgaba un tablero, repleto de toda clase de herramientas.

Justo delante de nosotros había una mesa de pimpón cuya red estaba medio caída. Una de las maletas, abierta, descansaba sobre la mesa. Estaba vacía. Albert Wallens, vestido aún con la misma ropa que llevaba en el cementerio, estaba sentado en una silla con respaldo de escalera, junto a la mesa de pimpón. Hubiéramos podido pensar que estaba contando el dinero de la maleta, de no ser porque en la maleta no había nada y porque no era una actividad que pudiera realizarse a oscuras. Porque, aparte de la linterna de TJ, no se veía ninguna otra luz en el sótano.

No podía verlo, pero estaba convencido de que Albert tenía un trozo de alambre de piano enrollado en torno al cuello, seguramente el mismo trozo de alambre que se había utilizado para practicarle una mastectomía a Pam Cassidy y, muy probablemente, también a Leila Álvarez. En el caso de Albert, el utensilio no había resultado tan preciso quirúrgicamente hablando, pues se había topado con huesos y cartílagos, y no con carne que no oponía la menor resistencia, como anteriormente. Aun así, había hecho su trabajo. A Albert se le había hinchado la cabeza de una forma grotesca, al haber podido entrar en ella la sangre, pero no volver a salir. Se le había puesto cara de pan, pero de color morado, y los ojos parecían a punto de salirse de las órbitas. Yo ya había visto anteriormente a una víctima del garrote vil, así que supe de inmediato lo que estaba viendo, pero en realidad uno nunca está preparado para algo así. Era la imagen más horrenda que había visto en mi vida.

Pero aumentaba nuestras posibilidades.

Kenan echó otro vistazo por la ventana de la cocina y no vio ninguna pistola. Me dio la sensación de que Callander la había guardado. De hecho, no había empuñado una pistola en ninguno de los secuestros; la había utilizado en el cementerio solo como apoyo del cuchillo con que amenazaba la garganta de Lucía; y la había desechado en

favor del garrote con el que había dado por terminada su relación con Albert.

El problema logístico radicaba en el tiempo que se tardaba en llegar desde cualquiera de las puertas al lugar en que Callander estaba contando su dinero. Si entrábamos por la puerta trasera o por la lateral, teníamos que subir medio tramo de escaleras hasta la cocina. Si lo hacíamos por la puerta delantera, la del porche, teníamos que cruzar toda la casa hasta la parte de atrás.

Kenan propuso que entráramos silenciosamente por la puerta delantera, así no tendríamos que subir escalones que pudieran crujir. Por otro lado, la puerta delantera era la que estaba más alejada del lugar que ocupaba Callander: absorto como estaba en el recuento del dinero, lo más probable era que no oyera el ruido del cristal al romperse.

—Hay que sujetarlo con cinta adhesiva —dijo Peter—. Se rompe, pero no cae al suelo. Haremos mucho menos ruido.

—Las cosas que se aprenden siendo yonqui —se maravilló Kenan.

Pero no teníamos cinta adhesiva y ya hacía horas que las tiendas del barrio estaban cerradas. TJ dijo que seguro que había alguna cinta adhesiva que pudiera servirnos en el banco de trabajo o en el tablero que colgaba justo encima, pero para entrar en el sótano tendríamos que romper otra ventana, así que esa opción tampoco era demasiado útil. Peter hizo otro viaje hasta el porche y volvió para decirnos que el suelo del salón estaba enmoquetado. Nos miramos unos a otros y nos encogimos de hombros.

—A tomar por el culo —dijo alguien.

Yo ayudé a TJ a encaramarse hasta la ventana de la cocina y vigiló desde allí mientras Peter rompía el cristal de la puerta delantera. No oímos el estrépito desde donde estábamos y, al parecer, tampoco Callander. A continuación nos dirigimos todos a la parte delantera de la casa y entramos por la puerta principal. Pasamos con cuidado sobre los cristales rotos y luego cruzamos despacio, sin hacer ruido, la silenciosa casa.

Yo iba delante cuando llegamos a la puerta de la cocina. Kenan estaba a mi lado y los dos llevábamos pistolas. Raymond Callander estaba sentado de forma que solo lo veíamos de perfil. Tenía un fajo de billetes en una mano y un lápiz en la otra. Armas letales en manos de un buen contable, creo, pero mucho menos amenazadoras que las pistolas o los cuchillos.

No sé cuánto tiempo esperé. Seguramente, no más de quince o veinte segundos, como mucho, pero se me hizo eterno. Esperé a que cambiara algo en la postura de sus hombros, algo que me hiciera pensar que, de algún modo, había percibido nuestra presencia.

—Policía —dije—. No te muevas.

No se movió, ni siquiera volvió la mirada al escuchar mi voz. Tan solo se quedó

allí sentado, como si acabara de concluir una fase de su vida y empezar otra. Después se volvió a mirarme, pero en su expresión no advertí miedo ni sorpresa, solo una profunda decepción.

—Me habías dicho una semana. Me lo habías prometido.

Al parecer, todo el dinero estaba allí. Llenamos una maleta. La otra estaba en el sótano y a nadie le apetecía mucho ir a buscarla.

—Yo le diría a TJ que fuera a buscarla —dijo Kenan—, pero ya he visto cómo se ha puesto en el cementerio, así que supongo que le dará bastante mal rollo bajar allí y ver un cadáver.

—Eso lo dices para que vaya. Me quieres poner nervioso.

—Eso es —dijo Kenan—, ya me imaginaba yo que dirías algo así.

TJ hizo un gesto de impaciencia y fue en busca de la maleta. Cuando volvió, dijo:

—Tío, qué pestazo hay allí abajo. ¿Los muertos siempre huelen así de mal? Si algún día mato a alguien, tengo que acordarme de hacerlo a distancia.

La situación resultaba curiosa. Trabajábamos en presencia de Callander, pero nos comportábamos como si ni siquiera estuviera allí, cosa que él nos facilitaba aún más manteniéndose inmóvil y en silencio. Allí sentado, parecía más pequeño, más débil y más inútil. Yo sabía que no era ninguna de esas cosas, pero su pasividad absoluta creaba esa falsa impresión.

—Ya está todo guardado —dijo Kenan, al tiempo que abrochaba los cierres de la segunda maleta—. Ya podemos volver a casa de Yuri.

—Lo único que quería Yuri era recuperar a su hija —dijo Peter.

—Bueno, pues esta es su noche de suerte. También va a recuperar el dinero.

—Ha dicho que el dinero no le importaba —insistió Peter, en tono soñador—. Que el dinero no importaba.

—Peter, ¿estás insinuando algo sin decirlo abiertamente?

—No sabe que hemos venido.

—No.

—Solo es una idea.

—No.

—Es mucho dinero, niño. Y últimamente has perdido mucha pasta. Porque la operación del hachís se va a ir al garete, ¿no?

—¿Y?

—Que si Dios te ofrece la posibilidad de desquitarte, no debes escupirle en la cara.

—Ay, Petey —se lamentó Kenan—. ¿Es que no te acuerdas de lo que nos decía papá?

—Nos decía muchas gilipolleces y... ¿le hacíamos caso alguna vez?

—Nos decía que nunca hay que robar a menos que puedas robar un millón de dólares, Petey. ¿Te acuerdas?

—Bueno, pues esta es nuestra oportunidad.

Kenan negó con la cabeza.

—No, te equivocas. Aquí hay ochocientos mil, de los cuales doscientos cincuenta mil son falsos. Otros ciento treinta mil son míos. Así que... ¿cuánto nos queda? Cuatrocientos y pico mil. Cuatrocientos veinte mil, más o menos.

—Lo cual te permite desquitarte, niño. Cuatrocientos mil es lo que te sacó este hijo de puta de aquí, más los diez mil que le diste a Matt, más los gastos. Si lo sumas todo, ¿cuánto es? ¿Cuatrocientos veinte mil? Muy poco le debe faltar.

—Yo no quiero desquitarme.

—¿Qué?

Observó a su hermano con frialdad.

—Que no quiero desquitarme —repitió—. Pagué dinero sucio por Francey y ahora quieres que le robe dinero sucio a Yuri. Tío, piensas como un puto drogata: primero le robas a alguien la cartera y luego le ayudas a buscarla.

—Sí, eso es verdad.

—Joder, Petey, por el amor de Dios...

—No, tienes razón. Tienes toda la razón.

—¿Me habéis pagado con dinero falso? —preguntó Callander.

—Tú, pedazo de mierda —le espetó Kenan—. Ya casi ni me acordaba de que estabas aquí. ¿De qué tienes miedo, de que te pillen intentando gastarlo? Pues tengo que darte una noticia: no te lo vas a gastar.

—Tú eres el árabe. El marido.

—¿Y?

—Nada, solo me lo preguntaba.

—Ray —dije—, ¿dónde está el dinero que le sacaste al señor Khoury? Los cuatrocientos mil.

—Nos lo repartimos.

—¿Y adónde ha ido a parar?

—No tengo ni idea de lo que Albert ha hecho con su parte, pero sé que no está en la casa.

—¿Y la tuya?

—En una caja de seguridad. En el Brooklyn First Mercantile, en New Utrecht con Fort Hamilton Parkway. Pasaré por allí mañana por la mañana, cuando me marche de la ciudad.

—¿Ah, sí? —dijo Kenan.

—Lo que pasa es que no sé si llevarme el Honda o la furgoneta —prosiguió Ray.

—Este tío está colgado, ¿no? Matt, creo que dice la verdad sobre la pasta. De la

mitad que está en el banco ya nos podemos olvidar. Y de la parte de Albert, no sé, podríamos poner la casa patas arriba, pero dudo que vayamos a encontrarlo, ¿verdad?

—No lo creo.

—A lo mejor lo escondió en el jardín. O en el puto cementerio, o en cualquier otro sitio. A la mierda. Se supone que ya no tengo ese dinero. Eso ya lo sabía. Hagamos lo que tenemos que hacer y larguémonos de aquí.

—Tienes que tomar una decisión, Kenan —le urgí.

—¿Cómo dices?

—Puedo entregarlo. Ahora tenemos un montón de pruebas contra él. Tiene a su compinche muerto en el sótano y, sin duda, la furgoneta del garaje estará llena de fibras, restos de sangre y Dios sabe qué más. Pam Cassidy podrá identificarlo como el hombre que la mutiló. Y encontraremos otras pruebas que lo relacionen con los asesinatos de Leila Álvarez y Marie Gotteskind. Se enfrentará a tres cadenas perpetuas, más otros veinte o treinta años de regalo.

—¿Me puedes garantizar que no saldrá en la vida?

—No —admití—. En lo que respeta al sistema de justicia penal, nadie puede garantizar nada. Lo mejor que nos puede pasar es que acabe en el hospital estatal para delincuentes psicóticos de Matteawan, y que nunca salga vivo de allí. Pero puede suceder de todo, eso ya lo sabes. No creo que vaya a librarse, pero lo mismo pensaba de otros tipos que nunca llegaron a pasar un día en la cárcel.

Kenan reflexionó.

—Volvamos a nuestro acuerdo —dijo Kenan—. Nuestro acuerdo no incluía entregárselo a la justicia.

—Lo sé. Por eso te digo que debes tomar una decisión. Pero si te decantas por la otra opción, primero debes dejarme marchar.

—No quieres quedarte a verlo.

—No.

—Porque no estás de acuerdo.

—Ni estoy de acuerdo ni dejo de estarlo.

—Pero no es lo que tú harías.

—No, no se trata de eso. Porque ya lo he hecho, ya me he erigido antes en verdugo. Pero no es un papel que me apetezca interpretar muy a menudo.

—No.

—Y, en este caso, no tengo ningún motivo para hacerlo. Podría entregarlo a la Brigada de Homicidios de Brooklyn y quedarme tan ancho.

Kenan reflexionó de nuevo.

—Pues creo que yo no —dijo.

—Por eso te he dicho que tú decides.

—Ya, bien, pues supongo que acabo de hacerlo. Quiero ocuparme personalmente

de esto.

—Entonces, tengo que irme de aquí.

—Sí, tú y todos. Os digo lo que vamos a hacer. Es una lástima que no hayamos venido en dos coches. Matt, ve con TJ y Petey a devolverle el dinero a Yuri.

—Una parte del dinero te pertenece. ¿Quieres apartar lo que le has prestado a Yuri?

—No, hacedlo en su casa, ¿de acuerdo? No quiero acabar con unos cuantos billetes falsos.

—Los billetes falsos están en los fajos con el precinto del Chase —dijo Peter.

—Ya, pero se han mezclado todos cuando este gilipollas se ha puesto a contarlos, así que comprobadlo bien en casa de Yuri, ¿de acuerdo? Y luego venís a recogerme. ¿Dentro de cuánto? A ver, veinte minutos para ir a casa de Yuri, otros veinte para volver, pongamos una hora. Venid a buscarme a la esquina dentro de una hora y cuarto.

—De acuerdo.

Cogió una bolsa.

—En marcha —ordenó—. Vamos a llevar estas maletas al coche. Matt, vigílalo, ¿de acuerdo?

Se marcharon y TJ y yo nos quedamos para vigilar a Callander. Los dos teníamos pistola, aunque en realidad podríamos haberlo mantenido a raya con un simple matamoscas. Parecía muy ausente.

Me lo quedé mirando y recordé nuestra conversación en el cementerio, aquel par de minutos durante los cuales parecía haber estado hablando un ser humano. Quería hablar otra vez con él, para ver qué surgía en esta ocasión.

—¿Pensabas dejar a Albert allí abajo, sin más?

—¿Albert? —Tuvo que hacer un esfuerzo para pensar—. No —dijo al fin—. Iba a limpiar antes de marcharme.

—¿Y qué ibas a hacer con él?

—Cortarlo en trocitos y envolverlos. El armario está lleno de bolsas de basura.

—Y luego, ¿qué? ¿Entregárselo a alguien en el maletero del coche?

—Oh, no —dijo, al tiempo que recordaba—. No, eso era solo un detalle para el árabe. Pero no es difícil: solo hay que repartir los trozos, tirarlos a contenedores y papeleras. Nadie se da cuenta. Si los dejas junto a la basura de un restaurante, pasan como sobras de carne.

—No es la primera vez que lo haces.

—Claro que no. Ha habido más mujeres de las que tú sabes. —Miró a TJ—. Me acuerdo de que una de ellas era negra. Más o menos del mismo color que tú. —Suspiró—. Estoy cansado —dijo.

—No tardarán.

—Me vais a dejar con él, y él me va a matar. El árabe.

«Fenicio», pensé.

—Tú y yo nos conocemos. Sé que me has mentido, y sé que has incumplido tu promesa, porque era lo que tenías que hacer. Pero tú y yo hemos tenido una conversación. ¿Cómo puedes dejar que me mate?

Hablaba con voz lastimera, quejumbrosa. Resultaba imposible no pensar en Eichmann, sentado en el banquillo de los acusados en Israel. ¿Cómo éramos capaces de hacerle algo así?

Y entonces pensé, también, en la pregunta que yo le había hecho en el cementerio, y le devolví su sorprendente respuesta.

—Has subido a la furgoneta.

—No te entiendo.

—En cuanto subes a la furgoneta, se acabó —dije—. No eres más que partes de un cuerpo.

Tal y como habíamos acordado, recogimos a Kenan a las tres menos cuarto de la madrugada, delante de la casa de empeños de la Octava Avenida, justo en la esquina de la casa de Albert Wallens. Kenan me vio al volante y preguntó dónde estaba su hermano. Le dije que acabábamos de dejarlo en Colonial Road. Había dicho que iba a recoger el Toyota, pero luego había cambiado de idea y se había ido directamente a la cama.

—¿Ah, sí? Yo estoy tan despierto que para hacerme dormir tendrían que darme un mazazo en la cabeza. No, Matt, quédate ahí. Conduce tú.

Rodeó el coche y echó un vistazo a TJ, que dormía en el asiento trasero despatarrado como una muñeca de trapo.

—Se le ha pasado la hora de acostarse —comentó—. Esa bolsa de mano me suena, pero espero que no esté llena de billetes falsos.

—Son tus ciento treinta mil. Lo hemos hecho lo mejor que hemos podido, espero que no se nos haya colado ningún billete falso.

—Y si se ha colado, tampoco pasa nada. Son tan buenos que casi parecen de verdad. Será mejor que cojas la Gowanus. ¿Sabes cómo volver a entrar?

—Eso creo.

—Y luego el puente o el túnel, como prefieras. ¿Y el ofrecimiento de mi hermano, lo de llevar mi dinero a casa y vigilarlo hasta que yo llegara?

—Pensé que formaba parte de mi trabajo entregártelo en persona.

—Ya, bueno, una forma muy diplomática de expresarlo. Ojalá pudiera retirar una de las cosas que le dije, lo de que pensaba como un drogata. Es muy feo decirle eso a alguien.

—Él se mostró de acuerdo contigo.

—Y eso es lo peor, que los dos sabemos que es verdad. ¿Yuri se sorprendió al ver el dinero?

—Se quedó de piedra.

Se echó a reír.

—Ya me lo imagino. ¿Cómo está la cría?

—El médico dice que se pondrá bien.

—Se ensañaron con ella, ¿verdad?

—Supongo que es difícil separar el daño físico del trauma emocional. La violaron en repetidas ocasiones y, por lo que he entendido, tiene algunas heridas internas, además de haber perdido dos dedos. Estaba sedada, claro. Y creo que el médico también le ha dado algo a Yuri.

—Debería darnos algo a todos.

—Yuri lo ha intentando, de hecho. Quería darme dinero.

—Espero que lo hayas aceptado.

—No.

—¿Por qué no?

—No sé por qué no, pero te aseguro que es una actitud desacostumbrada en mí.

—¿Porque no es lo que aprendiste en la comisaría Setenta y ocho?

—No es en absoluto lo que aprendí en la Siete ocho. Le dije a Yuri que ya tenía un cliente y que este ya me había pagado más que suficiente. Supongo que lo que dijiste sobre el dinero sucio me dio qué pensar.

—Pero no tiene sentido, tío. Estabas trabajando y has hecho un buen trabajo. Si Yuri quiere darte algo, tendrías que aceptarlo.

—No pasa nada. Le dije que, si quería, podía darle algo a TJ.

—¿Y cuánto le ha dado?

—No sé, un par de pavos.

—Doscientos —dijo TJ.

—Ah, pero si estás despierto, TJ. Creía que estabas durmiendo.

—No, solo he cerrado los ojos.

—Tú no te alejes mucho de Matt, ¿vale? Es una buena influencia.

—Sin mí, estaría perdido.

—¿Es verdad, Matt? ¿Estarías perdido sin él?

—Por supuesto —dije—. Todos lo estaríamos.

Tomé la autopista Brooklyn-Queens y luego el puente y, cuando salimos en el lado de Manhattan, le pregunté a TJ dónde quería que lo dejara.

—En el Deuce mismo —dijo.

—Son las tres de la mañana.

—El Deuce no tiene reja, comadreja. No lo cierran nunca.

—¿Tienes algún sitio donde ir a dormir?

—Eh, tengo pasta en el bolsillo —dijo—. A lo mejor me voy al Frontenac a ver si tienen mi habitación del otro día. Me ducho tres o cuatro veces y llamo al servicio de habitaciones. Tengo un sitio donde dormir, tío, no hace falta que te preocupes por mí.

—Y además eres un tío imaginativo, ¿no?

—Lo dices para burlarte de mí, pero sabes que es verdad.

—Y también despierto.

—Las dos cosas.

Lo dejamos en la esquina de la Octava Avenida con la calle Cuarenta y dos. Algo más adelante, en la Cuarenta y cuatro, pillamos un semáforo en rojo. Miré a ambos lados y comprobé que no llegaba nadie, pero de todas formas no tenía prisa, así que esperé hasta que se puso en verde.

—No pensaba que fueras capaz de hacerlo —dije.

—¿El qué? ¿Callander?

Asentí.

—Ni yo tampoco me creía capaz. Nunca he matado a nadie. Alguna que otra vez he estado lo bastante enfadado como para matar, pero la rabia se te acaba pasando.

—Sí.

—No era nadie, ¿sabes? Un tío completamente insignificante. Y he pensado: «¿Cómo voy a matar a este gusano?». Pero sabía que tenía que hacerlo. Y entonces he comprendido lo que tenía que hacer.

—¿Y qué era?

—Conseguir que hablara. Le he hecho unas cuantas preguntas y, al principio me contestaba con monosílabos, pero he insistido y he conseguido que empezara a hablar. Me ha contado lo que le hicieron a la hija de Yuri.

—Vaya.

—Me ha contado lo que le hicieron y lo asustada que estaba, y todo eso. Y una vez ha empezado, se le veía que tenía ganas de hablar, como si para él fuera una forma de revivir la experiencia. No es como cuando uno va a cazar, ¿sabes? Porque después de dispararle al ciervo, se puede disecar la cabeza y colgarla en la pared. Cuando Callander terminaba con una mujer, no le quedaban más que los recuerdos, así que agradecía la oportunidad de recuperar esos recuerdos, desempolvarlos y comprobar lo hermosos que son.

—¿Te ha hablado de tu mujer?

—Sí, me ha hablado de ella. Y le ha gustado hablarme de ella, como también le gustó devolvérmela cortada en trocitos, para restregarme por las narices lo que habían hecho con ella. Quería que se callara, no quería oírlo, pero... A la mierda, ¿sabes? Francey ya no está, la arrojé a las putas llamas, tío. Ya nada puede hacerle daño. Así que he dejado a ese cabrón hablar todo lo que le ha dado la gana, y solo así he podido

hacer lo que tenía que hacer.

—Lo has matado.

—No.

Me lo quedé mirando.

—Nunca he matado a nadie. No soy un asesino. Lo he mirado y he pensado: «No, hijo de puta, no pienso matarte».

—¿Y?

—¿Cómo podría yo ser asesino? Iba para médico, ¿no te lo conté?

—Era lo que quería tu padre.

—Tenía que haber sido médico. Petey tenía que haber sido arquitecto porque era más soñador. Yo tenía una mentalidad más práctica, así que tenía que haber sido médico. «Es lo mejor que se puede ser en este mundo —me decía mi padre—. Harás el bien a los demás y te ganarás un sueldo decente». Hasta había decidido que clase de médico tenía que ser: «Hazte cirujano —me decía—, esos son los que ganan mucho dinero. Son la élite, los que están arriba de todo. Hazte cirujano».

Guardó silencio durante un buen rato.

—Pues vale —dijo al fin—. Esta noche he sido cirujano. He operado.

Había empezado a llover, pero no con mucha fuerza. Ni siquiera accioné el limpiaparabrisas.

—Lo he llevado abajo —dijo Kenan—. Al sótano, donde estaba su amigo. TJ tenía razón, había un hedor insoportable. Supongo que las tripas se relajan cuando uno muere de esa manera. Por un momento he pensado que iba a vomitar, pero no, y supongo que al cabo de un rato ya me había acostumbrado.

»No tenía ningún anestésico, pero da igual porque se ha desmayado enseguida. Tenía su cuchillo, una navaja enorme con una hoja de quince centímetros. Además, en el banco de trabajo he encontrado toda clase de herramientas, cualquier utensilio que uno pueda necesitar.

—No tienes por qué contármelo, Kenan.

—No. Te equivocas. Eso es exactamente lo que tengo que hacer: contártelo. Si tú no quieres escucharlo, ya es otra historia, pero yo tengo que contártelo.

—De acuerdo.

—Le he sacado los ojos, para que nunca pueda volver a mirar a ninguna mujer. Y le he cortado las manos para que nunca vuelva a tocar a ninguna mujer. Luego le he practicado torniquetes, con alambre, para que no se desangrara. Las manos se las he cortado con una puta cuchilla de carnicero. Supongo que es lo que usaban ellos para..., uf...

Cogió aire con fuerza y empezó a inspirar y espirar muy rápido.

—... para descuartizar los cadáveres —prosiguió—. Le he desabrochado los pantalones. No quería tocarlo, pero me he obligado a hacerlo. Y le he cortado sus

partes porque ya no las va a usar nunca más. Y luego los pies, le he cortado los putos pies, porque... ¿adónde coño va a ir? Y las orejas, porque... ¿qué tiene que escuchar? Y la lengua, o una parte de la lengua, porque no se la he podido cortar toda. Se la he sujetado con unas alicates, se la he sacado de la boca y he cortado todo lo que he podido, porque... ¿quién quiere oírle hablar? ¿Quién quiere escuchar toda esa mierda? ¡Para el coche!

Frené y aparté el coche a un lado. Kenan abrió la puerta y vomitó en una alcantarilla. Le di un pañuelo, se limpió la boca con él y lo tiró a la calle.

—Lo siento —se disculpó—, creía que ya había acabado. Pensaba que ya no me quedaba nada en el estómago.

—¿Estás bien, Kenan?

—Sí, estoy bien. O eso creo. ¿Sabes? Antes te he dicho que no lo había matado, pero en realidad no sé si es verdad. Estaba vivo cuando me he marchado, pero a lo mejor ya está muerto. Y si no está muerto, joder, ¿qué le queda? Lo que le he hecho ha sido una puta carnicería. ¿Por qué no podía pegarle un tiro en la cabeza y ya está? Pum y se acabó.

—¿Por qué no lo has hecho?

—No lo sé. A lo mejor es que estaba pensando en lo de ojo por ojo, diente por diente. Él me devolvió a mi mujer cortada a trocitos, ahora va a saber lo que es cortar. Algo así, supongo, no lo sé. —Se encogió de hombros—. A la mierda, ya está hecho. Siga vivo o esté muerto, ¿qué más da? Se acabó.

Aparqué delante de mi hotel. Bajamos los dos del coche y nos quedamos en la acera, incómodos. Kenan señaló la bolsa de mano y me preguntó si necesitaba más dinero, pero le dije que la iguala que me había pagado al principio cubría de sobra el tiempo empleado. ¿Estaba seguro? Sí, le dije. Lo estaba.

—Bueno —dijo—, pues si estás seguro... Llámame una noche de estas y vamos a cenar. ¿Lo harás?

—Claro.

—Cuídate —dijo—. Y duerme un poco.

Sin embargo, no pude dormir.

Me di una ducha y me metí en la cama, pero ni siquiera fui capaz de permanecer en la misma posición durante más de diez segundos. Estaba demasiado inquieto para considerar siquiera la idea de dormir.

Me levanté, me afeité, me puse ropa limpia y luego encendí la tele. Fui pasando por todos los canales, para finalmente volver a apagarla. Salí a la calle y estuve caminando hasta encontrar un sitio abierto donde poder tomarme una taza de café. Eran más de los cuatro y los bares ya estaban cerrados. No tenía ganas de tomarme una copa, ni siquiera había pensando en eso en toda la noche, pero de todas formas me alegró que los bares estuvieran cerrados.

Me terminé el café y salí de nuevo a caminar. Tenía muchas cosas en la cabeza y me resultaba más fácil pensar en ellas mientras caminaba. Finalmente, regresé a mi hotel y, luego, algo más tarde las siete, cogí un taxi hasta el centro para ir a la reunión de las siete y media en Perry Street. Terminó a las ocho y media. Luego me fui a desayunar a una cafetería griega de Greenwich Avenue y me pregunté si el dueño de aquel local tampoco pagaría el impuesto sobre las ventas, como había dicho Peter Khoury. Cogí un taxi de vuelta al hotel. Si Kenan me hubiera visto coger un taxi detrás de otro, se habría sentido orgulloso de mí.

Llamé a Elaine al llegar a mi habitación, pero me salió el contestador. Le dejé un mensaje y me quedé allí sentado, esperando a que llamara. Eran casi las diez y media cuando me llamó.

—Esperaba tu llamada. Me estaba preguntando qué habría pasado. Después de aquella llamada, quiero decir...

—Han pasado muchas cosas. Y quiero contártelas. ¿Puedo pasar por tu casa?

—¿Ahora?

—A menos que tengas otros planes.

—Ni uno solo.

Bajé a la calle y cogí mi tercer taxi de esa mañana. Cuando Elaine me abrió la puerta, me miró a los ojos y pareció inquietarle lo que allí vio.

—Pasa —me invitó—, y siéntate. Acabo de hacer café. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Lo que pasa es que esta noche no he dormido nada.

—¿Otra vez? No se estará convirtiendo en una costumbre, ¿verdad?

—No creo —dije.

Me trajo una taza de café y nos sentamos en el salón, ella en el sofá y yo en una silla. Empecé por mi primera conversación con Kenan Khoury el día anterior y a partir de ahí se lo conté todo, hasta la última conversación con él justo antes de que me dejara en el Northwestern. Elaine no me interrumpió, ni dejó de escucharme

atentamente en ningún momento. Tardé un buen rato en contárselo todo y no omití ningún detalle. Alguna conversación incluso se la repetí textualmente. Elaine escuchó todas y cada una de mis palabras.

Cuando terminé de hablar, dije:

—Creo que estoy atónita. Menuda historia.

—Una noche cualquiera en Brooklyn.

—Ya, ya. Lo que me sorprende es que me lo hayas contado todo.

—Y a mí también, en cierta manera. En realidad, no era esto lo que quería decirte.

—¿Ah, no?

—No, pero tampoco quería quedármelo dentro —dije—, porque no quiero que haya cosas que no te cuento. Y eso sí es lo que he venido a decirte. Voy de reunión en reunión diciéndoles a un puñado de extraños cosas que no me permito decirte a ti, y la verdad es que no tiene sentido.

—Creo que empiezo a asustarme.

—Pues no eres la única.

—¿Quieres más café? Te puedo...

—No. Esta noche, me he quedado en la calle mirando cómo se alejaba Kenan. Luego he subido a mi habitación, me he acostado y en lo único que podía pensar es en las cosas que no te he dicho. Seguramente pensarás que lo que me había contado Kenan bastaba para mantener despierto a cualquiera, pero ni siquiera lo tenía presente. No había espacio en mi mente para eso, porque la tenía ocupada por una conversación contigo. Lo malo es que tú no estabas y, por tanto, era una conversación unilateral.

—A veces es mejor así, porque puedes escribir los diálogos de las otras personas —dijo. Luego frunció el ceño—. O sea, de él. De ella. ¿Míos?

—Será mejor que te los escriba alguien, si es así como te salen cuando los escribes tú. Joder, la única manera de decirlo es decirlo de una vez. No me gusta lo que haces para ganarte la vida.

—Vaya.

—No sabía que me molestaba, y supongo que al principio no era así. Es más, creo que incluso me excitaba, si nos remontamos a los inicios. A nuestros inicios. Luego pasé por una fase en que no me molestaba y al final por otra en que sí me molestaba pero intentaba negarlo.

»Además, ¿qué derecho tenía yo a decirte nada? Tampoco es que no supiera dónde me estaba metiendo, ¿verdad? Tu trabajo formaba parte del paquete. ¿A santo de qué iba yo a decirte que dejaras esto o lo otro?

Me acerqué a la ventana y contemplé Queens. Queens es el barrio de los cementerios: los hay por todas partes. En Brooklyn, en cambio, solo está el de Green-Wood.

Me volví a mirarla y dije:

—Además, me daba miedo decirlo. Porque a lo mejor nos conducía a un ultimátum, o eliges una cosa o la otra, o dejas a tus clientes o yo me largo. ¿Y si no me elegías a mí?

»O peor aún: ¿y si me elegías a mí? ¿A qué me compromete? ¿Te da derecho a decirme lo que no te gusta acerca de mi forma de vivir?

»Si tú dejas de acostarte con tus clientes, ¿significa que yo no puedo acostarme con otras mujeres? Casualmente, no he estado con nadie desde que tú y yo empezamos a frecuentarnos otra vez, pero siempre he creído que estaba en mi derecho, si quería. No ha ocurrido y, en un par de ocasiones, yo he decidido de manera consciente que no ocurriera, pero no me sentía obligado a mantener ningún compromiso. O, si me sentía obligado, era un compromiso secreto, que no estaba dispuesto a reconocer ni ante mí ni ante ti.

»¿Qué pasa con nuestra relación? ¿Se supone que tenemos que casarnos? No sé lo que quiero. Ya estuve casado una vez y la verdad es que no me gustó mucho. Y tampoco es que se me diera especialmente bien.

»¿Se supone que tenemos que vivir juntos? Tampoco sé si eso es lo que quiero. No he vuelto a vivir con nadie desde que dejé a Anita y a los chicos, y de eso ya hace mucho tiempo. Hay ciertas cosas de vivir solo que me gustan y no sé si quiero renunciar a ellas.

»Pero saber que estás con otros tipos es algo que me consume por dentro. Ya sé que no hay amor, que no es más que un poco de sexo, ya sé que es más la idea de un masaje que la idea de hacer el amor. Pero saberlo no cambia nada.

»Y es como una especie de runrún que siempre está ahí. Esta mañana te he llamado y me has devuelto la llamada una hora más tarde. Quería saber dónde estabas cuando te he llamado, pero no te lo he preguntado porque podrías haberme contestado que con un cliente. O podrías no habérmelo dicho y, en ese caso, me habría preguntado qué era lo que no me estabas diciendo.

—Estaba en la peluquería —dijo.

—Ah. Te queda bien.

—Gracias.

—Llevas el pelo distinto, ¿no? Te queda bien. No me había fijado, nunca me fijo en esas cosas, pero me gusta.

—Gracias.

—No sé adónde quiero ir a parar con todo esto —dijo—, pero creía que tenía que decirte cómo me siento y lo que me está pasando. Te quiero. Ya sé que no pronunciamos esa palabra y si tengo problemas con ella, es porque no sé qué coño significa. Pero signifique lo que signifique, eso es lo que siento por ti. Nuestra relación es importante para mí. De hecho, esa importancia es parte del problema,

porque me da tanto miedo que se convierta en algo que no me gusta, que lo único que hago es distanciarme de ti. —Hice una pausa para recuperar el aliento—. Creo que ya está. No sabía que tenía que decir tantas cosas y ni siquiera sé si las he dicho bien, pero creo que ya está.

Elaine me estaba observando y me costó sostenerle la mirada.

—Eres muy valiente —dijo.

—Venga ya.

—«Venga ya». ¿No estabas asustado? Pues yo sí, y eso que ni siquiera estaba hablando.

—Sí, estaba asustado.

—Pues por eso eres valiente, por hacer algo que te da miedo. En comparación con esto, enfrentarte a esos tíos armados en el cementerio habrá sido pan comido, ¿no?

—Lo curioso es que en el cementerio no tenía miedo. En algún momento he pensado que ya había vivido lo bastante como para no tener que lamentar el hecho de morir joven.

—Un pensamiento reconfortante, sin duda.

—Por raro que parezca, sí, lo ha sido. Lo que más me preocupaba era que si le sucedía algo a la niña, sería culpa mía por haberme equivocado o por no haber tomado las medidas adecuadas. Pero en cuanto la cría estuvo con su padre, me relajé. Supongo que en ningún momento he pensado que pudiera pasarme algo a mí.

—Menos mal que estás bien.

—¿Qué pasa?

—Nada, un par de lagrimitas.

—No pretendía...

—¿Qué, emocionarme? No te disculpes.

—De acuerdo.

—Se me corre el rímel. Y qué. —Se secó los ojos con un pañuelo de papel—. Ay, señor —dijo—. Qué difícil es esto. Me siento ridícula.

—¿Porque se te han escapado un par de lágrimas?

—No, por lo que voy a decir a continuación. Ahora me toca a mí, ¿vale?

—Vale.

—Y no me interrumpas, ¿eh? Hay algo que no te he contado y me siento tan estúpida por no haberlo hecho que ahora no sé ni por dónde empezar. Bueno, mejor te lo suelto tal cual. Lo dejo.

—¿Qué?

—Que lo dejo. Que dejo de follar, ¿vale? Ay, señor, no pongas esa cara. Con otros tíos, tonto. Lo dejo.

—No tienes por qué tomar esa decisión. Yo solo quería decirte cómo me siento y...

—Has dicho que no me ibas a interrumpir.

—Ya, pero...

—No estoy diciendo que lo deje ahora. En realidad lo dejé hace tres meses. Hace más de tres meses. Justo antes de Año Nuevo. Creo que incluso fue antes de Navidad. No, hubo un tipo después de Navidad. Podría mirar la fecha.

»Pero en el fondo, da igual. Podría mirar la fecha si algún día me apetece celebrar el aniversario, lo mismo que tú celebras el aniversario del día en que te tomaste la última copa, o tal vez no. No lo sé.

Era difícil no decir nada. Tenía cosas que decir y preguntas que hacer, pero la dejé proseguir.

—No sé si te lo he contado alguna vez, pero hace unos cuantos años me di cuenta de que la prostitución me había salvado la vida. Lo digo muy en serio. Tuve una infancia dura junto a una madre chiflada, y una adolescencia complicada. Y todo eso podría haberme llevado o bien a matarme o bien a buscar a alguien que lo hiciera por mí. Pero en lugar de eso empecé a vender mi cuerpo y me sirvió para darme cuenta de lo que valía como ser humano. La prostitución destruye a la mayoría de las chicas, pero a mí me salvó. Quién lo iba a decir.

»Me construí una buena vida. Ahorré dinero, lo invertí, compré este apartamento. Todo iba bien.

»Pero, en algún momento del verano pasado, me empecé a dar cuenta que en realidad no iba tan bien. Precisamente por lo que tenemos. Tú y yo. Me dije que era una gilipollez, que lo que tú y yo tenemos es una parte de mi vida y lo que hago para ganarme la vida es otra parte completamente distinta, pero cada vez me resultaba más difícil mantener alejadas esas dos partes. Me sentía desleal, lo cual es raro, y sucia, que es una sensación que nunca había tenido mientras me prostituía. Y si la había tenido, jamás me había dado cuenta.

»Así que me dije: “Bueno, Elaine, le has dedicado a la profesión más años que la mayoría de las chicas y, de todas formas, ya te estás haciendo un poco vieja. Además, ahora corren tantas enfermedades por ahí y, de todas formas, en los últimos años has ido reduciendo la clientela... ¿Cuántos ejecutivos crees que se van a tirar por la ventana si dejas de ejercer?”.

»Pero me daba miedo decírtelo. Para empezar, porque no estaba segura de si algún día cambiaría de idea o no. Por algún motivo, creía que no debía cerrarme ninguna puerta. Y luego, después de comunicar a todos mis clientes habituales que me retiraba, después de vender mi agenda y hacer de todo excepto cambiarme el número de teléfono, me dio miedo decírtelo porque no sabía lo que podía suponer. A lo mejor ya no querrías estar conmigo. A lo mejor perdería interés para ti, a lo mejor me convertiría en una tía ya mayorcita y bastante malhablada que se dedica a matricularse en cursos de arte. A lo mejor te sentirías atrapado, como si yo te

estuviera presionando para que nos casáramos. O a lo mejor me pedirías que nos casáramos o que viviéramos juntos... Y, vale, yo no he estado casada, pero es que tampoco he querido estarlo nunca. He vivido sola desde que me largué de casa de mi madre, y la verdad es que se me da bien, estoy muy habituada a vivir sola. Y, además, si uno de nosotros se quiere casar, pero el otro no, entonces... ¿qué hacemos?

»Así que ese es mi secretillo, si quieres llamarlo así, y ay, ojalá pudiera parar de llorar de una vez, porque me gustaría estar presentable, sino estupenda. ¿Parezco un mapache?

—Solo en la cara.

—Bueno —dijo—. Algo es algo. Tú eres un oso. ¿Lo sabías?

—Alguna vez me lo has dicho.

—Pues es verdad. Eres mi oso y te quiero.

—Te quiero.

—Joder, todo esto es muy rollo *El regalo de los Reyes Magos*, ¿no? Un cuento precioso, pero ¿a quién se lo vamos a contar?

—A un diabético, no.

—Porque le provocaríamos una subida de azúcar, ¿verdad?

—Eso me temo. ¿Y adónde vas cuando tienes esas misteriosas citas? Yo daba por sentado...

—Que iba a hacerle una mamada a algún tío en alguna habitación de hotel. Bueno, a veces iba a la pelu.

—Como esta mañana.

—Exacto. Y otras veces iba a ver a mi psiquiatra...

—No sabías que estuvieras yendo al psiquiatra.

—Pues sí, dos veces por semana desde mediados de febrero. Buena parte de mi identidad está vinculada a lo que he estado haciendo durante tantos años y, de repente, me doy cuenta de que tengo que afrontar un montón de mierda. Me ayuda hablar con la psiquiatra —dijo, encogiéndose de hombros—. Y también he ido a alguna que otra reunión de Alcohólicos Anónimos.

—No lo sabía.

—¿Y cómo ibas a saberlo, si no te lo he contado? Supuse que así tendría alguna pista de cómo ayudarte; pero no, resulta que su programa se basa en ayudarse a uno mismo. Eso es publicidad engañosa.

—Sí, son unos cabrones muy astutos.

—En fin —zanjó—, que me siento estúpida por habérmelo guardado todo, pero he sido prostituta durante muchos años y la verdad es que la sinceridad no forma parte del juego.

—A diferencia de la labor policial.

—Exacto. Pobre osito mío, toda la noche deambulando por Brooklyn con un

montón de chalados. Y aún van a pasar unas cuantas horas antes de que puedas dormir...

—¿Cómo?

—Sí, sí. Ahora eres mi único desahogo sexual. ¿Sabes lo que eso significa? Que probablemente me mostraré insaciable.

—Vamos a verlo —dije.

Más tarde, me dijo:

—¿En serio no te has acostado con nadie desde que estamos juntos?

—No.

—Bueno, lo acabarás haciendo. Igual que la mayoría de los hombres. Y te lo dice alguien que tiene conocimientos profesionales del tema.

—Puede —admití—, pero no será hoy.

—No, hoy no. Pero si lo haces, tampoco se va a acabar el mundo. Siempre y cuando vuelvas a casa, a mi lado.

—Lo que tú digas, cariño.

—«Lo que tú digas, cariño». Vamos, que quieres dormir. Mira, por lo que respecta a lo otro, podemos casarnos o no casarnos, podemos vivir juntos o no vivir juntos. Podríamos vivir juntos sin casarnos. ¿Podríamos casarnos sin vivir juntos?

—Si quisiéramos, sí.

—¿En serio? ¿Sabes a qué suena? A chiste de polacos. Pero en nuestro caso podría funcionar. Tú podrías conservar tu minúscula habitación de hotel, activar el desvío de llamadas y pasar unas cuantas noches por semana aquí, *avec moi*. Y podríamos... ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Pues que creo que en este asunto vamos a tener que vivirlo día a día.

—Buena frase —dije—. Procuraré recordarla.

Aproximadamente un día más tarde, un chivatazo anónimo condujo a los agentes de la comisaría Setenta y dos de Brooklyn a la casa que Albert Wallens había heredado de su madre, fallecida tres años atrás. Allí encontraron a Wallens, un obrero de la construcción en paro que a sus veintiocho años ya tenía antecedentes por delitos sexuales y agresión. Wallens estaba muerto y presentaba una cuerda de piano enrollada en torno al cuello. En la misma habitación del sótano encontraron lo que parecía el cuerpo mutilado de otro hombre, pero Raymond Joseph Callander, de treinta y seis años, que había trabajado durante siete meses como funcionario civil en las oficinas de la DEA en Nueva York, aún estaba vivo. Lo trasladaron al centro médico Maimonides, donde recuperó el conocimiento. Sin embargo, fue incapaz de comunicarse y se limitó a producir sonidos guturales hasta su muerte, acaecida dos días más tarde.

Las pruebas halladas en la casa de Wallens, y en los dos vehículos aparcados en el garaje adyacente, implicaban a ambos hombres en distintos homicidios que la policía de Brooklyn había relacionado recientemente entre sí y que parecían ser la obra de un asesino o asesinos en serie. Surgieron varias hipótesis para aclarar el escenario del crimen, la más convincente de las cuales atribuía a un tercer hombre, que habría huido, el asesinato de sus dos cómplices. Según otra conjetura —a la que concedían menos credibilidad quienes habían visto a Callander o habían leído el parte médico del hospital—, Callander habría perdido el control, habría asesinado a su compañero y, por último, se habría entregado a una extraña orgía de automutilación. Teniendo en cuenta que había conseguido despojarse de manos, pies, orejas, ojos y genitales, el término «extraña» no describía ni de lejos los hechos.

Drew Kaplan representó a Pam Cassidy en las negociaciones con un periódico sensacionalista de tirada nacional, que publicó su historia bajo el título de «Los carniceros de Sunset Park me cortaron un pecho» y le pagó lo que Kaplan denominó «una cifra alta de cinco dígitos». Durante una conversación en la que su abogado no estaba presente, pude asegurarle a Pam que Albert y Ray eran sin la menor duda los hombres que la habían secuestrado, y que no existía ningún tercer hombre. «¿Quieres decir que Ray se hizo todo eso él solo?», preguntó. Elaine le contestó que algunas cosas es mejor no saberlas.

Aproximadamente una semana después de la muerte de Callander, que más o menos se produjo a finales de la semana en que habíamos hecho nuestra incursión nocturna en el cementerio, Kenan Khoury me llamó desde recepción y me dijo que tenía el coche aparcado en doble fila. ¿Podía bajar un momento para tomar un café o algo?

Fuimos al Flame, en la esquina, y nos sentamos a una mesa junto a la ventana.

—Estaba por el barrio —me dijo— y se me ha ocurrido pasar a saludarte. Me alegro de verte.

Yo también me alegraba de verlo. Tenía buen aspecto, y se lo dije.

—Bueno, he tomado una decisión. Me voy a hacer un viajecito.

—¿Sí?

—Para ser más exactos, me marché del país. Durante la última semana he solucionado algunos asuntos. Y he vendido la casa.

—¿Tan rápido?

—Bueno, ya estaba pagada, así que la he vendido solo para sacar dinero. La he vendido muy barata. Los nuevos propietarios son coreanos, y el tipo en cuestión se presentó a la firma con sus dos hijos y una bolsa llena de dinero. ¿Te acuerdas de lo que dijo Petey, lo de que era una lástima que Yuri no fuera griego porque así habría podido conseguir mucha más pasta? Pues tío, tendría que haber sido coreano. Tienen unos negocios que no entienden de cheques, tarjetas de crédito, nóminas, impuestos... Nada. Todo se hace en efectivo. Yo conseguí la pasta, ellos la escritura de propiedad y, tío, casi se corren de gusto cuando les enseñé cómo funciona la alarma. Les encantó. Bueno, es que es lo último de lo último, tío. Lógico que les encantara.

—¿Adónde vas?

—Primero a Belice, a ver a unos parientes. Y luego a Togo.

—¿Para entrar en el negocio familiar?

—Ya veremos. Durante un tiempo, al menos. Quiero ver si me gusta el país, si me adapto. Soy un chico de Brooklyn, ¿sabes? Nacido y criado aquí. No sé si aguantaré en un lugar tan alejado de mi barrio. Puede ser que al cabo de un mes me muera de aburrimiento.

—O que te encante.

—No lo sabré hasta que no lo pruebe, ¿verdad? Y siempre puedo volver.

—Claro.

—La verdad es que no es mala idea largarse ahora. Te conté lo de la operación de hachís, ¿verdad?

—Me dijiste que no confiabas mucho en que saliera bien.

—Ya, pues resulta que me eché atrás. Había invertido un montón de dinero en esa operación y me eché atrás. De no haberlo hecho, ahora te estaría hablando desde el otro lado de los barrotes.

—¿Hubo una redada?

—La hubo, y la poli tenía una invitación con mi nombre. Pero en esta ocasión, aunque los tíos a los que pillaron me delaten, cosa que sin duda harán, la poli no puede acusarme de nada. Aun así... ¿qué necesidad tengo de pasar por todas esa

gilipollices de las citas y demás? No me han detenido nunca, así que... ¿no es mejor largarse de este puto país cuando todavía soy virgen en ese sentido?

—¿Cuándo te marchas?

—El avión sale del JFK dentro de... ¿seis horas? De aquí me voy al concesionario Buick que está en Rockaway Boulevard y cogeré lo que me quieran dar por el coche. «Vendido —le diré al tío—, siempre y cuando me acerques al aeropuerto», que está como mucho a cinco minutos de allí. A menos que tú quieras un coche, tío. Te lo dejo a mitad del precio de mercado, solo para ahorrarme las molestias.

—No necesito coche.

—Bueno, yo lo he intentado. He hecho lo que estaba en mi mano para mantenerte alejado del metro. ¿Y no lo aceptarías como regalo? Hablo en serio. Llévame al Kennedy y te lo quedas. Joder, y si no lo quieres lo llevas tú mismo al concesionario y te ganas unos cuantos dólares.

—Sabes que yo no haría algo así.

—Pero podrías. Así que no quieres el coche, ¿eh? Es el único cabo que me queda por atar. Estos últimos días he visto a algunos de los parientes de Francine y les he contado más o menos lo sucedido. Bueno, he intentado omitir el lado más horrendo, ¿sabes? Pero tampoco es que la historia se pueda suavizar mucho: al fin y al cabo, lo que ha ocurrido es que una mujer buena, guapa y generosa está muerta, y no hay ni un puto motivo que lo justifique. —Apoyó la cabeza entre las manos—. Joder, cuando creo que ya está, que se acabó, vuelven los recuerdos y me agarran del cuello. En fin, la cuestión es que les dije a sus parientes que había muerto. Que había sido en un atentado terrorista, en el extranjero. Que estábamos en Beirut y que había sido un asunto político, obra de unos chalados. Y se lo creyeron, o al menos supongo que se lo creyeron. Les conté que había sido rápido, que no había sufrido, y que los terroristas habían muerto a manos de la milicia cristiana, que el funeral se había oficiado en secreto y no se había publicitado porque debía silenciarse el incidente. Una parte se acerca mucho a la verdad, y otra, me gustaría que fuera verdad. Lo de que fue rápido y no sufrió.

—Tal vez sí fuera rápido. No lo sabemos.

—Yo estuve allí hasta el final, Matt, ¿lo recuerdas? Me contó lo que le hicieron. —Cerró los ojos y cogió aire con fuerza—. Cambiemos de tema —dijo—. ¿Has visto últimamente a mi hermano en alguna reunión? ¿Qué pasa, es una cuestión delicada?

—Por así decirlo, sí —afirmé—. A ver, Alcohólicos Anónimos es un programa anónimo y una de las costumbres es que no hay que contar a nadie que no forme parte del programa lo que se dice en las reuniones, ni tampoco hablar de quién va o deja de ir. Hasta ahora, me había saltado esa norma porque estábamos todos metidos en un caso, pero en condiciones normales yo no debería responder a esa pregunta.

—De hecho, no era una pregunta —dijo Kenan.

—¿Qué quieres decir?

—Supongo que solo quería tantear el terreno, ver si sabes algo o no. Joder, no hay forma fácil de decirlo. Anteanoche recibí una llamada de la policía. Verás, el Toyota está a mi nombre, así que... ¿a quién iban a llamar, si no?

—¿Qué ha pasado?

—Encontraron el coche abandonado en mitad del puente de Brooklyn.

—Joder, Kenan.

—Ya.

—Lo siento muchísimo.

—Ya lo sé, Matt. Es muy triste, joder.

—Sí que lo es.

—Era muy buen tío, de verdad. Tenía una debilidad, coño, pero ¿quién no la tiene?

—Pero ¿están seguros de que...?

—Nadie lo vio saltar, ni se ha encontrado ningún cuerpo, pero me han dicho que tal vez no se recupere jamás. Y yo espero que así sea. ¿Sabes por qué?

—Creo que sí.

—Lo supongo. Te contó que quería que lo enterraran en el mar, ¿verdad?

—No con esas palabras, pero sí me dijo que el agua era su elemento y que no le gustaba la idea de que lo incineraran ni lo metieran bajo tierra. Lo que quería decir estaba claro y por la forma en que lo decía...

—Como si lo estuviera deseando, ¿no?

—Sí —dije—, como si lo ansiara.

—Ay, Dios. Me llamó hará... No sé, uno o dos días antes de hacerlo. Si le ocurría algo, me dijo, ¿podría asegurarme de que arrojaran su cuerpo al mar? «Sí, claro, Petey —le dije—, reservaré un camarote en el puto Queen Elizabeth II y te arrojaré por el ojo de buey». Y los dos nos echamos a reír, pero luego colgué y me olvidé del tema. Y entonces me llaman y me dicen que han encontrado el coche en mitad del puente. Le encantaban los puentes.

—Me lo dijo.

—¿Sí? Cuando era crío le encantaban. Siempre le decía a nuestro padre que nos llevara a cruzar puentes en coche. No se cansaba nunca, decía que los puentes eran lo más bonito del mundo. Y el puente desde el que saltó, el de Brooklyn, es bonito de verdad.

—Sí que lo es.

—Aunque el agua que pasa por debajo es la misma que pasa por debajo de los otros puentes. Ah, pobrecillo, por fin descansa. Si lo pienso bien, eso es lo que siempre había deseado. Solo estaba en paz cuando se chutaba heroína. Aparte del

placer, lo mejor de la heroína es que es como la muerte. Pero es algo temporal, y supongo que eso es lo bueno. O lo malo, según como se mire.

Un par de días más tarde, cuando me estaba preparando para acostarme, sonó el teléfono. Era Mick.

—Madrugas mucho —le dije.

—¿En serio?

—Deben de ser las seis de la mañana ahí, ¿no? Aquí es la una.

—Vaya. Es que se me ha parado el reloj, ¿sabes?, y te llamaba para ver si podías decirme qué hora es.

—Ya, pues debe de ser una buena hora para llamar, porque la conexión es inmejorable.

—Muy clara, ¿verdad?

—Como si estuvieras en la habitación de al lado.

—Pues es lo menos que se podría esperar, coño —dijo—, porque estoy en el Grogan's. Rosenstein lo ha arreglado todo. Y porque el vuelo se ha retrasado. De lo contrario, ya llevaría unas horas por aquí.

—Me alegra que hayas vuelto.

—No más que a mí. Irlanda es un gran país, pero no quiero vivir allí. Bueno, ¿y tú que has estado haciendo? Burke dice que no te ha visto mucho por el bar.

—No, la verdad es que no mucho.

—Bueno, ¿y por qué no te vienes ahora?

—Claro, ¿por qué no?

—Buen chico —dijo—. Voy a poner una cafetera y voy a abrir una botella de Jameson. Tengo un montón de cosas que contarte.

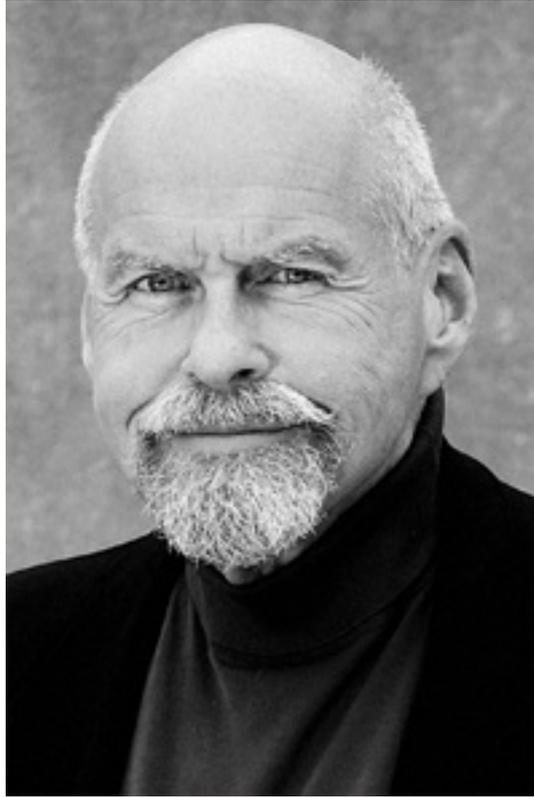
—Yo también tengo unas cuantas.

—Ah, pues podríamos pasarnos la noche charlando, si te parece, y por la mañana ir a la misa de los carniceros.

—Podríamos —dije—. De hecho, no me sorprendería.

## AGRADECIMIENTOS

Me complace agradecer la importante contribución del Aula de Escritores, donde se llevó a cabo buena parte del trabajo preliminar de esta obra, y de la Fundación Ragdale, donde se escribió. Gracias también a George Cabanas y Eddie Lama, así como a Jack Hitt y Paul Though, que me presentaron a los Kong. Y, por último, gracias a Sarah Elizabeth Miles, quien asegura ser capaz de hacer cualquier cosa — ¡cualquier cosa!— por ver su nombre en un libro.



LAWRENCE BLOCK (Buffalo EE. UU. 1938). Es un veterano escritor de novela negra estadounidense internacionalmente conocido por sus dos sagas de ficción cuya acción se desarrolla en las calles de Nueva York: La del investigador privado y exalcohólico Matthew Scudder y la del ladrón de refinados modales Bernie Rhodenbarr. Nombrado en 1993 Gran Maestro por la prestigiosa Asociación de Escritores de Misterio de América, tiene en su haber más de sesenta obras de ficción y ensayos acerca del oficio de escritor, además de un centenar de relatos breves también de género criminal. En 2005 le fue concedido un reconocimiento a toda su trayectoria profesional en los Premios Gumshoe, organizados por la revista literaria *Mystery Ink*.

# Notas

[1] Cállate mi niño, basta de gritos, / estate ya en tu cuna quietecito / que si no vendrá a buscarte / el temible Napoleón Bonaparte. // Es un gigante desalmado / alto, negro y malhablado / que desayuna, come y cena / niños malos sin ninguna pena. / Si te oye, pequeñín, / cuando pase en su rocín, / te arrancará la cabeza de una sola pieza. // Y te pegará, ay mi pobre bebé, / te convertirá en puré, / y luego te comerá entero / sin quitarse ni el sombrero. <<

[2] *Begorrah*: interjección irlandesa que significa «¡Por Dios!». (*N. de la t.*) <<

[3] «The hour of the Wolf», en el original: juego de palabras entre el apellido Wolf, que significa literalmente «lobo», y *La hora del lobo* (*The Hour of the Wolf*, en inglés), título de una película de Ingmar Bergman. (*N. de la t.*). <<

[4] «A mind is a terrible thing to waste», en el original. Es el lema de la United Negro College Fund, una organización filantrópica que paga becas universitarias a estudiantes negros. (*N. de la t.*). <<

[5] *Kind*, en inglés, significa «bueno, generoso». *Gotteskind* suena muy parecido a *God is kind* («Dios es bueno»). (N. de la t.) <<

[6] En español en el original. (*N. de la t.*). <<

[7] Juego de palabras entre el apellido de Ray, Callander, y el término *calendar* («calendario»), que se pronuncian prácticamente igual. (*N. de la t.*). <<